# Tiempos interesantes

Terry Pratchett

Traducción de Javier Calvo Perales

Hay una maldición.

Dicen:

Ojalá vivas en tiempos interesantes.

### 

Aquí es donde los dioses juegan partidas con las vidas de los hombres, en un tablero que es al mismo tiempo una simple zona de juego y el mundo entero.

Y Sino siempre gana.

Sino siempre gana. La mayoría de los dioses lanzan los dados pero Sino juega al ajedrez, y uno no descubre hasta que es demasiado tarde que durante todo el tiempo ha usado dos reinas.

Sino gana. Por lo menos eso es lo que se dice. Suceda lo que suceda, después dicen que debe de haber sido el Sino[[1]](#footnote-1).

Los dioses pueden adoptar cualquier forma, pero el único elemento de sí mismos que no pueden cambiar son los ojos, y estos revelan su naturaleza. Los ojos de Sino apenas pueden llamarse ojos: no son más que agujeros oscuros a un infinito salpicado de algo que tal vez sean estrellas, o, en un segundo vistazo, podrían ser otras cosas.

Ahora parpadeó con aquellos ojos, sonrió a sus compañeros de partida con esa petulancia con que los ganadores sonríen justo antes de convertirse en ganadores y dijo:

—Yo acuso al Sumo Sacerdote de la Túnica Verde, en la biblioteca y con el hacha de dos manos.

Y ganó.

Dedicó una amplia sonrisa a los demás.

—Giempgue ganan loj mijmoj —refunfuñó Offler el Dios Cocodrilo a través de sus colmillos.

—Parece que hoy me estoy siendo propicio —dijo Sino—. ¿A alguien le apetece jugar a otra cosa?

Los dioses se encogieron de hombros.

—¿A Reyes Locos? —preguntó Sino en tono amable—. ¿A Amantes Desventurados?

—Creo que hemos perdido las reglas de ese —dijo Ío el Ciego, jefe de los dioses.

—¿O a Marineros Arrojados al Mar por Tempestades?

—Siempre ganas en ese —dijo Ío.

—¿A Inundaciones y Sequías? —propuso Sino—. Ese es fácil.

Una sombra se cernió sobre la mesa de juego. Los dioses levantaron la vista.

—Ah —dijo Sino.

—Que empiece una partida —dijo la Dama.

Siempre era tema de discusión si la recién llegada era o no una diosa de verdad. Estaba claro que nadie había llegado a ninguna parte adorándola, y ella tenía tendencia a aparecer solamente donde menos se la esperaba, como por ejemplo ahora. Y la gente que confiaba en ella raras veces sobrevivía. Cualquier templo levantado en su honor era firme candidato a ser destruido por un rayo. Era mejor hacer malabarismos con hachas sobre la cuerda floja que pronunciar su nombre. Llámala simplemente la camarera de la taberna de la Última Oportunidad.

Normalmente se la conocía como la Dama, y tenía los ojos verdes; no verdes como los ojos de los humanos, sino puro verde esmeralda de punta a cabo. Se decía que era su color favorito.

—Ah —volvió a decir Sino—. ¿Y a qué juego será?

Ella se sentó delante de él. Los dioses que presenciaban la escena se miraron de reojo. Aquello se ponía interesante. Estos dos eran antiguos enemigos.

—¿Qué opinas de...? —ella hizo una pausa—, ¿... Poderosos Imperios?

—Oh, eje ej un ajco —dijo Offler, rompiendo el repentino silencio—. Al final je muegue todo el mundo.

—Sí —dijo Sino—. Creo que sí se mueren. —Señaló con la barbilla a la Dama, y más o menos con la misma voz con que los jugadores profesionales dicen «¿Ases ganan?», preguntó—: ¿Con Caída de Grandes Dinastías? ¿Con Destinos de Naciones Pendiendo de un Hilo?

—Por supuesto —dijo ella.

—Oh, bien. —Sino pasó la mano por encima del tablero. Apareció el Mundodisco—. ¿Y dónde jugamos?

—En el Continente Contrapeso —dijo la Dama—. Donde cinco familias nobles llevan siglos luchando entre ellas.

—¿De verdad? ¿Y qué familias son? —preguntó Ío. Se metía poco en los asuntos de humanos individuales. Solía ocuparse más bien de los truenos y relámpagos, así que, desde su punto de vista, el único propósito de la humanidad era mojarse o, de forma ocasional, achicharrarse.

—Los Hong, los Sung, los Tang, los McSweeney y los Fang.

—¿Esos? No sabía que fueran nobles —dijo Ío.

—Son todos muy ricos y han matado, o torturado hasta la muerte, a millones de personas por una mera cuestión de conveniencia y orgullo —dijo la Dama.

Los dioses presentes asintieron con solemnidad. Aquel era ciertamente un comportamiento noble. Era exactamente lo que habrían hecho ellos.

—¿Los McFweeney? —preguntó Offler.

—Una familia con mucha solera —dijo Sino.

—Oh.

—Y se pelean entre ellos por el Imperio —dijo Sino—, Muy bien. ¿Y con cuáles quieres jugar?

La Dama miró el fragmento de historia que tenían desplegado delante.

—Los Hong son los más poderosos. Mientras estábamos

aquí hablando han tomado más ciudades —dijo ella—. Veo que están destinados a ganar.

—De modo que, sin duda, escogerás a una familia más débil.

Sino hizo otro gesto con la mano. Las piezas del juego aparecieron y empezaron a moverse por el tablero como si tuvieran vida propia, lo cual desde luego era cierto.

—Pero jugaremos sin dados —dijo él—. No me fío de ti con los dados. Los tiras a sitios donde no puedo verlos. Jugaremos con acero, tácticas, política y guerras.

La Dama asintió.

Sino miró a su oponente.

—¿Y tu jugada? —preguntó—

Ella sonrió.

—Ya la he hecho —contestó.

Él bajó la vista.

—Pero no veo tus piezas en el tablero.

—Todavía no están en el tablero —dijo ella.

La Dama abrió la mano.

Tenía algo negro y amarillo en la palma. Sopló encima y aquello desplegó las alas.

Era una mariposa.

Sino siempre gana...

Por lo menos cuando la gente se ciñe a las normas.

Según el filósofo Ly Tin Wheedle, el caos se encuentra en mayor abundancia cuando se busca el orden. El caos siempre derrota al orden porque está mejor organizado.

Esta es la mariposa de las tormentas.

Fíjate en las alas, ligeramente más irregulares que las de la fritilaria común. En realidad, gracias a la naturaleza fractal del universo, esto quiere decir que esos contornos irregulares son infinitos, del mismo modo que el contorno de cualquier costa irregular, si se mide al nivel microscópico más diminuto, es infinitamente largo. O si no es infinito, por lo menos está tan cerca de serlo que en un día despejado puede verse el Infinito.

Y por tanto, si sus contornos son infinitamente largos, por lógica las alas deben ser infinitamente grandes.

Puede que parezcan del tamaño adecuado para ser las alas de una mariposa, pero eso es solamente porque los seres humanos siempre han preferido el sentido común a la lógica.

La Mariposa Cuántica del Clima (Papilio tempestae) es de un color amarillo corriente, aunque los fractales de Mandelbrot que tiene dibujados en las alas presentan un interés considerable. Su rasgo más destacado es la capacidad para producir fenómenos climáticos.

Esto empezó presumiblemente como un rasgo destinado a la supervivencia, ya que hasta el pájaro más hambriento se echaría atrás ante un buen tornado lanzado a mala fe. [[2]](#footnote-2)Más adelante es posible que se convirtiera en una característica sexual secundaria, como el plumaje de los pájaros o los sacos vocales de ciertas ranas. Mírame, dice el macho batiendo perezosamente las alas bajo el dosel de la selva. Puede que sea de un color amarillo corriente, pero en cosa de dos semanas, a dos mil kilómetros de distancia, «Violentos vendavales provocan un caos circulatorio».

Esta es la mariposa de las tormentas.

Bate las alas...

Y este es el Mundodisco, que viaja por el espacio a lomos de una tortuga gigante.

La mayoría de los mundos hace lo mismo en algún momento de su percepción. Es un punto de vista cosmológico que el cerebro humano parece preprogramado para asumir.

En las mesetas secas y las llanuras, en las selvas húmedas y los silenciosos desiertos rojos, en las ciénagas y los cañaverales pantanosos, y de hecho en cualquier sitio donde algo se tire desde un tronco flotante haciendo «plop» cuando uno se acerca, tienen lugar variaciones de la siguiente escena en un punto crucial del desarrollo inicial de la mitología de la tribu...

—Anda, ¿has visto eso?

—¿Lo qué?

—Que se ha tirao de ese tronco haciendo plop.

—¿Y qué?

—Pa mí que... Pa mí que... O sea, pa mí que el mundo está en la espalda de una de esas...

Un momento de silencio mientras se evalúa esta hipótesis astrofísica y luego...

—¿El mundo entero?

—Claro, es que cuando digo una de esas, digo una de las grandes...

—Ya pué serlo, ya...

—O sea, mu, mu grande.

—Mira que es raro, pero me imagino lo que dices.

—Tiene sentío, ¿eh?

—Tiene sentío, sí. Lo que pasa...

—¿Qué?

—Que espero que nunca haga plop. Pero este es el Mundodisco de verdad, que no solamente tiene la tortuga sino también los cuatro elefantes gigantes sobre los cuales da vueltas la amplia y lenta rueda giratoria del mundo.

Y [[3]](#footnote-3)está el Mar Circular, aproximadamente a medio camino entre el Eje y el Borde. A su alrededor se encuentran aquellos países que, de acuerdo con la Historia, constituyen el mundo civilizado, es decir, un mundo que puede mantener a los historiadores: Efebia, Tsort, Omnia, Klatch y la desparramada ciudad—estado de Ankh—Morpork.

Esta es una historia que empieza en otro lugar, un lugar donde hay un hombre tumbado en una balsa en medio de una laguna azul bajo un cielo soleado. Descansa la cabeza en los brazos. Se siente feliz, un estado mental tan raro en su caso que casi no tiene precedentes. Está silbando una cancioncilla afable y se remoja los pies en el agua cristalina.

Son unos pies rosados con diez dedos que parecen cerditos pequeños.

Desde el punto de vista de un tiburón que se desliza por las aguas del arrecife, parecen el almuerzo, la cena y el té.

Era, como siempre, cuestión de protocolo. De discreción. De cuidadosa etiqueta. En última instancia, de alcohol. O por lo menos de la promesa ilusoria de alcohol.

Lord Vetinari, en calidad de gobernador supremo de Ankh—Morpork, podía en teoría hacer comparecer ante sí al archicanciller de la Universidad Invisible y, de hecho, podía hacer que le ejecutaran si no obedecía.

Por otro lado Mustrum Ridcully, en calidad de jefe de la escuela de magos, le había dejado claro de forma educada pero firme que él podía convertirlo en un pequeño anfibio y, de hecho, podía ponerse después a dar botes por toda la sala con un pogo saltarín.

El alcohol tendía un amable puente diplomático entre ambos. A veces lord Vetinari invitaba al archicanciller al palacio para tomar una copa amistosa. Y por supuesto el archicanciller acudía porque sería de muy mala educación no ir. Y todo el mundo entendía aquella situación, y todo el mundo mostraba sus mejores modales, y de esa forma se evitaban los disturbios civiles y el barro en la alfombra.

Era una tarde hermosa. Lord Vetinari estaba sentado en los jardines de palacio, mirando las mariposas con expresión ligeramente irritada. Había algo ofensivo en su manera de revolotear por ahí divirtiéndose sin ser de ningún provecho. Levantó la vista.

—Ah, archicanciller —dijo—. Cómo me alegro de verle. Siéntese, por favor. Espero que esté usted bien.

—Por supuesto —dijo Mustrum Ridcully—. ¿Y usted? ¿Se encuentra bien?

—Nunca he estado mejor. Me da la impresión de que vuelve a hacer buen tiempo.

—Ayer en particular me pareció especialmente agradable, sin duda.

—Tengo entendido que mañana podría ser todavía mejor.

—Confiemos en la magia del tiempo.

—Ciertamente.

—Sí.

—Ah...

—Está claro.

Se quedaron mirando las mariposas. Un mayordomo trajo bebidas frías en vasos largos.

—¿Qué es lo que hacen con las flores en realidad? —preguntó lord Vetinari.

—¿Cómo?

El patricio se encogió de hombros.

—No importa. No tiene la menor importancia. Pero ya que está usted aquí, archicanciller, visitándonos de paso a algo infinitamente más importante, estoy seguro, me pregunto si sería tan amable de decirme: ¿quién es el Gran Hechicero?

Ridcully meditó sobre la cuestión.

—Puede que el decano —dijo—. Debe de andar por los ciento treinta kilos.

—Tengo la sensación de que tal vez no sea la respuesta adecuada —dijo lord Vetinari—. Sospecho que en este contexto «gran» quiere decir superior.

—Entonces el decano no —dijo Ridcully.

Lord Vetinari intentó recordar al profesorado de la Universidad Invisible. La imagen que le vino a la cabeza fue la de una pequeña cordillera de colinas con sombreros puntiagudos.

—Me temo que el contexto sugiere que el decano no —dijo.

—Esto... ¿cuál sería ese contexto? —preguntó Ridcully.

El patricio cogió su bastón.

—Venga por aquí —dijo—. Supongo que será mejor que lo vea usted por sí mismo. Resulta muy engorroso.

Ridcully miró a su alrededor con interés mientras seguía a lord Vetinari. No tenía muchas oportunidades de ver los jardines, que figuraban en la sección «Lo que no hay que hacer» de todos los manuales de jardinería del mundo.

Habían sido ejecutados (y nunca mejor dicho) por el renombrado, o por lo menos notorio, diseñador de jardines e inventor todoterreno «Jodido Estúpido» Johnson, cuya despreocupación y ceguera hacia las matemáticas elementales hacía que cada paso representara un peligro inminente. Su genialidad... bueno, hasta donde sabía Ridcully, su genialidad era exactamente la contraria a la genialidad que una vez construyera terraplenes capaces de aprovechar las fuerzas secretas pero benéficas de las líneas telúricas.

Nadie estaba seguro de qué fuerzas aprovechaban los diseños de Jodido Estúpido, pero el reloj de sol de carillón explotaba con frecuencia, el adoquinado absurdo se había suicidado y se sabía que los muebles de jardín de hierro fundido se habían derretido en tres ocasiones.

El patricio lo llevó a través de una cancela hasta algo parecido a un palomar. Una escalera de madera chirriante ascendía por el interior. Unas cuantas de las palomas asilvestradas e indestructibles de Ankh—Morpork murmuraban y se reían por lo bajo entre las sombras.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Ridcully, mientras los peldaños crujían bajo sus pies.

El patricio se sacó una llave del bolsillo.

—Tengo entendido que el señor Johnson planeaba originalmente que esto fuera una colmena —dijo—. Sin embargo, en ausencia de abejas de tres metros le hemos encontrado... otros usos.

Abrió una puerta que daba a una sala amplia y cuadrada con un ventanal sin cristales en cada pared. Cada rectángulo estaba rodeado de un artilugio de madera del que colgaba una campanilla sujeta a un muelle. Era obvio que cualquier cosa lo bastante grande que entrara por una de las ventanas haría sonar la campanilla.

En el centro de la sala, posado en una mesa, estaba el pájaro más grande que Ridcully había visto en su vida. El ave se giró y lo miró fijamente con un ojo amarillo y brillante.

El patricio se metió la mano en el bolsillo y sacó un tarro de anchoas.

—Este nos ha pillado más bien por sorpresa —dijo—. Debe de hacer diez años desde que llegó el último mensaje. Antes solíamos tener listas unas cuantas caballas frescas en hielo.

—¿No es un Albatros Absurdo? —preguntó Ridcully.

—Ciertamente —dijo lord Vetinari—. Uno muy bien entrenado. Regresará esta misma tarde. Diez mil kilómetros con un tarro de anchoas y una botella de paté de pescado que mi ayudante Drumknott ha encontrado en las cocinas. Asombroso.

—¿Perdone? —preguntó Ridcully—. ¿Adónde regresará?

Lord Vetinari se volvió para mirarlo.

—No al Continente Contrapeso, quiero dejar esto bien claro —dijo—. Este no es uno de esos pájaros que el Imperio Ágata usa como servicio de mensajería. Es bien sabido que nosotros no tenemos ningún contacto con esa tierra misteriosa. Y este pájaro no es el primero que llega aquí después de muchos años, y no ha traído un mensaje extraño y desconcertante. ¿Ha quedado claro?

—No.

—Bien.

—¿No es un albatros?

El patricio sonrió.

—Ah, veo que ya le está cogiendo el tranquillo.

Mustrum Ridcully, aunque dotado de un cerebro grande y eficaz, no estaba acostumbrado a la ambigüedad. Miró el pico largo y feroz.

—A mí me parece un puñetero albatros —dijo—. Y usted acaba de decir que lo era. Yo le he preguntado: ¿eso no es un...?

El patricio hizo un gesto irritado con la mano.

—Dejando de lado nuestros estudios de ornitología —dijo—, lo importante es que esta ave llevaba en la bolsa de los mensajes el siguiente pedazo de papel...

—¿Quiere usted decir que no llevaba el siguiente pedazo de papel? —preguntó Ridcully, buscando una agarradera.

—Ah, sí. Claro, eso es lo que quiero decir. Y no es este papel. Obsérvelo.

Dio un papelito al archicanciller.

—Parece un cuadro —dijo Ridcully.

—Son pictogramas agateos —dijo el patricio.

—¿Quiere decir que no son pictogramas agateos?

—Sí, sí, ciertamente —suspiró el patricio—. Veo que está usted bien versado en el meollo de la diplomacia. Ahora... su opinión, por favor.

—Parece que pone brochazo, brochazo, brochazo, brochazo, Echicero —dijo Ridcully.

—¿Y de eso deduce usted...?

—¿Que estudió arte porque no se le daba bien la ortografía? O sea, ¿quién ha escrito esto? ¿Quién lo ha pintado, vaya?

—No lo sé. Los grandes visires nos enviaban algún mensaje de vez en cuando, pero tengo entendido que en los últimos años ha habido cierta agitación. No va firmado, fíjese. Sin embargo, no puedo hacer caso omiso.

—Echicero, echicero —dijo Ridcully en tono meditabundo,

—Los pictogramas quieren decir: «Enviad de inmediato al Gran» —dijo lord Vetinari.

—... Echicero... —dijo para sí Ridcully, dando golpecitos en el papel.

El patricio le tiró una anchoa al albatros, que se la tragó con avidez.

—El Imperio tiene un millón de hombres alistados en el ejército —dijo—. Afortunadamente, a sus gobernantes les conviene fingir que el mundo que hay fuera del Imperio no es más que un yermo sin valor, azotado por el viento, donde solo habitan vampiros y fantasmas. Normalmente nuestros asuntos les traen sin cuidado. Y es una suerte para nosotros, porque son una gente tan astuta como rica y poderosa. Con franqueza, yo confiaba en que se hubieran olvidado por completo de nosotros. Y ahora esto. Confiaba en mandarles a quién demonios fuera y olvidarnos del asunto.

—... Echicero... —dijo Ridcully.

—¿Tal vez le apetezcan a usted unas vacaciones? —preguntó el patricio, con una nota de esperanza en la voz.

—¿A mí? No. No soporto la comida extranjera —se apresuró a responder Ridcully. Y repitió, casi para sí mismo—: Echicero...

—La palabra parece fascinarlo —dijo lord Vetinari.

—No es la primera vez que la veo escrita así —dijo Ridcully—. No me acuerdo de dónde.

—Estoy totalmente seguro de que se acordará. Y de que estará preparado para mandar al Imperio al Gran Hechicero, se escriba como se escriba, para la hora del té.

Ridcully se quedó boquiabierto.

—¿A diez mil kilómetros? ¿Usando magia? ¿Sabe lo difícil que es eso?

—Doy gracias por mi ignorancia en esas cuestiones —dijo lord Vetinari.

—Además —continuó Ridcully—. Allí son, bueno... extranjeros. Yo creía que tenían bastantes magos propios.

—La verdad es que no podría decirle.

—¿Y no sabemos por qué quieren a ese mago?

—No. Pero estoy seguro de que tienen ustedes a alguien a quien no necesitan. Parece que son muchos allí abajo.

—O sea, podrían quererlo para algún terrible propósito extranjero —dijo Ridcully. Por alguna razón, pasó bamboleándose por su mente la cara del decano y el archicanciller asumió una expresión jovial—. Podría ser que se contentaran con un gran hechicero, ¿no cree? —murmuró.

—Eso lo dejo enteramente en sus manos. Pero antes de esta noche me gustaría poder enviar un mensaje diciendo que el Gran Echicero ya va de camino. Así podremos olvidarnos de todo esto.

—Por supuesto, será muy difícil traer al pobre tipo de regreso —dijo Ridcully. Volvió a pensar en el decano—. Prácticamente imposible —añadió, en tono inapropiadamente feliz—. Seguro que lo intentaríamos durante meses y meses sin éxito. Seguro que lo intentaríamos todo pero sin suerte. Maldita sea.

—Veo que está usted que se muere por afrontar este reto —dijo el patricio—. No me deje entretenerlo más y vuélvase corriendo a la universidad, a ponerse manos a la obra.

—Pero eso de «echicero»... —murmuró Ridcully—. Me suena un poco. Creo que lo he visto antes en alguna parte.

El tiburón no lo pensó mucho. Los tiburones no suelen hacerlo. Sus procesos intelectuales pueden representarse en su mayoría mediante el signo «=». Lo veo = me lo como.

Pero mientras surcaba como una flecha las aguas de la laguna, su diminuto cerebro empezó a recibir paquetitos de angustia existencial selácea que solamente podían llamarse dudas.

Sabía que era el tiburón más grande del lugar. Todos sus rivales habían huido o se habían topado con el viejo «=». Sin embargo, su cuerpo le decía que algo se citaba acercando a él rápidamente por detrás.

Se giró con elegancia y lo primero que vio fueron cientos de pies y miles de dedos de pies, toda una factoría porcina de cerditos dactilares.

En la Universidad Invisible pasaban muchas cosas y, por desgracia, la enseñanza tenía que ser una de ellas. El profesorado ya había afrontado este hecho hacía mucho tiempo y había perfeccionado varios sistemas para evitarlo. Pero aquello no era ningún problema, porque, para ser justos, los estudiantes también.

El sistema funcionaba bastante bien y, tal como sucede en estos casos, había adquirido el estatus de tradición. Estaba claro que se impartían clases, porque saltaban a los ojos desde el horario. El hecho de que nadie asistiera a ellas era un detalle irrelevante. De vez en cuando alguien afirmaba que esto significaba que en realidad las clases no tenían lugar, pero nadie asistía nunca para comprobar si aquello era cierto. En todo caso, se decía (o al menos lo decía el profesor adjunto de Raciocinio Borroso) que l[[4]](#footnote-4)as clases habían tenido lugar en esencia, así que tampoco era ningún problema.

Por tanto, la educación en la universidad funcionaba a grandes rasgos mediante el antiguo método de poner a un montón de jóvenes en las inmediaciones de un montón de libros y confiar en que algo pasara de los unos a los otros, mientras que los jóvenes, por su parte, se ponían en las inmediaciones de cantinas y tabernas exactamente por la misma razón.

Era media tarde. El catedrático de Estudios Indefinidos estaba dando una clase en el aula 3B y por consiguiente su presencia dormido delante del fuego de la sala no—común era un mero tecnicismo sobre el que ningún hombre diplomático haría comentarios.

Ridcully le dio una patada en la espinilla.

—¡Au!

—Siento interrumpirte, catedrático —dijo Ridcully en tono indiferente—. Que los dioses me ayuden, necesito al Consejo de los Magos. ¿Dónde está todo el mundo?

El catedrático de Estudios Indefinidos se frotó la pierna.

—Sé que el conferenciante de Runas Recientes está dando una clase en el aula 3B —dijo—.[[5]](#footnote-5) Pero no sé dónde está. Me ha hecho daño, ¿sabe?

—Reúne a todo el mundo. Mi estudio. Diez minutos —dijo Ridcully. Era un firme creyente en aquel método. Un archicanciller menos directo se habría dedicado a deambular buscando a todo el mundo. Su política consistía en encontrar a una persona y hacerle la vida difícil hasta que todo sucedía como él quería.

Nada en l[[6]](#footnote-6)a naturaleza tenía tantos pies. Cierto, había cosas con muchas patas —cosas húmedas y serpenteantes que vivían bajo las rocas—, pero no se trataba de patas con pies sino de simples patas que terminaban sin más ceremonia.

Algo más inteligente que el tiburón se habría andado con cuidado.

Pero el «=» entró traicioneramente en el juego y salió disparado hacia adelante.

Aquel fue su primer error.

Y en aquellas circunstancias, un error = aniquilación.

Ridcully se dedicó a esperar con impaciencia mientras uno a uno los magos superiores fueron entrando procedentes de sus solemnes clases en el aula 3B. Los magos superiores necesitaban dar muchas clases para hacer la digestión.

—¿Ya estamos todos? —preguntó—. Bien. Sentaos. Prestad atención. Veamos... Vetinari no ha recibido un albatros. No ha venido volando desde el Continente Contrapeso y no hay un extraño mensaje que al parecer debemos obedecer. ¿Me seguís por ahora?

Los magos superiores intercambiaron miradas.

—Creo que algunos detalles se nos pueden haber pasado por alto —dijo el decano.

—Estaba usando el lenguaje diplomático.

—¿No podría tal vez intentar ser un poco más indiscreto?

—Tenemos que enviar un mago al Continente Contrapeso —dijo Ridcully—. Y tenemos que hacerlo para la hora del té. Alguien ha pedido un Gran Hechicero y parece que tenemos que enviarles uno. Lo que pasa es que lo escriben sin hache...

—¿Oook?

—¿Sí, Bibliotecario?

El Bibliotecario de la Universidad Invisible, que había estado dormitando con la cabeza sobre la mesa, se incorporó de sopetón. Echó la silla hacia atrás y, agitando los brazos para no perder el equilibrio, salió corriendo de la sala con sus piernas patizambas.

—Probablemente se acabe de acordar de un retraso en devolver un libro —comentó el decano. Bajó la voz—: Por cierto, ¿soy el único aquí que piensa que no dice mucho sobre la categoría de esta universidad tener a un simio en el cuadro académico?

—Sí —dijo Ridcully en tono seco—. Lo eres. Tenemos al único bibliotecario del mundo que puede arrancarte el brazo con la pierna. La gente respeta esas cosas. El otro día sin ir más lejos el jefe del Gremio de Ladrones me preguntó si podíamos convertir a su bibliotecario también en simio, y además, es el único de todos vosotros que pasa más de una hora al día despierto, cabrones. En todo caso...

—Bueno, a mí me resulta embarazoso —dijo el decano—. Además, no es un orangután como debe ser. He estado leyendo un libro y dice que un macho dominante debe tener unos discos faciales enormes. ¿Acaso él tiene discos faciales enormes? No me lo parece. Y además...

—Cállate, decano —dijo Ridcully—. O no te dejaré ir al Continente Contrapeso.

—No veo qué tiene de malo plantear de forma perfectamente válida... ¿Qué?

—Están pidiendo al Gran Hechicero —dijo Ridcully—. Y yo he pensado inmediatamente en ti. —Por ser el único hombre que conozco que puede sentarse en dos sillas al mismo tiempo, añadió para sí mismo.

—¿Al Imperio? —chilló el decano—. ¿Yo? ¡Pero si odian a los extranjeros!

—Y tú también. Os llevaríais de maravilla.

—¡Está a diez mil kilómetros! —dijo el decano, cambiando de táctica—. Todo el mundo sabe que con la magia no se puede viajar tan lejos.

—Esto... De hecho, creo que sí se puede —dijo una voz desde el otro extremo de la mesa.

Todos miraron a Ponder Stibbons, el miembro más joven y el más deprimentemente entusiasta del profesorado. Tenía en las manos un complicado mecanismo de barras de madera deslizantes y atisbaba a los demás magos por encima de su parte superior.

—Ejem... No debería resultar muy difícil —añadió—. Antes se pensaba que sí, pero estoy bastante seguro de que no es más que una cuestión de absorción energética y de atención a las velocidades comparadas.

La afirmación estuvo seguida del silencio perplejo y receloso que solía venir después de cada uno de sus comentarios.

—Velocidades comparadas —dijo Ridcully.

—Sí, archicanciller. —Ponder observó su prototipo de regla de cálculo y esperó. Sabía de sobra que a Ridcully le resultaría necesario añadir un comentario en aquel punto para demostrar que había entendido algo.

—Suele alcanzarse mayor velocidad sin paradas...

—Me refiero a lo rápido que van las cosas comparadas con otras cosas —saltó Ponder, aunque no saltó lo bastante rápido—. Tendríamos que ser capaces de resolver el problema con facilidad. Esto... usando a Hex.

—Ah, no —dijo el conferenciante de Runas Recientes, echando su silla hacia atrás—. Eso no. Eso es inmiscuirnos en cosas que no entendemos.

—Bueno, pero es que somos magos —dijo Ridcully—. Se supone que nos dedicamos a inmiscuirnos en cosas que no entendemos. Si esperáramos a entender las cosas nunca haríamos nada.

—Mire, no me importa invocar a un demonio y pedírselo —dijo el conferenciante de Runas Recientes—. Eso es normal Pero construir un artilugio mecánico para que piense por ti, eso va... contra la Naturaleza. Además —añadió en tono ligeramente menos aprensivo—, la última vez que lo usaron para resolver un problema grande el maldito cacharro se rompió y se nos llenó todo el sitio de hormigas.

—Eso ya lo solucionamos —dijo Ponder—. Lo...

—Tengo que admitir que la última vez que miré había un cráneo de carnero dentro —dijo Ridcully.

—Tuvimos que añadirlo para hacer las transformaciones ocultas —dijo Ponder—, pero...

—Y ruedas dentadas y muelles —continuó el archicanciller.

—Bueno, a las hormigas no se les da muy bien el análisis diferencial, así que...

—¿Y esa extraña cosa temblorosa que tiene un cuco?

—El reloj de tiempo irreal —dijo Ponder—. Sí, eso nos parece esencial para resolver...

—En todo caso, esto que discuten es bastante insustancial, porque está claro que yo no tengo intención de ir a ninguna parte —dijo el decano. Envíe a un estudiante si no le queda más remedio. Tenemos más que de sobra.

—¿Ciruela de pudding de más poco un pasarme de amable tan sería? —dijo el tesorero.

La mesa quedó en silencio.

—¿Alguien ha entendido eso? preguntó Ridcully.

El tesorero no estaba loco según la definición usual. Hacía ya tiempo que había cruzado los rápidos de la locura y ahora se dedicaba a remar en alguna plácida laguna situada al otro lado. Solía ser bastante coherente, aunque no según los parámetros humanos normales.

—Ejem, está reviviendo el día de ayer —dijo el prefecto mayor—. Esta vez hacia atrás.

—Tendríamos que enviar al tesorero —dijo el decano con firmeza.

—¡Ni hablar! Es probable que allí no haya pastillas de extracto de rana...

—¡Oook!

El Bibliotecario volvió a entrar en el estudio corriendo con las piernas arqueadas y agitando algo en alto.

Era algo rojo, o por lo menos lo había sido en algún momento. También podría haber sido un sombrero puntiagudo, pero la punta se había abollado y la mayor parte del ala estaba quemada. Tenía una palabra bordada con lentejuelas. Muchas se habían quemado, pero la palabra

ECHICERO

... todavía podía distinguirse en letras de color claro sobre la tela chamuscada.

—Sabía que la había visto antes —dijo Ridcully—. En un estante de la biblioteca, ¿verdad?

—Oook.

El archicanciller examinó los restos.

—¿Echicero? —dijo—. ¿Qué clase de persona lamentable y desesperada necesita escribir ECHICERO en el gorro?

Unas pocas burbujas rompieron la superficie del mar y mecieron la balsa un poco. Al cabo de un momento aparecieron flotando un par de trozos de piel de tiburón.

Rincewind suspiró y dejó su caña de pescar. El resto del tiburón sería arrastrado a la orilla más tarde, lo sabía. No entendía muy bien por qué. No es que sirviera de mucho como alimento. Sabía a botas viejas bañadas en orina.

Cogió uno de los remos improvisados y puso rumbo a la playa.

No era una mala islita. Las tormentas parecían dejarla siempre de lado. Y también los barcos. Pero había cocos y frutos del árbol del pan y una especie de higos silvestres. Incluso sus experimentos con el alcohol habían tenido bastante éxito, aunque se pasó dos días sin poder caminar bien. La laguna le proporcionaba gambas, langostinos, ostras, cangrejos y langostas, y en las aguas profundas y verdes más allá del arrecife los enormes peces plateados se peleaban entre ellos por el privilegio de morder un pedazo de alambre doblado al final de un cordel. De hecho, después de seis meses en la isla a Rincewind solamente le faltaba una cosa. Ni siquiera se le había ocurrido hasta aquel momento. Y ahora no se la podía quitar de la cabeza, o mejor dicho, no se las podía quitar de la cabeza.

Era raro. En Ankh—Morpork casi nunca pensaba en ellas, porque estaban disponibles siempre que las quería. Ahora que no las tenía a su alcance, las anhelaba.

Su balsa chocó con la arena blanca aproximadamente en el mismo momento en que una canoa de gran tamaño rodeaba el arrecife y entraba en la laguna.

Ahora Ridcully estaba sentado ante su mesa, rodeado de sus magos superiores. Todos intentaban decirle cosas a pesar del bien conocido peligro que entrañaba intentar decirle cosas a Ridcully, que consistía en que él elegía los datos que le gustaban y dejaba que el resto pasara de largo.

—Entonces —dijo— no es un tipo de queso.

—No, archicanciller —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos—. Rincewind es un tipo de mago.

—Era —dijo el conferenciante de Runas Recientes.

—No es un queso —dijo Ridcully, reacio a deshacerse de aquel dato.

—No.

—Pues es el tipo de nombre que uno asocia con el queso. O sea, medio kilo de Rincewind maduro, es una frase que se deja decir...

—¡Por todos los dioses, Rincewind no es un queso! —gritó el decano, perdiendo momentáneamente los nervios—. ¡Rincewind tampoco es un yogur ni ningún otro derivado de la leche agria! ¡Rincewind es un jodido incordio! ¡Una auténtica y completa vergüenza para la hechicería! ¡Un idiota! ¡Un fracasado! En todo caso, no se lo ha visto por aquí desde aquel... asunto desagradable con el Rechicero, hace años.

—¿De veras? —preguntó Ridcully, con una especie de cortesía maliciosa—. Tengo entendido que hubo un montón de magos que se portó muy mal cuando pasó aquello.

—Ciertamente —dijo el conferenciante de Runas Recientes, y miró con el ceño fruncido al decano, que torció el gesto.

—Yo no sé nada de eso, Runas. Por entonces yo no era decano.

—No, pero eras un mago de rango muy alto.

—Tal vez, pero es que resulta que, para tu información, en aquellos momentos yo estaba visitando a mi tía.

—¡Pero si estuvieron a punto de volar por los aires la ciudad entera!

—Mi tía vive en Quirm.

—Y Quirm resultó bastante afectado, según recuerdo.

—Cerca de Quirm. Cerca de Quirm. Y no tan cerca, ya que nos ponemos. En la misma costa pero bastante lejos...

—¡Ja!

—En todo caso, tú sí que pareces muy bien informado, ¿no, Runas? —preguntó el decano.

—¿Yo... qué?... Yo... estaba estudiando mucho por entonces. Casi ni me enteré de lo que pasaba.

—¡Pero si tiraron media universidad abajo! —El decano recordó algo y añadió—: Bueno, eso es lo que oí. Más tarde. Al volver de casa de mi tía.

—Sí, pero es que yo tengo una puerta muy maciza...

—Y resulta que yo sé que el prefecto mayor estaba aquí, porque...

—... Con todo este paño verde tan grueso apenas se oye nada...

—Siesta mi de hora la es que creo.

—¡¿Queréis callaros todos de una maldita vez?!

Ridcully fulminó a sus subordinados con la mirada clara e inocente de alguien que había nacido con la bendición de una carencia total de imaginación y que de verdad había estado a cientos de kilómetros durante la embarazosa historia reciente de la universidad.

—De acuerdo —dijo cuando consiguió que se callaran—. Ese Rincewind es un poco idiota, ¿no? Tú hablas, decano. Todos los demás que cierren el pico.

El decano pareció vacilar.

—Bueno, esto... O sea, esto no tiene ningún sentido, archicanciller. Ni siquiera sabía hacer nada de magia. ¿De qué le iba a servir él a nadie? Además... Allí donde iba Rincewind —bajó la voz— los problemas le iban detrás.

Ridcully se fijó en que los magos se juntaban un poco entre ellos.

—A mí me parece buena idea —dijo—. El mejor sitio para los problemas es detrás. No conviene tenerlos delante.

—Usted no lo entiende, archicanciller —dijo el decano—. Iban detrás corriendo con cientos de piernecitas.

La sonrisa del archicanciller permaneció en su sitio mientras el resto de sus rasgos se petrificaban alrededor de ella.

—¿Has estado tomando las pastillas del tesorero, decano?

—Le aseguro, Mustrum...

—Pues no digas tonterías.

—Como quiera, archicanciller. Pero supongo que se da cuenta de que tardaremos años en encontrarlo.

—Esto... —dijo Ponder—. Si podemos averiguar su rúbrica táumica, seguramente Hex podría hacerlo en un día...

El decano lo fulminó con la mirada.

—¡Eso no es magia! —dijo en tono cortante—. ¡Eso no es más que... ingeniería!

Rincewind caminó con dificultad por los bajíos y usó una roca afilada para cortar la punta de un coco que se había estado enfriando en un estanque natural entre las rocas, convenientemente resguardado del sol. Se lo llevó a los labios.

Una sombra cayó sobre él.

Le dijo:

—Esto... ¿hola?

Resultaba posible, si uno hablaba durante el tiempo suficiente con el archicanciller, conseguir que algunas ideas llegaran a él.

—Entonces, lo que me estáis diciendo —dijo Ridcully finalmente— es que a ese tal Rincewind le han perseguido prácticamente todos los ejércitos del mundo, ha ido dando tumbos por la vida como un guisante encima de un tambor y probablemente sea el único mago que sabe algo del Imperio Ágata debido a que en cierta ocasión trabó amistad con —miró sus apuntes— «un extraño hombrecillo con gafas» originario de allí que le dio esa cosa rara con piernas a la que os referís constantemente. Y sabe hablar su idioma. ¿Voy bien hasta ahora?

—Exacto, archicanciller. Llámeme idiota si quiere —dijo el decano— pero ¿por qué iba nadie a querer a ese tipo?

Ridcully volvió a mirar sus apuntes.

—Entonces, ¿has decidido ir tú? —preguntó.

—No, claro que no...

—Lo que no creo que hayas notado aquí, decano —dijo esbozando una sonrisita decididamente jovial— es lo que yo llamaría el denominador común. Ese tipo siempre salva el pellejo. Tiene talento. Encontradlo. Y traedlo aquí. Esté donde esté. Al pobre diablo le podría estar pasando algo terrible.

El coco no se movió de su sitio, pero a Rincewind los ojos le fueron de un lado para otro vertiginosamente.

Entraron tres figuras en su campo visual. Eran obviamente femeninas. Eran abundantemente femeninas. No llevaban mucha ropa y en conjunto parecían demasiado recién salidas de la peluquería para alguien que viene de remar en una enorme canoa de guerra, pero eso es algo que suele pasar con las hermosas guerreras amazonas.

Un fino hilo de leche de coco empezó a chorrearle a Rincewind por la punta de la barba.

La mujer que llevaba la voz cantante se apartó con la mano la larga melena rubia y le dedicó una sonrisa luminosa.

—Sé que esto suena un poco inverosímil —dijo—, pero yo y mis hermanas aquí presentes representamos a una tribu todavía sin descubrir cuyos hombres fueron aniquilados hace poco por una plaga letal pero breve y enormemente selectiva. Por eso nos hemos dedicado a registrar estas islas en busca de un hombre que nos permita continuar con nuestra estirpe.

—¿ Cuánto cree usted que debe pesar?

Rincewind arqueó las cejas. La mujer bajó la vista pudorosamente.

—Puede que te estés preguntando por qué somos todas rubias y tenemos la piel blanca cuando el resto de la gente de estas islas la tiene oscura —dijo—. Parece que es una de esas cosas genéticas que pasan.

—Unos cincuenta y cinco, sesenta kilos. Añádele medio kilo más de chatarra. Esto... ¿puedes detectar... ya sabes... ESO?

—Esto va a salir mal, señor Stibbons, es que lo sé.

—Solamente está a mil kilómetros de aquí y nosotros sabemos dónde estamos, y él se encuentra en la mitad correcta del Disco. En todo caso, he calculado todo esto con Hex para que nada pueda salir mal.

—Sí, pero ¿puede alguien ver... eso... ya sabéis.... la cosa de los pies?

A Rincewind le temblaron las cejas. De la garganta le salió una especie de ruido estrangulado.

—No... lo... veo. ¿Quieren dejar todos de resoplarme encima de la bola de cristal?

—Y por supuesto, si aceptaras venir con nosotras te podríamos prometer... placeres sensuales y terrenales como nunca has soñado...

—Muy bien. A la de tres.

El coco se le cayó de las manos. Rincewind tragó saliva. Tenía una mirada soñadora y hambrienta en los ojos.

—¿Pueden ser en puré? —preguntó.

—¡AHORA!

Primero hubo una sensación de presión. El mundo se abrió delante de Rincewind y lo absorbió.

Luego se estrechó hasta convertirse en una ranura y emitió un ruido elástico.

Las nubes pasaron volando a su lado, borrosas por culpa de la velocidad. Cuando se atrevió a abrir otra vez los ojos, pudo ver muy por delante de él un puntito negro.

El puntito creció.

Se descompuso en una densa nube de objetos. Había un par de cacerolas grandes, un candelero enorme de metal, unos pocos ladrillos, una silla y un molde para pasteles de gelatina grande y en forma de castillo.

Los objetos le golpearon una y otra vez, el molde para gelatinas haciendo un humorístico ruido metálico al rebotar en su cabeza, y luego desaparecieron a toda velocidad detrás de él.

Lo siguiente que vio delante de él fue un octógono. Dibujado con tiza.

Y se estampó en él.

Ridcully miró hacia abajo.

—Un poquito menos de sesenta kilos, diría yo —calculó—. De todas formas... bien hecho, caballeros.

El espantapájaros desgreñado que había en el centro del círculo se puso de pie como pudo y apagó a manotazos los dos o tres fuegos pequeños que tenía en la ropa. Luego miró a su alrededor con expresión aturdida y dijo:

—¿Jejejé?

—Podría estar un poco desorientado —continuó el archicanciller—. Al fin y al cabo, son más de mil kilómetros en dos segundos. No le demos ningún susto.

—¿Quiere decir como a los sonámbulos? —preguntó el prefecto mayor.

—¿Qué quieres decir con los sonámbulos?

—Si despiertas a un sonámbulo se le caen las piernas. Eso aseguraba mi abuela.

—¿Y estamos seguros de que es Rincewind? —dijo el decano

—Por supuesto que es Rincewind —respondió el prefecto mayor—. Nos hemos pasado horas buscándolo.

—Podría ser alguna criatura sobrenatural peligrosa —dijo el decano, testarudo.

—¿Con ese sombrero?

Era un sombrero puntiagudo. En cierto sentido. Una especie de sombrero en punta de los cultos cargo, fabricado a base de bambú partido y hojas de coco con la esperanza de atraer cualquier maguicidad pasajera. Escrita en él, usando conchas sujetas con hierbas, estaba la palabra ECHICERO.

Su dueño miró a los magos sin verlos y, como movido por el repentino recuerdo de algo que tenía que hacer, se abalanzó bruscamente fuera del octógono y se dirigió a la puerta que daba al pasillo.

Los magos lo siguieron con cautela.

—No estoy seguro de creérmelo. ¿Cuántas veces lo vio ocurrir ella?

—No lo sé. Nunca me lo dijo.

—El tesorero camina sonámbulo muchas noches, ya sabes.

—¿De veras? Qué tentador...

Rincewind, si es que ese era el nombre de la criatura, salió a la plaza Sator.

Estaba abarrotada. El aire temblaba sobre los braseros de los vendedores de castañas y de los mercaderes de patatas calientes y traía consigo los tradicionales gritos callejeros de la vieja Ankh—Morpork.

La figura [[7]](#footnote-7)se acercó con sigilo a un hombre flaco y vestido con un abrigo enorme que estaba friendo algo con una sartencilla colocada en la bandeja que llevaba al cuello.

El posible Rincewind agarró el borde de la bandeja.

—¿Tiene... patatas? —gruñó.

—¿Patatas? No, jefe. Tengo salchichas en panecillo.

El posible Rincewind se quedó petrificado. Y luego rompió a llorar.

—¡Salchichas en paneciiiiiiillo! —berreó—. ¡Mis queridas salchichas en—en—en paneciiiiiillooo! ¡Dame una salchicha en paneciiiiillooo!

Agarró tres de la bandeja e intentó comérselas todas al mismo tiempo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Ridcully.

La figura se alejó medio corriendo, medio brincando, con fragmentos de panecillo y de producto porcino cayéndole en cascada de la barba enmarañada.

—Nunca he visto a nadie comerse tres salchichas en panecillo de Ruina Escurridizo y quedarse tan contento —dijo el prefecto mayor.

—Yo nunca he visto a nadie comerse tres salchichas en panecillo de Ruina Escurridizo y quedarse tan de pie —dijo el decano.

—Yo nunca he visto a nadie comerse nada de Escurridizo y largarse sin pagar —dijo el conferenciante de Runas Recientes.

La figura giró felizmente por la plaza, con las lágrimas cayéndole por la cara. Sus rotaciones lo llevaron junto a la salida de un callejón, donde una figura más pequeña se le puso detrás y con cierta dificultad le atizó un golpe en la parte trasera de la cabeza.

El comedor de salchichas cayó sobre sus rodillas, diciendo, para el mundo en general:

—¡Au!

—¡No—no—no—no—no—no y no!

Un hombre bastante más anciano apareció y le quitó la cachiporra de las manos vacilantes al muchacho, mientras la víctima permanecía de rodillas y gemía.

—Creo que deberías pedirle disculpas a este pobre caballero —dijo el anciano—. No sé qué va a pensar. O sea, míralo, con lo fácil que te lo ha puesto y ¿qué has conseguido, eh? O sea, ¿qué pensabas que estabas haciendo?

—Bisbisbisbis, señor Boggis —dijo el muchacho, mirándose los pies.

—¿Qué has dicho? ¡Habla más alto!

—Porrazo Rastrero Desde Arriba, señor Boggis.

—¿Eso era un Porrazo Rastrero Desde Arriba? ¿A eso le llamas Porrazo Rastrero Desde Arriba? Con que Porrazo Rastrero Desde Arriba, ¿eh? ¡Esto...! (disculpe, señor, necesitamos que se levante un momentito, siento las molestias...) ¡esto es un Porrazo Rastrero Desde Arriba!

—¡Aaau! —gritó la víctima, y luego, para sorpresa de todos los interesados, añadió—: ¡Jajajajá!

—Lo que tú has hecho era... (disculpe que le moleste otra vez, señor, terminamos en un momento...) lo que tú has hecho es esto...

—¡Aaau! ¡Jajajajá!

—Muy bien, ¿lo habéis visto todos? Vamos, acercaos...

Media docena más de chicos salieron cabizbajos del callejón y formaron un público desmañado alrededor del señor Boggis, el desafortunado estudiante y la víctima, que estaba dando tumbos en círculos y haciendo ruiditos del tipo «uuuf, uuuf», pero aun así, por alguna razón, pasándolo aparentemente en grande.

—Veamos —dijo el señor Boggis, con el aire de un artesano viejo y hábil que comunica su experiencia profesional a una posteridad ingrata—, cuando estéis incomodando a un cliente desde la típica entrada de callejón, el procedimiento correcto es... Ah, hola, señor Ridcully, no le había visto.

El archicanciller lo saludó amablemente con la cabeza.

—No se interrumpa por nosotros, señor Boggis. Entrenamiento del Gremio de Ladrones, ¿no?

Boggis puso los ojos en blanco.

—Yo no sé qué les enseñan en la escuela —dijo—. Nada más que leer y escribir todo el tiempo. Cuando yo era joven se iba a la escuela a aprender cosas útiles. Vale... Tú, Wilkins, déjate de risitas e inténtalo ahora. Discúlpenos otro momento, señor...

—¡Auuu!

—¡No—no—no—no—no y no! ¡Mi anciana abuela lo haría mejor! Ahora fíjate, te acercas con sigilo, le pones una mano sobre el hombro, aquí, para controlarlo... venga, prueba... y luego, con finura...

—¡Auuu!

—A ver, ¿alguien puede decirme qué es lo que ha hecho mal?

La figura se había alejado a rastras, sin que nadie se diera cuenta aparte de los magos, mientras el señor Boggis se dedicaba a demostrar los detalles más sutiles de la percusión sobre la cabeza usando a Wilkins.

La figura se incorporó como pudo y continuó avanzando por la calle, moviéndose todavía como si estuviera hipnotizada.

—Está llorando —dijo el decano.

—No me extraña —dijo el archicanciller—. Pero ¿por qué está sonriendo al mismo tiempo?

—Curiorífico y curiorífico —dijo el prefecto mayor.

Llena de moretones y posiblemente intoxicada, la figura tomó el camino de vuelta a la universidad, todavía con los magos siguiéndole.

—Debe de querer decir «curiosísimo», ¿verdad? Y aun así no tiene mucho sentido.

Cruzó las puertas pero esta vez aumentó el paso dando tumbos por el vestíbulo principal hasta llegar a la biblioteca.

El Bibliotecario lo esperaba, sosteniendo —con algo parecido a una sonrisita de suficiencia en la cara, y un orangután puede sonreír con verdadera suficiencia— el sombrero desvencijado.

—Asombroso —dijo Ridcully—. ¡Es cierto! ¡Un mago siempre volverá a por su sombrero!

La figura agarró el sombrero, desahució a algunas arañas, tiró su triste componenda de hojas y se puso el sombrero en la cabeza.

Rincewind miró parpadeando al perplejo profesorado. En el fondo de sus ojos se encendió una luz por vez primera, como si hasta el momento hubiera estado funcionando meramente por acto reflejo.

—Esto... ¿qué acabo de comerme?

—Ejem... tres de las mejores salchichas del señor Escurridizo —dijo Ridcully—. Bueno, cuando digo mejores quiero decir «más típicas», ya se puede imaginar.

—Ya veo. ¿Y quién me acaba de golpear?

—Aprendices del Gremio de Ladrones en prácticas.

Rincewind parpadeó.

—Esto es Ankh—Morpork, ¿verdad?

—Sí.

—Me lo parecía. —Rincewind parpadeó lentamente—. Bueno —dijo mientras caía hacia delante—, pues he vuelto.

Lord Hong estaba haciendo volar una cometa. Era algo que hacía a la perfección.

Lord Hong lo hacía todo a la perfección. Sus acuarelas eran perfectas. Su poesía era perfecta. Cuando doblaba papel, cada pliegue era perfecto. Imaginativo, original y definitivamente perfecto. Hacía mucho tiempo que lord Hong había dejado de perseguir la perfección porque ya la tenía encerrada en alguna mazmorra.

Lord Hong tenía veintiséis años, era delgado y guapo. Llevaba unas gafas de montura metálica muy pequeñas y muy redondas. Cuando se le pedía que lo describiera, la gente solía usar la palabra «pulcro» o incluso «barnizado». Se había hec[[8]](#footnote-8)ho con la jefatura de una de las familias más influyentes del Imperio gracias a la aplicación incansable, la concentración total de sus facultades mentales y a seis muertes bien ejecutadas. La última había sido la de su padre, que murió feliz sabiendo que su hijo estaba manteniendo una larga tradición familiar. Las familias más antiguas veneraban a sus antepasados, y no veían nada malo en unirse prematuramente a sus filas.

Ahora su cometa, aquella cometa negra con dos ojos enormes, salió disparada por el cielo. No hace falta decir que lord Hong había calculado el ángulo a la perfección. El hilo de la cometa, rebozado con pegamento y cristal molido, cortó los hilos de sus competidores y mandó sus cometas volando hacia la nada.

Los asistentes aplaudieron con cortesía. La gente solía considerar recomendable aplaudir a lord Hong.

Le pasó el hilo a un sirviente, saludó brevemente con la cabeza a los demás concursantes y echó a andar hacia su tienda de campaña.

Una vez dentro se sentó y miró a su visitante.

—¿Y bien? —preguntó.

—Hemos enviado el mensaje —dijo el visitante—. No nos ha visto nadie.

—Al contrario —dijo lord Hong—. Os han visto veinte personas. ¿Sabes lo difícil que le resulta a un guardia mirar recto hacia delante y no ver nada cuando hay gente merodeando a su alrededor haciendo más ruido que un ejército y susurrándose entre ellos que no hagan ruido? Con franqueza, tu gente no parece poseer chispa revolucionaria. ¿Y qué te pasa en la mano?

—Me la ha mordido el albatros.

Lord Hong sonrió. Se le ocurrió que tal vez el ave había confundido a su visitante con una anchoa, y con cierta razón. Tenía la misma expresión de pez en los ojos.

—No lo entiendo, oh señor —dijo el visitante, que se llamaba Dos Fuego Hierba.

—Bien.

—¿Pero ellos creen en el Gran Echicero y vos queréis que venga aquí?

—Oh, ciertamente. Tengo a mis... hombres en —pronunció con cuidado las sílabas extranjeras— Anj—Mor—Pork. Aquel a quien insensatamente llaman Gran Echicero existe, sí, pero deja que te diga que es famoso por su incompetencia, su cobardía y su falta de carácter. Más que famoso, es casi proverbial. Así que creo que el Ejército Rojo debería tener a su líder, ¿no crees? Les... levantará la moral.

Volvió a sonreír.

—Así es la política.

—Ah.

—Ahora márchate.

Lord Hong cogió un libro mientras su visitante se marchaba. Pero apenas era un libro propiamente dicho: no eran más que pedazos de papel sujetos con cordeles, y el texto estaba escrito a mano.

Lo había leído muchas veces. Le seguía divirtiendo, sobre todo porque el autor se las había apañado para equivocarse sobre un montón de cosas.

Ahora, cada vez que terminaba una página, la arrancaba y, mientras leía la siguiente, se dedicaba a doblar cuidadosamente el papel en forma de crisantemo.

—El Gran Hechicero —dijo en voz alta—. Oh, sí. Muy grande.

Rincewind se despertó. Había sábanas limpias y nadie estaba diciendo «mírale en los bolsillos», así que clasificó aquello como un inicio prometedor.

Mantuvo los ojos cerrados, solamente por si acaso había alguien alrededor que en cuanto lo viera despierto se dedicara a complicarle la vida.

Unas voces masculinas y ancianas discutían.

—No lo entendéis. El tipo siempre salva el pellejo. No paráis de contarme que ha tenido un montón de aventuras y miradlo, sigue vivo.

—¿Qué quiere decir? ¡Pero si está lleno de cicatrices!

—A eso mismo me refiero, decano. Y la mayoría en la espalda. El tipo deja los problemas atrás. Alguien de Ahí Arriba le sonríe.

Rincewind hizo una mueca. Siempre había sido consciente de que Alguien de Ahí Arriba le estaba haciendo algo. Nunca se le había ocurrido que fuera sonreír.

—¡Ni siquiera es un mago de verdad! ¡Nunca sacó más de un dos por ciento en sus exámenes!

—Creo que se ha despertado —dijo alguien.

Rincewind se rindió y abrió los ojos. Un buen surtido de caras barbudas y excesivamente rosadas le miraba desde arriba.

—¿Cómo te sientes, amigo? —preguntó una de ellas, ofreciéndole una mano—. Me llamo Ridcully. Soy el archicanciller. ¿Cómo te sientes?

—Todo va a salir mal —dijo Rincewind llanamente.

—¿Qué quieres decir, amigo mío?

—Lo sé. Todo va a salir mal. Va a suceder algo terrible. Ya me parecía a mí que todo iba demasiado bien.

—¿Lo ve? —dijo el decano—. Cientos de piernecitas. Se lo dije. ¿Por qué no me escucha nunca?

Rincewind se incorporó:

—No empiecen a ser amables conmigo —dijo—. No empiecen a ofrecerme uvas. Nadie me quiere nunca para nada bueno. —Por la mente le pasó flotando un recuerdo confuso de su pasado más reciente y experimentó un fugaz momento de pesar por el hecho de que las patatas, situadas en primer plano de su mente en aquel momento, no ocuparon la misma posición en la mente de la joven señorita. Nadie que vistiera de aquella manera, empezaba a darse cuenta, podía estar pensando en ninguna clase de tubérculo vegetal.

Suspiró.

—Muy bien. ¿Qué pasa ahora?

—¿Cómo te sientes?

Rincewind negó con la cabeza.

—No me gusta —dijo—. Odio que la gente sea amable conmigo. Significa que va a pasar algo malo. ¿Les importa gritarme?

Ridcully se había hartado.

—¡Sal de esa cama repugnante hombrecillo y sígueme ahora mismo o las cosas se te van a poner muy feas!

—Ah, eso está mejor. Ahora me siento como en casa. Ahora sí que pisamos terreno firme —dijo Rincewind en tono lúgubre. Dejó colgar las piernas por el borde de la cama y se puso de pie con cuidado.

Ridcully se detuvo a mitad de camino hacia la puerta, donde se había alineado el resto de los magos.

—¿Runas?

—¿Sí, archicanciller? —preguntó el conferenciante de Runas Recientes con una voz que rezumaba inocencia.

—¿Qué es eso que tienes a la espalda?

—¿Disculpe, archicanciller? —preguntó el conferenciante de Runas Recientes.

—Parece alguna clase de herramienta —dijo Ridcully.

—Ah, esto —dijo el conferenciante de Runas Recientes, como si justo acabara de ver el mazo de cuatro kilos que tenía en la mano—. ¡Caramba! Es un martillo, ¿no? Anda. Un martillo. Supongo que debo de... haberlo cogido en alguna parte. Ya sabe. Para que no estuviera tirado por ahí.

—Y no puedo evitar fijarme —dijo Ridcully— en que el decano parece estar intentando disimular un hacha de batalla entre su ropa.

De la espalda del catedrático de Estudios Indefinidos salió un tañido oscilante y musical.

—Y eso me ha sonado a una sierra —dijo Ridcully—. ¿Hay alguien aquí que no esté escondiendo algún utensilio? Bien. ¿Le importaría a alguien explicarme qué demonios creéis que estáis haciendo?

—Ja, usted no sabe lo que era —murmuró el decano, evitando la mirada del archicanciller—. En aquella época un hombre no se atrevía a volverse de espaldas ni cinco minutos. Uno oía los pasos de aquellos malditos pies y...

Ridcully no le escuchó. Pasó un brazo por los hombros huesudos de Rincewind y encabezó la comitiva hacia la Gran Sala.

—Bueno, pues, Rincewind —dijo—, me dicen que no se te da nada bien la magia.

—Es verdad.

—¿Nunca aprobaste ningún examen ni nada?

—Me temo que ninguno.

—Pero todo el mundo te llama Rincewind el mago.

Rincewind se miró los pies.

—Bueno, más o menos trabajé aquí como ayudante de bibliotecario...

—... Como número dos de un simio... —dijo el decano.

—... Y, ya sabe, hacía apaños por aquí y por allí y, bueno, ayudaba un poquillo...

—Eh, ¿alguien ha oído eso? El número dos de un simio. Me ha parecido bastante ingenioso.

—Pero lo cierto es que nunca has tenido derecho a ostentar el título de mago, ¿no?

—Supongo que en teoría no...

—Ya veo. Pues eso sí es un problema...

—Tengo un sombrero con la palabra «Echicero» escrita —dijo Rincewind en tono esperanzado.

—Me temo que no sirve de mucho. Hum. Esto nos plantea una pequeña dificultad, me temo. Veamos... ¿Cuánto tiempo puedes contener la respiración?

—No lo sé. Un par de minutos. ¿Es importante?

—Lo es en el contexto de que lo claven a uno cabeza abajo a una de las columnas del Puente de Latón durante dos mareas altas y luego lo decapiten, lo cual, me temo, es el castigo que prevén los estatutos para quien se hace pasar por mago. Lo he consultado. Nadie lo siente más que yo, te lo aseguro. Pero la tradición es la tradición.

—¡Oh, no!

—Lo siento. No hay alternativa. Si no fuera así estaríamos hasta el cuello de gente llevando sombreros puntiagudos sin ningún derecho a ello. Es una lástima terrible. Yo no puedo hacer nada. Ya me gustaría. Tengo las manos atadas. Los estatutos dicen que solamente se puede ser mago si uno pasa por la universidad de la forma normal o bien si lleva a cabo algún servicio muy beneficioso para la magia, y me temo que...

—¿No pueden devolverme a mi isla? A mí me gustaba mucho. ¡Era aburrida!

Ridcully negó tristemente con la cabeza.

—No puedo, lo siento. La infracción se ha estado cometiendo a lo largo de muchos años. Y como no has aprobado ningún examen ni tampoco has llevado a cabo —Ridcully levantó ligeramente la voz— ningún servicio muy beneficioso para la magia, me temo que tendré que dar instrucciones a los canceleros para que traiga[[9]](#footnote-9)n unas cuerdas y...

—Esto... creo que debo de haber salvado el mundo un par de veces —dijo Rincewind—. ¿Ayuda eso?

—¿Te ha visto hacerlo alguien de la universidad?

—No, no creo.

Ridcully negó con la cabeza.

—Entonces probablemente no cuenta. Es una lástima, porque si hubieras llevado a cabo algún servicio muy beneficioso para la magia, entonces yo estaría encantado de permitirte conservar ese sombrero y, por supuesto, algo donde ponértelo.

Rincewind parecía alicaído. Ridcully suspiró e hizo un último intento.

—Así pues —dijo— como parece que ni has aprobado tus exámenes NI HAS LLEVADO A CABO UN SERVICIO MUY BENEFICIOSO PARA LA MAGIA, entonces...

—Supongo... que podría intentar llevar a cabo algún gran servicio, ¿no? —dijo Rincewind con la expresión de alguien que sabe que la luz al final del túnel es un tren que se acerca.

—¿De veras? ¿Hum? Bueno, es una idea interesante —dijo Ridcully.

—¿De qué clase de servicio se trata?

—Oh, lo normal es que se te pida, por poner un ejemplo, que vayas a cumplir una misión, o que encuentres la respuesta a alguna pregunta muy antigua e importante... ¡¿ Qué demonios es esa cosa con tantas piernas?!

Rincewind ni siquiera se molestó en darse la vuelta. La expresión en la cara de Ridcully, que ahora miraba por encima de su hombro, le resultaba bastante familiar.

—Ah —dijo—. Creo que esa me la sé.

La magia no es como las matemáticas. Igual que el propio Mundodisco, la magia se atiene más al sentido común que a la lógica. Y tampoco es como la cocina. Una tarta es una tarta. Mezcla bien los ingredientes, cuécelos a la temperatura adecuada y tendrás una tarta. Ningún guiso requiere rayos de luz de luna. Ningún soufflé ha exigido nunca que lo mezcle una virgen.

Y sin embargo, todos los aquejados de una predisposición inquisitiva se han preguntado a menudo si existen reglas para la magia. Se conocen más de quinientos hechizos para asegurarse el amor de otra persona, que van desde trastear con semillas de helecho a medianoche hasta hacer algo más bien desagradable con un cuerno de rinoceronte a una hora no especificada, aunque probablemente no después de comer. ¿Acaso era posible (se preguntaban las mentes inquisitivas) que un análisis de todos aquellos hechizos pudiera revelar algún pequeño y poderoso denominador común, algún metahechizo, alguna simple y pequeña ecuación que pudiera alcanzar el fin requerido de forma mucho más simple y de paso supusiera un enorme alivio para todos los rinocerontes?

Para responder a esas preguntas se había construido a Hex, aunque a Ponder Stibbons le incomodaba un poco la palabra «construido» en aquel contexto. Él y unos pocos estudiantes entusiastas lo habían montado, estaba claro, pero... bueno... a veces le parecía que algunas partes de Hex, por extraño que sonara, simplemente habían aparecido.

Por ejemplo, estaba bastante seguro de que nadie había diseñado el Generador de Fase de la Luna, pero allí estaba, claramente era parte de aquel todo. El Reloj de Tiempo Irreal sí que lo habían construido ellos, aunque nadie parecía tener una idea muy clara de cómo funcionaba.

Lo que sospechaba que tenían entre manos era un caso especializado de causación formativa, algo que siempre suponía un riesgo en un lugar como la Universidad Invisible, donde la realidad se tensaba muchísimo y por tanto la azotaban muchos vientos extraños. De ser así, entonces no estaban exactamente diseñando algo. Simplemente le estaban poniendo ropajes físicos a una idea que ya estaba allí, a la sombra de algo que había estado esperando para existir.

Le había explicado largo y tendido al profesorado que Hex no pensaba. Era obvio que no podía pensar. Una parte del mismo eran mecanismos de relojería. La parte más grande la formaba una granja de hormigas gigante (la interfaz, donde las hormigas subían y bajaban por un pequeño montacargas que hacía girar una rueda dentada con indicadores, era en su opinión una pequeña obra maestra), y el avance intrincadamente controlado de las hormigas por su laberinto de tubos de cristal era la parte más importante del todo.

Pero muchos componentes del artefacto simplemente se habían... acumulado, como el acuario y los sonajeros, que ahora parecían esenciales. Un ratón había hecho su nido en el centro de todo y se le había permitido establecerse allí, puesto que la máquina dejó de funcionar cuando lo sacaron. Nada en aquel constructo era capaz de pensar, salvo de forma muy limitada y siempre sobre azúcar o queso. Y sin embargo... en medio de la noche, cuando Hex estaba trabajando duro y en los tubos se oía el ajetreo de las hormigas, cuando las cosas hacían «clanc» sin razón aparente y habían bajado el acuario de sus pescantes para que el operador tuviera algo que mirar durante las largas horas... entonces, sin embargo, un hombre podía empezar a especular sobre qué era un cerebro y qué era el pensamiento y sobre si las cosas que no estaban vivas podían pensar y sobre si un cerebro no era tan solo una versión más complicada de Hex (o bien, sobre las cuatro de la mañana, cuando algunas partes del mecanismo cambiaban de pronto de dirección y los ratones se ponían a chillar, una versión menos complicada de Hex) y a preguntarse si el todo producía algo que no era al parecer inherente a las partes.

En resumen, Ponder estaba un poquitín preocupado.

Se sentó ante el teclado. Era casi tan grande como el resto de Hex, para que cupieran en él las distintas palancas y bobinas. Las diferentes teclas accionaban una serie de tablas con agujeros que se insertaban brevemente en algunas ranuras y obligaban a las hormigas a tomar caminos distintos.

Tardó un poco en componer el problema, pero por fin apoyó el pie en la estructura y tiró de la palanca de «Intro».

Las hormigas corretearon por nuevos caminos. La maquinaria se puso en movimiento. Empezó a girar un pequeño mecanismo que Ponder podría jurar que no estaba allí el día anterior, pero que parecía un artilugio para medir la velocidad del viento.

Al cabo de varios minutos una serie de bloques con símbolos esotéricos cayeron en la ranura de salida.

—Gracias —dijo Ponder, y luego se sintió extremadamente estúpido por haberlo dicho.

La cosa desprendía una sensación de tensión, de pugna silenciosa hacia alguna meta lejana e incomprensible. Como mago, era algo que Ponder solamente había encontrado hasta entonces en las bellotas: una vocecilla muda que decía, sí, no soy más que un objeto pequeño, verde y simple, pero sueño con bosques.

Hacía nada más un par de días Adrián Turnipseed había tecleado «¿Por qué?» para ver qué pasaba. Algunos estudiantes habían predicho que Hex se volvería loco intentando resolver aquello. Ponder había esperado que Hex emitiera el mensaje «?????», cosa que hacía con una frecuencia deprimente.

En cambio, después de cierta actividad inusual por parte de las hormigas, el mensaje que emitió laboriosamente fue: «Porque».

Mientras todos los demás observaban desde detrás de una mesa volcada a toda prisa, Turnipseed se presentó voluntario para teclear: «¿Por qué algo?».

La respuesta apareció finalmente: «Porque todo.????? Error de dominio eterno. +++++Reinicie el Sistema+++++».

Nadie sabía quién era «Reinicie el Sistema» ni tampoco por qué estaba enviando mensajes. Pero no hubo más preguntas graciosas. Nadie quería arriesgarse a recibir las respuestas.

Aquello fue poco antes de que la cosa parecida a un paraguas roto con arenques encima apareciera justo detrás de la cosa parecida a una pelota de playa que hacía «parp» cada catorce minutos.

Por supuesto, los libros de magia desarrollaban cierta... personalidad propia, derivada de la enorme cantidad de poder que había en sus páginas. Por eso era una insensatez entrar en la biblioteca sin un palo. Y ahora Ponder había ayudado a construir una máquina para estudiar la magia. Los magos siempre habían sabido que el acto de la observación cambiaba la cosa observada, y a veces se olvidaban de que también cambiaba al observador.

Estaba empezando a sospechar que Hex se estaba rediseñando a sí mismo.

Y acababa de darle las gracias. A una cosa que parecía creada por un soplador de cristal con hipo.

Miró el conjuro que acababa de emitir la máquina, lo apuntó a toda prisa y salió corriendo.

Hex hizo «clic» para sí mismo en la sala ahora vacía. La cosa que hacía «parp» hizo parp. El Reloj de Tiempo Irreal hizo tictac de lado.

Hubo un ruido metálico en la ranura de salida.

«De nada. ++?????++ Error por falta de queso. Reinicie el Sistema.»

Habían pasado cinco minutos.

—Fascinante —dijo Ridcully—. Madera de peral sabio, ¿eh? —Se arrodilló para intentar verlo por debajo.

El Equipaje se apartó. Estaba acostumbrado a suscitar terror, horror, miedo y pánico. Casi nunca había despertado antes interés.

El archicanciller se puso de pie y se sacudió el polvo.

—Ah —dijo, mientras se acercaba una figura enana—. Aquí viene el jardinero con la escalera. El decano está en la lámpara de araña, Modo.

—Estoy muy bien aquí, se lo aseguro —dijo una voz desde las regiones del techo—. ¿Alguien podría tener la amabilidad de subirme mi té?

—Y me ha asombrado que el prefecto mayor pudiera caber en el aparador —dijo Ridcully—. Es asombroso cuánto puede doblarse un hombre.

—Yo... estaba examinando la cubertería —dijo una voz desde las profundidades de un cajón.

El Equipaje abrió la tapa. Varios magos saltaron hacia atrás enseguida.

Ridcully examinó los dientes de tiburón clavados aquí y allá en la madera.

—¿Y dices que mata tiburones? —preguntó.

—Oh, sí —dijo Rincewind—. A veces los arrastra hasta la orilla y se pone a saltar encima de ellos.

Ridcully estaba impresionado. La madera de peral sabio era muy escasa en las regiones entre las Montañas del Carnero y el Mar Circular. Probablemente no quedaran árboles vivos. Unos pocos magos tenían la suerte de haber heredado bastones hechos de aquella madera.

La economía de emociones era uno de los puntos fuertes de Ridcully. Se había sentido impresionado. Se había sentido fascinado. Incluso se había quedado un poco pasmado cuando la cosa aterrizó en medio de los magos y provocó la notable gesta de aceleración vertical del decano. Pero no tuvo miedo, porque le faltaba la imaginación necesaria.

—Por todos los dioses —dijo un mago.

El archicanciller levantó la vista.

—¿Sí, tesorero?

—Es este libro que el decano me ha prestado, Mustrum. Trata de los simios.

—No me digas.

—Es fascinante de verdad —dijo el tesorero, que estaba en la parte intermedia de su ciclo mental y por tanto ligeramente presente en el planeta correcto, aunque aislado del mismo por ocho kilómetros de algodón mental—. Y es verdad lo que dijo. Aquí pone que un orangután macho adulto no desarrolla los discos faciales grandes y vistosos a menos que sea el macho dominante.

—¿Y eso es fascinante, quieres decir?

—Bueno, sí, porque el nuestro no los tiene. Y me pregunto por qué. Está claro que domina la biblioteca, me parece a mí.

—Ah, sí—dijo el prefecto mayor—, pero también sabe que es un mago. Y la verdad es que no domina la universidad entera.

Uno por uno, a medida que asimilaban la idea, se quedaron mirando sonrientes al archicanciller.

—¡Dejad de mirarme las mejillas así! —dijo Ridcully—. ¡Yo no domino a nadie!

—Solamente estaba...

—¡Ya podéis cerrar el pico todos o habrá problemas de los gordos!

—Tiene que leerlo usted —dijo el tesorero, todavía viviendo feliz en el valle de las ranas desecadas—. Es asombroso lo que se aprende.

—¿Qué? Como por ejemplo... ¿a enseñar el culo a la gente? —preguntó el decano, desde lo alto.

—No, decano. Eso lo hacen los babuinos —dijo el prefecto mayor.

—Disculpa, pero creo que se puede comprobar que se trata de los gibones —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos.

—No, los gibones son los que ululan. Para ver traseros, lo mejor son los babuinos.

—Bueno, al menos a mí el nuestro nunca me ha enseñado el trasero —dijo el archicanciller.

—Ja, no se lo enseñaría a usted, ¿verdad? —dijo una voz desde la lámpara de araña—. Como es usted el macho dominante y todo eso...

—¡Dos Sillas, baja aquí ahora mismo!

—Me temo que estoy enganchado, Mustrum. Hay una vela que me plantea dificultades.

—¡Ja!

Rincewind negó con la cabeza y se alejó con paso errático. Estaba claro que había habido algunos cambios en el lugar desde que él vivía allí, y, ya puestos, no sabía cuánto tiempo hacía de aquello...

Él nunca había pedido una vida emocionante. Lo que de verdad le gustaba, lo que siempre andaba buscando, era el aburrimiento. El problema era que el aburrimiento tenía tendencia a explotarle a uno en la cara. Justo cuando creía haberlo encontrado se veía involucrado de pronto en lo que suponía que otra gente —gente inconsciente e irresponsable— llamaría una aventura. Y se veía obligado a visitar muchas tierras extrañas y a conocer a gente exótica y llamativa, aunque no tenía mucho tiempo para conocerla porque normalmente estaba corriendo. Había presenciado la creación del universo, aunque no desde un buen asiento, y había visitado el Infierno y la Otra Vida. Lo habían capturado, encarcelado, rescatado, se había perdido y lo habían abandonado en una isla desierta. Y a veces todas aquellas cosas habían pasado en un solo día.

¡Aventuras! La gente hablaba de aquella idea como si fuera algo que valiera la pena, en lugar de un desastre compuesto de comida mala, falta de sueño y gente extraña que intentaba inexplicablemente clavar objetos afilados en partes de uno.

El problema fundamental, había llegado a creer Rincewind, era que sufría de karma preventivo. Si existía la más remota posibilidad de que pudiera pasarle algo bueno en un futuro cercano, algo malo le sucedería ya mismo. Y luego le seguía sucediendo durante toda la parte donde tenían que pasarle las cosas buenas, de forma que nunca podía experimentarlas. Era como si siempre tuviera la indigestión antes de la comida y se sintiera tan terriblemente mal que nunca consiguiera comer nada.

En alguna parte del mundo, razonó, había alguien sentado al otro lado del balancín, una especie de reflejo invertido de Rincewind cuya vida era una sucesión de acontecimientos maravillosos. Confiaba en conocerlo algún día, preferiblemente llevando algún arma en la mano.

Ahora la gente farfullaba algo relacionado con enviarlo al Continente Contrapeso. Había oído que la vida por allí era aburrida. Y Rincewind ansiaba el aburrimiento.

Le había gustado de verdad aquella islita. Había disfrutado de los Cocos Sorpresa. Los abrías y, eh, había coco dentro. Aquella era la clase de sorpresas que le gustaban.

Abrió una puerta.

El lugar que había al otro lado había sido su habitación. Estaba hecha un desastre. Había un ropero grande y desvencijado y nada más en materia de muebles propiamente dichos, a menos que uno quisiera ampliar el término para incluir una silla de mimbre sin asiento y con tres patas y un colchón tan lleno de esa vida que habita los colchones que de vez en cuando se movía a rastras por el suelo y chocaba con las cosas. El resto de la sala era una alfombra de objetos acarreados de la calle: cajas viejas, trozos de tablones, sacos...

Rincewind sintió un nudo en la garganta. Habían conservado su habitación tal como estaba.

Abrió el ropero y hurgó en la oscuridad plagada de polillas del interior hasta que su mano localizó...

... una oreja...

... que estaba pegada a un enano.

—¡Au!

—¿Qué estás haciendo en mi ropero? —dijo Rincewind.

—¿Ropero? Esto... Esto... ¿Acaso no es este el Reino Mágico de las Delicias? —preguntó el enano, intentando no parecer culpable.

—No, y esos zapatos que tienes en la mano no son las Joyas Doradas de la Reina de las Hadas —dijo Rincewind, arrebatándolos de las manos del ladrón—. Y esta no es la Vara de la Invisibilidad y estos no son los Calcetines Maravillosos del Gigante Narizquejosa, pero esta es mi bota...

—¡Au!

—¡Y no vuelvas por aquí!

El enano echó a correr hacia la puerta y se detuvo un momento para gritar:

—¡Tengo carnet del Gremio de Ladrones! ¡Y a los enanos no se les pega! ¡Es especiesismo!

—Bien —dijo Rincewind, recuperando artículos de ropa.

Encontró otra túnica y se la puso. Aquí y allá las polillas habían estado desarrollando su talento para el encaje y la mayor parte del color rojo se había vuelto naranja o marrón, pero para su alivio se trataba de una verdadera túnica de mago. No es fácil ser un imponente usuario de la magia si se te ven las rodillas.

Unos pasos suaves se detuvieron tras su espalda. Se dio la vuelta.

—Ábrete.

El Equipaje levantó obedientemente la tapa. En teoría tendría que haber estado lleno de tiburón. En la práctica estaba medio lleno de cocos. Rincewind los fue dejando en el suelo y metió dentro el resto de la ropa.

—Ciérrate.

La tapa se cerró con un golpe.

—Ahora baja a la cocina y consígueme algunas patatas.

El baúl hizo un complejo giro de ciento ochenta grados con sus muchas piernas y se alejó al trote. Rincewind salió tras él y se dirigió al estudio del archicanciller. Tras de sí todavía podía oír la discusión de los magos.

Se había ido familiarizando con aquel estudio a lo largo de sus años en la Universidad Invisible. Por lo general acudía allí para responder preguntas difíciles, del tipo: «¿Cómo puede nadie sacar una nota negativa en Ignición Básica?». Había pasado mucho tiempo mirando el mobiliario mientras la gente lo arengaba.

Allí también había habido cambios. Habían desaparecido los alambiques y los botellones burbujeantes que constituían el atrezo tradicional de la magia. El estudio de Ridcully estaba dominado por una mesa grande de billar sobre la que había ido amontonando papeles hasta que no quedó espacio para ninguno más y no se veía nada del fieltro verde. Ridcully daba por sentado que nada que la gente tuviera tiempo para apuntar podía ser importante.

Las cabezas disecadas de una serie de animales sorprendidos lo miraban desde arriba. De las astas de un ciervo colgaban un par de botas corroídas que Ridcully había ganado de joven cuando fue campeón de remo en la universidad.

En una esquina d[[10]](#footnote-10)e la sala había una maqueta en gran tamaño del Mundodisco apoyado en cuatro elefantes de madera. Rincewind la conocía bien. Todos los estudiantes la conocían...

El Continente Contrapeso era una mancha. Era una mancha con forma: con una forma de coma no muy hospitalaria. Los marineros habían traído noticias de allí. Decían que por uno de sus lados daba a una serie de islas de gran tamaño que se desplegaban alrededor del Disco hasta la isla todavía más misteriosa de Bhangbhangduc y el continente completamente mítico conocido únicamente en los mapas como «XXXX».

No es que muchos marineros se acercaran al Continente Contrapeso. Se sabía que el Imperio Ágata toleraba un tráfico muy pequeño de contrabando. Presumiblemente en Ankh—Morpork había cosas que les interesaban. Pero nada era oficial. Los barcos podían regresar cargados de seda y de maderas exóticas, y últimamente con algunos refugiados de mirada desesperada, o bien podían regresar con el capitán remachado cabeza abajo en el mástil, o simplemente no regresar.

Rincewind había estado casi en todas partes, pero el Continente Contrapeso era una tierra ignota, también conocida como terror incognita. No se imaginaba para qué demonios iban a querer a ningún mago.

Rincewind suspiró. Sabía lo que le tocaba hacer ahora.

Ni siquiera tenía que esperar a que el Equipaje regresara de su periplo a las cocinas, y los ruidos de gritos y de algo recibiendo repetidos golpes de una gran cacerola para confituras sugerían que estaba cumpliendo con su encargo.

Simplemente tenía que reunir lo que pudiera cargar y largarse de allí con viento fresco. Iba a...

—Ah, Rincewind —dijo el archicanciller, que caminaba de forma asombrosamente silenciosa para ser un hombre tan corpulento—. Veo que ya tiene ganas de partir.

—Ciertamente —dijo Rincewind—. Oh, sí. Muchas ganas.

El Ejército Rojo estaba reunido en sesión secreta. Iniciaron la reunión cantando canciones revolucionarias, y como la desobediencia a la autoridad no era algo que le saliera natural al temperamento agateo, sus canciones tenían títulos como «Progreso Constante y Desobediencia Limitada Mientras Observamos unos Buenos Modales Correctamente Formulados».

Después llegó la hora de las noticias.

—El Gran Hechicero va a venir. Hemos enviado el mensaje corriendo un grave peligro personal.

—¿Cómo nos enteraremos de su llegada?

—Si es el Gran Hechicero, nos enteraremos. Y luego...

—¡Derrotaremos con Delicadeza a las Fuerzas de la Represión! —gritaron a coro.

Dos Fuego Hierba miró al resto de la unidad.

—Exacto —dijo—. Y luego, camaradas, tenemos que golpear en el mismo corazón de la podredumbre. ¡Tenemos que asaltar el Palacio de Invierno!

El grupo guardó silencio. Luego alguien dijo:

—Perdona, Dos Fuego Hierba, pero estamos en junio.

—¡Entonces podemos asaltar el Palacio de Verano!

Una sesión similar, aunque sin cánticos y con unos participantes bastante mayores, estaba teniendo lugar en la Universidad Invisible, aunque un miembro del Consejo Universitario se había negado a bajar de la lámpara de araña. Aquello resultaba una molestia considerable para el Bibliotecario, que era quien solía ocuparla.

—Muy bien, si no confían ustedes en mis cálculos, ¿cuáles son entonces las alternativas? —preguntó Ponder Stibbons en tono acalorado

—¿Ir en barco? —sugirió el catedrático de Estudios Indefinidos.

—Se hunden —dijo Rincewind.

—Podemos hacerte llegar en un periquete —dijo el prefecto mayor—. Al fin y al cabo somos magos. Podemos proporcionarte una bolsa de vientos para ti solo.

—Ah. Eso es un trabajo para el decano —dijo Ridcully en tono agradable.

—Lo he oído —dijo una voz desde lo alto.

—Por tierra —dijo el conferenciante de Runas Recientes—. ¿Subiendo y rodeando el Eje? Es hielo durante prácticamente todo el camino.

—No —dijo Rincewind.

—Pero no se puede hundir uno en el hielo.

—No. Uno se resbala primero y luego se hunde y luego el hielo le golpea en la cabeza. Sin contar a las ballenas asesinas. Y unas focas enormes com lof diemtef afí.

—Esto es descabellado, lo sé —dijo el tesorero en tono jovial.

—¿El qué? —preguntó el conferenciante de Runas Recientes.

—Esta parte de la cabeza donde se me está cayendo el pelo.

Hubo un breve silencio avergonzado.

—Por todos los dioses, ¿ya es tan tarde? —dijo el archicanciller, sacándose el reloj del bolsillo—. Ah, pues sí. Tienes el frasco en tu bolsillo izquierdo, amigo. Tómate tres.

—No, la magia es la única forma —dijo Ponder Stibbons—. Funcionó cuando lo trajimos aquí, ¿no?

—Oh, sí—dijo Rincewind—. ¿Quieren enviarme a miles de kilómetros con los pantalones en llamas y sin saber siquiera en dónde voy a aterrizar? Sí, claro, eso es ideal, claro.

—Bien —dijo Ridcully, un hombre impermeable al sarcasmo—. Es un continente grande. No podemos errar el tiro ni siquiera con los precisos cálculos del señor Stibbons.

—Supongan que termino incrustado dentro de una montaña —dijo Rincewind.

—No es posible. Al hacer el hechizo la roca será transportada aquí—dijo Ponder, a quien no le había gustado la bromita sobre sus matemáticas.

—Así que seguiré incrustado dentro de una montaña pero en un agujero con mi forma —dijo Rincewind—. Genial. Un fósil instantáneo.

—No te preocupes —dijo Ridcully—. No es más que cuestión de... como se diga, ya sabes, todo ese rollo de que tres ángulos rectos forman un triángulo...

—¿Es posible que esté hablando de la geometría? —preguntó Rincewind, mirando la puerta de reojo.

—Una cosa de esas, sí. Y llevarás contigo tu asombroso artículo de Equipaje. Vaya, que será como unas vacaciones. Será fácil. Lo más probable es que solamente quieran... quieran... preguntarte alguna cosa o algo así. Y tengo entendido que se te dan muy bien los idiomas, así que no hay problema por ahí. Probablemente no te[[11]](#footnote-11) lleve más que dos horas. ¿Por qué murmuras «ja» todo el tiempo?

—¿Estaba haciéndolo?

—Y todo el mundo se sentirá muy agradecido si vuelves.

Rincewind miró al consejo que estaba a su alrededor y, en un caso, arriba.

—¿Cómo voy a volver? —dijo.

—Igual que te marchas. Te encontraremos y te sacaremos de allí. Con precisión quirúrgica.

Rincewind gimió. Sabía lo que se entendía en Ankh—Morpork por precisión quirúrgica. Quería decir «con cinco centímetros de margen como mucho, con el acompañamiento de un montón de gritos, y luego te echan alquitrán caliente justo donde tenías la pierna».

Pero... si uno dejaba de lado por un momento la certeza de que definitivamente algo iba a salir horriblemente mal, aquello parecía hecho a prueba de tontos. El problema era que los magos eran unos tontos muy ingeniosos.

—¿Y luego me devolverán mi antiguo trabajo?

—Ciertamente.

—¿Y podré llamarme oficialmente hechicero?

—Por supuesto. En cualquiera de sus variantes ortográficas.

—¿Y nunca más tendré que ir a ninguna parte mientras viva?

—Muy bien. Si quieres, incluso te prohibiremos que salgas del recinto.

—¿Y un sombrero nuevo?

—¿Qué?

—Un sombrero nuevo. Este ya está casi para tirar.

—Dos sombreros nuevos.

—¿Con lentejuelas?

—Claro que sí. Y esas cosas, ya sabes, esas cosas que son como las cositas de las lámparas de araña. Muchas de esas colgando del ala. Tantas como quieras. Y escribiremos Ecicero sin dejar ninguna hache.

Rincewind suspiró.

—Venga, de acuerdo. Lo haré.

La genialidad de Ponder se quedaba un poco acartonada cuando se trataba de explicar cosas a la gente. Y ese era el caso en aquel momento, mientras los magos se congregaban para lanzar un hechizo de los gordos.

—Sí, pero fíjese, archicanciller, lo estamos mandando al lado opuesto del Disco, ¿sabe...?

Ridcully suspiró:

—El Disco gira, ¿no es verdad? —dijo—. Todos vamos en la misma dirección. Es una cuestión de sentido común. Si la gente fuera al revés solamente porque están en el Continente Contrapeso nos chocaríamos con ellos una vez al año. Quiero decir, dos veces.

—Sí, sí, están girando en la misma dirección, claro, pero el sentido del movimiento es totalmente opuesto. O sea —dijo Ponder, cayendo en la lógica sin darse cuenta—, tiene que pensar en vectores... tiene... tiene que preguntarse: ¿en qué dirección irían si el Disco no estuviera?

Los magos se le quedaron mirando.

—Hacia abajo —dijo Ridcully.

—No, no, no, archicanciller —dijo Ponder—. No se irían hacia abajo porque no habría nada que tirara de ellos hacia abajo, simplemente...

—No hace falta que nada tire de ti hacia abajo. Abajo es donde uno va si no hay nada que lo aguante.

—¡Seguirían yendo en la misma dirección! —gritó Ponder.

—Exacto. Dando vueltas y vueltas —dijo Ridcully. Se frotó las manos—. Tienes que mantener la calma si quieres ser un mago, chico. ¿Cómo va todo, Runas?

—Veo... veo algo —dijo el conferenciante de Runas Recientes, atisbando en la bola de cristal—. Hay un buen montón de interferencias...

Los magos se agolparon a su alrededor. El cristal estaba lleno de motas blancas. En medio de la neblina se distinguían apenas algunas formas borrosas. Algunas podrían ser humanas.

—Un lugar muy pacífico, el Imperio Ágata —dijo Ridcully—. Muy plácido. Muy culto. Le dan una gran importancia a la urbanidad.

—Bueno, sí —dijo el conferenciante de Runas Recientes—. He oído que es porque a la gente que no es tranquila y plácida les cortan trozos serios del cuerpo, ¿no? ¡Tengo entendido que el Imperio tiene un gobierno tiránico y represivo!

—¿Qué forma de gobierno es esa? —preguntó Ponder Stibbons.

—Una tautología —dijo el decano desde lo alto.

—¿Cómo de serios son esos trozos del cuerpo? —dijo Rincewind. Nadie le hizo caso.

—He oído que el oro es muy común allí —dijo el decano—. Que está tirado por el suelo como las piedras, dicen. Rincewind podría traerse un saco de vuelta.

—Prefiero traer todos mis trozos —dijo Rincewind.

Después de todo, pensó, no soy más que el que va a acabar en medio de todo. Así que, por favor, que nadie se moleste en escucharme.

—¿No puedes evitar que se vea tan borroso? —preguntó el archicanciller.

—Lo siento, archicanciller...

—¿Y esos trozos... son trozos grandes o pequeños? —preguntó Rincewind, sin que nadie lo oyera.

—Tú encuéntranos un espacio abierto con algo que sea más o menos del tamaño y el peso adecuados.

—Es muy difícil...

—¿Trozos muy serios? ¿Estamos hablando de brazos y piernas?

—Dicen que es muy aburrido. Su peor maldición, por lo visto, es «Ojalá vivas en tiempos interesantes».

—Hay algo... está muy borroso. Parece una carretilla o algo así. Creo que bastante pequeña.

—¿... O dedos de los pies, orejas y esas cosas?

—Bien, empecemos —dijo Ridcully.

—Esto... creo que iría bien que él fuera un poco más pesado que la cosa que estamos trasladando aquí —dijo Ponder—, Así no llegará a demasiada velocidad. Creo...

—Sí, sí, muchas gracias, señor Stibbons, ahora entre en el círculo y enséñenos cómo saca chispas ese bastón de mago. Eeeso mismo.

—¿Las uñas? ¿El pelo?

Rincewind tiró de la túnica de Ponder Stibbons, que parecía ligeramente más sensato que el resto.

—Esto... ¿cuál es mi próximo movimiento? —dijo.

—Ejem... uno de diez mil kilómetros, espero —dijo Ponder Stibbons.

—Pero... me refiero a... ¿me puede dar algún consejo?

Ponder se preguntó cómo explicar las cosas. Pensó: he hecho todo lo que podía con Hex, pero el asunto en sí lo va a poner en práctica un puñado de magos cuya idea del procedimiento experimental consiste en lanzar el paquete y luego sentarse y discutir sobre dónde va a aterrizar. Queremos cambiar tu posición por la de una cosa que está a diez mil kilómetros y que, diga lo que diga el archicanciller, está cruzando el espacio en una dirección muy distinta. La clave es la precisión. No sirve de nada usar ningún viejo hechizo de viaje. Se desharía por el camino, y tú también. Estoy bastante seguro de que te haremos llegar allí de una pieza o, en el peor de los casos, dos. Pero no tenemos forma de saber el peso de la cosa por la que te estamos intercambiando. Si pesa más o menos lo mismo que tú entonces todo puede salir bastante bien suponiendo que no te importe correr un poquito cuando aterrices. Pero si es mucho más pesado que tú, entonces sospecho que aparecerás por ahí viajando a una velocidad que normalmente no experimentan más que los sonámbulos de aldeas situadas al borde de acantilados en forma muy terminal.

—Esto... —dijo—. Tenga miedo. Tenga mucho miedo.

—Ah, eso —dijo Rincewind—. Ningún problema. Eso se me da bien.

—Vamos a intentar ponerlo a usted en el centro del continente, donde se cree que está Hunghung —dijo Ponder.

—¿La capital?

—Sí. Esto... —Ponder se sintió culpable—. Mire. Pase lo que pase estoy seguro de que llegará allí vivo, lo cual es más de lo que pasaría si la cosa dependiera de ellos. Y estoy bastante seguro de que acabará usted en el continente adecuado.

—Ah, qué bien.

—Venga con nosotros, señor Stibbons. Estamos todos ansiosos por saber cómo desea que hagamos esto —dijo Ridcully.

—Ah, esto, sí. Claro. Ahora usted, señor Rincewind, si quiere colocarse en el centro del octógono... gracias. Hum. Vean, caballeros, el problema que ha tenido siempre el teletransporte en largas distancias es el Principio de Incertidumbre de Heisenberg, dado que el objeto tel[[12]](#footnote-12)etransportado, cuyo nombre viene de tele, «veo», y de transporte, «que se va», es decir, que el nombre completo significa «veo que se va», ejem, el objeto teletransportado, no importa lo grande que sea, queda reducido a una partícula táumica y es por tanto el sujeto de una dicotomía que acaba resultando fatal: puede saber lo que es o adonde va, pero no ambas cosas. Esto... la tensión que esto crea en el campo mórfico acaba por hacer que se desintegre, convirtiendo al sujeto en un objeto de forma aleatoria, esto, despachurrado por hasta once dimensiones. Pero estoy seguro de que esto lo saben todos.

Se oyó un ronquido procedente del catedrático de Estudios Indefinidos, que de pronto estaba impartiendo una clase en el aula 3B.

Rincewind estaba sonriendo. O por lo menos se le había abierto la boca y se le veían los dientes.

—Esto, perdonen —dijo—. No recuerdo que nadie mencionara nada sobre quedar despach...

—Aunque por supuesto —dijo Ponder—, el sujeto no, ejem, experimentaría realmente esto...

—Oh.

—... por lo que sabemos...

—¿Qué?

—... aunque es teóricamente posible que la psique permaneciera presente...

—¿Eh?

—... para presenciar fugazmente la descorporización explosiva.

—¿Cómo?

—Ahora bien, todos estamos familiarizados con el uso del conjuro como fulcro, esto, de forma que en realidad uno no mueve un objeto sino que simplemente intercambia la posición de dos objetos de masas similares. Es mi meta esta noche, esto, demostrar que imprimiendo exactamente el grado correcto de giro y la velocidad máxima al objeto...

—¿Yo?

—... desde el primer momento, es virtualmente seguro...

—¿Virtualmente?

—... que pueda mantenerse de una pieza a lo largo de distancias de hasta, esto, diez mil kilómetros...

—¿Hasta?

—... con más—menos diez por ciento de margen...

—¿ Más—menos?

—Así que si quieren... Perdóneme, decano, le agradecería que dejara de derramar cera... Si quieren todos ocupar las posiciones que he marcado en el suelo...

Rincewind miró con anhelo hacia la puerta. Era una distancia insignificante para un cobarde experimentado. Simplemente podía largarse de allí y ellos podían... podían...

¿Qué podían hacer? Podían simplemente quitarle el sombrero e impedirle que volviera nunca a la universidad. Ahora que lo pensaba con detenimiento, era probable que se olvidaran del asunto de los clavos si les costaba demasiado trabajo encontrarlo.

Y aquel era el problema. No estaría muerto, pero tampoco sería un mago. Y no poder pensar en sí mismo como un mago, pensó mientras los hechiceros ocupaban sus puestos arrastrando los pies y enroscaban los puños de sus bastones, era estar muerto.

El conjuro empezó.

¿Rincewind el zapatero? ¿Rincewind el mendigo? ¿Rincewind el ladrón? Casi todo lo que no fuera Rincewind el cadáver exigía un adiestramiento o unos talentos que él no tenía.

No había nada más que se le diera bien. La práctica de la magia era su único refugio. Bueno, la verdad era que la magia tampoco se le daba bien, pero por lo menos no se le daba nada bien en absoluto. Siempre tuvo la impresión de que tenía derecho a existir como mago del mismo modo que no se podían hacer matemáticas como era debido sin el número cero, que ni siquiera era un número, pero que si lo quitabas, dejaba allí un montón de números más grandes con caras de putos estúpidos. Era un pensamiento vagamente noble que le había dado calor durante aquellos despertares ocasionales a las tres de la mañana en los que evaluaba su vida y descubría que pesaba poco menos que una bocanada de hidrógeno caliente. Y probablemente sí que había salvado al mundo unas cuantas veces, pero en general había sido por accidente, mientras él estaba intentando hacer otra cosa. Así que era casi seguro que no iba a recibir puntos kármicos por ello. Probablemente solamente contaba si uno empezaba pensando en voz alta: «¡Voto a Bríos, hoy es un día estupendo para salvar el mundo y no se hable más!», en lugar de «¡Oh, mierda, esta vez voy a morir de verdad!».

El conjuro seguía su curso.

No parecía que estuviera yendo muy bien.

—Vamos, muchachos —dijo Ridcully—. ¡Ponedle un poco de energía!

—¿Está usted seguro... de que es... algo pequeño? —preguntó el decano, que había empezado a sudar.

—Parece una... carretilla... —murmuró el conferenciante de Runas Recientes.

El nudo de la punta del bastón de Ridcully empezó a humear.

—¡Pero mirad la cantidad de magia que estoy usando! —exclamó—. ¿Qué ocurre, señor Stibbons?

—Esto... Por supuesto, tamaño no es lo mismo que masa...

Y luego, del mismo modo que puede hacer falta un esfuerzo considerable para empujar una puerta encallada y ningún esfuerzo en absoluto para caer de bruces al otro lado, el conjuro hizo efecto.

Más tarde, Ponder confiaría en que lo que había visto no fuera más que una ilusión óptica. Estaba claro que nadie se estiraba habitualmente hasta los cuatro metros y luego volvía tan de golpe a su tamaño normal que las botas le acababan debajo de la barbilla.

Hubo un breve grito de «Ooooooooohhhhmieeee...» que terminó de repente, y casi mejor que fuera así.

Lo primero que golpeó a Rincewind cuando apareció en el Continente Contrapeso fue una sensación de frío.

Las siguientes cosas, en el orden del sentido del viaje, fueron: un hombre sorprendido con una espada, otro hombre con una espada, un tercer hombre que acababa de arrojar su espada y estaba intentando escapar, dos hombres más que estaban menos alerta y ni siquiera le vieron, un arbolito, unos cincuenta metros de maleza raquítica, un montón de nieve arrastrada por la ventisca, un montón más grande de nieve, unas cuantas rocas y un último montón de nieve que casi acabó de detenerle.

Ridcully miró a Ponder Stibbons.

—Bueno, ya se ha ido —dijo—. ¿Pero no se supone que tenemos que recibir algo a cambio?

—No estoy seguro de que el tiempo de tránsito sea instantáneo —dijo Ponder.

—¿Hay que dejar un margen de tiempo de vuelo por las dimensiones ocultas?

—Algo así. De acuerdo con Hex, podríamos tener que esperar varios...

Algo apareció haciendo «pop» en el octógono, exactamente donde había estado Rincewind, y rodó unos pocos centímetros.

Por lo menos tenía cuatro ruedecitas como las que iban debajo de una carretilla. Pero no eran unas ruedas eficientes, sino meros discos como los que se pondría a algo pesado para las raras ocasiones en que hubiera que moverlo.

Por encima de las ruedas las cosas se ponían mucho más interesantes.

Había un largo cilindro redondo, como un barril puesto de lado. En su construcción se había invertido una cantidad considerable de esfuerzo. Y se habían empleado grandes cantidades de metal para que pareciera un perro gordo y enorme con la boca abierta. Otro detalle menor era un trozo de cordel que humeaba y chisporroteaba porque estaba ardiendo.

La cosa no hizo nada peligroso. Se limitó a quedarse donde estaba, mientras el cordel en llamas se iba acortando.

Los magos se congregaron alrededor.

—Parece muy pesado —dijo el conferenciante de Runas Recientes.

—Una estatua de un perro con una bocaza —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos—. Qué aburrido.

—Y parece un poco faldero —dijo Ridcully.

—Está muy trabajado —dijo el decano—. No me imagino por qué le iban a pegar fuego.

Ridcully metió la cabeza en el ancho tubo.

—Dentro hay una bola enorme y redonda de alguna clase —dijo, y su voz hizo eco—. Que alguien me pase un bastón o algo. Voy a ver si la puedo sacar.

Ponder estaba mirando el cordel chispeante.

—Ejem —dijo—. Yo... Esto... Creo que deberíamos apartarnos todos de esa cosa, archicanciller. Esto... Tendríamos que apartarnos todos, sí, apártese un poquito. Ejem.

—Ja, ¿conque sí? Menudo investigador —dijo Ridcully—. No te importa trastear con ruedas dentadas y hormigas pero cuando se trata de intentar averiguar cómo funcionan realmente las cosas y...

—Ensuciarse las manos —dijo el conferenciante de Runas Recientes.

—Sí, ensuciarte las manos, te vuelves todo tímido.

—No es eso, archicanciller —dijo Ponder—. Es que creo que puede ser peligroso.

—Creo que la estoy moviendo un poco —dijo Ridcully, hurgando en las profundidades del tubo—. Vamos, señores, inclinen un poco esta cosa...

Ponder retrocedió unos pasos más.

—Esto... De verdad que no pienso que... —empezó a decir.

—Conque no piensas, ¿eh? ¿Te haces llamar mago y no piensas? ¡Demonios! ¡Ahora se me ha quedado encallado el bastón! Eso me pasa por escucharte cuando deberías estar prestándome atención, Stibbons.

Ponder oyó un estrépito tras su espalda. El Bibliotecario, que tenía instinto animal para el peligro e instinto humano para los problemas, acababa de volcar una mesa y estaba mirando por encima del borde con un caldero en la cabeza, el asa por debajo de la barbilla a modo de correa.

—Archicanciller, de verdad pienso que...

—Ah, ¿conque piensas? ¿Quién te ha dicho que tu trabajo es pensar? ¡Au, ahora me he pillado los dedos, muchísimas gracias!

Ponder reunió el valor necesario para decir:

—Creo... que tal vez podría ser alguna clase de artefacto pirotécnico, señor.

Los magos dirigieron su atención al cordel chispeante.

—¿Cómo...? ¿Luces de colores, estrellas, cosas de esas...? —preguntó Ridcully.

—Tal vez, señor.

—Debían de estar preparando un espectáculo del demonio. Al parecer en el Imperio les gustan mucho los petardos —Ridcully habló en el tono de un hombre en quien está empezando a calar la idea de que tal vez acaba de hacer algo muy estúpido.

—¿Quiere que apague la mecha, señor? —preguntó Ponder.

—Sí, hijo, ¿por qué no? Buena idea. Bien pensado: sí señor.

Ponder dio un paso adelante y pellizcó la mecha.

—Espero que no hayamos estropeado nada —dijo.

Rincewind abrió los ojos.

Aquello no eran sábanas limpias. El sitio era blanco y frío, pero le faltaba sabanidad básica. Lo compensaba con grandes cantidades de nievismo.

Y un surco. Un surco largo de verdad.

Veamos... Recordaba la sensación de movimiento. Y recordaba vagamente algo pequeño pero de aspecto increíblemente pesado que pasaba rugiendo en dirección contraria. Y después allí estaba él, moviéndose tan deprisa que sus pies habían dejado aquel...

... surco. Sí, surco, pensó, con la tranquilidad que muestran quienes acaban de sufrir una conmoción leve. Rodeado de gente tumbada y gimiendo.

Y sin embargo, tenían aspecto de ser gente que, en cuanto dejaran de arrastrarse y gemir, iban a desenvainar las espadas que llevaban encima y a concentrar su atención en los trozos serios.

Se puso de pie, tambaleándose un poco. No parecía haber ninguna parte adonde huir. Solamente había un yermo amplio, nevado y bordeado de montañas.

Los soldados tenían ciertamente un aspecto mucho más consciente. Rincewind suspiró. Hacía unas horas se encontraba sentado en una cálida playa y unas hermosas jóvenes estaban a punto de ofrecerle patatas, y ahora estaba aquí, en u[[13]](#footnote-13)na llanura helada y azotada por el viento con un montón de hombres corpulentos a punto de ofrecerle violencia.

Vio que le salía humo de las suelas de los zapatos.

Y luego alguien dijo:

—¡Eh! Tú eres aquel, ¿no...? Tú eres... tú eres... ¿cómo se llamaba...? Rincewind, ¿no?

Rincewind se volvió.

Detrás de él había un hombre muy anciano. A pesar del viento feroz no llevaba nada más que un taparrabos de cuero y una barba mugrienta y tan larga que en realidad el taparrabos era innecesario, por lo menos desde el punto de vista de la decencia. Tenía las piernas azules del frío y la nariz roja del viento, lo cual le daba en general un aire bastante patriótico si uno era del país adecuado. Llevaba un parche en un ojo, pero resultaban bastante más notables sus dientes. Brillaban.

—¡No te quedes ahí pasmado como un pasmarote! ¡Sácame estas cosas de encima!

Llevaba unos gruesos grilletes en los tobillos y las muñecas. Una cadena lo unía a un grupo de hombres vestidos más o menos igual que estaban apelotonados formando un corro y miraban a Rincewind con cara de terror.

—Je! Se creen que eres un demonio o algo así —el anciano soltó una risita socarrona—, ¡pero yo reconozco a un mago en cuanto lo veo! Ese hijo puta de ahí tiene las llaves. Ve y dale una buena patada, anda.

Rincewind dio unos pasos vacilantes hacia un guardia yacente y le arrancó algo del cinturón.

—Muy bien —dijo el anciano—. Ahora tráelas aquí. Y quita de en medio.

—¿Por qué?

—Porque si no te vas a poner perdido de sangre.

—¡Pero si no está usted armado y solamente es uno y ellos tienen unas espadas enormes y son cinco!

—Ya lo sé —dijo el anciano, enrollándose la cadena alrededor de uno de los puños en actitud profesional—. Es injusto, pero no tengo todo el día. Sonrió.

Hubo un resplandor de piedras preciosas bajo la luz matinal. Todos los dientes del hombre eran diamantes. Y Rincewind solamente conocía a un hombre que tuviera agallas para llevar dientes de troll.

—¿Aquí? ¿Cohen el Bárbaro?

—¡Shhh! ¡Estoy de incósnito! Ahora quita de en medio, te digo. —Los dientes centellearon en dirección a los guardias, que ahora estaban verticales—. Vamos, rapaces. Mira que sois cinco. Y yo soy un viejo. Na, ña, me duele la pierna, etcétera...

Hay que decir en su beneficio que los guardias vacilaron. Y probablemente no fue, a juzgar por sus caras, porque hubiera nada reprobable en el hecho de que cinco hombres corpulentos y fuertemente armados atacaran a un frágil ancianito. Podía ser porque había algo extraño en un frágil ancianito que no deja de sonreír ante la inminencia de una aniquilación obvia.

—Oh, vamos —dijo Cohen. Los hombres se acercaron lentamente, todos ellos esperando a que fuera otro el que hiciera el primer movimiento.

Cohen dio unos pasos adelante, agitando los brazos en gesto cansino.

—Oh, no —dijo—. Me da vergüenza, en serio os lo digo. Esta no es forma de atacar a nadie, ahí pululando como un montón de nenazas. Cuando se ataca a alguien, lo más importante de todo es el factor... sorpresa...

Diez segundos más tarde se volvió hacia Rincewind.

—Muy bien, señor mago. Ya puedes abrir los ojos.

Un guardia colgaba cabeza abajo de un árbol, a otro solamente le sobresalían los pies de un montón de nieve, otros dos estaban desplomados sobre unas rocas y otro estaba... bueno, un poco por todas partes. Aquí y allí. Ciertamente disperso.

Cohen se chupó la muñeca con cara pensativa.

—Me parece que ese de ahí ha estado a punto de pillarme —dijo—. Me debo de estar haciendo viejo.

—¿Por qué estás aq...? —Rincewind hizo una pausa. Un elemento de curiosidad venció al otro—. ¿Qué edad tienes exactamente?

—¿Todavía estamos en el Siglo del Murciélago Frugívoro?

—Sí.

—Oh, no lo sé. ¿Noventa? Podría ser noventa. ¿Lo mismo noventa y cinco? —Cohen recogió las llaves de la nieve y fue tranquilamente hasta el grupo de hombres, que se encogieron un poco más. Abrió los grilletes del primero y le dio las llaves al aterrado prisionero.

—Largaos de aquí, coño —dijo no sin amabilidad—. Y que no os pillen otra vez.

Volvió a donde estaba Rincewind.

—¿Y qué te trae a este vertedero?

—Pues...

—Qué interesante —dijo Cohen, y eso fue todo—. Pero no me puedo quedar todo el día de cháchara, tengo cosas que hacer. ¿Te vienes o qué?

—¿Qué?

—Como quieras. —Cohen se anudó la cadena en la cintura a modo de cinturón improvisado y se pasó dos espadas por debajo de la misma—. Por cierto, ¿qué has hecho con el Perro Ladrador?

—¿Qué perro?

—Supongo que da igual.

Rincewind echó a corretear detrás de la figura que se alejaba. No es que se sintiera a salvo cuando estaba con Cohen el Bárbaro. Nadie estaba a salvo con Cohen el Bárbaro. Algo parecía haber salido mal en su proceso de envejecimiento. Cohen siempre había sido un héroe bárbaro porque el heroísmo bárbaro era lo único que sabía hacer. Y mientras envejecía era como si cada vez se pusiera más duro, como los robles.

Pero era una figura conocida y por tanto reconfortante. Simplemente no estaba en el lugar adecuado.

—No había futuro allí en las Montañas del Carnero —dijo Cohen mientras avanzaba pesadamente por la nieve—. Vallas y granjas, vallas y granjas por todos lados. Hoy día matas a un dragón y la gente viene y se te queja. ¿Y sabes qué? ¿Sabes qué pasó?

—No. ¿Qué pasó?

—Que vino un hombre y me dijo que mis dientes eran ofensivos para los trolls. ¿Qué te parece?

—Bueno, es que están hechos de...

—Le dije que a mí no se me había quejado ningún troll.

—¿Pero alguna vez les diste la op...?

—Le dije, yo veo a un troll en las montañas con un collar de cráneos humanos y le deseo buena suerte. A tomar por saco la Liga Antidifamación del Silicio. Y en todas partes estamos igual. Así que se me ocurrió probar suerte al otro lado del casquete de hielo.

—¿Y no es peligroso cruzar el Eje? —preguntó Rincewind.

—Antes sí —dijo Cohen, con una sonrisa horrible.

—¿Quieres decir hasta que te fuiste?

—Mismamente. ¿Todavía tienes esa caja con piernas?

—A ratos. Viene y va, ya sabes.

Cohen soltó una risita.

—Un día le arrancaré la puñetera tapa, fíjate en lo que te digo. Ah, caballos.

Había cinco, con aspecto deprimido y de pie en una pequeña depresión.

Rincewind volvió la mirada hacia los prisioneros liberados, que parecían pulular sin rumbo.

—No nos llevamos los cinco caballos, ¿verdad? —dijo.

—Claro. Los podemos necesitar.

—Pero... uno para mí y otro para ti... ¿Y el resto para qué?

—Comida, cena y desayuno.

—Es un poco... injusto, ¿no? Esta gente parece un poco... confusa.

Cohen sopló el soplido burlón de un hombre que nunca ha estado realmente aprisionado, ni siquiera cuando lo han encerrado.

—Yo los he liberado —dijo—. Es la primera vez que son libres. Supongo que debe de ser un poco raro. Están esperando a que alguien les diga qué tienen que hacer ahora.

—Esto...

—Si quieres, puedo decirles que se mueran de hambre.

—Esto...

—Oh, de acuerdo. ¡Eh, vosotros! ¡Venid aquí tut suit chop chop! ¡A formarrr, ar!

El pequeño grupo corrió a donde estaba Cohen y permaneció expectante detrás de su caballo.

—Ya te digo, no me arrepiento, ¿eh? Esta es la tierra de las oportunidades —dijo Cohen, poniendo el caballo al trote. Los avergonzados hombres libres echaron a correr detrás—. ¿Y sabes qué? Las espadas están prohibidas. Solamente pueden llevar armas el ejército, los nobles y la Guardia Imperial. ¡Yo es que no me lo creía! Pero es verdad de la buena. Las espadas están proscritas, o sea que solamente los proscritos tienen espadas. Y eso —dijo Cohen, dedicándole otra sonrisa reluciente al paisaje— a mí me va muy bien.

—Pero... estabas encadenado —aventuró Rincewind.

—Me alegra que me lo recuerdes —dijo Cohen—. Sí. Encontremos al resto de los muchachos y luego mejor será que vayamos a por los que lo hicieron y tengamos una pequeña charla con ellos.

El tono de su voz sugería con claridad que era muy probable que los culpables de aquello acabaran diciendo: «¡Intensamente divertido!» y «¡Tu mujer es un hipopótamo enorme!».

—¿Los muchachos?

—Ser un bárbaro solitario no tiene futuro —dijo Cohen—. Me he pillado a unos... Bueno, ya lo verás.

Rincewind se volvió para mirar al grupo que los seguía, luego en dirección a la nieve, y luego hacia Cohen.

—Esto... ¿sabes dónde está Hunghung?

—Sí. Es la ciudad que manda. Estamos de camino. Más o menos. Ahora está asediada.

—¿Asediada? ¿Te refieres a... montones de ejércitos alrededor, todo el mundo comiendo ratas dentro y esas cosas?

—Sí, pero este es el Continente Contrapeso, ¿sabes?, así que es un asedio educado. Bueno, yo lo llamo asedio... El viejo emperador se está muriendo, así que las grandes familias están esperando para entrar. Es como funciona por aquí. Hay cinco peces gordos distintos y están todos vigilándose entre ellos y nadie va a ser el primero en mover ficha. Hay que pensar de reojo para entender cualquier cosa por aquí.

—¿Cohen?

—¿Sí, chico?

—¿Qué demonios está pasando?

Lord Hong estaba contemplando la ceremonia del té. Tardaba tres horas, pero es que una buena tacita no se podía tomar con prisas.

También estaba jugando al ajedrez, contra sí mismo. Era la única manera de encontrar a un oponente de su calibre, pero en el momento presente la partida estaba en un punto muerto porque ambos bandos estaban adoptando una estrategia defensiva que era, había que reconocerlo, brillante.

A veces lord Hong deseaba poder tener un enemigo tan listo como él. O bien, puesto que lord Hong era realmente listo, a veces deseaba un enemigo casi tan listo como él, quizá dado a ataques de genialidad estratégica pero que cometiera de todos modos un error fatal a veces. Pero resultaba que la gente era muy estúpida. Casi nunca preveían más de doce jugadas.

El asesinato era el pan de cada díaen en la corte de Hunghung. De hecho, el pan de cada día era a menudo el medio. Se trataba de un juego en el que entraba todo el mundo. No era más que otra clase de jugada. No se consideraba de buena educación asesinar al emperador, por supuesto. La jugada correcta era poner al emperador en una situación en la que uno tuviera el control. Pero las jugadas a tan alto nivel eran peligrosas. Por muy felices que estuvieran los señores de la guerra de pelearse entre ellos, sin duda se unirían en contra de cualquiera que pareciera a punto de desmarcarse. Y lord Hong había crecido como la levadura mediante la táctica de hacer creer a todo el mundo que aunque ellos eran el candidato obvio a emperador, lord Hong sería mejor que cualquiera de las alternativas.

Le divertía saber que todos pensaban que él conspiraba para hacerse con la perla imperial...

Levantó la vista del tablero y su mirada se encontró con la de una joven que estaba ocupada en la mesa del té. Ella se ruborizó y apartó la vista.

Se abrió la puerta corredera. Entró uno de sus hombres, de rodillas.

—¿Sí? —dijo lord Hong.

—Esto... Oh, señor...

Lord Hong suspiró. La gente casi nunca empezaba así cuando traía buenas noticias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Oh, señor, ha llegado el que llaman el Gran Hechicero. A las montañas. Montado en un dragón de viento. O eso dicen —añadió a toda prisa el mensajero, consciente de las opiniones de lord Hong sobre la superstición.

—Bien. ¿Pero? Sospecho que hay un pero.

—Esto... Se ha perdido uno de los Perros Ladradores. De los nuevos. De esos que usted ordenó que había que probar. No sabemos... quiero decir que... creemos que el capitán Tres Altos Árboles ha sufrido una emboscada, tal vez... Nuestra información es un poco confusa... El, ejem, informador dice que el Gran Hechicero lo ha hecho desaparecer con su magia.

—El mensajero se inclinó todavía más.

Lord Hong se limitó a suspirar de nuevo. Magia. Ya no era apreciada en el Imperio, salvo para los propósitos más mundanos. Se trataba de algo inculto. Ponía el poder en manos de gente incapaz de escribir un poema decente ni que les fuera la vida en ello, a veces literalmente.

Él creía mucho más en la coincidencia que en la magia.

—Esto es muy irritante —dijo lord Hong.

Se puso de pie y cogió su espada del estante. Era larga y curvada y la había hecho el mejor espadero del Imperio, que era lord Hong. Había oído decir que costaba veinte años aprender aquel arte, así que se tuvo que esforzar un poco. Lo consiguió en tres semanas. La gente nunca, nunca se concentraba, aquel era su problema...

El mensajero se prosternó.

—¿Se ejecutó al oficial implicado? —preguntó lord Hong.

El mensajero intentó que la tierra se lo tragara y decidió dejar que la verdad ocupara el lugar de la sinceridad.

—¡Sí! —exclamó con voz aguda.

Lord Hong hizo un movimiento brusco. Hubo un susurro parecido al de la seda al caer, un golpe sordo y un repiqueteo, como el ruido de un coco al chocar contra el suelo, y luego un tintineo como de vajilla.

El mensajero abrió los ojos. Se concentró en la región de su cuello, temiendo que el menor movimiento redujera considerablemente su estatura. Se contaban historias espantosas sobre las espadas de lord Hong.

—Oh, levántate —ordenó lord Hong. Limpió el filo con cuidado y dejó la espada en su sitio. Luego extendió el brazo y sacó un frasquito negro de la túnica de la doncella del té.

Al descorcharlo, del frasquito cayeron unas gotas que sisearon al tocar el suelo.

—De veras —dijo lord Hong—, me pregunto por qué se molestan. —Levantó la vista—. Lo más probable es que lord Tang o lord McSweeney hayan robado el perro para humillarme. ¿Ha escapado el hechicero?

—Eso parece, señor.

—Bien. Encárgate de que casi le pase algo malo. Y envíame otra sirvienta para el té. Una que tenga cabeza.

Una cosa se podía decir a favor de Cohen. Si no tenía razones para matarte, como por ejemplo que tú poseyeras cierta cantidad de tesoros o estuvieras entre él y algún sitio al que quisiera ir, era una compañía agradable. Rincewind se había cruzado alguna que otra vez con él, por lo general mientras huía de algo.

Cohen no se molestaba en hacer muchas preguntas. Por lo que a Cohen respectaba, la gente aparecía y desaparecía. Tras un intervalo de cinco años se limitaría a decir: «Ah, eres tú». Nunca añadía: «¿Y cómo te va?». Estabas vivo y te aguantabas de pie, todo lo demás le importaba un comino.

Hacía mucho menos frío al otro lado de las montañas. Para alivio de Rincewind, no hizo falta comerse ningún caballo sobrante porque una criatura parecida a un leopardo se dejó caer de la rama de un árbol y trató de destripar a Cohen.

Tenía un sabor más bien fuerte.

Rincewind había comido caballo. A lo largo de los años había juntado agallas para comer cualquier cosa que no pudiera escabullirse de su tenedor. Pero ya se sentía bastante sacudido sin necesidad de comerse algo que se pudiera llamar Lucero.

—¿ Cómo te atraparon? —preguntó cuando volvían a cabalgar.

—Me pillaron ocupado.

—¿A Cohen el Bárbaro? ¿Demasiado ocupado para luchar?

—No quería molestar a la joven dama. No pude evitarlo. Bajé a un pueblo a buscar algunas noticias, una cosa llevó a otra y antes de darme cuenta había soldados por todas partes como una plaga de mangostas, y no se me da tan bien pelear con las manos esposadas a la espalda. El que mandaba era un cabrón de verdad, no me olvido de su jeta. Luego nos reunieron a media docena y nos hicieron empujar el Perro Ladrador ese hasta aquí, después nos encadenaron a aquel árbol y alguien encendió la mecha y se largaron bien rápido detrás de un montón de nieve. Solo que viniste tú y lo hiciste desaparecer.

—Yo no lo hice desaparecer. Bueno, no exactamente.

Cohen se inclinó hacia Rincewind.

—Creo que sé lo que era —dijo, y se volvió a reclinar hacía atrás con aspecto de estar satisfecho de sí mismo.

—¿Ah, sí?

—Creo que era algún tipo de fuegos artificiales. Por aquí les gustan mucho los fuegos artificiales.

—¿Quieres decir una cosa de esas que le enciendes la mecha azul y te la metes en la nariz?

—Los usan para alejar a los [[14]](#footnote-14)espíritus malignos. Hay muchos espíritus malignos, ya ves. Por todas las matanzas.

—¿Matanzas?

Rincewind siempre había tenido entendido que el Imperio Ágata era un lugar pacífico. Civilizado. Donde inventaban cosas. De hecho, recordó, él había sido una figura decisiva para introducir algunos de sus artilugios en Ankh—Morpork. Cosas simples e inocentes, como relojes operados por demonios, cajas que pintaban cuadros y ojos extra de cristal que se podían llevar encima de tus propios ojos para ver mejor, aunque luego fueras por ahí haciendo el monóculo. Se suponía que era un sitio aburrido.

—Ya lo creo. Matanzas —dijo Cohen—. Mira, pongamos por caso que la población va un poco atrasada con los impuestos. Pues eliges una ciudad donde la gente te dé problemas, matas a todo el mundo, le pegas fuego y luego derribas las murallas y remueves las cenizas. Así te libras del problema y de repente el resto de las ciudades se comportan de maravilla y te dan todos los impuestos atrasados a toda prisa, y eso siempre les viene bien a los gobiernos. Luego, si te vuelven a dar problemas, vas y sueltas: «¿Os acordáis de Nangnang?», o el sitio que sea, y ellos te dicen: «¿Dónde está Nangnang?», y tú dices: «¿Veis? A eso iba yo».

—¡Por todos los dioses! Si eso lo intentaran en mi ciudad...

—Ah, pero este sitio lleva mucho tiempo siendo así. La gente cree que es la manera de gobernar un país. Hacen lo que les dicen. Aquí a la gente la tratan como a esclavos. —Cohen frunció el ceño—. Mira, yo no tengo nada contra los esclavos, ¿sabes?, como esclavos. De joven tuve algunos. He sido esclavo un par de veces. Pero donde hay esclavos, ¿qué esperas encontrar?

Rincewind pensó en aquello.

—¿Látigos? —soltó por fin.

—Sí. A la primera. Látigos. Los esclavos y los látigos tienen un algo... sincero. Bueno, pues aquí no tienen látigos. Tienen algo peor que los látigos.

—¿Qué? —preguntó Rincewind, con cierta expresión de pánico.

—Ya lo verás.

Rincewind se encontró a sí mismo mirando a la media docena de prisioneros que los habían seguido y que los miraban aterrados de lejos. Les había dado un poco de leopardo, que ellos se habían quedado mirando al principio como si fuera veneno y después se habían comido como si fuera comida.

—Todavía nos siguen —dijo.

—Sí, bueno... les has dado carne. —Cohen soltó una risita socarrona y empezó a liar un cigarrillo poscomida—. No tendrías que haberlo hecho. Tendrías que haberles dejado los bigotes y las uñas y te habrías quedado pasmado con lo que cocinaban. ¿Sabes cuál es el plato que mejor hacen en la costa?

—No.

—Sopa de oreja de cerdo. ¿Qué te dice eso de un sitio, eh?

Rincewind se encogió de hombros.

—¿Que son gente previsora?

—Que algún otro cabrón se trinca el cerdo.

Sé giró en la silla de montar. El grupo de ex prisioneros retrocedió a una.

—A ver, oídme —dijo—. Ya os lo he dicho. Sois libres. ¿Me entendéis?

Uno de los hombres más valientes habló:

—Sí, amo.

—No soy tu amo. Sois libres. Podéis ir donde os dé la gana, pero si me seguís os mataré a todos. Y ahora, ¡largaos!

—¿Adonde, amo?

—¡Donde sea! ¡Menos aquí!

Los hombres se miraron con cara de preocupación y luego el grupo entero, como un solo hombre, se volvió y se alejó al trote por el camino.

—Esos vuelven directos a su pueblo —dijo, con los ojos en blanco—. Peor que los látigos, te lo digo yo.

Hizo un gesto con la mano esquelética en dirección al paisaje mientras seguían su camino.

—Un país raro de cojones —dijo—. ¿Sabías que todo el Imperio está rodeado por una muralla?

—Eso es... para evitar que entren... los invasores... bárbaros...

—Ah, sí, muy defensivo —dijo Cohen en tono sarcástico—. Es como, oh dioses, hay una muralla de seis metros, pobre de mí, supongo que tendríamos que volvernos cabalgando por más de mil seiscientos kilómetros de estepa en lugar de, por ejemplo, echar un vistazo a las posibilidades inherentes a ese pinar de ahí para hacer escaleras. Nanay. Las murallas son para que la gente no salga. ¿Y las leyes? Tienen leyes para todo. Nadie va al retrete sin un trozo de papel.

—Bueno, de hecho yo mismo...

—Me refiero a un trozo de papel que pone que pueden ir. No pueden salir de su pueblo sin una nota. No se pueden casar sin una nota. Ni siquiera pueden cag... Ah, bueno, aquí estamos.

—Ya puedes decirlo —dijo Rincewind.

Cohen lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo lo sabías? —exigió.

Rincewind intentó pensar. Había sido un día largo. De hecho, debido al equivalente táumico del jet lag, había sido varías horas más largo que la mayoría de los días que había experimentado anteriormente y había tenido dos horas del almuerzo, ninguna de las cuales había incluido nada que valiera la pena comer.

—Esto... creí que estabas haciendo una afirmación filosófica general —se arriesgó—. Esto... en plan «mejor que lo aprovechemos al máximo»...

—Quería decir que aquí estamos en mi guarida —dijo Cohen.

Rincewind miró a su alrededor. Había matorrales escasos, unas cuantas rocas y la pared de un barranco.

—No veo nada —dijo.

—Sí. Por eso se nota que es mío.

El Arte de la Guerra era el fundamento último de la diplomacia en el Imperio.

Obviamente la guerra tenía que existir. Era una piedra angular de los procesos de gobierno. Era la forma que tenía el Imperio de conseguir sus líderes. El sistema de oposiciones mediante exámenes era la forma de obtener burócratas y funcionarios, y para los líderes tal vez la guerra no fuera más que una forma distinta de opositar. Era cierto, sin embargo, que si perdías no era probable que te dejaran presentarte al año siguiente.

Pero tenía que haber normas. De otra forma se quedaba en una refriega de bárbaros.

Así que, hacía cientos de años, se había formulado el Arte de la Guerra. Era un libro de normas. Algunas eran muy específicas: no se luchaba dentro de la Ciudad Prohibida, la persona del emperador era sacrosanta... y algunas eran pautas generales para el desarrollo correcto y civilizado de la guerra. Estaban las reglas sobre posición, sobre táctica, sobre el cumplimiento de la disciplina y sobre la organización correcta de las líneas de suministro. El Arte trazaba el rumbo óptimo a tomar en toda situación concebible. Esto quería decir que la guerra en el Imperio se había vuelto mucho más sensata, y por lo general consistía en cortos periodos de actividad seguidos por largos períodos de gente intentando encontrar cosas en el índice.

Nadie recordaba quién era el autor. Algunos decían que era Un Tzu Sung y otros que era Tres Sun Sung. Es posible que fuera incluso algún héroe olvidado por los bardos el que había escrito, o mejor dicho pintado, el primer principio de todos: conoce al enemigo y conócete a ti mismo.

Lord Hong estaba convencido de que se conocía muy bien a sí mismo y pocas veces tenía problemas para conocer a sus enemigos. Y se aseguraba siempre de mantenerlos vivos y saludables.

Como por ejemplo los lores Sung, Fang, Tang y McSweeney. Los adoraba. Adoraba su idoneidad. Tenían unas mentes militares idóneas, en otras palabras, habían memorizado las Cinco Leyes y los Nueve Principios del Arte de la Guerra. Escribían una poesía idónea y tenían la bastante astucia como para sofocar las revueltas que surgían en sus propias filas. De vez en cuando enviaban contra él asesinos que eran lo bastante competentes como para mantener a lord Hong interesado, expectante y entretenido.

Incluso admiraba su idoneidad para la traición. A nadie podía pasarle por alto que lord Hong iba a ser el próximo emperador, pero de todos modos, a la hora de la verdad, ellos también reclamarían el trono. Por lo menos oficialmente. En realidad, todos los señores de la guerra habían jurado en secreto apoyo personal a lord Hong, pues tenían la inteligencia idónea para saber lo que pasaría con toda probabilidad si no lo hacían. Aun así tendría que haber batalla, claro, por aquello de la tradición. Pero lord Hong tenía un sitio en su corazón para cualquier líder dispuesto a vender a sus propios hombres.

Conoce a tu enemigo. Lord Hong había decidido encontrar un enemigo digno. Así que se había encargado de hacerse traer libros y noticias de Ankh—Morpork. Había formas de conseguirlo. Tenía sus espías. De momento Ankh—Morpork no sabía que era el enemigo, y aquella era la mejor clase de enemigo que se podía tener.

Y él se había sentido asombrado, y luego intrigado, y por fin perdido de admiración por lo que había visto...

Yo tendría que haber nacido allí, pensó mientras observaba a los demás miembros del Consejo Sereno. Oh, una partida de ajedrez con alguien como lord Vetinari. Estaba seguro de que el patricio observaría atentamente el tablero durante tres horas antes incluso de hacer el primer movimiento...

Lord Hung se volvió hacia el eunuco a cargo de las actas del Consejo Sereno.

—¿Podemos continuar? —preguntó.

El hombre lamió nerviosamente su pincel.

—Ya casi he terminado, oh señor —dijo.

Lord Hong suspiró.

¡Maldita caligrafía! ¡Allí iba a haber cambios! Tenían un lenguaje escrito de siete mil letras y aun así tardaban un día entero en escribir un poema de trece sílabas sobre un poni blanco que trotaba por entre los jacintos silvestres. Y era un lenguaje precioso y elegante, había que admitirlo, y nadie lo escribía tan bien como lord Hong. Pero Ankh—Morpork tenía un alfabeto de veintiséis letras toscas, feas e inexpresivas, solamente adecuadas para campesinos y artesanos... y había producido poemas y obras teatrales que dejaban huellas al rojo vivo en el alma. Y también se podían usar para escribir las jodidas actas de una reunión de cinco minutos en menos de un día.

—¿Por dónde vas? —preguntó.

El eunuco tosió cortésmente.

—«Con qué dulzura la flor del albaric...» —empezó.

—Sí, sí, sí—dijo lord Hong—. ¿Podemos saltarnos por una vez el marco poético, por favor?

—Ejem. «Las actas de la reunión anterior se han firmado como es debido.»

—¿Eso es todo?

—Esto... Veréis, es que tengo que terminar de pintar los pétalos de...

—Me gustaría que esta reunión se acabara esta misma tarde. Vete.

El eunuco recorrió ansiosamente la mesa con la mirada, recogió sus rollos de pergamino y sus pinceles y salió a toda prisa.

—Bien —dijo lord Hong. Saludó a los demás señores de la guerra con la cabeza. Se reservó un saludo especialmente amigable para lord Tang. Lord Hong había considerado la idea con cierto interés intrigado, pero es que realmente parecía que lord Tang era un hombre de honor. Era un honor más bien acobardado y estrecho de miras, pero definitivamente estaba ahí, en alguna parte, y habría que ocuparse de él.

—Será mejor en todo caso, mis lores, que hablemos en privado sobre la cuestión de los rebeldes —dijo—. Me han llegado informaciones inquietantes de mis espías sobre sus actividades.

Lord McSweeney asintió.

—Me he encargado de que ejecuten a treinta rebeldes en Sum Dim —dijo—. A modo de ejemplo.

A modo de ejemplo de la estupidez de lord McSweeney, pensó lord Hong. Estaba seguro, y nadie lo podía saber mejor que él, de que ni siquiera había una unidad del Ejército Rojo en Sum Dim. Pero casi con toda seguridad a aquellas alturas ya habría una. La verdad es que era demasiado fácil.

Los demás señores de la guerra también pronunciaron pequeños pero orgullosos discursos sobre sus esfuerzos por convertir disturbios apenas perceptibles en revoluciones sangrientas, aunque ellos no alcanzaban a verlo así.

Bajo sus bravuconadas estaban nerviosos, como perros pastores que han vislumbrado un mundo donde las ovejas no corren.

A lord Hong le encantaba el nerviosismo. Tenía intención de usarlo llegado el momento. Y ahora era el momento de sonreír.

Por fin dijo:

—Sin embargo, mis lores, a pesar de vuestros valiosísimos esfuerzos la situación sigue siendo grave. Tengo información de que ha llegado un mago muy importante de Ankh—Morpork para ayudar a los rebeldes aquí en Hunghung, y de que hay una conjura para derrocar la buena organización del mundo celestial y asesinar al emperador, que viva por diez mil años. Debo asumir, naturalmente, que los diablos extranjeros están detrás de esto.

—¡Yo no sé nada del asunto! —saltó lord Tang.

—Mi querido lord Tang, no estaba sugiriendo que debierais saber nada —dijo lord Hong.

—Quería decir... —empezó lord Tang.

—Vuestra lealtad al emperador no se está cuestionando —continuó lord Hong, con tanta naturalidad como un cuchillo cortando mantequilla caliente—. Ciertamente, es casi seguro que alguien en un puesto elevado está ayudando a esa gente, pero ni una sola prueba señala en vuestra dirección.

—¡Espero que no!

—Por supuesto.

Los lores Fang y McSweeney se apartaron un poquito de lord Tang.

—¿Cómo pudimos permitir que sucediera esto? —preguntó lord Fang—. Es cierto que la gente, la gente estúpida y degenerada, se ha aventurado a veces más allá de la Muralla. Pero permitir que alguien regresara...

—Me temo que el gran visir de por entonces era un hombre caprichoso e inestable —dijo lord Hong—. Y se le ocurrió que sería interesante ver si podía recabar datos de inteligencia.

—¿Inteligencia? —dijo lord Fang—. ¡Esa ciudad de Anj—Mor—Pork es una abominación! ¡Simple anarquía! ¡Parece que no hay nobles relevantes y que la sociedad es un nido de termitas! Sería mejor para nosotros, mis lores, que esa ciudad fuera barrida de la faz del mundo.

—Vuestros incisivos comentarios serán tenidos en cuenta, lord Fang —dijo lord Hong, mientras una parte de él se revolcaba por el suelo de la risa—. En cualquier caso —continuó—, me encargaré de que se pongan más guardias en los aposentos del emperador. Fuera como fuese que empezó todo este problema, tenemos que encargarnos de que termine ya.

Miró cómo ellos lo miraban. Creen que quiero gobernar el Imperio, pensó. Así que están todos —salvo lord Tang, compañero rebelde de travesía como sin duda demostrará ser— calculando cómo pueden obtener beneficio de ello...

Los despidió y se retiró a sus habitaciones.

Era un hecho probado que los fantasmas y diablos que vivían más allá de la Muralla no conocían la cultura y estaba claro que tampoco los libros, y estar en posesión de un objeto tan patentemente imposible se castigaba con la muerte. Y la confiscación.

Lord Hong había reunido una buena biblioteca. Incluso había adquirido mapas.

Y más que mapas. Había una caja que guardaba bajo llave, en la sala donde estaba el espejo de cuerpo entero...

Pero no ahora. Más tarde...

¡Ankh—Morpork! Hasta el nombre sonaba rico.

Solamente necesitaba un año. El temible azote de la rebelión le permitiría asumir la clase de poderes que ni siquiera el más loco de los emperadores había soñado. Y luego sería impensable no construir una flota vengadora que llevara el terror a los diablos extranjeros. Gracias, lord Fang. Su idea será tenida en cuenta.

¡Como si importara quién fuera emperador! El Imperio era si acaso un plus que adquiriría más adelante, tal vez, de pasada. A él que le dieran Ankh—Morpork, con sus enanos laboriosos y su conocimiento, por encima de todo, de la maquinaria. Que miraran si no los Perros Ladradores. La mitad del tiempo volaban por los aires. Eran imprecisos. El principio era sólido pero la ejecución era terrible, sobre todo cuando volaban por los aires.

A lord Hong le había parecido una revelación contemplar el problema desde el punto de vista de Ankh—Morpork y se había dado cuenta de que tal vez sería mejor darle el trabajo de Propicio Fabricante de Perros a algún campesino que tuviera conocimientos de metal y de explosivos que a algún funcionario que hubiera obtenido las mejores notas en un examen para encontrar el mejor poema sobre el hierro. En Ankh—Morpork la gente hacía las cosas.

A él que le dejaran bajar por la calle Ancha como propietario y comerse las tartas del famoso señor Escurridizo. Que le dejaran jugar una partida de ajedrez contra lord Vetinari. Por supuesto, eso comportaba dejar al hombre que conservara un brazo.

Estaba temblando de emoción. No más tarde... ahora. Sus dedos buscaron la llave secreta que llevaba en una cadenilla al cuello.

Apenas era un camino. Los conejos pasarían de largo. Y uno juraría que no había más que una roca enorme y sin pasos practicables hasta que encontraba la abertura.

En cuanto uno la encontraba, sin embargo, apenas valía la pena el esfuerzo. Llevaba a un barranco alargado con unas cuantas cuevas naturales, un poco de hierba y un manantial.

Y resultó que también estaba allí la banda de Cohen. Salvo que él la llamaba horda. Estaban sentados al sol, quejándose de que ya no hacía el calorcito de otros tiempos.

—Ya estoy de vuelta, muchachos —dijo Cohen.

—Ah, ¿te habías ido?

—¿Mande? ¿Qué dice?

—Dice que ESTÁ DE VUELTA.

—¿Quién da una vuelta?

Cohen dedicó una sonrisa a Rincewind.

—Me los he traído conmigo —dijo—. Como he dicho, andar solo no tiene futuro hoy en día.

—Esto —dijo Rincewind, después de examinar la pequeña escena—, ¿hay alguno de estos hombres que tenga menos de ochenta años?

—Ponte de pie, Willie el Chaval —dijo Cohen.

Un hombre deshidratado y solamente una pizca menos arrugado que los demás se puso de pie. Lo más llamativo de su persona eran los pies. Llevaba unas botas con las suelas extremadamente gruesas.

—Son para que me toquen el suelo los pies —dijo.

—Y esto... ¿no le tocan el suelo con botas normales?

—No. Es un problema ortopédico. ¿Sabes que hay mucha gente que tiene una pierna más corta que la otra? Pues mira por dónde, lo que tengo yo...

—No me lo diga —dijo Rincewind—. A veces tengo unos flashes increíbles... Usted tiene las dos piernas más cortas que la otra, ¿verdad?

—Asombroso. Está claro que eres mago —dijo Willie el Chaval—. Entiendes de estas cosas.

Rincewind le dedicó una sonrisa entusiasta y enloquecida al siguiente miembro de la horda. Era casi con seguridad un ser humano, porque los monitos arrugados no solían ir en silla de ruedas llevando cascos con cuernos. El tipo le hizo una mueca a Rincewind.

—Este es...

—¿Mande? ¿Qué?

—Hamish el Loco —dijo Cohen.

—¿Mande? ¿Lo cuál?

—Apuesto a que esa silla de ruedas aterra a la gente a base de bien —dijo Rincewind—. Sobre todo las cuchillas.

—Nos costó un huevo pasarla por encima de la muralla —admitió Cohen—. Pero te asombraría la velocidad que puede coger.

—¿Mande?

—Y este es Truckle el Descortés.

—Vete a tomar por culo, mago.

Rincewind miró con una sonrisa al sujeto B.

—Esos bastones... ¡Fascinante! Es muy impresionante el detalle de escribir AMOR y ODIO en ellos.

Cohen sonrió con aire paternal.

—Truckle estaba reconocido como uno de los criminales más duros del mundo —dijo.

—¿De verdad? ¿Él?

—Pero es asombroso lo que se puede hacer con un supositorio de hierbas.

—Que te den a ti —dijo Truckle.

Rincewind parpadeó.

—Esto, ¿podemos hablar un segundo, Cohen?

Se llevó aparte al anciano bárbaro.

—No quiero que parezca que he venido a causar problemas —dijo—, pero ¿no te llama un poco la atención, en serio, que estos hombres están un poquito, bueno, que tienen pasada la fecha de caducidad? ¿Que son un poquito, por decirlo sin florituras, viejos?

—¿Mande? ¿Qué ha dicho?

—Dice que hay poca ESPESURA ENTRE LOS TEJOS.

—¿Mande?

—¿Pero qué dices? Entre todos suman casi quinientos años de experiencia concentrada de héroe bárbaro —dijo Cohen.

—Quinientos años de experiencia en una unidad de combate van bien —dijo Rincewind—. Van bien. Pero debería estar repartida entre más de una persona. O sea, ¿qué tienes pensado que hagan? ¿Que se caigan encima de la gente?

—No tienen nada de malo —dijo Cohen, señalando a un hombrecillo frágil que miraba concentrado un bloque grande de madera de teca—. Fíjate en el viejo Caleb el Destripador. ¿Lo ves? Mató a más de cuatrocientos hombres con las manos. Tiene ochenta y cinco años y menos por el polvo está de maravilla.

—¿Qué demonios está haciendo?

—Ah, pues mira, resulta que a la gente de por aquí le va mucho luchar con las manos desnudas. El combate sin armas es buena cosa porque a la mayoría de la gente no se le permite llevar armas. Así que Caleb piensa que tiene algo bueno entre manos. ¿Ves ese trozo grande de teca? Es asombroso. Caleb suelta un grito escalofriante y...

—Cohen, son muy viejos...

—¡Son la flor y la nata!

Rincewind suspiró.

—Cohen, son un queso rancio. ¿Por qué te los has traído hasta aquí?

—Me van a ayudar a robar una cosa —dijo Cohen.

—¿Qué cosa? ¿Una joya o algo así?

—Una cosa —dijo Cohen, malhumorado—. Que está en Hunghung.

—¿De verdad? ¡Caramba! —exclamó Rincewind—. Y supongo que en Hunghung vive mucha gente, ¿no?

—Como medio millón —dijo Cohen.

—Y hay muchos guardias, ¿no?

—He oído que unos cuarenta mil. Unos tres cuartos de millón si contamos todos los ejércitos.

—Ajá —dijo Rincewind—. Así que con esta media docena de viejos...

—La Horda de Plata —dijo Cohen, con un toque de orgullo.

—¿Cómo? ¿Disculpa?

—Así se llaman. En el negocio de las hordas hay que tener un nombre. La Horda de Plata.

Rincewind se volvió. Varios miembros de la horda se habían quedado traspuestos.

—La Horda de Plata —dijo—. Ajá. Concuerda con el color de su pelo. En el caso de los que tienen pelo. Así que... con esta... Horda de Plata tienes pensado asaltar la ciudad, matar a todos los guardias y robar todo el tesoro, ¿verdad?

Cohen asintió.

—Sí... Algo así. Claro que no tendremos que matar a todos, todos los guardias...

—¿Ah, no?

—Tardaríamos demasiado.

—Claro, y obviamente querréis dejaros algo de trabajo para mañana.

—Me refiero a que los guardias estarán ocupados con la revolución y todo eso.

—¿Una revolución también? Caramba.

—Dicen que es una época de portentos —dijo Cohen—. Que...

—Me sorprende que tengan tiempo para preocuparse sobre el estado de su equipo de acampada —dijo Rincewind.

—Te aconsejo de verdad que te quedes con nosotros —dijo Gengis Cohen—. Estarás más seguro.

—Oh, no estoy tan seguro de eso —dijo Rincewind, con una sonrisa horrible—. No estoy nada convencido.

Si estoy solo, pensó, solamente me pueden pasar cosas espantosas normales.

Cohen se encogió de hombros y luego escrutó el claro hasta que su mirada se posó en un tipo delgado que estaba sentado un poco apartado del resto, leyendo un libro.

—Míralo —dijo con aire benevolente, como un hombre señalando a un perro que ha hecho un buen truco—, siempre tiene la nariz en un libro. —Alzó la voz—. ¿Profe? Ven y enséñale a este mago el camino a Hunghung.

Se volvió una vez más hacia Rincewind:

—Profe te enseñará todo lo que quieras saber porque lo sabe todo. Te dejo con él. Voy a tener una charla con Vincent el Viejo.

—Hizo un gesto con la mano como quitando importancia—. No es que le pase nada malo, qué va —dijo en tono desafiante—. Es que tiene mala memoria. Tuvimos algunos problemillas de camino aquí. No paro de decirle que son las mujeres lo que se viola y las casas lo que se incendia.

—¿Viola? —dijo Rincewind—. Eso no es muy...

—Tiene ochenta y siete años —dijo Cohen—. No eches por tierra los sueños de un anciano.

Profe resultó ser un hombre alto y esquelético con una expresión amigablemente distraída y una mata de pelo blanco que, vista desde arriba, le hacía parecer una margarita. Ciertamente no parecía un forajido sediento de sangre, aunque llevaba una camisa de cota de malla que le venía un poco grande y una vaina enorme sujeta con una correa a la espalda que no albergaba ningún arma pero sí un surtido de pergaminos y pinceles. Su camisa de cota de malla tenía un bolsillo en la pechera con tres estilográficas de colores distintos dentro de un protector de bolsillo de cuero.

—Ronald Saveloy —dijo, estrechando la mano de Rincewind—. Ciertamente estos caballeros asumen un conocimiento considerable por mi parte. Vamos a ver... quiere ir usted a Hunghung, ¿cierto?

Rincewind había estado pensando en ello.

—Quiero conocer el camino a Hunghung... —dijo con precaución.

—Sí. Bueno. En esta época del año yo de usted me dirigiría al sol poniente hasta dejar atrás las montañas y llegaría a la llanura aluvial donde verá rastros de morrenas glaciares y algunos ejemplos bastante buenos de lo que sin duda son cantos rodados erráticos. Son unos quince kilómetros.

Rincewind se lo quedó mirando. Las referencias geográficas que daban los forajidos solían ser más del tipo «sigue recto pasada la ciudad en llamas y gira a la derecha cuando llegues donde están todos los ciudadanos colgados de las orejas».

—Esas morrenas parecen peligrosas —dijo.

—No son más que residuos de antiguas glaciaciones —dijo el señor Saveloy.

—¿Y qué hay de esos cantos rodados erráticos? Me suenan a la típica cosa que se te echa encima...

—No son más que rocas alejadas considerablemente de su lugar de origen por un glaciar —dijo el señor Saveloy—. Nada de qué preocuparse. El paisaje no es hostil.

Rincewind no le creyó. A él le había golpeado el suelo muchas veces.

—Y sin embargo —dijo el señor Saveloy —por ahora Hunghung es un poco peligroso.

—No, ¿en serio? —dijo Rincewind en tono cansino.

—No es exactamente un asedio. Todo el mundo está esperando a que se muera el emperador. Es lo que aquí llaman —sonrió— «tiempos interesantes».

—Yo odio los tiempos interesantes.

Los restantes miembros de la Horda se habían alejado, se habían vuelto a quedar traspuestos o se estaban quejando entre ellos de sus pies. A lo lejos se oía la voz de Cohen:

—Mira, esto es una cerilla y esto es...

—¿Sabe? Resulta usted muy culto para ser un bárbaro —dijo Rincewind.

—Oh, cielos, yo no soy bárbaro de siempre. Yo era maestro de escuela. Por eso me llaman Profe.

—¿Y qué enseñaba?

—Geografía. Y me interesaban mucho los estudios aurientales. Pero decidí dejarlo para ganarm[[15]](#footnote-15)e la vida con la espada.

—¿Después de ser profesor toda su vida?

—Supuso un cambio de perspectiva, sí.

—Pero... bueno, seguramente... las privaciones... los peligros terribles, el riesgo diario de muerte...

El señor Saveloy se animó de pronto:

—Ah, también usted ha sido maestro, ¿verdad?

Rincewind oyó un grito y miró a su alrededor. Se volvió para ver a dos miembros de la Horda discutiendo con las narices pegadas.

El señor Saveloy suspiró.

—Estoy intentando enseñarles ajedrez —dijo—. Es vital para entender la mente auriental. Pero me temo que no entienden la noción de esperar su turno para mover pieza, y su idea de una buena apertura es que el rey y todos los peones avancen juntos en tromba por el tablero y le peguen fuego a las torres del rival.

Rincewind se inclinó hacia su interlocutor.

—Mire, o sea... ¿Gengis Cohen? —dijo—. ¿Ha perdido la chaveta? O sea... matar a media docena de sacerdotes geriátricos y robar unas joyas de bisutería, vale. ¡Pero atacar él solo a cuarenta mil guardias es la muerte segura!

—Oh, no estará solo —dijo el señor Saveloy.

Rincewind parpadeó. Cohen tenía algo especial. A la gente se le contagiaba su optimismo como si fuera un resfriado común.

—Ah, sí. Claro. Lo siento. Me había olvidado. ¿Siete contra cuarenta mil? No creo que vayan a tener ningún problema. Yo me largo. Creo que bastante deprisa.

—Tenemos un plan. Viene a ser... —El señor Saveloy vaciló. Sus ojos se desenfocaron un poco—. ¿Sabe? Esa cosa. Lo hacen las abejas. Y las avispas. Y creo que también algunas medusas... Se me acaba de ir la palabra de la boca... Esto... Va a ser la más grande que ha habido nunca, creo.

Rincewind le lanzó otra mirada inexpresiva.

—Estoy seguro de haber visto un caballo de más.

—Déjeme que le dé esto —dijo el señor Saveloy—. Luego tal vez lo entienda usted. Es el meollo del asunto, créame...

Le dio a Rincewind un pequeño fajo de papeles sujetos por la esquina con un trozo de cordel.

Rincewind se lo metió a toda prisa en el bolsillo y solamente tuvo tiempo de ver el título en la primera página.

Decía:

LO QUE HICE EN MIS VACACIONES

A Rincewind le parecía que las alternativas eran muy claras. Estaba la ciudad de Hunghung, asediada, al parecer hirviendo de peligros y de revoluciones, y estaba el resto del mundo.

Por tanto era importante saber dónde estaba Hunghung para no toparse con ella por accidente. Prestó mucha atención a las indicaciones del señor Saveloy y se alejó cabalgando en dirección contraria.

Podía embarcarse en alguna parte. Por supuesto, a los magos les sorprendería verlo de vuelta, pero siempre podía decirles que no había encontrado a nadie en casa.

Las colinas dieron paso a una tierra de matorrales bajos que a su vez dio paso a una llanura húmeda al parecer interminable donde se veía a lo lejos y entre la niebla un río tan serpenteante que se pasaba la mitad del camino fluyendo hacia atrás.

La tierra era un damero de cultivos. A Rincewind le gustaba el campo en teoría, siempre y cuando el campo no se levantara para recibirlo y estuviera a ser posible al otro lado de las murallas de una ciudad, pero aquello apenas se podía calificar de campo. Se parecía más a una granja enorme y sin cercas. De los campos se elevaban de vez en cuando rocas enormes con un aspecto peligrosamente errático.

A veces veía gente trabajando duro a lo lejos. Por lo que él podía ver, su principal actividad era remover el barro.

A veces veía un hombre metido hasta los tobillos en un campo anegado sujetando a un búfalo de agua con una cuerda. El búfalo se dedicaba a pastar y de vez en cuando movía el vientre. El hombre se dedicaba a sujetar la cuerda. Parecía ser su única meta y ocupación en la vida.

Había unas cuentas personas más en la carretera. Normalmente empujaban carretillas llenas de bostas de búfalo de agua o, posiblemente, barro. No prestaban ninguna atención a Rincewind. De hecho se dedicaban con empeño a no prestar atención. Pasaban a toda prisa a su lado mirando fijamente las escenas de barrodinámica o de movimiento de vientres bovinos que tenían lugar en los campos.

Rincewind sería el primero en admitir que su cerebro era un poco lento. Pero llevaba el suficiente tiempo [[16]](#footnote-16)vivo como para percibir las señales. Aquella gente no le prestaba atención porque aquella gente no veía a la gente que iba a caballo.

Probablemente descendían de gente que había aprendido que si miras demasiado fijamente a alguien que va a caballo recibes una intensa sensación punzante como la que se experimenta cuando alguien te da con un palo en la oreja. No mirar a la gente que iba a caballo se había vuelto hereditario. La gente que miraba a la gente que iba a caballo de alguna forma que se considerara rara nunca sobrevivía el tiempo suficiente como para reproducirse.

Decidió probar un experimento. La siguiente carretilla que pasó traqueteando a su lado no transportaba barro sino gente, una media docena, sentados a ambos lados de la enorme rueda central. El método de propulsión secundario era una pequeña vela desplegada para aprovechar el viento, pero el método primario era esa fuente preponderante de energía motriz en toda comunidad campesina: el bisabuelo de alguien, o por lo menos alguien que parecía el bisabuelo de alguien.

Cohen había dicho: «Aquí hay hombres capaces de empujar una carretilla durante cincuenta kilómetros alimentados con un cuenco de mijo con un poco de porquería dentro. ¿Qué conclusión sacas de eso? Pues que otro se está zampando el cerdo».

Rincewind decidió explorar la dinámica social y también probar el idioma. Hacía años que no lo usaba, pero tenía que admitir que Ridcully no andaba equivocado. Se le daban bien los idiomas. El agateo era un idioma con unas pocas sílabas básicas. Todo dependía más bien del tono, la inflexión y el contexto. Por lo demás, la palabra que significaba líder militar era también la palabra que significaba marmota de cola larga, órgano sexual masculino y gallinero antiguo.

—¡Eh, tú! —gritó—. Ejem... ¿Doblar bambú? ¿Una expresión desaprobadora? Esto... quiero decir... ¡párate!

La carretilla patinó hasta parar. Nadie lo miró. Miraban más allá de él, o alrededor de él, o hacia sus pies.

Al final el tipo que empujaba la carretilla, al estilo de un hombre que sabe que está perdido haga lo que haga, murmuró:

—¿Qué ordena su señoría?

Rincewind se sintió muy arrepentido más tarde por lo que contestó.

Lo que contestó fue:

—Dadme toda vuestra comida y... perros reticentes, ¿de acuerdo?

Ellos se le quedaron mirando con caras impasibles.

—Maldición. Quiero decir... ¿escarabajos en formación?... ¿variedad de cascada?... Ah, sí... dinero.

Hubo un movimiento general y un hurgar en las ropas de los pasajeros. Luego el que empujaba la carretilla se acercó furtivamente a Rincewind, cabizbajo, y le ofreció su sombrero. Contenía algo de arroz, algo de pescado seco y un huevo de aspecto altamente peligroso. Y algo así como medio kilo de oro en monedas grandes y redondas.

Rincewind se quedó mirando el oro.

En el Continente Contrapeso el oro era tan común como el cobre. Aquella era una de las pocas cosas que todo el mundo sabía sobre el lugar. No tenía sentido alguno que Cohen intentara ninguna clase de gran atraco. Había un límite a lo que una persona podía cargar. Podía limitarse a asaltar una aldea de campesinos y vivir como un rey durante el resto de su vida. Tampoco es que necesitara tanto...

De pronto el «más tarde» lo alcanzó y, en efecto, se sintió bastante avergonzado. Aquella gente apenas tenía nada, salvo montones de oro.

—Esto... Gracias. Gracias. Sí. Una simple comprobación. Sí. Se lo pueden quedar. Yo... esto... me quedaré... la anciana abuelita... correr de lado... oh, maldición... el pescado.

Rincewind siempre había estado en la base de la pirámide social. No importaba el tamaño de la pirámide. La cima podía estar más alta o más baja, pero la base siempre estaba en el mismo sitio. Pero por lo menos era una pirámide de Ankh—Morpork.

En Ankh—Morpork nadie le hacía reverencias a nadie, Y cualquiera que intentara en Ankh—Morpork lo que él acababa de intentar ahora estaría buscando sus dientes por el suelo y quejándose del dolor que sentía en la entrepierna y su caballo ya habría sido repintado dos veces y vendido a un hombre que juraría que era el propietario desde hacía años.

Se sintió extrañamente orgulloso de aquello.

Algo extraño se elevó de las profundidades fangosas de su alma. Era, para su asombro, un impulso generoso.

Se bajó del caballo y les tendió las riendas. Los caballos eran útiles, pero él estaba acostumbrado a pasar sin ellos. Además, en distancias cortas los hombres podían correr más que los caballos, y este era un hecho muy apreciado por el corazón de Rincewind.

—Tengan —dijo—. Quédenselo. A cambio del pescado.

El que empujaba la carretilla gritó, agarró las asas de su vehículo y salió corriendo a la desesperada. Varios hombres rodaron por el suelo, echaron un semivistazo a Rincewind, gritaron también y salieron corriendo detrás de él.

Peor que los látigos, había dicho Cohen. Aquí tienen algo peor que los látigos. Ya no les hacen falta los látigos. Rincewind confiaba en no averiguar nunca de qué se trataba, si había hecho aquello a la gente.

Siguió cabalgando a través de un paisaje interminable de campos. Ni siquiera había maleza en los arcenes, ni tampoco tabernas. Entre los campos lejanos había formas que podían ser pueblos o aldeas, pero no parecía haber caminos que llevaran a ellas, tal vez porque los caminos malgastaban el valioso barro agrícola.

Por fin se sentó sobre una roca que presumiblemente no habían conseguido mover ni siquiera los esfuerzos más denodados de los campesinos y se rebuscó en el bolsillo su vergonzoso almuerzo a base de pescado seco.

Su mano tocó el fajo de papeles que le había dado el señor Saveloy. Lo sacó y se le llenó de migas.

Este es el meollo del asunto, había dicho el maestro bárbaro. Sin explicar cuál era el asunto.

LO QUE HICE EN MIS VACACIONES, decía el título. La caligrafía era mala, o, mejor dicho, la pintura era mala: los agateos escribían con pinceles y ensamblaban pequeñas palabras dibujadas con los componentes que tenían a mano. No es que una imagen valiera por mil palabras, es que una imagen eran mil palabras.

A Rincewind no se le daba muy bien leer aquel idioma. Había muy pocos libros agateos incluso en la biblioteca de la Universidad Invisible. Y este parecía que quien fuera que lo había escrito estaba intentando entender algo que le resultaba poco familiar.

Pasó un par de páginas. Era una historia sobre una Gran Ciudad que contenía cosas magníficas, «cerveza tan fuerte como un buey», decía, y «pasteles que contienen muchas, muchas partes del cerdo». En aquella ciudad todo el mundo parecía ser sabio, amable, fuerte o las tres cosas a la vez, sobre todo un personaje llamado el Gran Hechicero que parecía tener un lugar preferencial en el texto.

Y también había pequeños comentarios desconcertantes, como por ejemplo: «Vi a un hombre pisarle los dedos del pie a un guardia de la ciudad, que le dijo: "¡Tu mujer es un hipopótamo enorme!", a lo que el hombre respondió: "Métetelo allí donde el sol no proyecta su luz, persona enorme", a lo que el guardia [y esta parte estaba escrita en tinta roja y la escritura era temblorosa, como si el autor se hubiera sentido muy emocionado] no desproveyó al hombre de su cabeza tal como dicta la antigua tradición». La declaración iba seguida de un pictograma que mostraba a un perro haciendo aguas menores, que por alguna oscura razón era el equivalente agateo de un signo de admiración. Y había cinco perros seguidos.

Rincewind pasó las páginas distraídamente. Estaban todas llenas de aquel mismo aburrimiento, frases que afirmaban enormes obviedades pero que a menudo llevaban detrás varios perros incontinentes. Como por ejemplo: «El posadero dijo que la ciudad le había exigido sus impuestos pero que él no tenía intención de pagar, y cuando le pregunté si no tenía miedo él me explicó: "Que les [pictograma complicado] a todos excepto a uno y ese puede [pictograma complicado] a sí mismo" [perro orinando, perro orinando]. Y continuaba diciendo: "El [pictograma que indicaba gobernador supremo] es un [otro pictograma que, después de pensarlo bastante y sostener la foto en varios ángulos distintos, Rincewind decidió que quería decir 'trasero de caballo'] y se lo puedes decir de mi parte", y en aquel momento un guardia que estaba en la taberna no lo destripó [perro orinando, perro orinando], sino que dijo: "Díselo también de parte mía" [perro orinando, perro orinando, perro orinando, perro orinando, perro orinando]».

¿Y qué tenía aquello de raro? En Ankh—Morpork la gente hablaba así todo el tiempo, o por lo menos expresaba aquellos mismos sentimientos. Dejando de lado el perro.

Claro, un país que arrasaba una ciudad para enseñarles una lección a las demás ciudades era un sitio desquiciado. Tal vez aquel fuera un libro de chistes y él no le había encontrado la gracia. Tal vez los humoristas de allí conseguían grandes risas del público con líneas como: «¿Saben aquel que dice que me encontré a un hombre de camino al teatro y no me cortó las piernas, perro orinando, perro orinando?».

Había oído el tintineo de un arnés en el camino, pero no le había prestado atención. Ni siquiera había levantado la vista al oír que se acercaba alguien. Para cuando se le ocurrió mirar ya era demasiado tarde, porque alguien le había puesto la bota en el cuello.

—Oh, perro orinando —dijo antes de perder el conocimiento.

Hubo una ráfaga de aire y el Equipaje apareció, cayendo pesadamente sobre un montón de nieve.

Tenía un cuchillo de carnicero clavado en la tapa.

Permaneció inmóvil durante un tiempo y luego, ejecutando una compleja danza con las piernas, dio un giro de trescientos sesenta grados.

El Equipaje no pensaba. No tenía nada con qué pensar. Fueran cuales fuesen sus procesos interiores, probablemente tenían más que ver con la forma en que un árbol reacciona al sol y la lluvia y las tormentas repentinas, pero acelerados a toda pastilla.

Al cabo de un rato pareció que ya se iba orientando y echó a andar tranquilamente por la nieve a medio derretir.

El Equipaje tampoco sentía. No tenía nada con qué sentir. Pero sí reaccionaba, del mismo modo que un árbol reacciona a los cambios de estación.

Aceleró el paso.

Estaba cerca de casa.

Rincewind tuvo que admitir que el hombre que estaba gritando tenía razón. Bien, no cuando decía que el padre de Rincewind era el hígado enfermo de un tipo de oso panda de las montañas y su madre era un cubo de baba de tortuga. Rincewind no había conocido en persona a ninguno de sus progenitores, pero creía que probablemente fueran al menos vagamente humanoides, a grandes rasgos. Pero sobre el tema de parecer estar en posesión de un caballo robado, aquel hombre sí que había calado perfectamente a Rincewind, además de ponerle un pie en el cuello. Un pie en el cuello es el noventa por ciento de la ley.

Sintió manos hurgándole en los bolsillos.

Otra persona —Rincewind apenas podía ver más que unos pocos centímetros de suelo aluvial, pero por el contexto le parecía que era una persona hostil— se unió a los gritos.

A Rincewind lo levantaron del suelo.

Los guardias eran en gran medida como los guardias que Rincewind había experimentado en otros lugares. Tenían la cantidad de intelecto justa para golpear a la gente y arrastrarla al foso de los escorpiones. Y eran campeones de liga en gritarle a la gente a pocos centímetros de sus caras.

El efecto se volvía surrealista por el hecho de que los guardias no tenían cara, o por lo menos no lo que se llama una cara propia. Sus yelmos adornados y esmaltados en negro tenían caras pintadas con unos bigotes enormes y solo dejaban al descubierto la boca del propietario a fin de que este pudiera, por ejemplo, llamar al abuelo de Rincewind caja de cagarrutas de peces de colores de mala calidad.

Esgrimieron ante su cara Lo que hice en mis vacaciones.

—¡Bolsa de pescado podrido!

—No sé qué quiere decir eso —dijo Rincewind—. Alguien me lo di...

—¡Pies de leche absolutamente agria!

—¿Le importaría no gritar tan alto? Creo que me acaba de estallar el tímpano.

El guardia se calmó, posiblemente porque se había quedado sin aliento. Rincewind tuvo un momento para examinar la escena.

En el camino había dos carros. Uno de ellos parecía una jaula sobre ruedas. Distinguió unas caras que lo observaban aterradas. El otro era un palanquín muy adornado llevado por ocho campesinos. Unas cortinas suntuosas tapaban los laterales, pero Rincewind vio que se apartaban para que alguien desde el interior pudiera verlo a él.

Los guardias se dieron cuenta de aquello. Pareció incomodarlos.

—Si me dejáis que os exp...

—¡Silencio, boca de...! —el guardia vaciló.

—Ya habéis usado la tortuga, el pez de colores y algo con lo que probablemente os referíais al queso —dijo Rincewind.

—¡Boca de mollejas de pollo!

Una mano larga y delgada emergió de las cortinas e hizo solamente una seña.

A Rincewind lo empujaron hacia allí. La mano tenía las uñas más largas que había visto nunca en algo que no ronroneara,

—¡Póstrate!

—¿Cómo? —dijo Rincewind.

—¡Póstrate!

Las espadas salieron de sus vainas.

—¡No entiendo lo que decís! —se lamentó Rincewind.

—Póstrate, por favor —susurró una voz en su oído. No era una voz particularmente amigable pero comparada con el resto de las voces era de lo más afectuosa. Daba la impresión de que pertenecía a un hombre joven. Y hablaba muy buen morporkiano.

—¿Cómo?

—¿No sabes hacerlo? Arrodíllate y pega la frente al suelo. Si es que quieres volver a llevar sombrero.

Rincewind vaciló. Era un morporkiano nacido libre, y entre la lista de cosas que un ciudadano no hacía estaba inclinarse ante un, digámoslo suavemente, extranjero.

Por otro lado, en lo más alto de la lista de cosas que los ciudadanos no hacían figuraba dejarse cortar la cabeza.

—Eso está mejor. Eso está bien. ¿Cómo sabías que tenías que temblar?

—Esa se me ha ocurrido a mí solito.

La mano le hizo señas con el dedo.

Uno de los guardias abofeteó a Rincewind con el ejemplar fangoso de Lo que hice en mis vacaciones. Rincewind lo agarro con expresión culpable mientras el guardia corría hacia el dedo de su amo.

—¿Voz? —dijo Rincewind.

—¿Sí?

—¿Qué pasa si solicito inmunidad por ser extranjero?

—Hay una cosa especial que hacen con un chaleco de alambres y un rallador de queso.

—Ah.

—Y en Hunghung hay torturadores que pueden mantener a un hombre vivo durante años.

—Supongo que no hablas de saludables carreras por las mañanas y de una dieta rica en fibras.

—No. Así que mantén cerrada la boca y si tienes suerte te mandarán a hacer de esclavo en palacio.

—Suerte es mi segundo apellido —farfulló Rincewind—. Eso sí, el primero es Mala.

—Acuérdate de tartamudear y postrarte.

—Haré lo que pueda.

La mano blanca emergió con un trozo de papel. El guardia lo cogió, se giró hacia Rincewind y carraspeó.

—¡Atiende a la sabiduría y la justicia del inspector de distrito Kee, bola de emanaciones de ciénaga! ¡Me refiero a ti, no a él!

Volvió a carraspear y acercó la vista al papel al estilo de alguien que aprendió a leer diciendo con mucha atención el nombre de cada letra en voz alta.

—«El poni blanco corre entre los... los...»

El guardia se volvió, mantuvo una conversación en voz baja con las cortinas y se volvió otra vez.

—«... crisantememos... temos en flor, el viento frío agita los albaricoqueros. Mandadlo a palacio como esclavo hasta que todos los apéndices se le caigan.»

Varios de los demás guardias aplaudieron.

—Levanta la vista y aplaude —dijo la Voz.

—Me temo que se me caerían los apéndices.

—Es un rallador de queso bastante grande.

—¡Bravo! ¡Sensacional! ¡Otra! ¿Y la parte esa sobre los crisantememos? ¡Maravillosa!

—Bien. Escucha. Eres de Bes Pelargic. Tienes el mismo acento, que me maten si sé por qué. Es una ciudad portuaria y la gente de allí es un poco extraña. Te asaltaron unos bandidos y escapaste en uno de sus caballos. Es por eso que no llevas tus documentos encima. Aquí necesitas papeles para todo, incluso para ser alguien. Y finge que no me conoces.

—Es que no te conozco.

—Bien. ¡Larga Vida al Cometido de Hacer Cambiar las Cosas hacia un Estado Más Igualitario Conservando el Debido Respeto por las Tradiciones de Nuestros Antepasados y Por Supuesto Sin Dañar la Augusta Persona del Emperador!

—Bien. Sí. ¿Qué?

Un guardia le dio una patada a Rincewind en la zona de los riñones. Aquello sugería, en el lenguaje universal de las botas, que tenía que ponerse de pie.

Consiguió incorporarse sobre una rodilla y vio al Equipaje.

No era el suyo y había tres.

El Equipaje subió trotando hasta la cima de una colina baja y se paró tan deprisa que dejó una serie de pequeños surcos en la tierra.

Además de no tener ningún equipamiento con que pensar o sentir, el Equipaje tampoco tenía medios para ver. La forma en que percibía los acontecimientos era un completo misterio.

Ahora percibió a los otros Equipajes.

Los tres hacían cola pacientemente detrás del palanquín. Eran grandes. Y negros.

Las piernas del Equipaje desaparecieron dentro de su cuerpo.

Al cabo de un rato abrió con cautela la tapa, solamente un poco.

De las tres cosas que la mayoría de la gente sabe sobre los caballos, la tercera es que, en las distancias cortas, no pueden correr tan deprisa como los hombres. Tal como Rincewind había descubierto para su propio beneficio, tienen más patas que coordinar.

Existen ventajas adicionales si a) la gente a caballo no espera que eches a correr, y b) si resulta que estás, de forma muy conveniente, en posición de salida atlética.

Rincewind salió disparado como lo hace un curry indigesto de un estómago sensible.

Hubo muchos gritos pero lo más reconfortante, lo importante, era que tenían todos lugar tras su espalda. Pronto intentarían alcanzarlo, pero aquel era un problema para el futuro. También podía considerar hacia dónde estaba corriendo, pero un cobarde experimentado nunca se preguntaba por el «hacia» pues se encontraba fascinado por el «de qué».

Un corredor menos veterano se habría arriesgado a echar un vistazo atrás, pero Rincewind sabía instintivamente todo sobre la resistencia del viento y la tendencia de las piedras inoportunas a colocarse debajo de los pies inconscientes. Además, ¿para qué mirar atrás? Ya estaba corriendo todo lo deprisa que podía. Nada de lo que viera le haría correr más rápido.

Tenía delante una aldea grande y sin forma, construida aparentemente a base de fango y bostas. En los campos que tenía delante, una docena de campesinos levantaron la vista de su trabajo para mirar al mago en plena aceleración.

Tal vez fuera la imaginación de Rincewind, pero mientras pasaba frente a ellos habría jurado que oía el grito:

—¡Duración Necesariamente Prolongada al Ejército Rojo! ¡Defunción Lamentable Sin Sufrimiento Indebido a las Fuerzas de la Opresión!

Rincewind se metió por entre las cabañas mientras los soldados cargaban contra los campesinos.

Cohen estaba en lo cierto. Parecía que había una revolución. Pero el Imperio había existido sin ningún cambio durante miles de años. La cortesía y el respeto al protocolo formaban parte de su mismo tejido y al parecer los revolucionarios todavía tenían que aprender a dominar el arte de los eslóganes descorteses.

Rincewind prefería correr a esconderse. Esconderse estaba muy bien, pero si te encontraban estabas atrapado. Por otra parte, la aldea era el único cobijo en muchos kilómetros a la redonda, y algunos de los soldados iban a caballo. Puede que los hombres fueran más rápidos que los caballos en las distancias cortas, pero en aquel paisaje de campos llanos y abiertos un hombre corriendo lo tenía negro.

Así que se metió en un edificio al azar y abrió la primera puerta que vio.

La puerta tenía un letrero que decía: «Examen. ¡Silencio!».

Cuarenta caras expectantes y ligeramente preocupadas levantaron la mirada desde sus pupitres. No eran niños sino adultos.

Al fondo de la sala había un atril, y sobre el mismo un montón de papeles sellados con cordel y cera.

A Rincewind la atmósfera le resultó familiar. La había respirado antes, aunque a un mundo entero de distancia. Estaba impregnada de aquellos olores a sudor frío creados por el descubrimiento repentino de que probablemente ya fuera demasiado tarde para aquel repaso que llevabas tiempo posponiendo. Rincewind había afrontado muchos horrores en su época, pero ninguno ocupaba el mismo lugar en el léxico del miedo que aquellos pocos segundos después de que alguien dijera: «Pueden girar los exámenes ya».

Los candidatos estaban observándole.

Venían gritos de fuera.

Corrió al atril, rompió el cordel y repartió los exámenes tan deprisa como pudo. Luego regresó a la seguridad del atril, se quitó el sombrero y estaba agachado cuando se abrió la puerta lentamente.

—¡Márchense! —gritó—. ¡Se está haciendo un examen!

La figura invisible de detrás de la puerta le dijo algo en voz baja a alguien. Luego volvió a cerrar la puerta.

Los candidatos seguían mirándole.

—Esto. Muy bien. Den la vuelta a sus exámenes.

Hubo un susurro de papeles, unos momentos de aquel silencio terrible y luego una gran actividad con los pinceles.

Oposiciones. Ah, sí. Aquella era otra cosa que la gente sabía del Imperio. Eran la única forma de obtener una plaza de funcionario y la seguridad que esta conllevaba. Se había dicho que aquel era un sistema muy bueno porque abría oportunidades para la gente de mérito.

Rincewind cogió un examen que sobraba y lo leyó.

El encabezamiento decía: Examen para el Cargo de Asistente de Operario de Fertilizante de Origen Humano en el Distrito de W'ung.

Leyó la primera pregunta. Pedía a los candidatos que escribieran un poema de dieciséis versos sobre la niebla vespertina entre los cañaverales.

La segunda pregunta parecía ser sobre el uso de la metáfora en un libro del que Rincewind no había oído hablar nunca.

Luego había una pregunta sobre música...

Rincewind le dio la vuelta al examen un par de veces. No parecía que se mencionaran en ninguna parte palabras como «abono orgánico», «cubo» ni «carretilla». Pero presumiblemente todo aquello producía una clase de persona mejor que en Ankh—Morpork, donde solamente se hacía una pregunta a los candidatos: «¿Tienes pala propia?».

Los gritos de fuera parecían haberse apagado. Rincewind se arriesgó a asomar la cabeza por la puerta. Había una conmoción cerca del camino pero ya no parecía orientada hacia Rincewind.

Corrió como alma que lleva el diablo.

Los estudiantes continuaron con sus exámenes. Uno de los más emprendedores, sin embargo, se subió la pernera del pantalón y copió un poema sobre la niebla que había compuesto con grandes esfuerzos hacía algún tiempo. Al cabo de un tiempo ya sabes la clase de preguntas que hacen los examinadores.

Rincewind avanzó al trote, intentando mantenerse en las zanjas allí donde estas no comportaban hundirse hasta las rodillas en el barro. No era un paisaje pensado para esconderse. Los agateos plantaban sus cosechas en cualquier parcela de tierra de la que las semillas no se cayeran. Aparte de algún grupo esporádico de rocas había una ausencia clara de lugares en los que parapetarse.

Nadie le prestó mucha atención una vez que hubo dejado muy atrás la aldea. De vez en cuando algún operario de búfalos de agua se volvía para mirarlo hasta que se perdía de vista, aunque sin mostrar una curiosidad especial. Era simplemente que Rincewind resultaba ligeramente más interesante que ver defecar a un búfalo de agua.

Continuó sin perder de vista el camino y a media tarde llegó a una encrucijada.

Había una posada.

Rincewind no había comido desde lo del leopardo. La posada significaba comida, pero la comida significaba dinero. Tenía hambre y no tenía dinero.

Se reprendió a sí mismo por aquella clase de pensamiento negativo. Aquel no era el punto de vista adecuado. Lo que tenía que hacer era entrar y pedir una comida abundante y nutritiva. Entonces, en lugar de tener hambre y no tener dinero, estaría bien alimentado y no tendría dinero, lo cual suponía una ganancia neta respecto a su situación actual. Por supuesto, era probable que el mundo planteara algunas objeciones, pero en la experiencia de Rincewind había pocos problemas que no se pudieran solucionar con un grito y una buena ventaja de diez metros. Y por supuesto, para entonces ya se habría zampado una cena vigorizante.

Además, le gustaba la comida hunghunguesa. Unos cuantos refugiados habían abierto restaurantes en Ankh—Morpork y Rincewind se consideraba bastante experto en sus platos.

La única sala enorme estaba cargada d[[17]](#footnote-17)e humo y, por lo poco que se distinguía a través de las volutas y los remolinos, bastante llena de gente también. Había un par de ancianos sentados delante de un complejo montón de fichas de marfil, jugando al Shibo Yangcong—san. Rincewind no estaba muy seguro de qué estaban fumando, pero a juzgar por la expresión de sus caras, estaban muy contentos de haberlo elegido.

Rincewind se abrió paso hasta la chimenea, donde un hombre flaco estaba atendiendo un caldero.

Le dedicó una sonrisa jovial:

—¡Buenos días! ¿Podría servirme su famosa exquisitez «Menú A para dos personas con pan de gambas extra»?

—Nunca he oído hablar de esa comida.

—Hum. Entonces... ¿puedo ver la oreja dolorida... el croar de rana... la carta?

—¿Qué es una carta, amigo?

Rincewind asintió. Sabía lo que quería decir cuando un desconocido te llamaba «amigo» de aquella manera. Nadie que llamara a otra persona «amigo» se sentía muy inclinado a ser amable.

—Quiero decir que qué hay para comer.

—Fideos, col hervida y bigotes de cerdo.

—¡¿Y ya está?!

—Los bigotes de cerdo no crecen en los árboles, san.

—Llevo todo el día viendo búfalos de agua —dijo Rincewind—. ¿Es que nunca coméis filetes?

El cucharón se sumergió en el caldero con un «splash». En alguna parte detrás de él cayó al suelo una ficha de shibo. A Rincewind se le erizó el pelo de la nuca bajo las miradas.

—En este lugar no servimos rebeldes —dijo el dueño en voz alta.

Probablemente son demasiado carnosos, pensó Rincewind. Pero le dio la impresión de que el tipo había dirigido aquellas palabras al mundo en general y no solo a él.

—Me alegro de oírlo —dijo— porque...

—Sí, señor —dijo el dueño un poco más alto—. Aquí los rebeldes no son bienvenidos.

—Me parece bien, porque...

—Si conociera a algún rebelde está claro que avisaría a las autoridades —vociferó el dueño.

—No soy un rebelde, solo tengo hambre —dijo Rincewind—. Querría, esto... un cuenco, por favor.

Le llenaron un cuenco. En la superficie aceitosa resplandecían pequeños arco iris.

—Es medio rhinu —dijo el dueño.

—¿Es que quiere que le pague antes de comérmelo? —preguntó Rincewind.

—Después tal vez, no quieras pagar, amigo.

Un rhinu era más oro del que Rincewind había poseído nunca. Se dio unas palmadas teatrales en los bolsillos.

—De hecho, parece que... —empezó. Se oyó un «plof» a su lado. Se le acababa de caer al suelo Lo que hice en mis vacaciones.

—Muy bien, gracias, con eso llega —le dijo el dueño a la sala en general. Le puso el cuenco en la mano a Rincewind y, con un gesto rápido, pescó el librito y se lo volvió a embutir al mago en el bolsillo.

—¡Siéntate en el rincón! —musitó entre dientes—. ¡Ya se te dirá qué tienes que hacer!

—Pero si ya sé qué hacer. Meter la cuchara en el cuenco, llevarme la cuchara a la boca...

—¡Siéntate!

Rincewind encontró el rincón más oscuro y se sentó. La gente seguía mirándole.

Para evitar la mirada colectiva sacó Lo que hice en mis vacaciones y lo abrió al azar, en un esfuerzo por averiguar por qué había tenido aquel efecto mágico en el posadero.

«... Me vendió un bocadillo que contenía algo llamado [pictograma complicado] y hecho en su totalidad de entrañas de cerdo [perro orinando]», leyó. «Y cosas como aquella se podían comprar por una moneda de las pequeñas en cualquier momento, y los ciudadanos estaban tan saciados que casi nunca compraban aquellos [pictograma complicado] del puesto de venta de [pictograma complicado pero que parecía incluir una pastilla de jabón]—san.»

Salchichas rellenas de partes de cerdo, pensó Rincewind. Bueno, tal vez fueran algo asombroso si hasta entonces la idea que uno tenía de una comida abundante era un cuenco lleno de agua de fregar con algo cuajando en la superficie.

¡Ja! El señor «Lo que hice en mis vacaciones» tenía que ir a Ankh—Morpork la próxima vez, a ver qué le parecían las... salchichas... llenas de productos porcinos... genuinos... del viejo Escurridizo...

Se le cayó la cuchara en el cuenco.

Rincewind pasó las páginas a toda prisa.

«... Calles pacíficas, por las que yo paseaba, considerablemente libres de criminales y forajidos...»

—¡Por supuesto que lo estaban, capullo cuatroojos! —gritó Rincewind—. ¡Porque todo lo malo me estaba pasando a mí!

«... Una ciudad donde todos los hombres son libres...»

—¿Libres? ¿Libres? Bueno, sí, libres para morirse de hambre, para ser asaltados por el Gremio de Ladrones... —le dijo Rincewind al libro.

Pasó de página con manos temblorosas.

«... Mi compañero era el Gran Hechicero [pictograma complicado, pero ahora que Rincewind lo examinaba se dio cuenta con el corazón a cien de que tenía unas cuantas líneas que se parecían al carácter agateo que se pronunciaba "wind"], el mago más importante y poderoso de todo el país...»

—¡Yo nunca dije eso! Yo... —Rincewind se detuvo. La memoria desenterró traicioneramente algunas frases del tipo «Oh, el archicanciller escucha todo lo que digo» y «Si no fuera por mí, este sitio se vendría abajo». Pero era la clase de cosas que se decían después de unas cuantas cervezas, y que seguramente nadie sería tan crédulo como para escribir...

Una imagen cobró nitidez en la memoria de Rincewind. La imagen de un hombrecillo feliz y sonriente con unas gafas enormes y una perspectiva confiada e inocente de la vida que llevaba el terror y la destrucción allí donde fuera. Dosflores se había mostrado bastante incapaz de creer que el mundo fuera un lugar malo y eso se debía básicamente a que para él no lo era. Lo reservaba todo para Rincewind.

La vida de Rincewind había sido bastante tranquila hasta conocer a Dosflores. Desde entonces, por lo que recordaba, había contenido cantidades enormes de acontecimientos.

Y el hombrecillo se había vuelto a su casa, ¿no? A Bes Pelargic... el único puerto marítimo propiamente dicho del Imperio.

Estaba claro que nadie era lo bastante crédulo como para escribir algo como aquello, ¿no?

Estaba claro que nadie era lo bastante crédulo salvo una persona.

Rincewind no era alguien politizado, y sin embargo había cosas que podía entender porque no tenían que ver tanto con la política como con la naturaleza humana. Una serie de imágenes desagradables se colocaron en su sitio como piezas de un mal decorado.

El Imperio estaba rodeado de una muralla. Si uno vivía en el Imperio aprendía a hacer sopa con chillidos de cerdos y escupitajos de golondrina porque era así como se hacía, y los guardias abusaban de uno todo el tiempo porque era así como funcionaba el mundo.

Pero si alguien escribiese un librito alegre sobre...

... lo que hice en mis vacaciones...

... en un lugar donde el mundo funcionaba de forma muy distinta...

... entonces, por muy fosilizada que estuviera la sociedad, siempre habría gente que se haría preguntas peligrosas del tipo: «¿Dónde está el cerdo?».

Rincewind se quedó mirando la pared con expresión sombría. Campesinos del Imperio, ¡rebelaos! No tenéis nada que perder más que la cabeza y las manos y los pies y también hay una cosa que hacen con un chaleco de alambre y un rallador de queso...

Le dio la vuelta al libro. No figuraba el nombre del autor. Solamente había un pequeño mensaje: «¡Incrementada Suerte! ¡Haz Copias! (Duración Prolongada y Felicidad a Nuestro Cometido!».

Ankh—Morpork también había sufrido alguna rebelión que otra en el curso de los años. Pero nadie iba por ahí organizando las cosas. Simplemente agarraban un arma y se echaban a la calle. Nadie se molestaba en emitir un grito de guerra formal, sino que confiaban en el muy probado: «¡Ahí va! ¡Cógelo! ¿Lo tienes? ¡Ahora dale una patada donde más duele!».

Lo importante era que... fuera lo que fuese que causaba aquellas cosas, no solía ser la razón de las mismas. Cuando a lord Espasmo el Loco lo colgaron del higuín no fue realmente porque obligara al pobre[[18]](#footnote-18) Spooner Boggis a comerse su propia nariz, sino debido a que se habían acumulado muchos años de crueldad imaginativa y al final los motivos de queja habían alcanzado...

Del otro extremo de la sala llegó un grito terrible. Rincewind ya estaba medio levantado de su asiento antes de ver el pequeño escenario y a los actores.

Había un trío de músicos en cuclillas en el suelo. Los clientes de la posada se giraron para mirar.

En cierta forma, era muy divertido. Rincewind no seguía muy bien el argumento, pero era algo así: hombre consigue chica, hombre pierde chica a manos de otro hombre, hombre los corta a los dos por la mitad, hombre se cae sobre su propia espada y luego todos salen para hacer una reverencia con el equivalente agateo de «Vuelven los días felices» de fondo. Era un poco difícil distinguir los pequeños detalles porque los actores gritaban «¡Hurraaa!» muy a menudo, se pasaban gran parte del tiempo hablando con el público y a Rincewind sus máscaras le parecían todas iguales. Los músicos estaban en su propio mundo, o, a juzgar por como sonaban, en tres mundos distintos.

—¿Una galleta de la suerte? —¿Eh?

Rincewind emergió de los matorrales de la dramaturgia y vio a su lado al posadero.

El tipo le puso un plato de galletas vagamente bivalvas debajo de la nariz.

—¿Una galleta de la suerte?

Rincewind extendió el brazo. Justo cuando sus dedos estaban a punto de cerrarse en torno a una el plato se desplazó lateralmente tres o cuatro centímetros hasta que otra distinta quedó bajo su mano.

Pues bueno. La cogió.

Lo cierto era —sus pensamientos se reanudaron mientras la obra continuaba entre gritos— que por lo menos en Ankh—Morpork uno podía poner las manos en armas de verdad.

Pobres diablos. Hacía falta más que eslóganes bien elaborados y un montón de entusiasmo para dirigir una buena rebelión. Hacían falta luchadores bien entrenados y, por encima de todo, un buen líder. Confiaba en que encontraran uno cuando él ya estuviera bien lejos.

Desenrolló el mensaje de la suerte y lo leyó distraídamente, sin hacer caso del posadero que caminaba a su alrededor.

En lugar del habitual «Acaba usted de disfrutar una comida de mala calidad» había un pictograma bastante complicado.

Rincewind resiguió las pinceladas con los dedos.

—«Muchas... muchas... disculpas...» ¿Qué clase de...?

El músico de los platillos los hizo entrechocar con estrépito.

La cachiporra de madera rebotó en la cabeza de Rincewind.

Los ancianos que jugaban a shibo asintieron contentos para sí mismos y regresaron a su partida.

Era una bonita mañana. El escondite se llenó de los ecos de los ruidos de la Horda de Plata al levantarse, gruñir, ajustarse diversas ortopedias quirúrgicas de fabricación casera, quejarse de que no encontraban las gafas y meterse en la boca por error dentaduras postizas ajenas.

Cohen estaba sentado con los pies en un barreño de agua caliente, disfrutando de la luz del sol.

—¿Profe?

El antiguo maestro de geografía se encontraba concentrado en un mapa que estaba haciendo.

—¿Sí, Gengis?

—¿De qué está hablando Hamish el Loco?

—Dice que el pan está rancio y que no encuentra sus dientes.

—Dile que si las cosas nos van bien podrá tener a una docena de chavalas solamente para que le mastiquen el pan.

—Eso no es muy higiénico, Gengis —dijo el señor Saveloy, sin molestarse en levantar la vista—. Recuerde lo que le expliqué de la higiene.

Cohen ni se molestó en responder. Estaba pensando: seis ancianos. Y no se puede contar realmente a Profe, es un pensador, no un luchador...

La duda no era una invitada habitual en el interior del cráneo de Cohen. Cuando uno está intentando arrastrar a una sacerdotisa virgen forcejeante y un saco de riquezas saqueadas en el templo en una mano y combatir a media docena de sacerdotes furiosos con la otra apenas queda tiempo para reflexionar. La selección natural ya se encargaba de que los héroes profesionales que en momentos cruciales tenían tendencia a hacerse preguntas del tipo «¿Cuál es mi meta en la vida?» dejaran rápidamente de tener ambas cosas.

Pero: seis ancianos... y el Imperio tenía casi a un millón de hombres armados.

Cuando uno miraba las probabilidades bajo la fría luz del día, o incluso bajo aquella luz más bien cálida y agradable del alba, se veía obligado a detenerse y hacer el cálculo aritmético de la muerte. Si el Plan salía mal...

Cohen se mordió el labio en actitud meditativa. Si el Plan salía mal, tardarían semanas en matar a todo el mundo. Tal vez tendría que haber dejado venir también al viejo Thog el Carnicero, aunque tuviera que dejar de pelear cada diez minutos para ir al lavabo...

Oh, bueno. Ahora ya se había comprometido, así que lo mejor que podía hacer era echarle ánimos.

El padre de Cohen lo había llevado a la cima de una montaña cuando era un chavalín, le había explicado el credo de los héroes y le había dicho que no había mayor felicidad que morir en la batalla.

Cohen enseguida captó el punto débil de aquello, y toda una vida de experiencia había reforzado su creencia en que de hecho un placer mayor era matar al otro cabrón que estaba en la batalla y terminar sentado en un montón de oro más alto que tu caballo. Era una observación que le había reportado grandes beneficios.

Se puso de pie y se desperezó bajo el sol.

—Hace una mañana fantástica, muchachos —dijo—. Me siento de narices. ¿Vosotros no?

Hubo un murmullo de asentimiento reticente.

—Bien —dijo Cohen—. Vamos a armarla.

La Gran Muralla rodea completamente el Imperio Agateo. La palabra importante es completamente.

Suele medir unos seis metros de altura y ser casi vertical por el lado de dentro. Está construida siguiendo playas y cruzando desiertos barridos por el viento e incluso al borde de acantilados donde las posibilidades de ataque desde el exterior son remotas. En las islas súbditas como Bhangbhangduc y Tingling hay murallas parecidas, todas ellas parte de la misma muralla metafórica, y eso es algo que resulta extraño a quienes carecen de una mentalidad militar reflexiva y no se dan cuenta de cuál es su función verdadera.

Es más que una simple muralla, es un hito. A un lado está el Imperio, que en el idioma agateo es la misma palabra que «universo». Al otro lado... no hay nada. Después de todo, el universo es lo único que hay.

Sí, puede que parezca que hay otras cosas, como el mar, islas, otros continentes y cosas por el estilo. Puede que incluso parezcan sólidas, puede parecer que es posible conquistarlas, caminar por ellas... pero en última instancia no son reales. La palabra agatea que significa extranjero es la misma que significa fantasma, y solo una pincelada la distingue de la palabra víctima.

Las murallas son empinadas a fin de desanimar a esa gente aburrida que se empeña en creer que puede haber algo interesante al otro lado. Por asombroso que parezca hay gente que no capta la indirecta, aun después de miles de años. Los que están cerca de la costa construyen balsas y navegan por mares solitarios rumbo a tierras que son una quimera. Los del interior recurren a cometas de un solo pasajero y a sillas propulsadas por fuegos artificiales. Muchos mueren en el intento, por supuesto. A otros muchos los pillan enseguida y les hacen vivir tiempos interesantes.

Pero algunos logran llegar a ese gran crisol llamado Ankh—Morpork. Llegan sin dinero —los marineros les cobran tanto como permita el mercado, o sea, todo—, pero tienen un destello enloquecido en los ojos y abren tiendas y restaurantes y trabajan veinticuatro horas al día. La gente llama a esto el Sueño Ankh—morporkiano (ganar montones de dinero en un lugar donde era poco probable que tu muerte fuera un asunto de política pública). Y quienes lo soñaban más intensamente eran los que no dormían.

A veces Rincewind pensaba que su vida estaba puntuada por los despertares. No siempre eran rudos. A veces eran meramente maleducados. Muy pocos —tal vez uno o dos— habían sido bastante agradables, sobre todo en la isla. El sol había salido a su modo aburrido, las olas habían lamido la playa de forma bastante tediosa, y en varias ocasiones él había conseguido emerger de la inconsciencia sin su chillidito habitual.

Aquel despertar no fue simplemente rudo. Fue directamente insolente. Lo estaban vapuleando y alguien le había atado las manos. Estaba oscuro, lo cual se debía al saco que le tapaba la cabeza.

Rincewind hizo algún cálculo y llegó a una conclusión.

Este es el decimoséptimo peor día de lo que llevo de vida, pensó.

Ser golpeado hasta la inconsciencia en bares era bastante corriente. Si sucedía en Ankh—Morpork entonces uno tenía muchos números de despertar tirado en el Ankh y echando de menos todo su dinero. O bien, si algún barco tenía que zarpar para un viaje largo e impopular, encadenado a algún imbornal sin más opción durante los dos años próximos que surcar los mares. Pero por lo general el que te golpeaba quer[[19]](#footnote-19)ía mantenerte con vida. El Gremio de Ladrones era muy puntilloso con el tema. Tal como decían: «Golpea demasiado fuerte a un hombre y solamente podrás robarle una vez. Golpéale con la fuerza justa y podrás robarle todas las semanas».

Si ahora estaba en lo que le parecía ser un carro era porque alguien quería mantenerlo con vida por alguna razón.

Le gustaría que no se le hubiera ocurrido aquello.

Alguien le quitó el saco de la cabeza. Un semblante espantoso se lo quedó mirando.

—¡Me gustaría comerme tu pie! —chilló Rincewind.

—No te preocupes. Soy una amiga.

Fuera la máscara. Detrás había una mujer joven, con una cara redonda, una nariz respingona y muy distinta a todos los demás ciudadanos del lugar que Rincewind había visto hasta entonces. Y era, se dio cuenta, porque la joven lo estaba mirando fijamente. La ropa que llevaba, aunque no su cara, la había visto por última vez sobre el escenario.

—No grites —dijo.

—¿Por qué? ¿Qué me vas a hacer?

—Te habríamos dado una bienvenida adecuada pero no había tiempo. —Se sentó entre los fardos que había en la parte de atrás del carro bamboleante y lo examinó con ojo crítico—. Cuatro Gran Sandalia dijo que llegaste a lomos de un dragón y que aniquilaste a un regimiento de soldados.

—¿Ah, sí?

—Y que luego hiciste magia sobre un anciano venerable y se convirtió en un gran guerrero.

—¿Ah, sí?

—Y que le diste carne de verdad, aunque Cuatro Gran Sandalia solamente pertenece a la clase pung.

—¿Ah, sí?

—Y llevas tu sombrero.

—Sí, sí, tengo mi sombrero.

—Y aun así—dijo la chica—, no pareces un Gran Hechicero.

—Ah. Bueno, lo que pasa es...

La chica tenía un aspecto tan frágil como una flor. Y sin embargo acababa de sacarse, de alguna parte de los pliegues de su vestido, un cuchillo pequeño pero perfectamente funcional.

Rincewind había adquirido instinto para aquellas situaciones. Aquel no era probablemente el momento idóneo para negar su Gran Hechicería.

—Lo que pasa es... —repitió—... que... ¿cómo sé que puedo confiar en ti?

La chica pareció indignada.

—¿Es que no tienes unos poderes mágicos asombrosos?

—Oh, sí. ¡Sí! ¡Claro! Pero...

—¡Di algo en idioma mágico!

—Esto... Stercus, stercus, stercus, moriturus sum —dijo Rincewind con la vista clavada en el cuchillo.

—«¿Oh excremento, voy a morir?»

—Esto... es... un mantra especial que digo para hacer aumentar los flujos mágicos.

La chica se calmó un poco.

—Pero hacer magia requiere mucho esfuerzo —dijo Rincewind—. Volar a lomos de dragones, convertir mágicamente a ancianos en guerreros... Solamente puedo hacer un número limitado de esas cosas sin tomarme un descanso. Y ahora mismo estoy muy débil debido a las tremendas cantidades de magia que acabo de usar, mira por dónde.

Ella lo miró todavía con una sombra de duda en los ojos.

—Todos los campesinos creen en la llegada inminente del Gran Hechicero —dijo—. Pero en palabras del gran filósofo Ly Tin Wheedle, «cuando muchos esperan a un poderoso corcel pueden verle cascos a una hormiga».

Ella le echó otra mirada calculadora.

—Cuando estabas en el camino —dijo— te postraste delante del inspector de distrito Kee. Podrías haberlo abrasado con fuegos terribles.

—Estoy esperando el momento adecuado, espiando el territorio, no quiero estropear mi tapadera —balbuceó Rincewind—. Esto... No es bueno desvelar mi naturaleza de entrada, ¿verdad?

—¿Estás usando un disfraz?

—Sí.

—Es muy bueno.

—Gracias, porque...

—Solamente un gran mago se atrevería a adoptar el aspecto de un pedazo tan patético de humanidad.

—Gracias. Esto... ¿Cómo sabes que yo estaba en el camino?

—Te habrían matado allí mismo si yo no te hubiera dicho lo que tenías que hacer.

—¿Tú eras el guardia?

—Tuvimos que alcanzarte deprisa. Fue pura suerte que te viera Cuatro Gran Sandalia.

—¿Tuvimos, en plural?

Ella no hizo caso de la pregunta.

—Solamente son soldados provinciales. En Hunghung no me habría salido bien. Pero puedo interpretar muchos papeles. —Guardó el cuchillo, pero a Rincewind le dio la impresión de que no la había convencido de que lo creyera, solamente de que no lo matara.

Decidió probar suerte.

—Tengo un baúl mágico con piernas —dijo, con una nota de orgullo—. Me sigue a todas partes. Ahora mismo parece que se ha perdido, pero es un artilugio asombroso.

La chica lo miró con cara de palo. Luego extendió una mano de aspecto delicado y lo hizo ponerse de pie.

—¿No será —preguntó— algo parecido a esto?

Apartó las cortinas de la parte trasera del carro.

Dos baúles trotaban por el polvo junto a ellos. Tenían un aspecto más gastado y barato que el Equipaje, pero se notaba que eran de la misma especie, si es que el término podía aplicarse a los accesorios de viaje.

—Esto... Sí.

Ella lo soltó. La cabeza de Rincewind golpeó el suelo.

—Escúchame —dijo—. Están pasando muchas cosas malas. Yo no creo en los grandes hechiceros, pero hay otra gente que sí, y a veces la gente necesita creer en algo. Y si esa otra gente muere porque tenemos un hechicero que no es tan grande, entonces ese hechicero va a tener muy mala suerte. Puede que seas el Gran Hechicero. Si no lo eres, te sugiero que estudies mucho para hacerte grande. ¿Me he explicado con claridad?

—Esto... sí.

Rincewind había afrontado la muerte muchas veces. A menudo había de por medio espadas y armaduras. En esta ocasión solamente había involucrada una chica guapa y un cuchillo, pero de alguna forma se las había apañado para ser una de las peores veces. Ella se reclinó en su asiento.

—Somos un teatro itinerante —dijo—. Resulta práctico. A los actores Noh se les permite desplazarse.

—¿Ah, no? —dijo Rincewind.

—No me entiendes. Somos actores Noh profesionales.

—Venga, si no lo habéis hecho tan mal.

—Gran Hechicero. El «Noh» es una forma simbólica no realista de teatro que emplea un lenguaje arcaico, gestos estilizados y acompañamiento de flautas y tambores. Tu fingimiento de estupidez es magistral. Tanto que podría imaginarme que no estás actuando.

—Perdón, ¿cómo te llamas?

—Bonita Mariposa.

—Ejem... ¿Sí?

Ella lo fulminó con la mirada y se alejó hacia la parte delantera del carro.

El vehículo siguió su avance traqueteante. Rincewind estaba tumbado con la cabeza dentro de un saco que olía a cebolla y se dedicó a maldecir metódicamente a todo. Maldijo a las mujeres con cuchillos y a la historia en general, al profesorado de la Universidad Invisible, a su Equipaje ausente y a la población del Imperio Ágata. Pero en aquel momento, en lo alto de la lista estaba quien fuera que hubiese diseñado aquel carro. A juzgar por su tacto, la persona que había creído que aquella madera áspera y llena de astillas era la superficie adecuada para un suelo era también la persona que pensaba que «triangular» era una buena forma para una rueda.

El Equipaje acechaba desde una zanja, observado sin mucho interés por un hombre que sujetaba un búfalo de agua con una cuerda.

Se sentía avergonzado, desconcertado y perdido. Estaba perdido porque todo lo que le rodeaba le resultaba... familiar. La luz, los olores, el tacto de la tierra... Pero sentía que le faltaba un propietario.

Estaba hecho de madera. La madera es sensible a esas cosas.

Uno de sus muchos pies trazó ociosamente un contorno en el barro. Era un dibujo aleatorio y desdichado, familiar para cualquiera que haya tenido que estar de pie delante de una clase y recibir una bronca.

Por fin llegó a lo más parecido que puede llegar la madera a una decisión.

Lo habían regalado. Había pasado muchos años recorriendo tierras extrañas, conociendo criaturas exóticas y saltando una y otra vez sobre ellas. Ahora volvía a estar en el país donde una vez había sido árbol. Por tanto, era libre.

No era la secuencia de pensamiento más lógica del mundo, pero no estaba mal para alguien que solamente podía pensar con los nudos de la madera.

Y había algo que tenía muchas ganas de hacer.

—Cuando estés listo, Profe, ¿vale?

—Lo siento, Gengis. Estoy terminando...

Cohen suspiró. La Horda estaba aprovechando el descanso para sentarse a la sombra de un árbol y contarse entre ellos mentiras sobre sus hazañas, mientras que el señor Saveloy estaba de pie encima de una roca mirando por una especie de instrumento de fabricación casera y haciendo garabatos en sus mapas.

Ahora los pedazos de papel gobernaban el mundo, pensó Cohen. Estaba claro que gobernaban aquella parte del mundo. Y Profe... bueno, Profe gobernaba a los pedazos de papel. Puede que no tuviera madera de héroe tradicional, a pesar de su profunda creencia en que había que clavar a todos los directores de colegio a la puerta de un establo, pero el tipo era increíble con los pedazos de papel.

Y hablaba agateo. Bueno, lo hablaba mejor que Cohen, que lo había aprendido de forma improvisada. Decía que lo había aprendido con un libro viejo. Decía que era asombroso la de cosas interesantes que había en los libros viejos.

Cohen se encaramó penosamente a su lado.

—¿Qué estás planeando exactamente, Profe? —preguntó.

El señor Saveloy miró con los ojos fruncidos la ciudad de Hunghung, apenas visible en el horizonte polvoriento.

—¿Ve usted esa colina que hay detrás de la ciudad? —dijo— ¿Ese montículo enorme y redondo?

—Me recuerda al túmulo funerario de mi padre —dijo Cohen.

—No, tiene que ser una formación natural. Es demasiado grande. Hay una especie de pagoda encima, según veo. Interesante. Más tarde tal vez le eche un vistazo más de cerca.

Cohen escrutó aquella colina redonda y grande. Era una colina redonda y grande. No lo estaba amenazando y no parecía valiosa. Fin de la saga por lo que a él respectaba. Había asuntos más urgentes.

—La gente parece estar entrando y saliendo de la ciudad exterior —continuó el señor Saveloy—. El asedio es más una amenaza que una realidad. Así que entrar no tendría que ser un problema. Por supuesto, entrar en la mismísima Ciudad Prohibida será mucho más difícil.

—¿Y si matamos a todo el mundo? —preguntó Cohen.

—Es buena idea, pero poco práctica —dijo el señor Saveloy—. Y susceptible de despertar comentarios. No, mi metodología actual se fundamenta en el hecho de que Hunghung está a una distancia considerable del río y sin embargo tiene casi un millón de habitantes.

—Se fundamenta, claro —dijo Cohen.

—Y la geografía local no es la adecuada para los pozos artesianos.

—Sí, ya me parecía a mí, ya...

—Y notarás que no hay ningún acueducto a la vista.

—No hay acueductos, no —dijo Cohen—. Probablemente se han ido volando al Eje a pasar el verano. Hay pájaros que lo hacen.

—Lo cual me hace dudar de la leyenda de que ni siquiera los ratones pueden entrar en la Ciudad Prohibida —dijo el señor Saveloy, con un vago indicio de petulancia—. Sospecho que un ratón podría entrar en la Ciudad Prohibida si pudiera contener la respiración.

—O ir montado en uno de esos aguadultos invisibles —dijo Cohen.

—Muy cierto.

El carro se detuvo. Le quitaron el saco de la cabeza. En lugar del rallador de queso que Rincewind esperaba en secreto, la vista consistía en un par de caras jóvenes y preocupadas. Una de ellas era femenina, pero a Rincewind le alivió ver que no pertenecía a Bonita Mariposa. Esta parecía más joven e hizo pensar un poco a Rincewind en patatas.

—¿Cómo estáis? —preguntó, en morporkiano vacil[[20]](#footnote-20)ante pero reconocible—. Lo sentimos mucho. ¿Estáis mejor ahora? Os hablamos en idioma de ciudad celestial de Anj—Mor—Pork. Idioma de libertad y progreso. ¡Idioma de Un Hombre, Un Voto!

—Sí —dijo Rincewind. Le pasó flotando por la memoria una imagen del patricio de Ankh—Morpork. Un hombre, un voto. Sí—. Lo conozco. Está claro que es él quien vota. Pero...

—¡Suerte Adicional al Cometido del Pueblo! —dijo el muchacho—. ¡Avance Juicioso! —Parecía que lo hubieran construido con ladrillos.

—Perdonad —dijo Rincewind—. ¿Pero por qué... una linterna de papel que se usa en las ceremonias... una bala de algodón... me rescatasteis? Uh, es decir, cuando digo rescatar, supongo que quiero decir: ¿por qué me atizasteis en la cabeza, me atasteis y me trajisteis a donde sea que estemos? Porque lo peor que me podía haber pasado en la posada era un par de bofetadas por no pagar el almuerzo...

—Lo peor que os habría pasado es una agonía extendida durante varios años —dijo la voz de Mariposa. Apareció desde el otro lado del carro y le dedicó una sonrisa siniestra a Rincewind. Llevaba las manos recatadamente recogidas dentro de su kimono, presumiblemente para esconder los cuchillos.

—Ah, hola —dijo él.

—Gran Hechicero —dijo Mariposa, haciendo una reverencia—. A mí ya me conocéis, pero estos son Flor de Loto y Tres Bueyes Uncidos, otros miembros de nuestra unidad. Hemos tenido que traeros así. Hay espías en todas partes.

—¡Desaparición Oportuna de Todos los Enemigos! —dijo el chico, sonriente.

—Bien, sí, correcto —dijo Rincewind—. De todos los enemigos, sí.

El carro estaba en un patio. El nivel general de ruido al otro lado de unas murallas muy altas sugería una gran ciudad. Cristalizó una desagradable certeza.

—Y me habéis traído a Hunghung, ¿verdad?

Flor de Loto abrió mucho los ojos.

—Entonces es verdad —dijo en el idioma de Rincewind—. ¡Sois realmente el Gran Hechicero!

—Oh, te sorprendería la de cosas que puedo prever —dijo Rincewind con desaliento.

—Vosotros dos, llevad los caballos al establo —dijo Mariposa, sin quitarle la vista de encima a Rincewind. Cuando se hubieron marchado a toda prisa, echando varias miradas atrás, fue hasta donde él estaba—. Ellos creen. Yo personalmente tengo mis dudas. Pero Ly Tin Wheedle dice que un burro puede hacer de buey en las épocas en que no hay caballos. Siempre me ha parecido uno de sus aforismos menos convincentes.

—Gracias. ¿Qué es una unidad?

—¿Has oído hablar del Ejército Rojo?

—No. Bueno... He oído que alguien gritaba algo...

—Según la leyenda, una persona desconocida a la que se conoce solamente como el Gran Hechicero guió al primer Ejército Rojo a una victoria imposible. Por supuesto, eso fue hace miles de años. Pero la gente cree que él (o sea, tú) regresará para hacerlo otra vez. Así pues... tiene que haber un Ejército Rojo esperando y listo.

—Bueno, por supuesto, un hombre puede quedarse un poco entumecido después de varios miles de años...

La cara de ella se puso de repente a la altura de la de él.

—Personalmente sospecho que ha habido un malentendido —dijo ella entre dientes—. Pero ahora que estás aquí, vas a ser un Gran Hechicero. ¡Aunque tenga que hacerte funcionar a palos!

Los otros dos regresaron. Mariposa pasó en un instante de tigresa gruñidora a cierva recatada.

—Y ahora tenéis que venir y conocer al Ejército Rojo —dijo.

—¿No olerán un poco mal...? —empezó Rincewind, pero se detuvo al ver la expresión de ella.

—Está claro que el Ejército Rojo original solamente fue una leyenda —dijo en ankh—morporkiano fluido y perfecto—. Pero las leyendas tienen su utilidad. Te conviene conocer la leyenda... Gran Hechicero. Cuando Un Espejo de Sol estaba combatiendo a todos los ejércitos del mundo, el Gran Hechicero vino en su ayuda y la tierra misma se levantó y luchó por el nuevo Imperio. Y también hubo relámpagos. El ejército estaba hecho de tierra pero de alguna forma estaba animado por los relámpagos. Ahora bien, supongo que los relámpagos pueden matar, pero les falta disciplina. Y la tierra no sabe luchar. Pero sin duda nuestro ejército de tierra y cielo no era nada más ni nada menos que una revuelta de los campesinos. Bueno, ahora tenemos un ejército nuevo y un nombre que dispara la imaginación. Y un Gran Hechicero. Yo no creo en leyendas. Pero sí creo en que los demás crean.

La chica más joven, que había estado intentando seguir aquella conversación, se adelantó un paso y lo cogió del brazo.

—Venid a ver Ejército Rojo ahora —dijo.

—¡Movimiento de Avance con las Masas! —dijo el chico, cogiendo a Rincewind del otro brazo.

—¿Siempre habla así? —preguntó Rincewind, mientras lo empujaban gentilmente hacia una puerta.

—Tres Bueyes Uncidos no estudiar —dijo la chica.

—¡Éxito Extraordinario para Nuestros Líderes!

—«¡A Dos Monedas el Cubo, Bien Apisonada!» —dijo Rincewind en tono entusiasta.

—¡Mucha Apropiación de los Medios de Producción!

—«¡Las Niñas Bonitas No Pagan Dinero!»

Tres Bueyes Uncidos sonrió.

Mariposa abrió la puerta. Aquello dejó a Rincewind fuera con los otros dos.

—Unos eslóganes muy útiles —dijo, moviéndose de lado solamente un poco—. Pero me gustaría llamar vuestra atención hacia el famoso aforismo del Gran Hechicero Rincewind.

—Por supuesto, soy todo oreja —dijo Flor de Loto cortésmente.

—Como dijo Rincewind... ¡Adióóóóóóóóóós...!

Sus sandalias resbalaron en los adoquines pero ya estaba viajando a toda prisa cuando llegó a las puertas, que resultaron estar hechas de bambú y se hicieron trizas con facilidad.

Al otro lado había un mercado callejero. Aquello era algo que Rincewind recordaría más tarde sobre Hunghung. Tan pronto como se abría un espacio, cualquier espacio, incluso el que dejaba un carro o una mula al pasar, la gente lo ocupaba al instante, normalmente discutiendo entre ellos a grito pelado por el precio de un pato que estaba siendo sostenido cabeza abajo y diciendo «cuac, cuac».

Metió el pie en una jaula de mimbre que contenía varios pollos, pero siguió adelante, dispersando gente y alimentos. En un mercado callejero de Ankh—Morpork algo así habría suscitado comentarios, pero como todo el mundo que lo rodeaba ya parecía estar gritándose a la cara Rincewind no era más que una pasajera molestia que nadie veía y que se dedicaba medio a correr y medio a cojear con un pie que graznaba por entre los tenderetes.

Detrás de él, la gente se dedicaba a rellenar el espacio que dejaba. Puede que hubiera algunos gritos de persecución, pero se perdieron en el bullicio.

No se detuvo hasta encontrar un hueco desapercibido entre un tenderete que vendía pájaros cantores y otro que suministraba algo que burbujeaba en cuencos. Su pie no paraba de cloquear.

Se dedicó a dar patadas a los adoquines hasta que rompió la jaula. El gallo, enloquecido por el aire mareante de libertad, le dio un picotazo en la rodilla y se alejó batiendo las alas.

No había ruidos de persecución. Sin embargo, un batallón de trolls con botas de hojalata habría tenido problemas para hacerse oír por encima del ruido de un mercado callejero normal de Hunghung.

Se dio un momento para recuperar el aliento.

Bueno, ya estaba por su cuenta otra vez. Que se fastidiara el Ejército Rojo. Estaba claro que se encontraba en la capital, donde no quería estar, y solamente era cuestión de tiempo que le sucediera alguna otra cosa desagradable, pero de momento no le estaba sucediendo. Que le dejaran orientarse y sacarles cinco minutos de ventaja y ya podían despedirse de volverlo a ver. O a oler. No faltaban olores para camuflar su rastro.

Así pues... aquello era Hunghung...

No parecía haber calles en el sentido en que Rincewind entendía el término. Los callejones daban a otros callejones, todos angostos de por sí y más angostos si cabe por los tenderetes que los flanqueaban. El mercado tenía una numerosa población animal. La mayoría de los tenderetes andaban bien surtidos de pollos en jaulas, patos en sacos y extrañas cosas que se retorcían en cuencos. Desde uno de los tenderetes, una tortuga que estaba encima de un montón de tortugas forcejeando y debajo de un letrero que decía «A 3 r. cada una, buenas para el ying» le dedicó a Rincewind una mirada lenta que decía: «¿Y tú crees que tienes problemas?».

Pero en todo caso era difícil decir dónde terminaban los tenderetes y dónde empezaban los edificios. Las cosas resecas que colgaban de cuerdas podían ser productos en venta o bien la colada de alguien o muy posiblemente la cena de la semana siguiente.

Los hunghungueses eran gente a quien le gustaba estar en la calle. Por lo que parecía, se pasaban la mayor parte de sus vidas en las calles y gritando a viva voz.

Uno avanzaba repartiendo codazos salvajes y empujando a la gente para que se apartara de en medio. Quedarse de pie y decir: «Esto... perdone...» era la mejor receta para la inmovilidad.

La multitud se apartó al instante, sin embargo, cuando oyeron un gong y una sucesión de pequeños estallidos. Un grupo de gente con túnicas blancas pasó bailando, lanzando petardos a su alrededor y golpeando gongs, sartenes y trozos viejos de metal. El estruendo conseguía ser más fuerte que el ruido de la calle, pero solamente con mucho esfuerzo.

Rincewind había estado recibiendo alguna que otra mirada perpleja de gente que dejaba de gritar el tiempo suficiente como para verlo. Tal vez fuera el momento adecuado para actuar como un nativo.

Se volvió hacia la persona más cercana y gritó:

—Bastante buenos, ¿no?

La persona, una ancianita con un sombrero de paja, lo miró con cara de asco:

—Es el funeral del señor Whu —dijo en tono cortante, y se alejó.

Había una pareja de soldados cerca. Si aquello hubiera sido Ankh—Morpork, habrían estado compartiendo un cigarrillo y tratando de no ver nada que pudiera preocuparlos. Pero aquellos dos tenían una mirada alerta.

Rincewind se coló en otro callejón. Estaba claro que allí un visitante sin tutela se podía meter en problemas graves.

El callejón era menos ruidoso y por el otro extremo daba a algo de aspecto mucho más amplio y vacío. Siguiendo la premisa de que la gente equivalía a problemas, Rincewind se dirigió en aquella dirección.

Allí por lo menos había un espacio abierto. Y era realmente abierto. Era una plaza pavimentada y lo bastante grande como para albergar a un par de ejércitos. En sus márgenes crecían cerezos. Y dada la multitud palpitante que Había en el resto de calles, era sorprendente lo vacía que estaba...

—¡Tú!

... salvo por los soldados.

Aparecieron de repente de detrás de todos los árboles y estatuas.

Rincewind intentó retroceder, pero su estrategia resultó desafortunada porque tenía a un guardia detrás.

Una máscara aterradora con armadura le plantó cara.

—¡Campesino! ¿Acaso no sabes que esta es la plaza Imperial?

—¿Pero Imperial con «I» mayúscula, dice usted? —preguntó Rincewind.

—¡No hagas preguntas!

—Ah. Supongo que eso es que sí. Entonces es un sitio importante. Lo siento. En ese caso ya me voy...

—¡Te quedas!

Pero lo que le pareció asombrosamente extraño a Rincewind fue que ninguno de ellos llegó realmente a agarrarlo. Y luego se dio cuenta de que debía de ser porque casi nunca era necesario. La gente hacía lo que le decían.

En el Imperio hay algo peor que los látigos, había dicho Cohen.

Llegado aquel punto, cayó en la cuenta de que tendría que estar de rodillas. Se puso en cuclillas con las puntas de los dedos tocando el suelo un poco por delante.

—Me pregunto —dijo en tono jovial, levantando el cuerpo para adoptar la posición de salida— si este no será tal vez el momento de llamaros la atención hacia un famoso aforismo.

Cohen estaba familiarizado con las puertas de las ciudades. Había derribado muchas en su época, usando arietes, cañones y en una ocasión usando la cabeza.

Pero las puertas de Hunghung eran unas puertas condenadamente buenas. No eran como las puertas de Ankh—Morpork, que solían estar abiertas de par en par para atraer a clientes adinerados y cuya única concesión a la defensa era el letrero que decía «Gracias por no atacar nuestra ciudad. Bonum diem». Estas cosas de aquí eran enormes y estaban hechas de metal y al lado tenían un cuartelillo de la guardia y un pelotón de hombres poco cooperativos con armaduras negras.

—¿Profe?

—¿Sí, Cohen?

—¿Por qué estamos haciendo esto? Pensaba que íbamos a usar el aguadulto invisible que usan los ratones.

El señor Saveloy agitó un dedo.

—Eso es para la Ciudad Prohibida. Confío en que encontraremos eso en el interior. Ahora, recuerden sus lecciones —dijo—. Es importante que todos ustedes aprendan a comportarse en una ciudad.

—Yo ya sé comportarme en una puta ciudad —dijo Truckk el Descortés—. Hay que arrasar, violar, saquear y pegarle fuego al maldito sitio antes de irse. Es igual que con los pueblos pero se tarda más.

—Todo eso está muy bien si solamente se está de paso —dijo el señor Saveloy—. Pero ¿y si uno quiere volver al día siguiente?

—¡Al día siguiente ya no queda una mierda, caballero!

—¡Señores! Tengan la paciencia de escucharme. ¡Van a tener que aprender los modales de la civilización!

No se podía entrar a la ciudad sin más. Había cola. Y los guardias se agolpaban de forma bastante hostil alrededor de cada visitante acobardado para examinarle la documentación.

Y entonces le llegó el turno a Cohen.

—Documentación, viejo.

Cohen asintió felizmente y le tendió al capitán de la guardia un trozo de papel en el que se leía, con la mejor caligrafía del señor Saveloy:

SOMOS LOCOS ERRANTES Y NO TENEMOS DOCUMENTACIÓN. LO SENTIMOS

El guardia levantó la mirada y vio la sonrisa jovial de Cohen.

—Está claro —dijo en tono desagradable—. ¿No puedes hablar, abuelo?

Sin dejar de sonreír, Cohen miró al señor Saveloy con expresión interrogante. No habían ensayado aquella parte.

—Payaso estúpido —dijo el guardia.

El señor Saveloy puso cara de indignación.

—¡Pensaba que debíais de mostrar una consideración especial hacia los dementes!

—No se puede ser demente sin papeles que digan que eres demente —dijo el guardia.

—Oh, ya estoy harto de esto —dijo Cohen—. Ya te dije que no funcionaría si nos encontrábamos con un guardia corto de entendederas.

—¡Campesino insolente!

—No soy tan insolente como estos amigos míos —dijo Cohen.

La Horda asintió.

—Se refiere a nosotros, pies planos.

—Que te den.

—¿Mande?

—Soldado extremadamente tonto.

—¿Mandeee?

El capitán se quedó perplejo. El hábito de la obediencia estaba profundamente arraigado en la psique agatea. Pero todavía más fuerte era la veneración a los antepasados y el respeto a los ancianos, y el capitán no había visto nunca a nadie tan anciano que permaneciera tan vertical. Prácticamente ya eran antepasados. El de la silla de ruedas olía ciertamente como uno de ellos.

—¡Llevadlos al cuartel! —gritó.

Los miembros de la Horda se dejaron poner los grilletes y lo hicieron bastante bien. El señor Saveloy se había pasado horas entrenándolos para aquello, pues sabía que estaba tratando con hombres cuya respuesta a un golpecito en el hombro era darse la vuelta y cortarle el brazo a alguien.

El cuartelillo estaba abarrotado por culpa de la Horda y los guardias y la silla de ruedas de Hamish el Loco. Uno de los guardias miró a Hamish, que tenía el ceño fruncido debajo de su manta.

—¿Qué tienes ahí abajo, abuelo?

Apareció una espada a través de la tela y se clavó en el muslo del guardia.

—¿Mande? ¿Qué? ¿Cómo dice?

—Ha dicho «¡Aargh!», Hamish —dijo Cohen, y en su mano apareció un cuchillo. Con un movimiento de sus flacos brazos inmovilizó al capitán y le puso el cuchillo en la garganta.

—¿Mande?

—Ha dicho «¡Aargh!».

—¿Cómo? ¡Si ni siquiera estoy casado!

Cohen aumentó un poco la presión en el cuello del capitán.

—Ahora, amigo —dijo—, podemos hacerlo por las buenas, ¿lo ves?, o por las malas. De ti depende.

—¡Cerdo chupasangre! ¿A esto le llamas por las buenas?

—Bueno, yo no estoy sudando.

—¡Ojalá vivas en tiempos interesantes! ¡Prefiero morir que traicionar a mi emperador!

—Me parece bien.

El capitán tardó solamente una fracción de segundo en darse cuenta de que Cohen, que era un hombre de palabra, daba por sentado que los demás también lo eran. De haber tenido más tiempo, podría haber reflexionado sobre el hecho de que el propósito de la civilización era hacer que la violencia fuera el último recurso, mientras que para un bárbaro era la primera opción, la preferida, la única y sobre todo la más placentera. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Se desplomó hacia delante.

—Yo siempre vivo en tiempos interesantes —dijo Cohen, con la voz satisfecha de alguien que hacía lo que podía para que siguieran siendo interesantes.

Señaló al resto de los guardias con el cuchillo. El señor Saveloy estaba boquiabierto de horror.

—Ya sé que me toca limpiar esto —dijo Cohen—. Pero para qué me voy a molestar si se va a ensuciar otra vez. Así pues, si de mí dependiera os mataría en un abrir y cerrar de ojos, pero Profe, que es este, dice que tengo que dejar de hacer esas cosas y volverme respetable.

Uno de los guardias miró de reojo a sus compañeros y cayó de rodillas.

—¿Qué deseáis, oh amo? —preguntó.

—Ah, este tiene madera de oficial —dijo Cohen—. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Nueve Árboles Frutales, amo.

Cohen miró al señor Saveloy.

—¿Ahora qué hago?

—Hazlos prisioneros, por favor.

—¿Cómo se hace?

—Bueno, supongo que hay que atarlos, esas cosas.

—Ah. ¿Y luego les rebano el cuello?

—¡No! No. Mira, en cuanto los tienes a tu merced, ya no se te permite matarlos.

La Horda de Plata, hasta el último miembro, se quedó mirando al ex maestro.

—Me temo que la civilización es así —añadió.

—¡Pero si has dicho que los cabrones no tenían ni una jodida arma! —dijo Truckle.

—Sí —dijo el señor Saveloy, temblando un poco—. Es por eso que no se te permite matarlos.

—¿Estás loco? Tienes documentación de loco, ¿no?

Cohen se rascó la barbilla mal afeitada. El resto de la guardia lo miró con inquietud. Estaban acostumbrados a los castigos crueles, pero no estaban acostumbrados a que antes se discutiera.

—No tienes mucha experiencia militar, ¿verdad, Profe? —dijo.

—¿Aparte de los cursos de verano? No mucha. Pero me temo que se tiene que hacer así. Lo siento. Dijisteis que queríais que yo...

—Bueno, yo voto porque les rajemos el cuello pero ya —dijo Willie el Chaval—. Yo paso de todo esto de los prisioneros. Esto, ¿quién les va a dar de comer?

—Me temo que tenéis que hacerlo vosotros.

—¿Quién, yo? ¡Ni de coña! Voto porque les hagamos comerse sus propios ojos. Que levante la mano quien esté a favor.

De la Horda se elevó un coro de asentimiento y, entre las manos alzadas. Cohen vio una que pertenecía a Nueve Árboles Frutales.

—¿Qué estás votando tú, hijo? —preguntó.

—Por favor, señor, me gustaría ir al baño.

—Escuchadme todos —dijo Cohen—. Todo eso de las carnicerías y las matanzas ya no se estila, ¿vale? Lo dice el señor Saveloy y él sabe escribir palabras como «mermelada», cosa que no podéis decir vosotros. Así pues, sabemos a qué hemos venido y mejor será que empecemos porque no queremos perder tiempo.

—Sí, pero tú has matado a ese guardia —dijo Truckle.

—Estoy aprendiendo a controlarme —dijo Cohen—. Hay que ir entrando en la civilización poquito a poquito.

—Sigo diciendo que tenemos que cortarles la cabeza. ¡Es lo que les hice a los Locos Sacerdotes Chupademonios de Ee!

El guardia arrodillado había vuelto a levantar la mano con cautela.

—¿Por favor, amo?

—¿Sí, hijo?

—Podrían encerrarnos en aquella celda de allí. Allí no molestaríamos a nadie.

—Bien pensado —dijo Cohen—. Buen chaval. El chico mantiene la cabeza fría en momentos de crisis. Encerradlos.

Treinta segundos más tarde la Horda se había alejado renqueando por la ciudad.

Los guardias permanecían sentados en la celda diminuta y calurosa.

Al final uno de ellos dijo:

—¿Qué eran?

—Creo que tal vez eran antepasados.

—Yo creía que había que estar muerto para ser un antepasado.

—El de la silla de ruedas parecía bien muerto. Hasta el momento en que le ha clavado la espada a Cuatro Blanco Zorro.

—¿Deberíamos gritar pidiendo ayuda?

—Podrían oírnos.

—Sí, pero si no nos saca alguien nos tendremos que quedar aquí. Y las paredes son muy gruesas y la puerta es muy fuerte.

—Bien.

Rincewind dejó de correr en algún callejón de alguna parte. No se había molestado en mirar si le seguían. Era cierto: en aquel lugar, si daba un salto lo bastante grande, podía ser libre. Solamente hacía falta darse cuenta de que era una de las opciones disponibles.

La libertad, por supuesto, incluía el derecho atávico del hombre a morirse de hambre. Parecía haber pasado mucho tiempo desde su última comida seria.

Una voz irrumpió al fondo del callejón como en respuesta a aquella idea.

—¡Pastelillos de arroz! ¡Pastelillos de arroz! ¡Llévese un rico pastelillo de arroz! ¡Té! ¡Huevos de cien años! ¡Huevos! ¡Aproveche y cómprelos ahora que son añejos! Llévese... Sí, ¿qué se le ofrece?

Un anciano se había acercado al vendedor:

—¡Esculidi—san! Este huevo que me vendiste...

—¿Qué le pasa, venerable señor?

—¿Te importaría olerlo?

El vendedor callejero lo olisqueó.

—Ah, sí, delicioso —dijo.

—¿Delicioso? ¿Delicioso? Este huevo —dijo el cliente—, ¡este huevo es prácticamente fresco!

—Cien años tiene y ni uno menos, shogun —dijo el vendedor en tono feliz—. Mire el color de la cáscara, qué negro tan bonito...

—¡Al frotar se va!

Rincewind escuchó. Y se le ocurrió que probablemente había algo cierto en la idea de que solo había un puñado de personas en el mundo. Había muchos cuerpos, sí, pero solo un puñado de personas. Era por eso que uno no paraba de encontrarse a la misma gente. Probablemente había algún molde en alguna parte.

—¿Me está diciendo que mis productos son frescos? ¡Al final me haré el hara—kiri! Mire, le diré qué haremos...

Sí, parecía haber algo familiar y mágico en aquel comerciante. Alguien había acudido a quejarse de un huevo fresco y, sin embargo, no habían pasado ni dos minutos y ya se había dejado convencer para olvidar el asunto y comprar dos pastelillos de arroz y algo extraño envuelto en hojas.

Los pastelillos de arroz tenían buen aspecto. Bueno... mejor que el resto de las cosas.

Rincewind se acercó con sigilo. El comerciante estaba apoyándose ociosamente primero en un pie y luego en el otro y silbando por lo bajo, pero se detuvo para dedicarle a Rincewind una sonrisa amplia, honesta y amigable.

—¿Un huevo añejo y rico, shogun?

El cuenco que había en el centro de la bandeja estaba lleno de monedas de oro. A Rincewind le dio un vuelco el corazón. El precio de uno de los huevos en mal estado del señor Esculidi—san podría comprar una calle de Ankh—Morpork.

—Supongo que no... fía, ¿verdad? —sugirió.

Esculidi—san le dedicó una mirada.

—Fingiré que no he oído eso nunca, shogun —dijo.

—Dígame —dijo Rincewind—, ¿sabe si tiene algún pariente en ultramar?

Aquello mereció otra mirada, una mirada de reojo, repentinamente calculadora.

—¿Cómo? Más allá del mar solamente hay malignos fantasmas chupasangre. Lo sabe todo el mundo, shogun. Me sorprende que no lo sepa usted.

—¿Fantasmas? —dijo Rincewind.

—Que intentan llegar aquí y hacernos daño —dijo Al—Final— Me—Haré—El—Hara—Kiri—. Tal vez incluso robar nuestros productos. Habría que tirarles un buen petardo, digo yo siempre. A los fantasmas no les gustan nada las buenas explosiones.

Volvió a mirar a Rincewind, esta vez con mayor detenimiento y de forma más calculadora todavía.

—¿De dónde es usted, shogun? —preguntó, y en su voz afloró de repente el borde erizado de púas de la sospecha.

—De Bes Pelargic —dijo Rincewind a toda prisa—. Eso explica mi acento y mis gestos extraños que de otra forma harían pensar que soy alguna clase de extranjero —añadió.

—Oh, Bes Pelargic —dijo Al—Final—Me—Haré—El—Hara—Kiri—. Bueno, en ese caso espero que conozca a mi viejo amigo Cinco Tenacillas que vive en la calle de los Cielos, ¿sí?

Rincewind estaba preparado para aquel viejo truco.

—No —dijo—. Nunca he oído hablar de él ni tampoco de la calle.

Al—Final—Me—Haré—El—Hara—Kiri Esculidi—san sonrió con expresión feliz.

—Si ahora yo gritara «diablo extranjero» lo bastante alto no llegarías ni a dar tres pasos —dijo en tono normal—. Los guardias se te llevarían a la Ciudad Prohibida donde hacen esa cosa especial con un...

—Ya he oído hablar de ello —dijo Rincewind.

—Cinco Tenacillas ha sido inspector de distrito durante los últimos tres años y la calle de los Cielos es la calle principal —dijo Al—Final—Me—Haré—El—Hara—Kiri—. Siempre he querido conocer a un fantasma extranjero chupasangre. Sírvete un pastelillo de arroz.

Rincewind miró rápidamente a un lado y a otro. Pero por extraño que resultara la situación no parecía peligrosa, o por lo menos no inevitablemente peligrosa. Parecía que el peligro era negociable.

—Pongamos por caso que estuviera dispuesto a admitir que vengo del otro lado de la Muralla... —dijo, en el tono de voz más bajo posible.

Esculidi—san asintió. Se metió una mano bajo la túnica y, con un movimiento rápido, mostró y luego escondió la esquina de algo donde a Rincewind no le sorprendió nada ver que ponía LO QUE HICE...

—Hay gente que dice que más allá de la Muralla no hay más que desiertos y yermos en llamas y fantasmas malignos y monstruos terribles —dijo Esculidi—san—, pero yo digo, ¿qué pasa con las oportunidades de mercado? Un hombre con los contactos adecuados... ¿sabes a qué me refiero, shogun? Podría llegar muy alto en la tierra de los fantasmas chupasangre.

Rincewind asintió. No quería señalar el hecho de que si alguien aparecía en Ankh—Morpork cargado de oro, aparecían trescientas personas cargadas de acero.

—Tal como yo lo veo, con toda esta incertidumbre acerca del emperador y todo lo que se dice sobre los rebeldes y esas cosas, y Larga Vida a Su Excelencia el Hijo del Cielo, por supuesto, podría existir un nicho para el comerciante abierto de miras, ¿no es verdad?

—¿Un nicho?

—Un nicho. Como por ejemplo... tenemos esta cosa —se inclinó hacia su interlocutor— que sale del [pictograma no identificado] de las orugas. Se llama... seda. Es...

—Sí, lo sé. La compramos en Klatch —dijo Rincewind.

—Oh, bueno, por aquí también hay una planta, ¿sabes? Hay que secar las hojas, pero entonces se ponen en agua caliente y se beb...

—El té, sí —dijo Rincewind—. Viene de Howondalandia.

A.F.M.H.E.H.K. Esculidi—san pareció perplejo.

—Bueno... tenemos unos polvos que se meten en tubos...

—¿Fuegos artificiales? Ya tenemos.

—¿Qué hay de porcelana realmente fina? Es tan...

—En Ankh—Morpork tenemos enanos que hacen una porcelana que deja leer libros a través —dijo Rincewind—. Aunque tengan notas al pie diminutas.

Esculidi—san frunció el ceño.

—Da la impresión de que sois unos fantasmas chupasangre muy listos —dijo, apartándose un poco—. Tal vez sea cierto que sois peligrosos.

—¿Nosotros? No os preocupéis por nosotros —dijo Rincewind—. En Ankh—Morpork casi nunca matamos a extranjeros. Después cuesta mucho venderles cosas.

—¿Pero qué tenemos que podáis querer? Venga, toma un pastelillo de arroz. Invita la pagoda. ¿Quieres unas bolitas de cerdo? ¿En palillo?

Rincewind eligió un pastelillo. No quería preguntar sobre las otras cosas.

—Tenéis oro —dijo.

—Ah, oro. Es demasiado blando para hacer nada con él —dijo Esculidi—san—. Aunque va bien para las tuberías y para poner en los tejados.

—Oh... Yo diría que a la gente de Ankh—Morpork le iría bien tener un poco más —dijo Rincewind. Su mirada regresó a las monedas que Esculidi—san tenía en la bandeja.

Una tierra donde el oro era tan barato como el plomo...

—¿Qué es eso? —dijo, señalando un rectángulo arrugado y medio tapado por las monedas.

A.F.M.H.E.H.K. Esculidi—san bajó la vista.

—Es una cosa que tenemos aquí —dijo, hablando despacio—. Por supuesto, probablemente sea nuevo para ti. Se llama di—ne—ro. Es una forma de transportar vuestro...

—Me refiero al trozo de papel —dijo Rincewind.

—Yo también —dijo Esculidi—san—. Es un billete de diez rhinus.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Rincewind.

—Quiere decir lo que dice —respondió Esculidi—san—. Quiere decir que vale diez de estas. —Sostuvo en alto una moneda de oro del tamaño de un pastelillo de arroz.

—¿Por qué iba a querer comprar alguien un trozo de papel? —preguntó Rincewind.

—No se compra, sirve para comprar cosas —dijo Esculidi—san.

Rincewind miró con cara inexpresiva.

—Uno va a un puesto del mer—ca—do —dijo Esculidi—san, recuperando su voz lenta—para—los—cortos—de—entendederas—y dice: «Bue-nos di-as, car-ni-ce-ro, ¿cuán-to va-len los mo-rros de pe-rro?», y él dice: «Tres rhinus, shogun». Y entonces tú dices: «Solamente llevo un pony, ¿vale?» (mira, hay un grabado de un pony en el papel, ¿ves? Viene en todos los billetes de diez rhinus). Y él te da los morros de perro y siete monedas de lo que llamamos «cambio». Ahora bien, si llevaras un mono, que es un billete de cincuenta rhinus, él te diría: «¿No lle—vas na—da más pe—que—ño?», y...

—¡Pero si no es más que un trozo de papel! —gimió Rincewind.

—Puede que sea un trozo de papel para ti, pero para mí son diez pastelillos de arroz —dijo Esculidi—san—. ¿Qué usáis los extranjeros chupasangre? ¿Piedras grandes con un agujero en medio?

Rincewind se quedó mirando el papel moneda.

En Ankh—Morpork había docenas de fábricas de papel, y algunos de los artesanos del Gremio de Grabadores podían grabar sus nombres y direcciones en una cabeza de alfiler.

De pronto se sintió inmensamente orgulloso de sus compatriotas. Puede que fueran corruptos y codiciosos, pero por los cielos que se les daba bien serlo y nunca daban por sentado que no se podía aprender nada más.

—Creo que verás —dijo— que hay muchos edificios en Ankh—Morpork que necesitan tejados nuevos.

—¿De veras? —dijo Esculidi—san.

—Oh, sí. Nos invaden las goteras.

—¿Y la gente puede pagar? Es que he oído...

Rincewind miró otra vez el dinero de papel. Negó con la cabeza. Más valioso que el oro...

—Te pagarán con billetes al menos tan buenos como ese —dijo—. Probablemente incluso mejores. Yo les hablaré bien de ti. Y ahora —añadió a toda prisa—, ¿por dónde se sale?

Esculidi—san se rascó la cabeza.

—Puede ser un poco complicado —dijo—. Fuera hay ejércitos. Con ese sombrero tienes pinta de extranjero. Podría ser complicado...

Hubo un tumulto al otro lado del callejón o, mejor dicho, un aumento general del tumulto. La multitud se abrió para dejar paso de esa forma apresurada con que suelen abrirse las multitudes desarmadas en presencia de armamento, y un grupo de guardias se dirigió a toda prisa hacia Al—Final—Me—Haré—El— Hara—Kiri.

El comerciante dio un paso atrás y les dedicó la sonrisa amigable de alguien que se siente feliz de vender con descuento a cualquiera que lleve un cuchillo.

Dos de los guardias llevaban a rastras a una figura coja. Mientras pasaba a su lado levantó una cabeza un poco manchada de sangre y dijo: «Duración Extendida al...» antes de que un puño enguantado le arreara en la boca.

Después los guardias se alejaron por la calle. La multitud se cerró tras ellos.

—Tch, tch —dijo A.F.M.H.E.H.K.—. Parece ser... ¿Hola? ¿Dónde te has metido?

Rincewind salió de detrás de una esquina. A.F.M.H.E.H.K. parecía impresionado. Había habido incluso un pequeño trueno al moverse Rincewind.

—Mira, ya han pillado a otro —dijo—. Supongo que estaba pegando carteles otra vez.

—¿Otro qué? —preguntó Rincewind.

—Otro del Ejército Rojo. ¡Ja!

—Ah.

—Yo no les presto mucha atención —dijo A.F.M.H.E.H.K.—. Dicen que se va a hacer realidad una vieja leyenda sobre emperadores y cosas de esas. No lo veo nada claro.

—Ese tipo no parecía muy legendario —dijo Rincewind.

—Bah, hay gente que cree en cualquier cosa.

—¿Qué le van a hacer a ese?

—Es difícil saberlo ahora que el emperador está a punto de morir. Probablemente le corten las manos y los pies.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es joven. Es un atenuante. Un poco más mayor y su cabeza estaría clavada en una estaca sobre las puertas.

—¿Ese es el castigo por pegar un cartel de nada?

—Pues mira, así dejan de hacerlo —dijo A.F.M.H.E.H.K.

Rincewind se apartó.

—Gracias —respondió, y se alejó a toda prisa—. Ah, no —dijo, abriéndose paso entre la multitud—. No pienso involucrarme en nada relacionado con decapitaciones...

Y luego alguien volvió a golpearle. Pero con educación.

Mientras caía de rodillas y luego de barbilla, se preguntó qué había pasado con el viejo y clásico: «¡Eh, tú!».

La Horda de Plata deambulaba por los callejones de Hunghung.

—Yo a esto no lo llamo arrasar una puta ciudad y aniquilar a todos los cabrones que viven en ella —murmuró Truckle—. Cuando yo cabalgaba con Bruce el Huno jamás entramos por la puerta principal como una pandilla de babosos gilip...

—Señor Descortés —se apresuró a decir el señor Saveloy—. Me pregunto si este podría ser un buen momento para remitirlo a esa lista que le dibujé...

—¿Qué lista ni qué coño? —dijo Truckle, marcando mandíbula en gesto beligerante.

—La lista de palabras civilizadas y aceptables, ¿se acuerda? —Se volvió a los demás—. ¿Recuerdan lo que les decía sobre la con—duc—ta ci—vi—li—za—da? La conducta civilizada es vital para nuestra estrategia a largo plazo.

—¿Qué es una estrategia a largo plazo? —preguntó Caleb el Destripador.

—Es lo que vamos a hacer más tarde —dijo Cohen.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer?

—Es el Plan —dijo Cohen.

—A tomar por el... —empezó a decir Truckle.

—La lista, señor Descortés, solamente las palabras de la lista —dijo el señor Saveloy en tono cortante—. Escuche, me inclino ante su experiencia cuando se trata de cruzar páramos, pero esto es la civilización y tiene usted que usar las palabras adecuadas. ¿Por favor?

—Mejor será que hagas lo que dice, Truckle —dijo Cohen.

De mala gana, Truckle se sacó del bolsillo un pedazo mugriento de papel y lo desdobló.

—¿«Córcholis»? —dijo—. ¿Qué quiere decir eso? ¿Y qué es esto de «jolines» y «cáspita»?

—Son... palabrotas civilizadas —dijo el señor Saveloy.

—Bueno, pues puedes cogerlas y metértelas por...

—¿Ah? —dijo el señor Saveloy, levantando un dedo en gesto de advertencia.

—E hincártelas por...

—¿Ah?

—Puedes...

—¿Ah?

Truckle cerró los ojos con fuerza y apretó los puños.

—¡Cáspita, a la porra con todo! —chilló.

—Bien —dijo el señor Saveloy—. Mucho mejor.

Se volvió a Cohen, que estaba observando la incomodidad de Truckle con una sonrisa satisfecha.

—Cohen —dijo—, ahí hay un puesto de manzanas. ¿Te apetece una manzana?

—Sí, no me importaría —admitió Cohen, con los modales cautelosos de alguien que le da su reloj a un ilusionista siendo plenamente consciente de que el tipo está sonriendo y tiene un martillo en la mano.

—Bien. Ahora, alum... quiero decir, caballeros. Gengis quiere una manzana. Ahí hay un tenderete que vende fruta y frutos secos. ¿Qué tiene que hacer? —El señor Saveloy miró con cara esperanzada a sus pupilos—. ¿Alguien? ¿Sí?

—Fácil. Hay que matar a ese pequeño... —volvió a oírse un susurro de papel desdoblándose— tipo de ahí y luego...

—No, señor Descortés. ¿Alguien más?

—¿Mande?

—Le pegas fuego...

—No, señor Vincent. ¿Alguien más...?

—Hay que violar a...

—No, no, señor Destripador... —dijo el señor Saveloy—. Sacamos algo de di... ¿di...? —los miró con cara expectante.

—... Dinero... —dijo la Horda a coro.

—... y luego, ¿qué hacemos? Vamos, esto lo hemos ensayado cientos de veces. ¿Le...?

Aquella era la parte difícil. Las caras ajadas de la Horda se fruncieron y se arrugaron más todavía mientras intentaban obligar a sus mentes a salir de las simas de la costumbre.

—¿Da...? —dijo Cohen en tono vacilante.

El señor Saveloy le dedicó una amplia sonrisa y un asentimiento alentador.

—¿Damos? ¿Le da—mos el...? —los labios de Cohen se tensaron alrededor de la palabra— ¿dinero?

—¡Sí! Bien hecho. A cambio de la manzana. Más adelante ya hablaremos de coger el cambio y decir «gracias», cuando estén listos. Ahora, Cohen, aquí tienes una moneda. Vamos, adelante.

Cohen se secó la frente. Estaba empezando a sudar.

—¿Y si le rajo solo un poquito...?

—¡No! Esto es la civilización.

Cohen asintió con expresión incómoda. Echó los hombros hacia atrás y caminó hasta el puesto, donde el mercader de manzanas, que había estado observando al grupo con cara recelosa, lo saludó con la cabeza.

A Cohen se le pusieron los ojos vidriosos y los labios se le movieron en silencio, como si estuviera ensayando un guión. Luego dijo:

—Eh, mercader gordo, dame todo lo que... una manzana... y yo te daré... esta moneda...

Miró hacia atrás. El señor Saveloy tenía el pulgar levantado.

—¿Quiere una manzana y nada más? —preguntó el vendedor de manzanas.

—¡Sí!

El mercader de manzanas eligió una. La espada de Cohen estaba otra vez escondida en la silla de ruedas pero el mercader, en respuesta a cierta intuición soterrada, se aseguró de que fuera una manzana de las buenas. Luego cogió la moneda. Aquello resultó un poco difícil porque su cliente parecía reacio a soltarla.

—Venga, démela, venerable señor —dijo.

Pasaron siete segundos llenos de acontecimientos.

Después, cuando estuvieron a salvo a la vuelta de la esquina, el señor Saveloy dijo:

—Muy bien, todos: ¿quién puede decirme lo que Gengis ha hecho mal?

—¿No ha dicho por favor?

—¿Mande?

—No.

—¿No ha dicho gracias?

—¿Mande?

—No.

—¿Le ha arreado al hombre en la cabeza con un melón y lo ha estampado contra las fresas y le ha dado una patada en las pelotas y le ha pegado fuego a su tenderete y le ha robado todo el dinero?

—¿Mande?

—¡Correcto! —El señor Saveloy suspiró—. Gengis, hasta ese momento lo estabas haciendo de maravilla.

—¡No tendría que haberme llamado lo que me llamó!

—Pero si «venerable» quiere decir viejo y sabio, Gengis.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Bueeeno... Le he dejado el dinero de la manzana.

—Sí, pero, creo que te has llevado todo el resto de su dinero.

—Pero he pagado la manzana —dijo Cohen, más bien irritado.

El señor Saveloy suspiró.

—Gengis, me da más bien la impresión de que de alguna forma se te han pasado por alto varios milenios de desarrollo paciente de la propiedad fiscal.

—¿Cómo has dicho?

—A veces es posible que el dinero pertenezca legítimamente a otras personas —dijo el señor Saveloy con paciencia.

La Horda se detuvo a darle vueltas a aquella idea. Por supuesto, era algo que sabían que era cierto en teoría. Los mercaderes siempre tenían dinero. Pero parecía incorrecto pensar que les pertenecía. Pertenecía a cualquiera que se lo quitara. Los mercaderes no eran realmente sus propietarios, solamente lo cuidaban hasta que alguien lo necesitaba.

—Veamos, allí hay una ancianita que vende patos —dijo el señor Saveloy—. Creo que la fase siguiente... Señor Willie, yo no estoy allí, estoy seguro de que, sea lo que sea que está mirando, es muy interesante, pero por favor preste atención... La fase siguiente es practicar nuestro dominio de la interacción social.

—Jo, jo, jo —dijo Caleb el Destripador.

—Quiero decir, señor Destripador, que tendría usted que ir y preguntarle cuánto cuesta un pato —dijo el señor Saveloy.

—Jo, jo, jo... ¿qué?

—Y no debe arrancarle toda la ropa. Eso no es civilizado.

Caleb se rascó la cabeza. Cayó una lluvia de escamas.

—Vaya, ¿pues qué hago entonces?

—Esto... darle conversación.

—¿Eh? ¿De qué se puede hablar con una mujer?

El señor Saveloy volvió a dudar. Hasta cierto punto aquello también era territorio desconocido para él. Su experiencia con las mujeres en su última escuela se había limitado a alguna charla ocasional con el ama de llaves, y en una ocasión la matrona le había dejado ponerle la mano sobre la rodilla. Tuvo que cumplir los cuarenta antes de descubrir que el sexo oral no significaba hablar de ello. Las mujeres siempre le habían resultado criaturas extrañas y distantes y maravillosas en lugar de, tal como creían todos y cada uno de los miembros de la Horda, algo que hacer. El asunto le estaba costando un poco.

—¿Del tiempo? —aventuró. Su memoria añadió recuerdos vagos de la conversación básica de la tía soltera que lo había criado—. ¿De la salud de ella? ¿Del problema con los jóvenes de hoy en día?

—¿Y luego le arranco la ropa?

—Es posible. Al cabo de un rato. Si ella quiere. Podría recordarle la discusión que tuvimos el otro día sobre darse baños con regularidad —o por lo menos, bañarse aunque fuera una vez, añadió para sí mismo— y prestar atención a las uñas y el pelo y cambiarse de ropa más a menudo.

—Esto es cuero —dijo Caleb—. No hay que cambiarlo, tarda años en pudrirse.

El señor Saveloy reajustó una vez más su perspectiva. Había pensado que la civilización podía superponerse a la Horda como una capa de barniz. Se había equivocado.

Pero lo más gracioso —meditó, mientras la Horda contemplaba los dolorosos intentos de conversación con una representante de la mitad de la humanidad mundial— era que, a pesar de estar lo más lejos posible de la clase de gente con la que se solía mezclar en las salas de profesores, o tal vez por estar lo más lejos posible de la clase de gente con la que se solían mezclar en las salas de profesores, la verdad era que le caían bien. Todos ellos veían los libros bien como accesorios de retrete o como instrumento portátil para encender fuegos, y creían que la higiene era una parte de la anatomía femenina. Y sin embargo eran honrados (desde su punto de vista especial) y decentes (desde su punto de vista especial) y veían el mundo como algo enormemente simple. Robaban a los mercaderes ricos, en los templos y a los reyes. No robaban a la gente pobre, y no porque hubiera nada virtuoso en la gente pobre, sino porque los pobres no tenían dinero.

Y aunque no se proponían darle el dinero a los pobres, eso era en definitiva lo que hacían (si uno aceptaba que el colectivo de los pobres se componía de posaderos, damas de virtud negociable, raterillos, jugadores y parásitos en general), porque aunque llevaban a cabo grandes gestas para robar el dinero, una vez robado tenían tanto control sobre él cómo un hombre que intentara pastorear gatos. El dinero existía para gastarlo y perderlo. Así que ellos lo mantenían en circulación, algo siempre digno de elogio en cualquier sociedad.

Nunca se preocupaban de lo que pensara el resto de la gente. El señor Saveloy, que se había pasado la vida preocupado por lo que pensaran los demás y a quien como resultado habían dejado siempre de lado en los ascensos y en general lo habían tratado siempre como a un mueble, encontraba aquello extrañamente atractivo. Tampoco se angustiaban por nada ni se preguntaban si estaban haciendo lo correcto. Y se lo pasaban en grande. Tenían honor a su manera. Le gustaba la Horda. No eran su tipo de gente.

Caleb regresó con aspecto inusualmente meditabundo.

—¡Felicidades, señor Destripador! —dijo el señor Saveloy, un gran creyente en la actitud positiva de apoyo—. Parece que ella todavía lleva toda la ropa.

—Sí, ¿qué te ha dicho? —preguntó Willie el Chaval.

—Me ha sonreído —dijo Caleb. Se rascó la barba mugrienta con aire intranquilo—. Bueno, un poco —añadió.

—Bien —dijo el señor Saveloy.

—Me ha... esto... me ha dicho... que... no le importaría verme... más tarde...

—¡Bien!

—Esto... ¿Profe? ¿Qué es un afeitado?

Saveloy se lo explicó.

Caleb escuchó con atención, haciendo una mueca de vez en cuando. En alguna ocasión se volvió para mirar a la vendedora de patos, que lo saludó con la mano.

—¡Coñe! —dijo—. Esto... No sé. —Se volvió a girar—. Nunca había visto a una mujer que no estuviera corriendo.

—Oh, las mujeres son como ciervos —dijo Cohen en tono altanero—. Uno no puede cargar sin más, hay que acecharlas bien...

—Jo, jo, j... Lo siento —dijo Caleb al ver la mirada severa del señor Saveloy.

—Creo que tal vez deberíamos terminar la lección aquí —dijo el señor Saveloy—. Tampoco conviene que los civilicemos a ustedes demasiado, ¿verdad...? Sugiero que demos un paseo alrededor de la Ciudad Prohibida, ¿de acuerdo?

Todos la habían visto. Dominaba el centro de Hunghung. Sus murallas medían doce metros de alto.

—Hay un montón de soldados guardando las puertas —dijo Cohen.

—Y con razón. Dentro hay un gran tesoro —dijo el señor Saveloy. Pero no levantó la vista. Parecía mirar el suelo con atención, como si buscara algo que había perdido.

—¿Por qué no cargamos sin más y matamos a los guardias? —preguntó Caleb. Todavía se sentía un poco agitado.

—¿Mande?

—No seas tonto —dijo Cohen—. Tardaríamos todo el día. Además —añadió, sintiéndose un poco orgulloso a pesar de sí mismo—, Profe nos va a enseñar a entrar subidos a un aguadulto invisible, ¿verdad, Profe?

El señor Saveloy se detuvo.

—Ah. Eureka —dijo.

—Eso es efebio, ya lo creo —le dijo Cohen a la Horda—. Quiere decir «Dame una toalla».

—Sí, sí —dijo Caleb, que había estado intentando disimuladamente desenredarse la barba—. ¿Y cuándo has estado tú en Efebia?

—Fui a cazar recompensas una vez.

—¿La recompensa por quién?

—Creo que la tuya.

—¡Ja! ¿Y me encontraste?

—No sé. Echa la cabeza para adelante a ver si se te cae.

—Ah. Caballeros... Observen...

El señor Saveloy estaba hurgando con su sandalia ortopédica en un cuadrado metálico ornamental del suelo.

—¿Que observemos qué? —preguntó Truckle.

—¿Mande?

—Tendríamos que buscar más cosas como esta —dijo el señor Saveloy—. Pero creo que ya lo tenemos. Lo único que tenemos que hacer es esperar a que anochezca.

Se estaba librando una discusión. Lo único que Rincewind podía distinguir eran las voces. Le habían tapado otra vez la cabeza con un saco y además estaba atado a una columna.

—¿Acaso os parece un Gran Hechicero?

—Eso dice su sombrero en el idioma de los fantasmas...

—¡Eso dices tú!

—¿Y qué pasa con el testimonio de Cuatro Gran Sandalia?

—Estaba bajo mucha presión. ¡Lo podría haber imaginado!

—¡No lo imaginé! ¡Apareció en medio del aire, volando como un dragón! Derribó a cinco soldados. Y Tres Máxima Suerte también lo vio. Y los demás. ¡Y luego liberó a un hombre anciano y lo convirtió en un gran guerrero!

—Y habla nuestro idioma. Tal como dice en el libro.

—Muy bien. Suponiendo que sea de verdad el Gran Hechicero, ¡entonces tendríamos que matarlo sin demora!

En la oscuridad de su saco, Rincewind negó furiosamente con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque estará del lado del emperador.

—¡Pero la leyenda dice que el Gran Hechicero lideró al Ejército Rojo!

—Sí, al servicio del emperador Un Espejo de Sol. ¡Aplastó al pueblo!

—¡No, aplastó a todos los jefes de los bandidos! ¡Y luego levantó el Imperio!

—¿Y? ¿Es que el Imperio es tan maravilloso? ¡Desaparición Prematura de las Fuerzas de la Opresión!

—¡Pero ahora el Ejército Rojo está al servicio del pueblo! ¡Avance Máximo con el Gran Hechicero!

—¡El Gran Hechicero es el Enemigo del Pueblo!

—¡Yo lo vi, os lo juro! ¡Una legión de soldados fue derribada por los vientos de su tránsito!

Los vientos de su tránsito estaban empezando a preocupar también a Rincewind. Siempre le pasaba cuando estaba aterrado.

—Si es un hechicero tan grande, ¿por qué sigue atado? ¿Por qué no ha hecho desaparecer sus ataduras en medio de una nube de humo verde?

—Tal vez se está reservando la magia para hazañas todavía más poderosas. No haría trucos con petardos para unas lombrices de tierra.

—¡Ja!

—¡Y tenía el Libro! ¡Nos estaba buscando a nosotros! ¡Es su destino liderar al Ejército Rojo.

Negación, negación, negación.

—¡Podemos liderarnos a nosotros mismos!

Asentimiento, asentimiento, asentimiento.

—¡No necesitamos ningún Gran Hechicero sospechoso de un lugar imaginario!

Asentimiento, asentimiento, asentimiento.

—Así pues, ¡tendríamos que matarlo ahora mismo!

Asentimiento, asen... Negación—negación—negación.

—Ja! ¡Se está mofando de ti! ¡Está esperando para hacerte explotar la cabeza con serpientes de fuego!

Negación, negación, negación.

—¿Sabéis que mientras discutimos aquí están torturando a Tres Bueyes Uncidos?

—¡El Ejército del Pueblo es más importante que sus individuos, Flor de Loto!

Dentro del saco fétido Rincewind hizo una mueca. Ya estaba empezando a sentir antipatía por la primera persona que había hablado, tal como ocurre naturalmente hacia la gente que insiste en que te maten sin demora. Pero cuando esa clase de persona empezaba a decir que las cosas eran más importantes que la gente, uno sabía que estaba metido en graves apuros.

—Estoy segura de que el Gran Hechicero podría rescatar a Tres Bueyes Uncidos —dijo una voz junto a su oído. Era Mariposa.

—¡Sí, podría rescatar con facilidad a Tres Bueyes Uncidos! —dijo Flor de Loto.

—¡Ja! ¿Eso creéis? ¿Que podría entrar en la Ciudad Prohibida? ¡Imposible! ¡Es la muerte segura!

Asentimiento, asentimiento, asentimiento.

—No para el Gran Hechicero —dijo la voz de Mariposa.

—¡Cállate! —musitó Rincewind entre dientes.

—¿ Quieres averiguar cómo de grande es el cuchillo de carnicero que Dos Fuego Hierba lleva en la mano? —susurró Mariposa.

—¡No!

—Es muy grande.

—¡Pero él ha dicho que entrar en la Ciudad Prohibida es la muerte segura!

—No. Es solamente una muerte probable. ¡Te aseguro que si vuelves a intentar escaparte de mí, eso sí que será tu muerte segura!

Le quitaron el saco.

La cara que tenía inmediatamente delante era la de Flor de Loto, y un hombre podría ver cosas mucho peores bajo la luz del sol que aquella cara, que le hacía pensar en crema y mantequilla y la cantidad exacta de sal.

Una de las cosas que podría ver, por ejemplo, era[[21]](#footnote-21) la cara de Dos Fuego Hierba. No era una cara agradable. Era rechoncha, tenía unas pupilas minúsculas y parecía un ejemplo viviente del hecho de que aunque solían ser los reyes, los emperadores y los mandarines quienes oprimían a la gente, tu vecino de al lado podía hacerlo igual de bien.

—¿El Gran Hechicero? ¡Ja! —dijo ahora Dos Fuego Hierba.

—¡Puede hacerlo! —dijo Flor de Loto (y queso cremoso, pensó Rincewind, y tal vez ensalada de repollo como guarnición)—. ¡Es el Gran Hechicero que ha vuelto a nosotros! ¿Acaso no guió al Maestro por las tierras de los fantasmas y los vampiros chupasangre?

—Oh, yo no diría... —empezó Rincewind.

—¿Y un mago tan grande te ha dejado que lo trajeras aquí en un saco? —preguntó Dos Fuego Hierba con un soplido de burla—. Veamos cómo hace algún conjuro...

—¡Un mago verdaderamente grande no se rebaja a hacer trucos de feria! —dijo Flor de Loto.

—Es verdad —dijo Rincewind—. No me rebajo.

—¡Debería darle vergüenza a Hierba haber sugerido algo semejante!

—Vergüenza —repitió Rincewind.

—Además, va a necesitar todo su poder para entrar en la Ciudad Prohibida —dijo Mariposa. Rincewind descubrió que odiaba el sonido de su voz.

—La Ciudad Prohibida —murmuró.

—Todo el mundo sabe que allí hay trampas terribles y puertas falsas y muchos, muchos guardias.

—Trampas y puertas falsas...

—Vaya, que si le fallara la magia por hacer trucos para Hierba, acabaría en la mazmorra más profunda, muriendo centímetro a centímetro.

—Centímetros... esto... ¿de qué centímetro en particular...?

—¡Menuda vergüenza, Dos Fuego Hierba!

Rincewind le dedicó una sonrisa enfermiza.

—La verdad —dijo— es que no soy tan, tan grande. Soy un poquito grande —añadió a toda prisa, mientras Mariposa empezaba a fruncir el ceño—, pero no muy grande...

—Las escrituras del Maestro dicen que derrotaste a muchos encantadores poderosos y que triunfaste lleno de decisión en las situaciones más peligrosas.

Rincewind asintió con expresión fúnebre. Venía a ser verdad. Pero la mayor parte del tiempo no había tenido intención de hacerlo. Y por su parte la Ciudad Prohibida tenía un aspecto... bueno... prohibido. No parecía hospitalaria. No parecía que vendiera postales. El único souvenir que era probable que te dieran serían, tal vez, tus dientes. En una bolsita.

—Esto... Supongo que ese tal Bueyes está en una mazmorra profunda, ¿verdad?

—La más profunda —dijo Dos Fuego Hierba.

—Y... nunca habéis vuelto a ver a nadie que haya caído prisionero, ¿verdad?

—Hemos visto trozos de ellos —dijo Flor de Loto.

—Normalmente sus cabezas —dijo Dos Fuego Hierba—. En las estacas de encima de las puertas.

—Pero no la de Tres Bueyes Uncidos —dijo Flor de Loto en tono firme—. ¡Ha hablado el Gran Hechicero!

—La verdad, no estoy seguro de haber dicho...

—Habéis hablado —dijo Mariposa con firmeza.

A medida que Rincewind se acostumbraba a la oscuridad se fue dando cuenta de que estaba en alguna clase de almacén o bodega. Le llegaban los ruidos de la ciudad, más bien amortiguados, por unas rejillas en las paredes, situadas cerca del techo. El lugar estaba medio lleno de barriles y fardos, y en cada uno de ellos había alguien apoyado. La sala estaba abarrotada.

Todos lo observaban con expresión de atención fascinada, pero eso no era lo único que tenían en común.

Rincewind se dio la vuelta.

—¿Quiénes son todos estos niños? —preguntó.

—Esta —dijo Flor de Loto— es la unidad hunghunguesa del Ejército Rojo.

Dos Fuego Hierba soltó un soplido de burla.

—¿Por qué se lo has dicho? Ahora tendremos que matarlo.

—¡Pero si son muy jóvenes!

—Tal vez carezcan del privilegio de la edad —dijo Dos Fuego Hierba—, pero son ancianos en materia de coraje y honor.

—¿Y expertos en la lucha? —dijo Rincewind, acalorado—. Los guardias que yo he visto no parecen gente maja. Esto... ¿por lo menos tenéis armas de alguna clase?

—¡Arrancaremos las armas que necesitemos de las manos de nuestros enemigos! —dijo Dos Fuego Hierba. Se elevó un clamor.

—¿En serio? ¿Y cómo haréis que las suelten llegado el momento? —preguntó Rincewind. Señaló a una niña muy pequeña, que se apartó de su dedo como si fuera un arma cargada. Aparentaba unos siete años y tenía un conejo de juguete en las manos—. ¿Cómo te llamas?

—¡Una Perla Favorita, Gran Hechicero!

—¿Y qué haces en el Ejército Rojo?

—¡He ganado una medalla por pegar cartelez, Gran Hechicero!

—¿Qué...? ¿Del estilo de «Que Por Favor Les Pasen Cosas Un Poco Malas a Nuestros Enemigos»? ¿Ese tipo de cosas?

—Ezto... —dijo la niña, mirando implorante a Mariposa.

—No nos resulta nada fácil rebelarnos —dijo la chica mayor—. No tenemos... experiencia.

—Bueno, estoy aquí para deciros que la forma de hacerlo no es cantar canciones y pegar carteles y luchar con las manos desnudas das —dijo Rincewind—. No cuando os enfrentáis a gente de verdad con armas de verdad. Vosotros... —Su voz se fue apagando cuando se dio cuenta de que había cien pares de ojos que lo miraban fijamente y doscientas orejas que lo escuchaban con atención.

Repitió sus palabras en la caja de resonancia de su mente. Había dicho: «Estoy aquí para deciros...». Extendió las manos y las agitó con aire frenético.

—... es decir, no me corresponde a mí deciros nada —dijo.

—Correcto —dijo Dos Fuego Hierba—. Venceremos porque tenemos la Historia de nuestro lado.

—Venceremos porque el Gran Hechicero está de nuestro lado —dijo Mariposa en tono cortante.

—¡Os diré una cosa! —gritó Rincewind—. ¡Mejor confiar en mí que en la Historia! ¡Oh, mierda! ¿Acabo de decir eso?

—Entonces ¿ayudaréis a Tres Bueyes Uncidos? —preguntó Mariposa.

—¡Por favor! —suplicó Flor de Loto.

Rincewind se la quedó mirando. Y miró las lágrimas que tenía en los rabillos de los ojos, y a aquel puñado de críos sobrecogidos que creían realmente que se podía vencer a un ejército cantando canciones alentadoras.

Solamente podía hacer una cosa, ahora que lo pensaba bien.

Podía seguirles el juego de momento y poner pies en polvorosa a la primera oportunidad. La cólera de Mariposa era mala, pero una estaca era una estaca. Por supuesto, durante un tiempo se sentiría un poco canalla, pero de eso mismo se trataba. Se sentiría un canalla pero no sentiría la estaca.

El mundo ya tenía héroes de sobra y no necesitaba otro. Sin embargo, en el mundo solamente había un Rincewind y él era responsable ante el mundo de mantenerlo con vida durante todo el tiempo posible.

Había una posada. Había un patio. Había un corral para los Equipajes.

Había baúles de viaje grandes, lo bastante grandes como para transportar las necesidades de una familia entera durante dos semanas. Había estuches para muestrarios de mercaderes, simples cajas cuadradas con piernas toscas. Había bolsas elegantes para viajes de una sola noche.

Se revolvían ociosamente en su corral. De cuando en cuando se oía el traqueteo de un asa o el chirrido de una bisagra, y un par de veces el golpe de una tapa al cerrarse y el bonc—bonc—bonc de otros cofres intentando apartarse del medio.

Había tres baúles grandes y cubiertos de cuero remachado. Parecían de esa clase de accesorios de viaje que pasan el rato delante de los hoteles baratos y hacen comentarios sugerentes a los bolsos de mano.

El objeto de su atención era un baúl más bien pequeño con incrustaciones en la tapa y unos pies delicados. Se había retirado a un rincón, tan a resguardo como podía.

Una tapa grande con pinchos se abrió un par de veces mientras el más grande de los baúles se acercaba.

El baúl más pequeño se había retirado tanto al rincón que sus piernas de atrás estaban intentando trepar la verja del corral.

Se oyó un ruido de pies corriendo al otro lado de la pared del patio. El ruido se acercó y luego se paró de repente.

Entonces se oyó un tañido como el que causaría un objeto al aterrizar en el techo recio de un carruaje.

Por un momento, con la luna naciente de fondo, se vio una figura que daba una lenta voltereta en el aire vespertino.

Aterrizó pesadamente delante de los tres baúles grandes, se irguió con un saltito y cargó.

Al cabo de un rato varios viajeros salieron a la noche, pero para entonces ya había piezas de ropa desperdigadas y pisoteadas por todo el patio. En el tejado descubrieron tres baúles negros, aporreados y llenos de melladuras, los tres escarbando en las tejas y golpeando a los demás en un esfuerzo por subir más arriba que nadie. Otros habían sido presa del pánico, habían echado abajo la pared y se habían marchado campo a través.

Al final los encontraron a todos salvo a uno.

Los miembros de la Horda se sentían bastante orgullosos de sí mismos cuando se sentaron a cenar. Más bien actuaban, pensó el señor Saveloy, como chicos a los que acabaran de darles sus primeros pantalones largos.

Y así era. Cada hombre llevaba unos pantalones anchos e idénticos además de una túnica larga y gris.

—Hemos ido de compras, nada menos —dijo Caleb con orgullo—. Hemos pagado las cosas con dinero. Vamos vestidos como la gente civilizada.

—Ciertamente —dijo el señor Saveloy en tono indulgente. Confiaba en que pudieran pasar por aquello sin que la Horda descubriera de qué clase de gente civilizada iban vestidos. Tal como estaban las cosas, las barbas eran un problema. La clase de gente que llevaba aquella clase de ropa en la Ciudad Prohibida no solía tener barba. Era célebre precisamente por no tenerla. En realidad, era todavía más célebre por no tener otras cosas pero, como una especie de resultado de esa carencia, también por no tener barba.

Cohen cambió de postura.

—Pica —dijo—. ¿Esto son pantalones, entonces? No los había llevado nunca. Ni tampoco la camisa. ¿Para qué sirve una camisa que no sea de cota de malla?

—Pero lo hemos hecho muy bien —dijo Caleb. Incluso se había afeitado, obligando al barbero, por primera vez en su carrera, a usar un cincel. No paraba de frotarse la barbilla desnuda y rosada como la de un bebé.

—Sí, estamos muy civilizados —dijo Vincent.

—Menos en la parte donde le pegaste fuego a aquel tendero —dijo Willie el Chaval.

—Naaa. Solamente le pegué fuego un poquito.

—¿Mande?

—¿Profe?

—¿Sí, Cohen?

—¿Por qué le dijiste a aquel comerciante de fuegos artificiales que toda la gente a la que conocías se había muerto de repente?

El señor Saveloy dio unos golpecitos con el pie al paquete grande que estaba debajo de la mesa, junto a un caldero nuevecito.

—Para que no sospechara de mi compra —dijo.

—¿Cinco mil petardos?

—¿Mande?

—Bueno —dijo el señor Saveloy—. ¿Les he contado alguna vez que después de enseñar geografía en el Gremio de Asesinos y en el Gremio de Fontaneros lo hice durante unos trimestres en el Gremio de Alquimistas?

—¿Alquimistas? Todos unos chiflados —dijo Truckle.

—Pero les gusta la geografía —dijo el señor Saveloy—. Supongo que necesitan saber dónde han aterrizado. Coman bien, caballeros. Puede ser una noche larga.

—¿Qué es esta comida? —preguntó Truckle, pinchando algo con su palillo.

—Esto... Chow —dijo el señor Saveloy.

—Sí, ¿pero qué es eso?

—Chow. Un tipo de... ejem... perro.

La Horda lo miró.

—No tiene nada de malo —dijo a toda prisa, con la sinceridad de un hombre que había pedido brotes de bambú y tofu para él.

—Yo he comido de todo —dijo Truckle—. Pero no voy a comer perro. Tuve un perro una vez. Rover.

—Ah, sí —dijo Cohen—. Aquel que tenía un collar de pinchos, ¿no? ¿El que comía gente?

—Di lo que quieras, para mí era un amigo —dijo Truckle, apartando la carne de delante de él.

—Pues para todos los demás era una muerte rabiosa. Yo me como el tuyo. Pídele un plato de pollo, Profe.

—Una vez me comí a un hombre —murmuró Hamish el Loco—. En un asedio.

—¿Te comiste a una persona? —preguntó el señor Saveloy, haciendo una seña al camarero.

—Una pierna nada más.

—¡Qué horror!

—No si le pones mostaza.

Justo cuando pensaba que empezaba a conocerlos, meditó el señor Saveloy...

Cogió su vaso de vino. Los miembros de la Horda cogieron también sus vasos y lo observaron con atención.

—Un brindis, caballeros —dijo—. Y recordad lo que os dije sobre no beber de golpe. Beber de golpe solamente sirve para mojarse las orejas. Dad un sorbo nada más. ¡Por la Civilización!

Los miembros de la Horda añadieron sus brindis respectivos.

—«¡ Pcharn'kov!»

—«¡Túmbense en el suelo y nadie saldrá herido!»

—«¡Oj[[22]](#footnote-22)alá vivas en pantalones interesantes!»

—¿Cuál es la palabra mágica? ¡Dame!

—«¡Muerte a la mayoría de los tiranos!»

—¿Mande?

—Las paredes de la Ciudad Prohibida tienen doce metros de alto —dijo Mariposa—. Y las puertas son de metal. Hay cientos de guardias. Pero por supuesto, tenemos al Gran Hechicero.

—¿A quién?

—A vos.

—Lo siento, ya me estaba olvidando.

—Sí—dijo Mariposa, mirando lentamente a Rincewind con expresión apreciativa. Rincewind recordaba que sus tutores lo miraban de la misma forma cuando sacaba buenas notas en algún examen tipo test simplemente contestando al azar.

Se apresuró a bajar la vista hacia los garabatos a carboncillo que había hecho Flor de Loto.

Cohen sabría qué hacer, pensó. A él le bastaría con abrirse paso a base de tajos. Nunca se le pasaría por la cabeza tener miedo ni preocuparse. Era la clase de hombre que hacía falta en situaciones como aquella.

—Sin duda tenéis hechizos mágicos que pueden abatir las murallas —dijo Flor de Loto.

Rincewind se preguntó qué le harían cuando resultara que no podía. No mucho, pensó, si ya estoy corriendo. Por supuesto, maldecirían su memoria y lo insultarían, pero a eso ya estaba acostumbrado. «Palos y piedras romperán mis huesos», pensó. Tenía la vaga certeza de que el refrán tenía una segunda parte, pero nunca se había molestado en aprenderla porque la primera siempre ocupaba toda su atención.

Incluso el Equipaje lo había abandonado. Aquella era una ventaja menor, pero echaba de menos aquel ruido de piececillos...

—Antes de empezar —dijo—, creo que deberíais cantar una canción revolucionaria.

A la unidad le gustó la idea. Mientras estaban ocupados cantando, Rincewind fue con sigilo hasta Mariposa, que le dedicó una sonrisa cómplice.

—¡Sabes que no puedo hacerlo!

—El Maestro dijo que estabas lleno de recursos.

—¡No tengo magia suficiente para hacer un agujero en una pared!

—Estoy segura de que se te ocurrirá algo. Y... ¿Gran Hechicero?

—Sí, ¿qué?

—Perla Favorita, la niña del conejo de juguete...

—¿Sí?

—La unidad es lo único que tiene en el mundo. Lo mismo les pasa a muchos de los demás. Cuando luchan los señores de la guerra, muere mucha gente. Padres y madres. ¿Lo entiendes? Yo fui una de las primeras en leer Lo que hice en mis vacaciones, Gran Hechicero, y lo que yo vi en el libro fue a un tonto de remate que por alguna razón siempre tenía suerte. Gran Hechicero... espero por el bien de todos que tengas muchísima suerte. Sobre todo por el tuyo.

Las fuentes tintineaban en los patios del Emperador del Sol. Los pavos reales titaban su llamada, un ruido que suena como algo que no debería ser tan hermoso. Los árboles ornamentales proyectaban sus sombras como solamente ellos sabían hacerlo: ornamentalmente.

Los jardines ocupaban el corazón de la ciudad y desde ellos alcanzaba a escucharse el ruido del exterior, aunque amortiguado por la paja que echaban a diario en las calles más cercanas y también porque cualquier ruido considerado demasiado fuerte le supondría a su emisor una estancia breve en la cárcel.

De todos los jardines, el más agradable estéticamente era el diseñado por el primer emperador, Un Espejo de Sol. Estaba hecho en su totalidad de grava y piedras, pero todo artísticamente rastrillado y dispuesto como si lo hubiera creado un torrente montañoso con un sentido artístico muy refinado. Era allí donde Un Espejo de Sol, en cuyo reinado se había unificado el Imperio y se había construido la Gran Muralla, iba a refrescarse el alma y a morar en la unidad esencial de todas las cosas, mientras bebía vino usando como copa el cráneo de algún enemigo o posiblemente de algún jardinero demasiado torpe con el rastrillo.

En el momento presente el jardín estaba ocupado por Dos Pequeño Wang, el maestro de protocolo, que iba por allí porque pensaba que le hacía bien a los nervios.

Tal vez fuera el número dos, se decía siempre a sí mismo. Era un número de nacimiento gafado. Llamarse Pequeño Wang no era más que un detalle de falta de cortesía, una especie de cagada menor de gaviota después del gran montón de excremento de búfalo que el Cielo le había pegado a su horóscopo. Aunque tenía que admitir que no había mejorado en nada las cosas al aceptar convertirse en maestro de protocolo.

En su momento había parecido muy buena idea. Había ido ascendiendo gradualmente por el funcionariado agateo dominando las artes esenciales a la práctica del buen gobierno y la buena administración (como por ejemplo la caligrafía, el origami, los arreglos florales y las Cinco Formas Maravillosas de poesía). Había cumplido obedientemente las tareas que se le habían asignado y apenas se había dado cuenta de que ya no había tantos miembros del alto funcionariado como antes, hasta que un día un montón de altos mandarines —la mayoría de ellos mucho más altos que él, se le ocurrió más tarde— habían acudido a él mientras estaba buscando una buena rima para «flor de azahar» y le habían felicitado por ser el nuevo maestro.

De aquello hacía tres meses.

Y de todas las cosas que se le habían ocurrido en aquellos tres meses la más vergonzosa era la siguiente: que había llegado a creer que el Emperador del Sol no era realmente el Señor del Paraíso, el Pilar del Cielo y el Gran Río de las Bendiciones, sino un loco malvado cuya muerte se estaba postergando demasiado tiempo.

Era una idea horrible. Era como odiar la maternidad y el pescado crudo, o plantear objeciones a la luz del sol. La mayoría de la gente desarrollaba su conciencia social de joven, durante ese breve periodo entre dejar de estudiar y decidir que la injusticia no es necesariamente mala siempre, y resultaba más bien un shock descubrírsela de repente a los sesenta años.

No es que estuviera en contra de las Leyes Doradas. Tenía sentido que a un hombre proclive a robar le cortaran las manos. Eso le impedía volver a robar y de esa forma mancharse el alma.

A un campesino que no podía pagar sus impuestos había que ejecutarlo, a fin de evitar que cayera en las tentaciones de la pereza y el desorden público. Y como el Imperio había sido creado por el Cielo como el único mundo verdadero de los seres humanos y todo lo que había fuera del mismo era una tierra de fantasmas, resultaba más que pertinente ejecutar a quienes cuestionaran tal situación.

Y sin embargo le parecía que no estaba bien reírse con alegría al hacerlo. No era agradable que tuvieran que pasar aquellas cosas, solamente era necesario.

De algún sitio lejano llegaron los gritos. El emperador estaba jugando otra vez al ajedrez. Prefería usar piezas vivas.

A Dos Pequeño Wang le pesaba el conocimiento. Había habido tiempos mejores. Ahora lo sabía. Las cosas no habían sido siempre así. Los emperadores del pasado no eran payasos crueles, alrededor de los cuales uno estaba tan seguro como en unas arenas movedizas en temporada de cocodrilos. No siempre había habido una guerra civil cada vez que moría un emperador. Antes los señores de la guerra no gobernaban el país. La gente tenía derechos además de obligaciones.

Y luego un día se había cuestionado la sucesión y se había iniciado una guerra y desde entonces parecía que nada iba bien.

Pronto, si había suerte, el emperador moriría. No había duda de que estaban construyendo un Infierno especial para él. Habría las batallas de costumbre y luego un emperador nuevo y, si tenía mucha suerte, Dos Pequeño Wang sería decapitado, que era lo que solía pasarle a la gente que había ascendido a un alto cargo bajo un gobernante previo. Pero aquello era bastante razonable para los estándares modernos, ya que últimamente era posible que lo decapitaran a uno por interrumpir los pensamientos del emperador o por estar de pie en el sitio equivocado.

Llegado aquel punto, Dos Pequeño Wang oyó fantasmas.

Parecían estar justo debajo de sus pies.

hablaban en un idioma extraño, de forma que para Dos pequeño Wang su habla no eran más que ruidos, que sonaban así:

—¿Dónde demonios estamos?

—Debajo del palacio, estoy seguro. Busque otra tapa de alcantarilla en el techo...

—¿Mande?

—¡Estoy harto de empujar esta maldita silla de ruedas!

—Yo después de esto me lavo los pies, os lo digo.

—¿Esto te parece manera de entrar en una ciudad? ¿Esto te parece manera de entrar en una ciudad? ¿Con agua hasta la cintura? ¡Nunca entramos así en ninguna... tonta... ciudad, cuando yo cabalgaba con Bruce el Huno! ¡Uno entra en una... amorosa... ciudad arrasándola con un millar de jinetes, así es como se toma una ciudad...!

—Sí, pero en esta cañería no cabrían.

Los ruidos tenían una sonoridad hueca y retumbante. Con una especie de fascinación perpleja Dos Pequeño Wang los fue siguiendo, caminando sobre la grava manicurada de una forma irreflexiva que le habría reportado una extracción inmediata de la lengua por parte de su anterior amante de la paz y la tranquilidad.

—¿Podemos darnos prisa, por favor? Me gustaría que estuviéramos fuera de aquí cuando estalle el caldero, y la verdad es que no he tenido mucho tiempo para experimentar con las mechas.

—Sigo sin entender lo del caldero, Profe.

—Confío en que todos esos petardos abran un agujero en la muralla.

—¡Bien! ¿Entonces por qué no estamos allí? ¿Por qué estamos en esta tubería?

—Porque todos los guardias saldrán corriendo a ver qué ha sido esa explosión.

—¡Bien! Entonces deberíamos estar allí.

—¡No! Tenemos que estar aquí, Cohen. La palabra clave es señuelo. Es... más civilizado así.

Dos Pequeño Wang pegó la oreja al suelo.

—¿ Cuál dijiste que era el castigo por entrar en la Ciudad Prohibida, Profe?

—Creo que es algo semejante a colgar, jamerdar y cuartear. Así que, ¿ven ustedes? Sería buena idea que...

Se oyó un chapoteo muy débil.

—¿Cómo se jamierda a alguien?

—Creo que te sacan las tripas y te las enseñan.

—¿Para qué?

—Pues no lo sé. Supongo que para ver si las reconoces.

—¿Cómo? ¿En plan «sí, esos son mis riñones, sí, ese es mi desayuno»?

—¿ Y cómo te cuartean? O sea, ¿te sacan los cuartos?

—Creo que no, a juzgar por el contexto.

Durante un momento no se oyó nada más que el chapoteo de seis pares de pies y el chirrido de algo que sonaba como una rueda.

—Bueno, ¿y cómo te cuelgan?

—¿Perdón?

—Jo, jo, jo... Lo siento, lo siento.

Dos Pequeño Wang tropezó con un bonsái de doscientos años y se dio de cabeza contra una rosa elegida por su serenidad fundamental. Cuando recuperó el sentido, unos segundos más tarde, las voces ya no estaban. Si es que habían existido alguna vez.

Fantasmas. Últimamente había muchos fantasmas. A Dos Pequeño Wang le gustaría tener algunos petardos que tirar a su alrededor.

Ser el maestro de protocolo era todavía peor que intentar encontrar una rima para «flor de azahar».

Los callejones de Hunghung estaban iluminados con antorchas. Con el Ejército Rojo charlando y siguiéndolo, Rincewind deambuló hasta la muralla de la Ciudad Prohibida.

Nadie sabía mejor que Rincewind que era totalmente incapaz de hacer magia verdadera. Solo había conseguido hacerla por accidente.

Así que tenía claro que si agitaba una mano y decía unas cuantas palabras mágicas, lo más probable era que la muralla se volviera un poquito menos llena de agujeros que ahora.

Era una lástima decepcionar a Flor de Loto, con aquel cuerpo que hacía pensar a Rincewind en una bandeja de patatas fritas onduladas, pero ya era hora de que la chica aprendiera que no se podía confiar en los magos.

Y luego podría marcharse. ¿Qué podría hacerle Mariposa si lo intentaba y fracasaba? Y para su gran sorpresa, se descubrió a sí mismo confiando en poder meterle de pasada el dedo en el ojo a Hierba al marcharse. Le asombraba que los demás no vieran la clase de persona que era.

Aquella parte de la muralla estaba entre dos puertas. La vida de Hunghung se estrellaba contra ella como un mar fangoso. Estaba abarrotada de puestos de comerciantes y tenderetes. Rincewind siempre había creído que los ciudadanos de Ankh—Morpork pasaban la vida en la calle, pero comparados con los hunghungueses eran agorafóbicos. Los funerales (con sus petardos asociados), las celebraciones de bodas y las ceremonias religiosas pasaban junto a (y se entremezclaban con) las actividades normales del mercado, como la matanza de ganado estilo libre y el campeonato mundial de discusiones.

Hierba señaló un trozo vacío de muralla donde había leña amontonada.

—Allí mismo, Gran Hechicero —dijo en tono de burla—. No os agotéis indebidamente. Con un pequeño agujero será suficiente.

—¡Pero si hay cientos de personas alrededor!

—¿Y eso es un problema para tan grandioso hechicero? ¿O es que no podéis hacerlo si hay gente mirando?

—No me cabe duda de que el Gran Hechicero nos asombrará —dijo Mariposa.

—¡Cuando la gente vea el poder del Gran Hechicero hablarán de él por siempre! —dijo Flor de Loto.

—Es probable —murmuró Rincewind.

La unidad dejó de hablar, aunque solamente era posible darse cuenta viendo que tenían las bocas cerradas. El hueco dejado por su silencio se llenó de inmediato con el barullo del mercado.

Rincewind se remangó la túnica.

Ni siquiera estaba seguro de que hubiera un hechizo para volar cosas...

Hizo un gesto vago con la mano.

—Os aconsejo a todos que os apartéis —dijo Hierba con una sonrisa desagradable.

—¿Quanti canicula illa in fenestre? —dijo Rincewind— Esto...

Miró desesperadamente la muralla y, con esa percepción intensificada que sobreviene a quienes están en el límite del terror, vio un caldero medio escondido entre la leña. Parecía llevar un cordelito encendido incorporado al mismo.

—Esto... —dijo—. Creo que hay...

—¿Algún problema? —preguntó Hierba en tono malvado.

Rincewind cuadró los hombros.

—... —dijo.

Se oyó un ruido como de un merengue aterrizando suavemente en un plato y todo lo que tenía delante se puso blanco.

Luego el blanco se volvió rojo, con vetas negras, y un estruendo terrible le dio sendos bofetones en las orejas.

Un trozo de algo resplandeciente en forma de media luna le segó la punta del sombrero y se incrustó en la casa más cercana, que se incendió.

Hubo un fuerte olor a cejas quemadas.

Cuando los escombros dejaron de moverse Rincewind vio un boquete enorme en la muralla. Alrededor del mismo, el enladrillado, convertido en cerámica al rojo vivo, empezaba a enfriarse con un ruido que sonaba como glinca—glinca.

Se miró las manos cubiertas de hollín.

—Caray —dijo.

Y luego anunció:

—¡Pues ya está!

Se dio la vuelta y empezó a decir: «¿Qué os ha parecido?», pero su voz se apagó cuando se hizo patente que todo el mundo estaba tumbado en el suelo.

Un pato lo miraba con recelo desde su jaula. Debido a la protección parcial que le proporcionaban los barrotes, sus plumas tenían un diseño alternativamente natural y chamuscado.

Siempre había anhelado hacer magia como aquella. Siempre había sido capaz de visualizarla perfectamente. Simplemente nunca había podido hacerla...

En el agujero abierto aparecieron varios guardias. Uno de ellos, la ferocidad de cuyo casco sugería que era un oficial, miró con expresión iracunda el boquete calcinado y luego a Rincewind.

—¿Tú has hecho esto? —preguntó.

—¡Atrás! —gritó Rincewind, ebrio de poder—. ¡Yo soy el Gran Hechicero! ¿Veis este dedo? ¡No me obliguéis a usarlo!

El oficial hizo una señal con la cabeza a dos de sus hombres.

—Apresadlo.

Rincewind dio un paso atrás.

—¡Os aviso! ¡Todo el que me ponga una mano encima se pasará el resto de su vida comiendo moscas y dando saltitos!

Los guardias avanzaron con la determinación de quien está preparado para arriesgarse a la incerteza de la magia frente a la perspectiva perfectamente nítida del castigo por desobedecer órdenes.

—¡Atrás! ¡Esto puede estallar! Muy bien, ya que me oblig...

Hizo un gesto con la mano. Chasqueó varias veces los dedos.

—Esto...

Los guardias, después de cerciorarse de que todavía conservaban su propia forma, le agarraron cada uno de un brazo.

—Puede ser de efectos retardados —aventuró, mientras lo sujetaban con más fuerza—. Por otra parte, ¿os interesaría oír un famoso aforismo? —preguntó. Le levantaron los pies del suelo—. ¿O tal vez no?

Mientras corría despistadamente en el aire, a Rincewind lo llevaron ante el oficial.

—¡De rodillas, rebelde! —gritó el oficial.

—Me gustaría, pero...

—¡Vi lo que le hiciste al capitán Cuatro Blanco Zorro!

—¿Qué? ¿A quién?

—Llevadlo... ante... el... emperador.

Mientras se lo llevaban a rastras, Rincewind vio por un breve instante que los guardias se acercaban al Ejército Rojo con las espadas centelleando...

Una placa de metal tembló un momento y luego cayó al suelo.

—¡Con cuidado!

—¡No estoy acostumbrado a tener cuidado! ¡Bruce el Huno nunca tenía cuid...!

—¡Para ya con Bruce el Huno!

—¡Que te den por córcholis a ti también!

—¿Mande?

—¿Hay alguien ahí?

Cohen asomó la cabeza fuera de la tubería. Había una sala oscura, húmeda y llena de tuberías y goteras. El agua circulaba en todas direcciones para alimentar fuentes y cisternas.

—No —dijo con voz decepcionada.

—Muy bien. Todo el mundo fuera de la tubería.

Hubo ecos de palabrotas y chirridos metálicos mientras la silla de ruedas de Hamish era introducida en el sótano largo y de techo bajo.

El señor Saveloy encendió una cerilla mientras la Horda se dispersaba y examinaba su entorno.

—Felicidades, caballeros —dijo—. Creo que estamos en palacio.

—Sí —dijo Truckle—. Hemos conquistado una jod... una amorosa tubería. ¿De qué nos va a servir?

—Podríamos violarla —dijo Caleb, esperanzado.

—Eh, esta cosa en forma de rueda gira.

—¿Qué es una tubería amorosa?

—¿Qué hace esta palanca?

—¿Mande?

—¿Y si encontramos una puerta, salimos en tromba y matamos a todo el mundo?

El señor Saveloy cerró los ojos. Había algo familiar en aquella situación, y ahora se daba cuenta de qué era. Una vez había llevado de excursión a una clase entera a la armería de la ciudad. La pierna derecha todavía le dolía en los días húmedos.

—¡No, no y no! —chilló—. ¿De qué nos serviría eso? Willie el Chaval, por favor, no tire usted de esa palanca.

—Bueno, yo al menos me sentiría mejor, eso seguro —dijo Cohen—. En todo el día no he matado nada más que a un guardia, y apenas cuentan.

—Recuerda que estamos aquí para robar, no para asesinar —dijo el señor Saveloy—. Ahora, por favor, sáquense todos ese cuero mojado y pónganse la ropa nueva.

—Esta parte no me gusta —dijo Cohen, poniéndose una camisa—. Me gusta que la gente se entere de quién era.

—Sí —dijo Willie el Chaval—. Sin nuestro cuero y nuestra cota de malla la gente creerá que somos una panda de viejos cutres.

—Exacto —dijo el señor Saveloy—. Eso es parte del subterfugio.

—¿Es como eso de la táctica? —preguntó Cohen.

—Sí.

—Muy bien, pero a mí no me gusta —dijo Vincent el Viejo—. ¿Y si ganamos? ¿Qué clase de canción van a cantar los trovadores sobre alguien que invadió una ciudad por una tubería?

—Una con mucho eco —dijo Willie el Chaval.

—No van a cantar nada de eso —dijo Cohen en tono firme—. Si le pagas bastante a un trovador, canta lo que le digas.

Un tramo de escalones húmedos daba a una puerta. El señor Saveloy ya estaba en lo alto, escuchando.

—Es verdad —dijo Caleb—. Dicen que quien paga al gaitero pide la canción.

—Pero, caballeros —dijo el señor Saveloy, con la mirada brillante—, quien le pone un cuchillo en la garganta al gaitero escribe la sinfonía.

El asesino se movía lentamente por los aposentos de lord Hong.

Era uno de los mejores del pequeño pero muy selecto gremio de Hunghung, y ciertamente no era un rebelde. No le gustaban los rebeldes. Eran invariablemente gente pobre y por tanto era poco probable que fueran clientes.

Su manera de moverse era cautelosa y poco usual. Evitaba el suelo: se sabía que lord Hong afinaba los tablones. Hacía un uso considerable de los muebles y las mamparas decorativas, y de vez en cuando también del techo.

Y al asesino se le daba muy bien. Cuando un mensajero entró en la sala por una puerta lejana él se quedó congelado un instante y luego empezó a moverse en sincronía perfecta hacia su presa, dejando que los pasos torpes del recién llegado enmascararan los suyos.

Lord Hong estaba fabricando otra espada. El doblegamiento del metal y todos los periodos tediosos pero esenciales de calentamiento y martilleo, descubrió, eran buenos conductores del pensamiento lúcido. Demasiada celebración pura era mala para la mente. A lord Hong le gustaba usar las manos a veces.

Volvió a meter la espada en el horno y accionó unas cuantas veces el fuelle.

—¿Sí? —preguntó. El mensajero, postrado boca abajo muy cerca del suelo, levantó la vista.

—Buenas noticias, señor. ¡Hemos capturado al Ejército Rojo!

—Pues sí que son buenas noticias —dijo lord Hong, observando fijamente la hoja en espera del cambio de color—. ¿Incluyendo al que llaman el Gran Hechicero?

—¡Ciertamente! ¡Pero no es tan grande, oh señor! —dijo el mensajero.

Su jovialidad se apagó cuando lord Hong levantó una ceja.

—¿De veras? Al contrario, sospecho que está en posesión de poderes inmensos y muy peligrosos.

—¡Sí, señor! No quería decir...

—Encárgate de que los encierren a todos. Y envía un mensaje al capitán Cinco Hong Hombre para que ejecute las órdenes que le he dado hoy.

—¡Sí, señor!

—¡Y ahora, ponte en pie!

El mensajero se puso de pie, temblando. Lord Hong se puso un guante grueso y cogió la empuñadura de la espada. El horno rugió.

—¡La barbilla alta, hombre!

—¡Mi señor!

—¡Ahora abre mucho los ojos!

Aquella orden era innecesaria. Lord Hong escrutó la máscara de terror, se percató del ligero movimiento, asintió y con un movimiento casi de ballet sacó la hoja chisporroteante del horno, se giró y asestó un golpe...

Hubo un grito muy breve y un siseo más bien largo.

Lord Hong dejó que el asesino cayera. Luego sacó la espada e inspeccionó la hoja humeante.

—Hum —dijo—. Interesante...

Vio al mensajero.

—¿Sigues aquí?

—¡No, mi señor!

—Asegúrate de ello.

Lord Hong dio la vuelta a la espada de forma que la luz se reflejara en ella y examinó el filo.

—Y... esto... ¿queréis que mande a unos sirvientes a recoger el... esto... cuerpo?

—¿Qué? —preguntó lord Hong, perdido en sus pensamientos.

—El cuerpo, lord Hong...

—¿Qué cuerpo? Ah, sí. Encárgate.

Las paredes estaban hermosamente decoradas. Hasta Rincewind se dio cuenta, aunque se veían borrosas de tan rápido que pasaban. Algunas tenían pájaros maravillosos pintados, o escenas de montaña, o ramilletes de follaje, con unas hojas y brotes trazados con exquisito detalle en apenas un par de pinceladas.

Leones de porcelana rugían en los pedestales de mármol. Los pasillos estaban flanqueados por jarrones más grandes que Rincewind.

Delante de los guardias se iban abriendo puertas lacadas. Rincewind era brevemente consciente de las salas enormes, decoradas y vacías a ambos lados.

Por fin cruzaron las últimas puertas y lo arrojaron a un suelo de madera.

En aquellas circunstancias, tenía comprobado, era mejor no levantar la vista.

Al final una voz imperiosa dijo:

—¿Qué tienes que decir en tu defensa, piojo miserable?

—Bueno, yo...

—¡Silencio!

Ah. O sea que iba a ser uno de esos interrogatorios.

Una voz distinta, una voz anciana, cascada y jadeante dijo:

—¿Dónde está el gran... visir?

—Se ha retirado a sus aposentos, Oh Gran Señor. Ha dicho que le dolía la cabeza.

—Hacedlo venir de... inmediato.

—Por supuesto, Oh Gran Señor.

Rincewind, con la nariz apretada contra el suelo, llevó a cabo algunas suposiciones más. Un gran visir siempre era mala señal. Por lo general quería decir que la gente iba a proponer caballos salvajes y cadenas al rojo vivo. Y cuando a la gente la llamaban cosas como «Oh Gran Señor», todo en mayúsculas, estaba bastante claro que no había posibilidad de apelación.

—Este es un... rebelde, ¿no? —La frase no fue tanto pronunciada como jadeada.

—Ciertamente, Oh Gran Señor.

—Creo que me gustaría verlo más... de cerca.

Hubo un murmullo general, que sugería que un buen número de gente se encontraba muy sorprendida, y luego un ruido de movimiento de muebles.

A Rincewind le pareció ver una manta en el borde de su campo de visión. Alguien estaba empujando una cama con ruedas por el suelo...

—Haced que se... ponga de pie. —El gorgoteo que se oyó durante la pausa fue como la última agua del baño yéndose por el desagüe. Era una aspiración tan húmeda como una ola retirándose.

De nuevo alguien dio una patada a Rincewind en los riñones, llevando a cabo la habitual petición explícita en el esperanto de la brutalidad. Se puso de pie.

Era en efecto una cama, y la más grande que Rincewind había visto nunca. En ella, envuelto en brocados y casi perdido entre las almohadas, había un anciano. Rincewind no había visto nunca a nadie con tal aspecto de enfermo. La cara era pálida, de una palidez verdosa. Se le veían las venas por debajo de la piel de las manos como gusanos en un frasco.

El emperador tenía todas las características de un cadáver, salvo, por decirlo de alguna forma, la más vital.

—Así pues... este es el nuevo Gran Hechicero del que... hemos leído tanto... ¿verdad? —preguntó.

Cuando hablaba, la gente aguardaba expectante al gorgoteo final a media frase.

—Bueno, yo... —empezó Rincewind.

—¡Silencio! —gritó un chambelán.

Rincewind se encogió de hombros.

No había sabido qué esperar de un emperador, pero la imagen mental tenía sitio para un hombre muy gordo con muchos anillos. Hablar con aquel estaba a un pelo de la nigromancia.

—¿Podéis mostrarnos algo más de... magia, Gran Hechicero?

Rincewind miró al chambelán.

—Bu...

—¡Silencio!

El emperador hizo un gesto vago con la mano, gorgoteando de esfuerzo, y le dedicó a Rincewind otra mirada inquisitiva. Rincewind decidió arriesgarse.

—Sé uno bueno —dijo—. Es un truco de desaparición.

—¿Podéis hacerlo... ahora?

—Solamente si se dejan abiertas las puertas y todo el mundo se pone de espaldas.

La expresión del emperador no cambió. La corte quedó en silencio. Luego se oyó un ruido como si estuvieran estrangulando a muchos conejitos.

El emperador se estaba riendo. En cuanto aquello quedó claro, todo el mundo empezó a reírse. Nadie consigue risas de los demás como alguien que puede mandarles a la muerte con más facilidad que ir al lavabo.

—¿Qué vamos a hacer... contigo? —preguntó—. ¿Dónde está el... gran... visir?

La multitud se abrió.

Rincewind se arriesgó a mirar de reojo. En cuanto uno estaba en manos de un gran visir, estaba muerto. Los grandes visires siempre eran megalómanos maquinadores. Probablemente estaba en el perfil del trabajo: «¿Es usted un loco traicionero, conspirador y taimado? Ah, bien, entonces puede usted ser mi ministro de más confianza».

—Ah, lord... Hong —dijo el emperador.

—¿Piedad? —sugirió Rincewind.

—¡Silencio! —gritó el chambelán.

—Decidme, lord... Hong —dijo el anciano emperador—, ¿cuál sería el castigo para un... extranjero... que entra en la Ciudad Prohibida?

—Se le extirpan todos los miembros, las orejas y los ojos y se le deja ir libre —dijo lord Hong.

Rincewind levantó la mano.

—¿Y si no tengo antecedentes?

—¡Silencio!

—Por lo general nunca encontramos ningún reincidente —dijo lord Hong—. ¿Qué es esta persona?

—Me cae bien —dijo el emperador—. Creo que me lo voy... a quedar. Me hace... reír.

Rincewind abrió la boca.

—¡Silencio! —gritó el chambelán, tal vez de forma poco sabia en vista de la actual línea de pensamiento.

—Esto... ¿podríais hacer que dejara de gritar «¡Silencio!» cada vez que intento hablar? —aventuró Rincewind.

—Claro... Gran Hechicero —dijo el emperador. Hizo una señal con la cabeza a unos guardias—. Llevaos al chambelán... y cortadle... los labios.

—¡Gran Señor, yo...!

—¡Y también las... orejas!

Se llevaron al pobre desgraciado. Un par de puertas lacadas se cerraron de golpe. Vino una ronda de aplausos de los cortesanos.

—¿Os gustaría... ver cómo se las... come? —preguntó el emperador con una sonrisa feliz—. Es tremenda... mente divertido.

—Jajajaja —dijo Rincewind.

—Buena decisión, señor —dijo lord Hong. Se volvió para mirar a Rincewind.

Para la inmensa sorpresa del mago, y también para su horror, le guiñó el ojo.

—Oh Gran Señor... —dijo un cortesano regordete, cayendo de rodillas, rebotando ligeramente y luego acercándose nerviosamente al emperador—. Me pregunto si tal vez es conveniente del todo ser tan compasivo con este diablo extranj...

El emperador bajó la vista. Rincewind juraría que cayó algo de polvo cuando se movió.

Hubo un movimiento suave entre la multitud. Sin que nadie hiciera al parecer nada tan tosco como mover los pies, se creó sin embargo un espacio cada vez más amplio alrededor del hombre arrodillado.

Luego el emperador sonrió.

—Vuestra preocupación es bien... recibida—dijo. El cortesano aventuró una sonrisa de alivio—. Sin embargo, vuestra presunción no lo es. Matadlo lentamente... durante varios... días.

—¡Aaaargh!

—¡Buena... idea! ¡Con mucho aceite... hirviendo!

—Una idea excelente, oh señor —dijo lord Hong.

El emperador se volvió de nuevo hacia Rincewind.

—Estoy seguro de que el... Gran Hechicero es mi amigo —succionó.

—Jajajajá —dijo Rincewind.

Los dioses sabían que ya había estado otras veces en aquella situación aproximada. Pero siempre había tenido delante a alguien... bueno, normalmente a alguien que se parecía a lord Hong, no a un semicadáver que estaba tan claramente como un cencerro que no podía tocar la cordura ni con una pértiga.

—Nos vamos a divertir... tanto —dijo el emperador—. He leído... mucho sobre ti.

—Jajajajá —dijo Rincewind.

El emperador volvió a hacer un gesto con la mano a su corte.

—Ahora me voy a retirar —anunció. Hubo un movimiento general y muchos bostezos ostensibles. Estaba claro que nadie se iba a dormir más tarde que el emperador.

—Emperador —dijo lord Hong en tono fatigado—, ¿qué queréis que hagamos con este Gran Hechicero vuestro?

El anciano miró a Rincewind con la cara con que se mira un regalo cuando ya se le han gastado las pilas.

—Metedlo en la mazmorra... especial —dijo—. Por... ahora.

—Sí, emperador —dijo lord Hong. Hizo un gesto con la cabeza a un par de guardias.

Rincewind consiguió echar un vistazo rápido hacia atrás mientras lo sacaban a rastras de la sala. El emperador estaba tumbado en su cama móvil y ya se había olvidado por completo de él

—¿Está chiflado o qué le pasa? —preguntó.

—¡Silencio!

Rincewind miró al guardia que acababa de decir aquello.

—Una lengua así puede meter a un hombre en líos enormes por aquí —murmuró.

Lord Hong siempre se sentía deprimido por el estado general de la humanidad. A menudo le parecía que dejaba mucho que desear. No había concentración. El Ejército Rojo, por ejemplo. Si él fuera un rebelde ya haría meses que el emperador habría sido asesinado y el país entero estaría en llamas, salvo las partes demasiado húmedas para arder. ¿Pero aquellos tipos? Por mucho que él se esforzara, la idea que tenían de las actividades revolucionarías era pegar a escondidas carteles que decían cosas como: «¡Incomodidad para los Opresores Cuando Sea Conveniente!».

Habían intentado pegar fuego a los cuarteles. Aquello estaba bien. Aquello era actividad revolucionaria de la buena, salvo por el intento de concertar una cita previa. A lord Hong le había costado un esfuerzo considerable hacer que pareciera que el Ejército Rojo lograba alguna victoria.

Bueno, les había dado al Gran Hechicero en el que ellos creían con tanta sinceridad. Ya no tenían excusa. Y a juzgar por su aspecto, el desgraciado era tan cobarde y falto de talento como lord Hong había confiado. Cualquier ejército liderado por él huiría o sería aniquilado, dejando el camino abierto a la contrarrevolución.

La contrarrevolución no sería ineficaz. Lord Hong se encargaría de ello.

Pero había que hacer las cosas poco a poco. Había enemigos por todas partes. Enemigos que sospechaban. El camino del hombre ambicioso era un suelo de ruiseñor. Un paso en falso y cantaría. Era una pena que el Gran Hechicero fuera a resultar tan bueno con las cerraduras. Aquella noche vigilaban la prisión los hombres de lord Tang. Por supuesto, si el Ejército Rojo se escapaba, no se podía echar la culpa en absoluto a lord Tang...

Lord Hong dejó escapar una risita por lo bajo mientras regresaba paseando a su suite. Lo importante eran las pruebas. No tenía que haber pruebas nunca. Pero aquello no importaría durante mucho tiempo. No había nada como una guerra temiblemente enorme para unir a la gente, y el hecho de que el Gran Hechicero —es decir, el líder del terrible ejército rebelde— fuera un alborotador maligno y extranjero no era más que la chispa que encendía el petardo.

Y luego... Ankh—Morpork [perro orinando].

Hunghung era una ciudad antigua. Su cultura se basaba en la costumbre, el tracto alimenticio del búfalo de agua común y la traición básica. Lord Hong estaba a favor de las tres cosas, pero entre las tres no llevaban a la dominación del mundo, y lord Hong estaba particularmente a favor de aquel concepto, siempre y cuando fuera lord Hong quien la consiguiera.

Si yo fuera un gran visir de los tradicionales, pensó mientras se sentaba a su mesilla del té, llegado este punto soltaría una risotada.

En cambio, se limitó a sonreír para sus adentros.

¿Hora de volver al baúl? No. Había cosas que mejoraban cuando se hacían esperar.

La silla de ruedas de Hamish el Loco hizo que se giraran varias cabezas, pero nadie hizo ningún comentario. La curiosidad indebida no era un rasgo de la supervivencia en Hunghung. La gente se limitaba a concentrarse en su trabajo, que parecía consistir en transportar interminablemente pilas de papel por los pasillos.

Cohen miró lo que tenía en la mano. A lo largo de las décadas había luchado con muchas armas: espadas, por supuesto, y arcos y lanzas y garrotes y... bueno, ahora que lo pensaba, casi con cualquier cosa.

Excepto aquello...

—Sigue sin gustarme —dijo Truckle—. ¿Por qué llevamos papeles?

—Porque en un sitio como este nadie te mira si llevas papeles —dijo el señor Saveloy.

—¿Por qué?

—¿Mande?

—Es... como magia.

—Yo estaría más contento si tuviera un arma.

—De hecho, puede ser el arma más poderosa de todas.

—Lo sé, me acabo de cortar un poco —dijo Willie el Chaval, chupándose el dedo.

—¿Mande?

—Mírenlo así, caballeros —dijo el señor Saveloy—. ¡Aquí estamos, realmente dentro de la Ciudad Prohibida, y no ha muerto nadie!

—Sí, de eso mismo nos estamos quejando... jo... ¡jopé!—dijo Truckle.

El señor Saveloy suspiró. Truckle usaba las palabras de una forma extraña. No importaba qué palabras concretas dijera, lo que se oía era en cierta manera extraña las palabras que él quería decir. Podía teñir el aire de azul solamente diciendo la palabra «manguera».

La puerta se cerró con un golpe detrás de Rincewind y se oyó el ruido de un cerrojo corriéndose.

Las cárceles del Imperio se parecían bastante a las de casa. Cuando uno quiere encarcelar a una criatura tan ingeniosa como el ser humano común, tiende a confiar en el clásico barrote de hierro y en grandes cantidades de piedra. Parecía que este método tan bien probado llevaba mucho tiempo establecido allí.

Bueno, estaba claro que se había apuntado un tanto con el emperador. Por alguna razón aquello no lo tranquilizaba. El hombre le había transmitido a Rincewind la impresión clara de ser el tipo de persona que es al menos tan peligroso para sus amigos como para sus enemigos.

Se acordó de Fideo Jackson, en la época en que él era un estudiante muy joven. Todo el mundo quería ser amigo de Fideo, pero de alguna forma, si estabas en su pandilla, siempre te encontrabas perseguido o pisoteado por la Guardia o siendo golpeado en peleas que no habías empezado, mientras que Fideo siempre estaba al margen de todo, riendo.

Además, el emperador no estaba simplemente en el umbral de la Muerte sino que ya se había adentrado en el recibidor, estaba admirando la alfombra y haciendo comentarios sobre el perchero. Y no había que ser un genio político para saber que cuando alguien así moría, las cuentas se saldaban antes incluso de que se enfriara su cadáver. Cualquiera a quien hubiera llamado amigo en público tenía unas expectativas de vida asociadas normalmente a cosas que pululan sobre los arroyos de truchas en el crepúsculo.

Rincewind apartó una calavera y se sentó. Existía la posibilidad del rescate, supuso, pero sería complicado que el Ejército Rojo rescatase siquiera a un patito de goma para evitar que se ahogara. Además, aquello lo pondría de nuevo en las garras de Mariposa, que lo aterraba casi tanto como el emperador.

Solamente le quedaba tener fe en que, después de todas sus aventuras, los dioses no querían que se pudriera en una mazmorra.

No, añadió con amargura, es probable que tuvieran algo mucho más imaginativo en mente.

La poca luz que iluminaba la mazmorra entraba por una rejilla muy pequeña y tenía aspecto de ser de segunda mano. El resto del mobiliario era un montón de algo que posiblemente había sido alguna vez paja. Y había...

... alguien dando golpecitos en la pared.

Una vez, dos, tres.

Rincewind cogió la calavera y devolvió la señal.

Un golpecito de respuesta.

Lo repitió.

Luego dos golpecitos.

Los repitió.

Bueno, aquello le resultaba familiar. Comunicación sin sentido... era como estar de vuelta en la Universidad Invisible.

—Bien —dijo, y su voz arrancó ecos en la celda—. Bien. Trés prisionero. Pero ¿qué estamos diciendo?

Hubo un ruido suave de raspado y uno de los bloques de la pared salió muy despacio de su sitio y cayó en el pie de Rincewind.

—¡Aargh!

—¿Quién es un hipopótamo enorme? —preguntó la voz amortiguada de alguien.

—¿Qué?

—¿Perdón?

—¿Qué?

—¿No preguntabas por el código de los golpecitos? Es nuestra forma de comunicación entre celdas, ya ves. Un golpecito quiere decir...

—Perdón, pero ¿no nos estamos comunicando ahora?

—Sí, pero no formalmente. A los prisioneros... no se les permite... hablar... —La voz se ralentizó, como si el que hablaba acabara de recordar algo importante.

—Ah, sí—dijo Rincewind—. Me olvidaba. Esto es... Hunghung. Todo el mundo... obedece... las normas.

La voz de Rincewind se apagó también.

A ambos lados de la pared hubo un silencio largo y meditabundo.

—¿Rincewind?

—¿Dosflores?

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó Rincewind.

—¡Pudriéndome en una mazmorra!

—¡Yo también!

—¡Por todos los dioses! ¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó la voz amortiguada de Dosflores.

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde cuándo?

—Pero tú... ¿por qué...?

—¡Escribiste ese maldito libro!

—¡Me pareció que sería interesante para la gente!

—¿Interesante? ¿Interesante?

—Pensé que a la gente le parecería un relato interesante de una cultura extranjera. Nunca quise causar problemas con él.

Rincewind se reclinó contra su lado de la pared. No, claro. Dosflores nunca quería causar problemas. Había gente que nunca quería. Probablemente lo último que se oiría antes de que el universo se plegara como un sombrero de papel sería a alguien decir: «¿Qué pasa si hago esto?».

—Debe de ser Sino el que te ha traído aquí —dijo Dosflores.

—Sí, es la clase de cosa que le gusta hacer —dijo Rincewind.

—¿Recuerdas los buenos ratos que pasamos?

—¿Buenos ratos? Yo debía de tener los ojos cerrados.

—¡Qué aventuras!

—Ah, eso. ¿Quieres decir colgar desde lugares elevados, ese tipo de cosas...?

—¿Rincewind?

—¿Sí? ¿Qué?

—Me siento mucho mejor ahora que estás aquí.

—Asombroso.

Rincewind estaba disfrutando de la comodidad de la pared. Era pura y simple piedra. Sentía que podía apoyarse en ella.

—Parece que todo el mundo tiene una copia de tu libro —dijo—. Es un documento revolucionario. Y me reafirmo en lo de «copia». Parece que se dedican a hacer cada uno su copia y pasarla por ahí.

—Sí, se llama samizdat.

—¿Qué quiere decir eso?

—Viene de la expresión «es amistad». Quiere decir que les pasas copias a tus amigos de confianza. Oh, cielos. Creí que sería un simple entretenimiento. No se me ocurrió que la gente se lo tomaría en serio. Confío en que no esté causando demasiadas molestias.

—Bueno, tus revolucionarios todavía están en la fase de los carteles y los eslóganes, pero no creo que eso vaya a contar para mucho si los atrapan.

—Oh, cielos.

—¿Cómo es que sigues vivo?

—No lo sé. Creo que se habrán olvidado de mí. Eso suele pasar, ya sabes. Es por el papeleo. Alguien da la pincelada equivocada o se olvidan una línea. Creo que pasa mucho.

—¿Quieres decir que hay gente encarcelada y nadie se acuerda de por qué?

—Oh, sí.

—¿Entonces por qué no los liberan?

—Supongo que existe la sensación de que deben de haber hecho algo. En conjunto, me temo que nuestro gobierno deja algo que desear.

—Como por ejemplo un gobierno nuevo.

—Oh, amigo. Te pueden encerrar por decir esas cosas.

La gente dormía, pero la Ciudad Prohibida no dormía nunca. Las antorchas parpadeaban toda la noche en los grandes burós mientras los asuntos incesantes del Imperio se tramitaban sin pausa.

Y aquello implicaba básicamente, tal como había dicho el señor Saveloy, desplazamiento de papeles.

Seis Vientos Benéficos era ayudante de administrador de distrito del distrito del Langtang, y su trabajo no solamente se le daba bien sino que también lo disfrutaba. No era un hombre retorcido.

Cierto, tenía el mismo sentido del humor que un estofado de pollo. Cierto, tocaba el acordeón para distraerse, le disgustaban intensamente los gatos y tenía la costumbre, tras la ceremonia del té, de limpiarse el labio superior con la servilleta de tal modo que había hecho a la señora Vientos Benéficos cometer asesinatos imaginarios de forma regular a lo largo de los años. También guardaba el dinero en un bolsito de cuero y siempre lo contaba con gran meticulosidad al comprar algo, sobre todo si había cola detrás.

Pero por otro lado, era amable con los animales y hacía donativos pequeños pero regulares a la caridad. Daba con frecuencia sumas moderadas a los mendigos de la calle, aunque siempre las anotaba en el cuadernillo que llevaba encima para acordarse de visitarlos más adelante de forma oficial.

Y nunca le quitaba a la gente más dinero del que tenían.

También se daba el caso, poco habitual en la gente que trabajaba por las noches en la Ciudad Prohibida, de que no era un eunuco. Los guardias no eran eunucos, por supuesto, pero se había subsanado el problema clasificándolos como mobiliario. Y se había descubierto que los funcionarios de Hacienda también necesitaban de todas las facultades a su disposición para combatir las artimañas del campesino medio, que tenía una tendencia lamentable a evitar pagar impuestos.

En el edificio había gente mucho más desagradable que Seis Vientos Benéficos, y por tanto fue solamente su suerte adversa la que hizo que su puerta de papel y bambú se abriera para revelar a siete eunucos viejos y de aspecto extraño, uno de ellos sentado en un artilugio con ruedas.

Ninguno hizo una reverencia, ya no digamos ponerse de rodillas. ¡Y eso que él no solamente llevaba un gorro rojo oficial, sino también un distintivo blanco en el mismo!

Cuando los hombres entraron tranquilamente en su despacho como si fueran sus dueños, se le cayó el pincel de las manos. Uno de ellos empezó a hacer agujeros en la pared y a farfullar en galimatías.

—¡Eh, las paredes están hechas de papel! ¡Eh, mirad, si te chupas el dedo las puedes atravesar! ¿Lo veis?

—¡Voy a llamar a los guardias y haré que os azoten a todos! —gritó Seis Vientos Benéficos, con su temperamento ligeramente moderado por la edad extrema de sus visitantes.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que va a llamar a los guardias.

—Oooh, sí. ¡Por favor, dejadle que llame a los guardias!

—No, todavía no queremos que eso pase. Actúen con normalidad.

—¿Quieres decir que le cortemos la garganta?

—Me refiero a un tipo de normalidad más normal.

—Eso es lo que yo llamo normal.

Uno de los ancianos se puso delante del funcionario estupefacto y le dedicó una amplia sonrisa.

—Perdónenos, supremo... oh, cielos, ¿cómo se dice?... ¿vela de carretilla?... ¿roca inmensa?... ah, sí... venerable señor, pero creo que nos hemos perdido un poco.

Un par de los ancianos se dedicaron a pasearse alrededor de Seis Vientos Benéficos y empezaron a leer, o por lo menos a intentar leer, el texto en el que había estado trabajando. Le quitaron de la mano una hoja de papel.

—¿Qué pone aquí, Profe?

—A ver... «El primer viento del otoño agita la flor del loto. Siete Leños Afortunados debe pagar un cerdo y tres [algo que parece un hombre con cuatro brazos agitando una bandera] de arroz bajo pena de que le den abundantes golpes en la [algo más bien estilizado, no lo puedo descifrar]. Por orden de Seis Vientos Benéficos, Recaudador de Impuestos, Langtang».

Entre los ancianos se produjo un cambio sutil. Ahora todos estaban sonriendo, pero de una forma que no le tranquilizó nada. Uno de ellos, que tenía unos dientes que parecían diamantes, se inclinó hacia él y dijo, en agateano mal hablado:

—¿Eres recaudador de impuestos, señor Placa en el Gorro?

Seis Vientos Benéficos se preguntó si sería capaz de llamar a la guardia. Aquellos ancianos tenían algo que resultaba terrorífico. No eran nada venerables. Eran horrorosamente amenazantes y, aunque no veía que llevaran ningún arma, tenía la helada certeza de que no sería capaz de pronunciar más que una sílaba antes de que lo mataran. Además, se le había secado la garganta y se había mojado los pantalones.

—No tiene nada de malo ser recaudador de impuestos... —graznó.

—Nunca hemos dicho eso —dijo Dientes de Diamante—. Siempre nos gusta conocer a recaudadores de impuestos.

—Los recaudadores de impuestos están entre nuestra gente favoritísima —dijo otro anciano.

—Nos ahorran un montón de trabajo —dijo Dientes de Diamante.

—Sí —dijo un tercer anciano—. Quiere decir que no hace falta ir de casa en casa matando a todo el mundo para quedarse sus cosas de valor, solamente hay que matar al...

—¿Caballeros, puedo hablar un momento con ustedes?

El orador era el viejo con un poco de cara de cabra que no parecía tan desagradable como los demás. Los hombres terroríficos se congregaron a su alrededor y Seis Vientos Benéficos oyó las sílabas extrañas de una tosca lengua extranjera.

—¿Cómo? ¡Pero si es un recaudador de impuestos! ¡Están para eso!

—¿Mande?

—Una base fiscal firme es el fundamento de un gobierno sólido, caballeros. Confíen en mí, por favor.

—Lo he entendido todo hasta «una base fiscal».

—En cualquier caso, matar a este esforzado recaudador fiscal no nos reportará ningún beneficio.

—Estará muerto, a eso le llamo yo un beneficio.

La cosa siguió así un rato. Seis Vientos Benéficos se llevó un sobresalto cuando el grupo se separó y el hombre de la cara de cabra le lanzó una sonrisa.

—Mis humildes amigos están sobrecogidos por vuestra...

variedad de ciruela... pequeño cuchillo para cortar algas... presencia, noble señor —dijo, y cada una de sus palabras recibía la protesta de las vigorosas gesticulaciones de Truckle tras su espalda.

—¿Y si le cortamos solamente un trozo?

—¿Mande?

—¿Cómo han entrado aquí? —preguntó Seis Vientos Benéficos—. Hay muchos guardias muy fuertes.

—Ya sabía yo que nos perdíamos algo —dijo Dientes de Diamante.

—Nos gustaría que nos enseñara usted la Ciudad Prohibida —dijo Cara de Cabra—. Yo me llamo... señor Tubo Relleno, creo que es así como lo dirían ustedes. Sí, Tubo Relleno, estoy bastante seguro...

Seis Vientos Benéficos echó un vistazo esperanzado hacia la puerta.

—...y estamos aquí para aprender más sobre su maravillosa... montaña... variedad del bambú... ruido del agua corriente al atardecer... caray... civilización.

Tras su espalda, Truckle estaba demostrando enérgicamente al resto de la Horda lo que él y los Jinetes Esqueléticos de Bruce el Huno le hicieron una vez a un recaudador de impuestos. Los movimientos amplios de los brazos en concreto ocuparon toda la atención de Seis Vientos Benéficos. No entendía las palabras pero, en cierto sentido, no le hacía falta.

—¿Por qué le estáis hablando así?

—Gengis, estoy perdido. No existen mapas de la Ciudad Prohibida. Necesitamos un guía.

Cara de Cabra se volvió al recaudador de impuestos.

—¿Tal vez te gustaría venir con nosotros? —le preguntó.

Afuera, pensó Seis Vientos Benéficos. ¡Sí! ¡Puede que haya guardias ahí fuera!

—Un momento —dijo Dientes de Diamante, mientras el recaudador asentía—. Coge un pincel y escribe lo que te digo.

Un minuto más tarde se habían marchado. Lo único que quedaba en el despacho del recaudador era un papel lleno de correcciones que decía lo siguiente:

«Las rosas son rojas, las violetas son azules. Siete Leños Afortunados debe recibir un cerdo y todo el arroz que pueda llevar, porque ahora es Un Campesino Afortunado. Por orden de Seis Vientos Benéficos, Recaudador de Impuestos, Langtang. Socorro. Socorro. Si alguien lee esto, me ha hecho prisionero un eunuco maligno. Socorro».

Rincewind y Dosflores yacían en sus celdas separadas y hablaban de los viejos tiempos. Por lo menos Dosflores hablaba de los viejos tiempos. Rincewind intentaba hacer una grieta en la piedra con una brizna de paja, ya que era lo único que tenía a mano. Tardaría varios millares de años en producir algún efecto, pero esa no era razón para rendirse.

—¿Es que aquí no nos dan de comer? —preguntó, interrumpiendo el flujo de reminiscencias.

—Oh, a veces. Pero no es como la comida maravillosa de Ankh—Morpork.

—De veras —murmuró Rincewind, raspando la pared. Un trocito minúsculo de argamasa parecía a punto de moverse.

—Nunca olvidaré el sabor de las salchichas del señor Escurridizo.

—La gente no lo olvida.

—Una experiencia irrepetible.

—Con frecuencia.

La paja se rompió.

—¡Mierda y demonios! —Rincewind se reclinó—. ¿Por qué es tan importante el Ejército Rojo? —preguntó—. O sea, son un hatajo de críos. ¡No son más que un incordio!

—Sí, me temo que las cosas se han confundido un poco —dijo Dosflores—. Hum. ¿Has oído la teoría de que la Historia funciona por ciclos?

—Una vez vi un dibujo en uno de los cuadernos de Leonardo Da Quirm... —empezó Rincewind, intentándolo de nuevo con otra brizna de paja.

—No, quiero decir... que gira... como una rueda. Que si te quedas en el mismo sitio todo sucede otra vez.

—Ah, vale, eso. ¡Mierda!

—Bueno, mucha gente lo cree por aquí. Creen que la Historia vuelve a empezar cada tres mil años.

—Podría ser—dijo Rincewind, que estaba buscando otra brizna de paja y no escuchaba realmente. Al cabo de un momento asimiló las palabras—. ¿Tres mil años? Un poco corto, ¿no? ¿Todo, todo? ¿Las estrellas y los océanos y la vida inteligente evolucionando a partir de licenciados en bellas artes, todo ese rollo?

—Oh, no. Eso son... cosas. La historia propiamente dicha empieza con la fundación del Imperio por parte de Un Espejo de Sol. El primer emperador. Y su sirviente, el Gran Hechicero. En realidad es una simple leyenda. Es la clase de cosa que se creen los campesinos. Miran algo como la Gran Muralla y dicen: algo tan maravilloso solamente se puede crear mediante la magia... Y el Ejército Rojo... lo más probable es que fuera solamente un cuerpo bien organizado de combatientes entrenados. El primer ejército de verdad, ya sabes. Lo único que había antes eran turbas desorganizadas. Eso es lo que debió de ser. Nada de magia. El Gran Hechicero no podría haber construido... lo que creen los campesinos son tonterías...

—¿Por qué, en qué creen?

—Dicen que el Gran Hechicero hizo cobrar vida a la tierra. Cuando todos los ejércitos del continente se enfrentaban a Un Espejo de Sol el Gran Hechicero... hizo volar una cometa.

—A mí me parece lógico —dijo Rincewind—. Cuando hay guerra alrededor, tómate el día libre, ese es mi lema.

—No, no lo entiendes. Hablo de una cometa especial. El Gran Hechicero la usó para atrapar los relámpagos del cielo y los almacenó en frascos y luego cogió el barro y... lo coció con los rayos y así fabricó un ejército.

—Nunca he oído hablar de conjuros que hagan eso.

—Y también tienen ideas raras sobre la reencarnación...

Rincewind admitió que era normal que las tuvieran. Probablemente les ayudaba a matar el tiempo durante aquellas largas horas con los búfalos de agua: eh, después de morirme confío en regresar como... un hombre sujetando a un búfalo de agua pero mirando a una dirección distinta.

—Esto... no —dijo Dosflores—. No creen que uno vuelva en absoluto. Esto... No estoy usando las palabras adecuadas, ¿verdad? Tengo este idioma un poco oxidado... me refiero a la preencarnación. Es como la reencarnación pero hacia atrás. Creen que uno nace antes de morir.

—¿En serio? —dijo Rincewind, rascando las piedras—. ¡Asombroso! ¿Uno nace antes de morir? ¿Vida antes de la muerte? La gente se va a emocionar a base de bien cuando oiga eso.

—Eso no es exactamente... Esto. Todo tiene que ver con los antepasados. Uno siempre tiene que venerar a los antepasados porque alguna vez puede ser ellos, y... ¿me estás escuchando?

El trocito de mortero se cayó. No estaba mal para diez minutos de trabajo, pensó Rincewind. Para la próxima era glacial ya estaremos fuera de aquí...

Se dio cuenta que estaba trabajando en la pared que llevaba a la celda de Dosflores. Tardar varios miles de años para irrumpir en la celda de al lado podía considerarse con razón una pérdida de tiempo.

Empezó a trabajar en una pared distinta. Ras... ras...

Se oyó un grito terrible.

Rasrasrasrasrasrasrasras...

—Parece que el emperador se ha despertado —dijo la voz de Dosflores desde el agujero de la pared.

—Es un poco temprano para ponerse a torturar gente, ¿no? —dijo Rincewind. Empezó a aporrear los enormes bloques con un trozo de piedra rota.

—No es culpa de él. Es que no entiende a la gente.

—¿Ah, no?

—¿Sabes eso de que los niños normales pasan por una fase de arrancarles las alas a las moscas?

—Yo no lo hice nunca —dijo Rincewind—. No se puede confiar en las moscas. Puede que parezcan pequeñas pero se pueden poner desagradables.

—Hablo de los niños en general.

—¿Sí? ¿Y bien?

—Que él es un emperador. Nadie se atrevió a decirle que estaba mal. Es una pura cuestión de, ya sabes, de pasar a cosas cada vez más grandes. Las cinco familias luchan todas entre ellas por la corona. El mató a su sobrino para ser emperador. Nadie le ha dicho nunca que no está bien matar a gente todo el tiempo para divertirse. Por lo menos nadie que haya conseguido terminar la primera frase. Y los Hong y los Fang y los Tang y los Sung y los McSweeney se han estado matando entre ellos durante miles de años. Todo forma parte de la sucesión real.

—¿Los McSweeney?

—Una familia con mucha solera.

Rincewind asintió con expresión lúgubre. Probablemente era como criar caballos. Si se tiene un sistema donde los asesinos traicioneros tienden a ganar, se acaba criando a asesinos traicioneros de los de verdad. Uno termina con una situación donde es peligroso acercarse a una cuna...

Hubo otro grito.

Rincewind empezó a dar patadas a las piedras.

Una llave giró en la cerradura.

—Oh —dijo Dosflores.

Pero la puerta no se abrió.

Al cabo de un momento Rincewind fue a la puerta y probó a empujar la argolla de hierro.

La puerta se movió hacia fuera, pero no mucho porque el cuerpo recostado de un guardia suele servir de tope, inusual pero eficaz.

Había una anilla llena de llaves colgando de la que estaba en la cerradura...

Un prisionero inexperto habría echado simplemente a correr. Pero Rincewind era un estudiante de posgrado en el arte de sobrevivir y sabía que en circunstancias como aquellas lo mejor que se podía hacer era dejar salir a todos los prisioneros, darle a cada uno un golpecito apresurado en la espalda, decir: «¡Deprisa! ¡Vienen a por ti!» y luego ir a sentarse a algún sitio agradable y tranquilo hasta que la persecución desapareciera a lo lejos.

La primera puerta que abrió fue la de la celda de Dosflores.

El hombrecillo estaba más flaco y mugriento de lo que recordaba y tenía una barba rala, pero en cierto sentido muy significativo seguía teniendo el rasgo que Rincewind recordaba tan bien: la sonrisa enorme, radiante y confiada que sugería que cualquier cosa mala que pudiera estarle ocurriendo no era más que una equivocación risible y estaba destinada a ser resuelta por gente razonable.

—¡Rincewind! ¡Eres tú! ¡Jamás pensé que te volvería a ver!

—Sí, yo pensaba más o menos lo mismo —dijo Rincewind.

Dosflores miró al guardia caído que había detrás de Rincewind.

—¿Está muerto? —preguntó, refiriéndose a un hombre que tenía una espada semienterrada en la espalda.

—Extremadamente probable.

—¿Lo has hecho tú?

—¡Yo estaba dentro de la celda!

—¡Asombroso! ¡Buen truco!

A pesar de varios años de exposición a los detalles del asunto, recordó Rincewind, Dosflores nunca había querido asumir el hecho de que su compañero tenía la misma capacidad mágica que la mosca casera común. De nada servía intentar convencerlo. Únicamente conseguía añadir la modestia a la lista de sus virtudes inexistentes.

Probó algunas de las llaves en otras puertas de celdas. Varias individuos maltrechos emergieron, parpadeando bajo la luz ligeramente mejor. Uno de ellos, que torció un poco el cuerpo a fin de hacerlo pasar por la puerta, era Tres Bueyes Uncidos. A juzgar por su aspecto le habían dado una paliza, pero tal vez fuera solamente un intento de llamar la atención.

—Este es Rincewind —dijo Dosflores con orgullo—. El Gran Hechicero. ¿Sabéis que ha matado al guardia desde dentro de la celda?

Ellos examinaron cortésmente el cadáver. —No he sido yo —dijo Rincewind.

—¡Y también es modesto!

—¡Larga Vida al Cometido del Pueblo! —dijo Tres Bueyes Uncidos por medio de unos labios más bien hinchados.

—«¡Una Pinta Para Mí!» —dijo Rincewind—. Esto llaves de grandullón, van en puerta, tú abril y dejal salil a la gente chop—chop.

Uno de los prisioneros liberados fue cojeando hasta el final del pasillo.

—Aquí hay un guardia muerto —dijo.

—No he sido yo —dijo Rincewind lastimeramente—. O sea, quizá sí que deseé que se murieran, pero...

La gente se apartó. Nadie quería estar demasiado cerca de alguien que pudiera desear de aquella manera.

Si aquello hubiera sido Ankh—Morpork alguien habría dicho: «Oh, sí, claro, los ha apuñalado mágicamente en la espalda, ¿no?». Pero eso es porque la gente de Ankh—Morpork conocía a Rincewind y sabía que si un mago realmente quería verte muerto, no te quedaba espalda que apuñalar.

Tres Bueyes Uncidos había logrado dominar la cuestión técnica de abrir puertas. Más celdas se iban abriendo...

—¿Flor de Loto? —dijo Rincewind. Ella cogió a Bueyes del brazo y sonrió a Rincewind. Otros miembros de la unidad se alinearon tras ella.

Luego, para asombro de Rincewind, miró a Dosflores, gritó y le dio un abrazo.

—¡Continuación Prolongada al Afecto Filial! —declamó Tres Bueyes Uncidos.

—«¡Agitar Bien Antes de Usar!» —coreó Rincewind—. Esto... ¿qué está pasando exactamente?

Un soldado rojo muy pequeño le tiró de la túnica.

—El ez el papá de ella —dijo la niña.

—¡Nunca dijiste que tuvieras hijos!

—Estoy seguro de que sí. A menudo —dijo Dosflores, separándose de su hija—. En todo caso... está permitido.

—¿Estás casado?

—Lo estaba, sí. Estoy seguro de que debí de decirlo.

—Probablemente debíamos de estar huyendo de algo en aquellos momentos. Entonces, ¿hay una señora Dosflores?

—La hubo durante un tiempo —dijo Dosflores, y por un momento una expresión casi de rabia distorsionó su semblante preternaturalmente benigno—. Pero ay, ya no.

Rincewind apartó la vista, porque era mejor que mirar a la cara de Dosflores.

Mariposa también había salido. Estaba delante de la puerta de la celda, con las manos unidas en el regazo y mirándose recatadamente los pies.

Dosflores se apresuró a ir con ella.

—¡Mariposa!

Rincewind bajó la mirada hacia la figura que agarraba el conejo.

—¿Ella también es hija suya, Perla?

—Zí.

El hombrecillo se acercó a Rincewind, arrastrando a las chicas.

—¿Has conocido a mis hijas? —dijo—. Este es Rincewind, que...

—Hemos tenido el placer —dijo Mariposa en tono grave.

—¿Cómo habéis llegado todos aquí? —preguntó Rincewind.

—Luchamos todo lo que pudimos —dijo Mariposa—. Pero simplemente eran demasiados.

—Confío en que no intentarais arrebatarles las armas de las manos —dijo Rincewind, con todo el sarcasmo que se atrevió a reunir.

Mariposa lo fulminó con la mirada.

—Lo siento —dijo Rincewind.

—Hierba dice que el culpable es el sistema —dijo Flor de Loto.

—Apuesto a que ya tiene ideado un sistema mejor. —Rincewind miró la multitud de prisioneros—. Típico de esa clase de gente. ¿Dónde está, por cierto?

Las chicas miraron a su alrededor.

—No lo veo por aquí —dijo Flor de Loto—. Pero creo que cuando atacaron los guardias ofreció su vida por la causa.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que dijo que teníamos que hacer. Me avergüenza no haberlo hecho. Pero parecía que querían capturarnos, no matarnos.

—No lo veo —dijo Mariposa. Ella y Rincewind intercambiaron una mirada—. Creo que tal vez... no estaba allí.

—¿Quieres decir que ya lo habían capturado? —preguntó Flor de Loto.

Mariposa volvió a mirar a Rincewind. A él se le ocurrió que mientras que Flor de Loto había heredado la visión del mundo de Dosflores, Mariposa debía parecerse a su madre. Pensaba más como Rincewind, es decir, lo peor de todo el mundo.

—Tal vez —dijo.

—Sacrificios Considerables por el Bien Común —dijo Tres Bueyes Uncidos.

—«Los Hay a Carretadas» —dijo Rincewind en tono distraído.

Mariposa pareció recobrar la compostura.

—Sin embargo —dijo—, tenemos que aprovechar esta oportunidad al máximo.

Rincewind, que ya se dirigía a la escalera, se quedó paralizado.

—¿Qué quieres decir exactamente? —pregunto.

—¿No lo veis? ¡Estamos a nuestras anchas en la Ciudad Prohibida!

—¡Yo no! —dijo Rincewind—. Yo nunca he estado a mis anchas. Siempre he preferido acurrucarme.

—El enemigo nos ha traído aquí y ahora somos libres...

—Gracias al Gran Hechicero —dijo Flor de Loto.

—... ¡y tenemos que aprovechar el momento!

Cogió una espada de uno de los guardias abatidos y la giró vistosamente.

—¡Tenemos que asaltar el palacio, tal como sugirió Hierba!

—¡Solamente sois treinta! —dijo Rincewind—. ¡No sois una tropa de asalto! ¡Sois una delegación deportiva!

—Apenas hay guardias en el interior de la ciudad —dijo Mariposa—. Si podemos vencer a los que están cerca de los aposentos del emperador...

—¡Moriréis! —gritó Rincewind.

Ella se volvió hacia él.

—¡Por lo menos moriremos por algo!

—Limpiemos el Estado con la Sangre de los Mártires —gruñó Tres Bueyes Uncidos.

Rincewind se dio la vuelta y esgrimió un dedo debajo de la nariz de Tres Bueyes Uncidos, que era lo más arriba que podía llegar.

—¡Te voy a dar un jodido mamporro si me sueltas otra de esas! —gritó, y luego hizo una mueca al darse cuenta de que acababa de amenazar a un hombre tres veces más corpulento que él—. Escuchadme, ¿queréis? —continuó, tranquilizándose un poco—. Sé algunas cosas de la gente que habla de sufrir por el bien de todos. ¡Nunca son ellos los que sufren, joder! ¡Siempre que oigáis a un hombre gritar: «¡Adelante, valientes camaradas!», veréis que es el que está detrás de la puta roca más grande y lleva el único casco que es realmente a prueba de flechas! ¿Lo entendéis?

Se detuvo. La unidad lo estaba mirando como si estuviera loco. El les miró las caras jóvenes y atentas y se sintió muy, muy viejo.

—Pero hay causas por las que vale la pena morir —dijo Mariposa.

—¡No, no las hay! ¡Porque uno solamente tiene una vida pero puede elegir cinco causas nuevas en cada esquina!

—Por todos los dioses, ¿cómo puedes vivir con una filosofía como esa?

Rincewind tomó aire.

—¡Continuamente!

A Seis Vientos Benéficos le había parecido un plan bastante bueno. Los ancianos horribles estaban perdidos en la Ciudad Prohibida. Aunque tenían un aspecto flaco y enjuto, como bonsáis naturales que hubieran conseguido florecer en un acantilado azotado por el viento, con todo eran muy viejos y no llevaban ninguna clase de armamento pesado.

Así que los llevó en dirección al gimnasio.

Y cuando estuvieron dentro pidió ayuda a gritos con toda la fuerza de sus pulmones. Para su asombro, no echaron a correr.

—¿Podemos matarlo ya? —preguntó Truckle.

Una docena de hombres musculosos habían dejado de aporrear troncos y montones de ladrillos y los estaban observando con recelo.

—¿Tienes alguna idea? —le dijo Cohen al señor Saveloy.

—Oh, dioses. Parecen unos tipos muy, muy duros, ¿verdad?

—¿No se te ocurre nada civilizado?

—No, me temo que lo dejo en vuestras manos.

—¡Ja, ja! ¡He estado esperando esto! —dijo Caleb, adelantándose—. He estado practicando todos los días, ¿a que sí? Con mi trozo de teca.

—Estos son ninjas —dijo Seis Vientos Benéficos con orgullo, mientras un par de aquellos hombres iban tranquilamente hasta la puerta y la cerraban—. ¡Los mejores luchadores del mundo! ¡Rendíos ahora!

—Interesante —dijo Cohen—. Que estéis aquí con esos pijamas negros... Os acabáis de levantar de la cama, ¿no? ¿Quién es el mejor de todos vosotros?

Uno de los hombres se quedó mirando fijamente a Cohen y dio un golpe con la mano en la pared más cercana. Dejó una muesca.

Luego miró al recaudador de impuestos.

—¿Quiénes son estos viejos chiflados que nos has traído?

—Creo que son invasores bárbaros —dijo el recaudador.

—¿Cómo...? ¿Cómo se ha dado cuenta? —preguntó Willie el Chaval—. Pero si llevamos pantalones que pican y comemos con tenedor y todo...

El ninja jefe adoptó una pose despectiva.

—¿Unos eunucos heroicos? —dijo—. ¿Unos viejos?

—¿A quién llamas eunuco? —preguntó Cohen.

—¿Puedo enseñarle lo que he estado practicando con mi trozo de teca? —pidió Caleb, dando saltitos artríticos de un pie al otro.

El ninja echó un vistazo al trozo de madera.

—No podrías ni hacer una muesca en eso, viejo —dijo.

—Tú, mira —dijo Caleb. Aguantó la madera con el brazo extendido. Luego levantó la otra mano, gruñendo un poco al hacerla subir más arriba del hombro—. ¿Ves esta mano? ¿Ves esta mano? —preguntó.

—La veo —dijo el ninja, aguantando la risa.

—Bien —dijo Caleb. Le dio una patada al tipo directamente en la entrepierna y, cuando se dobló hacia delante, le arreó en la cabeza con la teca—. Porque tendrías que haber estado mirando este pie.

Y eso habría sido todo si solamente hubiera habido un ninja. Pero hubo un tintineo de nunchakus y un ruido de espadas largas y curvadas saliendo de sus vainas.

La Horda se reagrupó. Hamish apartó su manta para dejar al descubierto su arsenal, aunque la colección de espadas melladas tenía un aspecto más bien tosco en comparación con los juguetes relucientes que se alineaban en su contra.

—Profe, ¿por qué no llevas al señor Recaudador allí al rincón donde no se haga daño? —sugirió Gengis.

—¡Esto es una locura! —dijo Seis Vientos Benéficos—, ¡los mejores luchadores del mundo y vosotros no sois mis que unos viejos! ¡Rendíos ahora y veré si puedo conseguiros un indulto!

—Tranquilo, tranquilo —dijo el señor Saveloy—. Nadie va a salir herido. Por lo menos metafóricamente.

Gengis Cohen agitó su espada en el aire varias veces.

—Muy bien, muchachos —dijo—. Dadnos todo el ninje que sepáis.

Seis Vientos Benéficos observó horrorizado cómo la Horda se ponía en guardia.

—¡Pero va a ser una matanza, terrible! —dijo.

—Me temo que sí —repuso el señor Saveloy. Se hurgó los bolsillos en busca de una bolsita de caramelos de menta.

—¿Quién son estos viejos locos? ¿A qué se dedican?

—Al heroísmo bárbaro en general —dijo el señor Saveloy—. A rescatar princesas, asaltar templos, luchar contra monstruos, explorar ruinas antiguas y llenas de horrores... esas cosas.

—¡Pero si parece que tengan un pie en la tumba! ¿Por qué lo hacen?

Saveloy se encogió de hombros.

—Es lo que han hecho toda la vida.

Un ninja avanzó dando volteretas por la sala y gritando con una espada en cada mano. Cohen lo esperaba en una actitud bastante similar a la de un bateador de béisbol.

—Me pregunto —dijo el señor Saveloy— si ha oído hablar alguna vez del término «evolución».

Los dos luchadores se encontraron. El aire se volvió borroso.

—O «supervivencia del más apto» —dijo el señor Saveloy.

El grito del ninja continuó pero ahora considerablemente más angustiado.

—¡Ni siquiera le he visto mover la espada! —susurró Seis Vientos Benéficos.

—Sí. Casi nadie la ve —dijo el señor Saveloy.

—Pero... ¡son tan viejos!

—Ciertamente —dijo el maestro, levantando la voz por encima de los gritos— y está muy claro todo. Son unos héroes bárbaros muy, muy viejos.

El recaudador se quedó mirando.

—¿Quiere usted un caramelo de menta? —ofreció el señor Saveloy, mientras la silla de ruedas de Hamish pasaba a toda velocidad en persecución de un hombre con una espada rota y un deseo acuciante de conservar la vida—. Tal vez descubra que son de utilidad cuando se pasa cierto tiempo con la Horda.

El aroma de la bolsa de papel que le ofrecían golpeó a Seis Vientos Benéficos como si fuera un lanzallamas.

—¿Cómo puede usted oler algo después de comer eso?

—No se puede —dijo alegremente el señor Saveloy.

El recaudador continuó mirando. La lucha era rápida y furiosa, pero de alguna forma solamente lo era por parte de uno de los bandos. La Horda luchaba como se podría esperar que lucharan unos ancianos: despacio y con cuidado. Toda la actividad la llevaban a cabo los ninjas, pero no importaba lo bien que lanzaran sus estrellas arrojadizas o lo deprisa que dieran sus patadas: el enemigo, sin llevar a cabo ningún esfuerzo visible, nunca estaba allí.

—Como tenemos este momento para charlar —dijo el señor Saveloy, mientras algo con muchos filos daba en la pared justo encima de la cabeza del recaudador—, me pregunto: ¿podría usted hablarme de la colina que hay en las afueras de la ciudad? Es un elemento notable.

—¿Qué? —dijo Seis Vientos Benéficos, distraído.

—Esa colina grande.

—¿Quiere que le hable de eso? ¿Justo ahora?

—La geografía es un hobby que tengo.

La oreja de alguien dio a Seis Vientos Benéficos en la oreja.

—Esto... ¿Cómo? La llamamos la Gran Colina... Eh, mire lo que está haciendo con su...

—Muestra una regularidad notable. ¿Es de origen natural?

—¿Cómo? ¿Eh? Oh... no lo sé. Dicen que apareció hace miles de años. Durante una tormenta terrible. Al morir el primer emperador. ¡Lo... lo van a matar! ¡Lo van a matar! ¡Lo van a...! ¿Cómo ha hecho eso?

Seis Vientos Benéficos se acordó de repente de cuando jugaba a Shibo Yangcong—san con su abuelo. El viejo siempre ganaba. No importaba lo cuidadosamente que él planeara su estrategia, se encontraba con que el abuelo colocaba una ficha con aire inocente justo en el sitio crucial antes de que él llevara a cabo su gran maniobra. Aquella pelea era justamente lo mismo.

—Oh, cielos —dijo.

—Eso es —dijo el señor Saveloy—. Tienen toda una vida de experiencia en no morir. Así que ya se les da muy bien.

—Pero... ¿por qué aquí? ¿Por qué han venido aquí?

—Vamos a llevar a cabo un robo —dijo el señor Saveloy.

Seis Vientos Benéficos asintió sabiamente. La riqueza de la Ciudad Prohibida era legendaria. Era probable que incluso los fantasmas chupasangre hubieran oído hablar de ella.

—¿El Jarrón Parlante del emperador P'gi Su? —preguntó.

—No.

—¿La Cabeza de Jade de Sung Du'l Ce?

—No. Me temo que no va por ahí la cosa.

—¿No es el secreto de cómo se hace la seda?

—Por todos los dioses. Sale del culo de los gusanos de seda. Lo sabe todo el mundo. No. Algo bastante más preciado que eso.

A su pesar, Seis Vientos Benéficos estaba impresionado. En aquel momento solamente quedaban siete ninjas de pie y Cohen estaba haciendo esgrima con uno mientras se liaba un cigarrillo con la otra mano.

Y el señor Saveloy pudo ver en los ojos del gordo que acababa de darse cuenta de eso.

Lo mismo le había pasado a él tiempo atrás.

Cohen entraba en las vidas de la gente como un planeta descarriado en un sistema solar en calma, y uno se sentía arrastrado por él simplemente porque nunca más podía volver a pasarle nada parecido.

A él le había ocurrido que estaba tranquilamente recogiendo fósiles durante las vacaciones escolares cuando se topó más o menos con el campamento de aquellos fósiles en concreto llamados la Horda. Se habían mostrado bastante amistosos con él porque no tenía armas ni dinero. Y les cayó bien porque sabía cosas que ellos no sabían. Y ya está.

Se había decidido en aquel mismo momento. Debía haber sido algo que había en el aire. Su vida pasada se había desplegado de repente tras él y no recordaba ni un solo día de la misma que hubiera sido divertido. Y se le había ocurrido que podía unirse a la Horda o bien regresar a la escuela y, al cabo de poco, recibir un apretón de manos desganado, una ronda de aplausos y su pensión.

Tenía que ver con Cohen. Tal vez fuera lo que llamaban carisma. Era todavía más fuerte que su olor normal a cabra que ha comido espárragos al curry. Lo hacía todo mal. Maldecía a la gente y usaba lo que el señor Saveloy consideraba un lenguaje muy ofensivo sobre los extranjeros. Gritaba términos que a cualquier otro le habrían reportado una sección gratuita de garganta por parte de una variedad de interesantes armas étnicas. Y se salía con la suya en parte porque estaba claro que lo hacía sin malicia, pero sobre todo porque era, en fin, Cohen, una especie de fuerza natural básica con piernas.

Su carisma funcionaba con todo. Cuando no estaba luchando con ellos, se llevaba mucho mejor con los trolls que la gente que simplemente creía que los trolls tenían los mismos derechos que todo el mundo. Incluso la Horda, compuesta hasta el último hombre por individualistas recalcitrantes, estaba bajo su influjo.

Pero el señor Saveloy también había visto la falta de dirección de sus vidas y, una noche, había llevado la conversación hacia las oportunidades que se abrían en Auriente...

En la expresión de Seis Vientos Benéficos se encendió una luz.

—¿Tienen ustedes contable? —preguntó.

—Pues la verdad es que no.

—¿Y este robo lo van a tratar como ingreso o como capital?

—Pues no lo había pensado en esos términos. La Horda no paga impuestos.

—¿Cómo? ¿A nadie?

—No. Es curioso, pero nunca les he visto conservar su dinero durante mucho tiempo. Parece desaparecer todo en bebida y mujeres y en vivir por todo lo alto. Supongo que desde un punto de vista heroico eso cuenta como impuestos.

Se oyó un «pop» cuando Seis Vientos Benéficos descorchó un botellín de tinta y lamió su pincel de escribir.

—Pero esa clase de cosas probablemente cuenten como gastos deducibles para un héroe bárbaro —dijo—. Son parte de las características del trabajo. Y luego está por supuesto el uso y desgaste diario de armamento, ropa protectora... Está claro que podrían pedir por lo menos un taparrabos nuevo cada año...

—No creo que hayan pedido ni uno por siglo.

—Y están las pensiones, claro.

—Ah. No use nunca esa palabra. A ellos les parece una palabrota. Pero en cierta forma es por eso que han venido. Esta es su última aventura.

—Cuando hayan robado esa cosa tan valiosa de la que no me quiere hablar.

—Eso es. Le invitamos con mucho gusto a unirse a nosotros. Tal vez pueda usted ser un... la cuenta de la vieja... un trozo de cuerda con nudos... ah... contable bárbaro. ¿Ha matado a alguien alguna vez?

—No directamente. Pero siempre he creído que se puede infligir un daño considerable con una Demanda Final bien puesta.

El señor Saveloy sonrió.

—Ah, sí —dijo—. La civilización.

Todavía quedaba un ninja en pie, pero apenas. Hamish le había pasado con la silla de ruedas por encima del pie. El señor Saveloy dio unos golpecitos en el brazo del recaudador.

—Disculpe —dijo—. A menudo me encuentro con que tengo que intervenir en esta fase.

Caminó con paso suave hasta el superviviente, que miraba a su alrededor con aspecto desesperado. Tenía seis espadas entrelazadas en torno al cuello como si acabara de tomar parte en un baile folclórico más bien enérgico.

—Buenos días —dijo el señor Saveloy—. Debería señalar simplemente que Gengis aquí presente es, a pesar de las apariencias, un hombre notablemente honrado. Le cuesta comprender las bravuconadas vacías. Quiero aventurarme por ello a sugerir que se abstenga de frases del tipo «Prefiero morir que traicionar a mi emperador» o «Adelante, no os cortéis» a menos que las diga muy, muy en serio. Si quiere pedir compasión, bastará una simple señal con la mano. Le aconsejo encarecidamente que no intente asentir con la cabeza.

El joven miró de lado a Cohen, que le dedicó una sonrisa alentadora.

Luego hizo una señal a toda prisa con la mano.

Las espadas se apartaron. Truckle golpeó al ninja en la cabeza con una porra.

—Está bien, no hace falta que os quejéis, no lo he matado —dijo en tono huraño.

—¡Au! —Willie el Chaval había estado experimentando con un nunchaku y acababa de darse en la oreja—. ¿Cómo se las apañan para luchar con esta basura?

—¿Mande?

—Esta especie de adornos de la Noche de la Vigilia de los Puercos tienen buena pinta, sin embargo —dijo Vincent, recogiendo una estrella arrojadiza—. ¡Aaaargh! —Se chupó los dedos—. Porquería extranjera inútil.

—Aunque el momento en que aquel chico ha saltado hacia atrás de una punta a otra de la sala con las hachas en las manos ha sido impresionante.

—Sí.

—No tenías que haber sacado la espada de aquella manera, he pensado.

—Ha aprendido una lección importante.

—No le va a servir de mucho donde está ahora.

—¿ Mande?

Seis Vientos Benéficos estaba medio riendo y medio horrorizado.

—Pero... pero... ¡he visto a estos guardias luchar antes! —dijo—. ¡Son invencibles!

—Nadie nos lo dijo.

—¡Pero los habéis derrotado a todos!

—Possí...

—¡Y no sois más que eunucos!

Se oyó un chirrido metálico. Seis Vientos Benéficos cerró los ojos. Notaba metal tocándole el cuello por lo menos en cinco sitios.

—Esa palabra otra vez —dijo la voz de Cohen el Bárbaro.

—Pero... vais... vestidos... de... eunucos... —murmuró Seis Vientos Benéficos, intentando no tragar saliva.

El señor Saveloy retrocedió, con una risita nerviosa.

—Verán —dijo, hablando a toda prisa—, son demasiado viejos para que les tomen por guardias y no parecen ustedes burócratas, así que pensé, esto... que sería buena idea disfrazarse de...

—¿Eunucos? —rugió Truckle—. ¿Quieres decir que la gente me ha estado mirando todo el tiempo y pensado que voy dando saltitos por ahí y diciendo: «¡Helluo, saltat!».

Como muchos hombres a quienes la testosterona les ha salido siempre de las orejas, la Horda nunca había acabado de afinar su punto de vista acerca de las zonas más complejas de la sexualidad. Y el señor Saveloy, maestro hasta la médula, no pudo evitar corregirlos, aunque estuviera bajo el filo de las espadas.

—Eso quiere decir «el glotón baila», y no, como parece que piensa, «hola, marinero», que se dice heus nauta —dijo—. Y los eunucos no lo dicen. No de forma habitual. Miren, es un honor ser un eunuco en la Ciudad Prohibida. Muchos de ellos ocupan puestos muy elevados en...

—¡Pues prepárate para ser un oficial de alto rango, profesor! —gritó Truckle.

Cohen le hizo soltar la espada de un golpe.

—Muy bien, se acabó. A mí tampoco me gusta —dijo—. Pero no es más que un disfraz. No tendría que importarle a un hombre que una vez le arrancó la cabeza a un oso de un mordisco, ¿verdad?

—Sí, pero... ya sabes... no es... o sea, cuando pasamos junto a aquellas señoritas soltaron todas unas risitas...

—Tal vez más tarde puedas encontrarlas y hacerlas reír de verdad —dijo Cohen—. Pero tendrías que habérnoslo dicho, Profe.

—Lo siento.

—¿Mande? ¿Qué diceee?

—¡Dice que eres un EUNUCO! —le gritó Willie el Chaval a la oreja a Hamish.

—¡Possí! —dijo Hamish en tono feliz.

—¿Qué?

—¡Sí lo soy! ¡Único e irrepetible!

—No, lo que ha dicho...

—¿Mande?

—Oh, no importa. A ti te da lo mismo, Hamish.

El señor Saveloy examinó el gimnasio destrozado.

—Me pregunto qué hora será —dijo.

—Ah —gorgoteó Seis Vientos Benéficos, feliz de poder aligerar un poco la tensión—. Miren, fíjense, tenemos unos artefactos asombrosos alimentados por demonios que dicen qué hora es hasta cuando el sol no...

—Relojes —dijo el señor Saveloy—. También los tenemos en Ankh—Morpork. Solo que los demonios se acaban evaporando así que ahora funcionan con... —Hizo una pausa—. Interesante. No tienen ustedes una palabra equivalente. Esto... ¿Cosas de metal que trabajan? ¿Ruedas con dientes?

El recaudador puso cara de espanto.

—¿Ruedas con dientes?

—¿Cómo llaman a las cosas que muelen el maíz?

—Campesinos.

—Sí, pero ¿con qué muelen ellos el maíz?

—No lo sé. ¿Cómo lo voy a saber? Solamente los campesinos tienen que saberlo.

—Sí, supongo que eso lo dice todo, la verdad —dijo el señor Saveloy en tono triste.

—Falta mucho para el amanecer —dijo Truckle—. ¿Por qué no vamos y matamos a todo el mundo en sus camas?

—¡No, no y no! —gritó el señor Saveloy—. Cómo se lo tengo que decir, tenemos que hacerlo como es debido.

—Yo podría enseñarles la casa de los tesoros —dijo Seis Vientos Benéficos en tono amable.

—Nunca es buena idea darle a un mono la llave de una plantación de plátanos —dijo el señor Saveloy—. ¿Se le ocurre alguna otra cosa para tenerlos entretenidos durante una hora?

En el sótano había un hombre que hablaba sobre el gobierno. A voz en grito.

—¡No podéis luchar por una causa! ¡Una causa no es más que una cosa!

—Entonces estamos luchando por los campesinos —dijo Mariposa. Había retrocedido. Rincewind rezumaba una ira que parecía vapor candente.

—¿Ah, sí? ¿Los conocéis de algo?

—Los... he visto.

—¡Ah, bien! ¿Y qué es lo que queréis lograr?

—Una vida mejor para el pueblo —dijo Mariposa con frialdad.

—¿Creéis que bastará con hacer un levantamiento y que cuelguen a unos cuantos? Bueno, yo vengo de Ankh—Morpork y allí nos hemos comido más rebeliones y guerras civiles que vosotros... pies tibios de pato, ¿y sabéis qué? ¡Los dirigentes siguen al mando! ¡Siempre lo están!

Ellos le sonrieron con incomprensión educada y nerviosa.

—Mirad —dijo, frotándose la frente—. Toda esa gente que está en los campos, con los búfalos de agua... Si hicierais una revolución todo les iría mejor, ¿verdad?

—Claro —dijo Mariposa—. Ya no estarían sometidos a los vaivenes crueles y caprichosos de la Ciudad Prohibida.

—Vaya, eso está bien —dijo Rincewind—. Así que vendrían a estar a cargo de sí mismos, ¿verdad?

—Pues claro —dijo Flor de Loto.

—Por medio del Comité del Pueblo —dijo Mariposa.

Rincewind se llevó las manos a la cabeza.

—Os lo juro —dijo—. No sé por qué, pero acabo de tener el vislumbre de una premonición.

Los presentes parecieron impresionados.

—De repente tengo la sensación —continuó— de que no habrá mucha gente de los que sujetan búfalos de agua en el Comité del Pueblo. De hecho... hay una especie de... voz que me dice que gran parte del Comité del Pueblo, corregidme si me equivoco, está ahora mismo delante de mí.

—Al principio, por supuesto —dijo Mariposa—. Los campesinos ni siquiera saben leer y escribir.

—Sospecho que ni siquiera saben ser granjeros como es debido —dijo Rincewind en tono lúgubre—. Por mucho que lleven tres o cuatro mil años haciéndolo.

—Ciertamente creemos que se pueden llevar a cabo muchas mejoras, sí —dijo Mariposa—. Si actuamos de forma colectiva.

—Apuesto a que estarán contentos de verdad cuando se las enseñéis —dijo Rincewind.

Se quedó mirando el suelo con expresión sombría. Le gustaba bastante el trabajo de sujetar a un búfalo de agua con una cuerda. Le parecía casi tan bueno como la profesión de náufrago. Echaba de menos la clase de vida que te permite concentrarte de verdad en la cualidad chapoteante del barro bajo tus pies e inventarte imágenes en las nubes. La clase de vida donde uno puede dejar perderse la mente y preguntarse durante horas seguidas cuándo va tu búfalo de agua a enriquecer el mantillo de nuevo. Pero probablemente ya era lo bastante difícil sin gente que viniera a intentar mejorar las cosas...

Quería decir: ¿cómo podéis ser tan amables y al mismo tiempo tan tontos? Lo mejor que se puede hacer con los campesinos es dejarlos en paz. Dejarlos que vayan a la suya. Cuando la gente que sabe leer y escribir empieza a luchar en nombre de gente que no sabe, uno acaba teniendo solo otra clase de estupidez. Si queréis ayudarlos, construid una biblioteca bien grande o algo parecido en alguna parte y dejad la puerta abierta.

Pero aquello era Hunghung. En Hunghung no se podía pensar de aquella manera. Era un sitio donde la gente había aprendido a obedecer. La Horda había sacado aquello en claro.

Era verdad que el Imperio tenía algo peor que látigos. Tenía la obediencia. Los latigazos al alma. Obedecían a cualquiera que les dijera qué hacer. La libertad solamente quería decir que viniera alguien distinto a decirte qué hacer.

Os van a matar a todos.

Yo soy un cobarde, y aun así sé más de peleas que vosotros. He huido de algunas realmente buenas.

—Oh, salgamos de aquí —dijo. Cogió con cuidado la espada de un guardia muerto y consiguió sostenerla del lado bueno al segundo intento. La sopesó un segundo, luego negó con la cabeza y la tiró.

La unidad pareció un poco más feliz.

—Pero no os estoy liderando —dijo Rincewind—. Solamente os estoy enseñando el camino. Y es el camino de la salida, ¿lo entendéis?

Se quedaron vistiendo un aspecto más bien herido, como hace la gente que acaba de recibir una diatriba de varios minutos. Nadie dijo nada hasta que Dosflores susurró:

—Se pone así a menudo, sabéis. Y luego hace algo muy valiente.

Rincewind soltó un bufido.

Había otro guardia muerto en lo alto de las escaleras. Al parecer la muerte repentina se estaba contagiando mucho.

Y había un fardo de espadas apoyado en la pared. Con un pergamino atado.

—El Gran Hechicero nos ha enseñado la salida solamente dos minutos y ya tenemos suerte adicional —dijo Flor de Loto.

—No toquéis las espadas —dijo Rincewind.

—Pero supongamos que vemos a más guardias. ¿No tenemos que resistir frente a ellos hasta la última gota de nuestra sangre? —preguntó Mariposa.

Rincewind se quedó impasible.

—No. Corred.

—Ah, sí —dijo Dosflores—. Y vivid para luchar otro día. Es un dicho de Ankh—Morpork.

Rincewind siempre había dado por hecho que el propósito de huir era ser capaz de huir otro día.

—Sin embargo —dijo—, la gente no suele encontrarse con que les abren misteriosamente la salida de la cárcel dejándoles un montón de armas a mano y con todos los guardias fuera de combate. ¿No se os ha ocurrido?

—¡Y con un mapa! —añadió Mariposa.

Le brillaron los ojos. Mostró el pergamino a los demás.

—¿Es un mapa de cómo salir?

—¡No! ¡De cómo llegar a los aposentos del emperador! ¡Mirad, lo han señalado! ¡A veces Hierba hablaba de esto! ¡Debe de estar en el palacio! ¡Tenemos que asesinar al emperador!

—¡Más suerte! —dijo Dosflores—. Pero un momento, mira, estoy seguro de que si habláramos con él...

—¿Es que no habéis estado escuchando? ¡No vamos a ver al emperador! —siseó Rincewind—. ¿No se os ocurre que los guardias nunca se pasan a sí mismos por la espada? ¿Y que las celdas no se abren de repente? La gente no se encuentra espadas tan a mano cuando las necesita y de verdad, os lo aseguro, no se encuentra mapas que digan: «¡Por aquí, amigos!». Y de todos modos, no se puede hablar con alguien a quien solo le falta el pan de gamba para ser un Menú A para Dos Personas.

—No —dijo Mariposa—. Tenemos que aprovechar esta

oportunidad.

—¡Habrá muchos guardias!

—Bueno, Gran Hechicero, vais a tener que formular muchos deseos.

—¿Creéis que puedo chasquear los dedos así y todos los guardias se van a caer muertos? ¡Ja! ¡Ojalá lo hicieran!

—Estos dos de aquí fuera lo han hecho —informó Flor de Loto desde la entrada a las mazmorras. Ya antes había estado sobrecogida ante Rincewind, pero ahora parecía aterrorizada de verdad.

—¡Coincidencia!

—Seamos serios —dijo Mariposa—. Tenemos un simpatizante en el palacio. ¡Tal vez sea gente que está arriesgando sus vidas continuamente! Sabemos que algunos de los eunucos están de nuestro lado.

—Supongo que no les queda nada que perder.

—¿Tenéis una idea mejor, Gran Hechicero?

—Sí. De vuelta a las celdas.

—¿Qué?

—Esto huele a chamusquina. ¿De verdad queréis matar al emperador? O sea, ¿de verdad?

Mariposa vaciló.

—Hemos hablado de ello a menudo. Dos Fuego Hierba dijo que si podíamos asesinar al emperador encenderíamos la antorcha de la libertad...

—Sí. Seríais vosotros, que arderíais. Mirad, volvamos a las celdas. Son el lugar más seguro. Os encerraré y... me pondré a explorar.

—Es una sugerencia muy valiente —dijo Dosflores—. Y típica de este hombre —añadió con orgullo.

Mariposa le dedicó a Rincewind una mirada que él había aprendido a temer.

—Sí que es buena idea —dijo—. Y yo le acompañaré.

—Oh, pero es que seguro que será... muy peligroso —dijo Rincewind a toda prisa.

—Nada malo podrá ocurrirme si estoy con el Gran Hechicero —dijo Mariposa.

—Muy cierto. Muy cierto —dijo Dosflores—. A mí no me pasó nada malo, eso es verdad.

—Además —continuó su hija—, soy yo quien tiene el mapa. Y sería terrible que os perdierais y os alejarais por accidente de la Ciudad Prohibida, ¿verdad?

Rincewind se rindió. Se le ocurrió que la difunta mujer de Dosflores tuvo que haber sido una mujer notablemente inteligente.

—Oh, muy bien —dijo—. Pero no te metas en medio. Y tienes que hacer lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

Mariposa hizo una reverencia.

—Id vos delante, oh Gran Hechicero.

—¡Lo sabía! —dijo Truckle—. ¡Veneno!

—No, no. No se come. Se frota en el cuerpo —dijo el señor Saveloy—. Mirad. Y así se consigue lo que en la civilización llamamos «limpieza».

La mayor parte de la Horda estaba sumergida hasta la cintura en agua templada, todos ellos tapándose recatadamente el cuerpo con las manos. Hamish se había negado a renunciar a su silla de ruedas, de forma que solamente le asomaba la cabeza sobre la superficie.

—Pincha —dijo Cohen—. Y la piel se me está despegando y disolviéndose.

—Eso no es piel —dijo el señor Saveloy—. ¿Es que ninguno ha visto nunca un baño?

—Eh, yo vi uno —dijo Willie el Chaval—. Maté en uno al Obispo Loco de Pseudópolis. Hay —frunció el ceño— burbujas y cosas. Y quince doncellas desnudas.

—¿Mande?

—Seguro. Quince. Lo recuerdo bien.

—Eso ya me gusta más —dijo Caleb.

—Y en cambio nosotros solamente podemos frotarnos con el jabón este.

—Al emperador lo bañan ritualmente veintidós mujeres —dijo Seis Vientos Benéficos—. Podría ir a hablar con los eunucos del harén y despertarlas, si quieren. Probablemente se pueda deducir como Entretenimiento.

El recaudador se estaba aclimatando a su nuevo trabajo. Había calculado ya que aunque la Horda, como individuos, había adquirido montañas de dinero a lo largo de sus carreras como héroes bárbaros, lo habían perdido casi todo como resultado del resto de actividades (que catalogó mentalmente como Relaciones Públicas) necesarias para la profesión, y por tanto les correspondía una devolución bastante considerable.

El hecho de que no estuvieran registrados con ninguna agencia de recaudación tributaria de ninguna parte era una cuestión completamente secundaria. Lo importante[[23]](#footnote-23) era el principio fundamental. Y también los intereses, claro.

—No, nada de doncellas, insisto —dijo el señor Saveloy—. Os estáis bañando para limpiaros. Ya habrá tiempo de sobra para jovencitas.

—Tengo una cita cuando todo esto acabe —dijo Caleb, un poco tímidamente, pensando melancólico en una de las pocas mujeres con las que había tenido una conversación en su vida—. Ella me ha dicho que su granja tiene jardín y todo. A lo mejor me espera en el follaje.

—Apuesto a que Profe no quiere que uses esa palabra —dijo Willie el Chaval—. Apuesto a que te haría llamarlo vegetación.

—¡Jo, jo, jo!

—¿Mande?

Seis Vientos Benéficos se acercó con disimulo al maestro mientras la Horda experimentaba con el aceite de baño, al principio bebiéndoselo.

—Ya he descubierto qué es lo que van a robar ustedes.

—¿Ah sí? —dijo el señor Saveloy cortésmente. Estaba mirando a Caleb, quien, después de que le hicieran entender que tal vez llevara toda la vida adoptando un enfoque equivocado, estaba intentando cortarse las uñas con la espada.

—¡Es el legendario Ataúd de Diamante de Qui Ti Fulin! —dijo Seis Vientos Benéficos.

—No. Se vuelve usted a equivocar.

—Oh.

—Fuera de los baños, caballeros —dijo el maestro—. Creo... sí... ya dominan el comercio, la interacción social...

—... jo, jo, jo... Lo siento.

—... y los principios de la gravación tributaria —continuó el señor Saveloy.

—¿Eso lo hemos dado? ¿Y cuáles eran?

—Consisten en llevarse casi todo el dinero que tienen los mercaderes —dijo Seis Vientos Benéficos, pasándole una toalla.

—Ah, ¿era eso? Pero si yo llevo años haciéndolo.

—No, lo que hacéis vosotros es coger todo el dinero —dijo el señor Saveloy—. Eso es lo que está mal. Matáis a demasiados y a los que no matáis los dejáis demasiado pobres.

—A mí me suena de pura maravilla —dijo Truckle, hurgándose en los contenidos cretáceos de una oreja—. Mercaderes pobres, nosotros ricos.

—¡No, no, no!

—¿No, no, no?

—¡Sí! ¡Eso no es civilizado!

—Es como con las ovejas —explicó Seis Vientos Benéficos—. No se les arranca la piel de golpe, lo que se hace es esquilarlas todos los años.

La Horda no reaccionó.

—Cazadores—recolectores —dijo el señor Saveloy, con un matiz desconsolado—. Metáfora equivocada.

—Es la maravillosa Espada Cantante de Wong, ¿verdad? —susurró Seis Vientos Benéficos—. ¡Eso es lo que van a robar!

—No. De hecho, «robar» no es la palabra correcta del todo. Bueno, de todos modos, caballeros... Puede que no estén todavía civilizados pero por lo menos están bien limpios, y mucha gente cree que es lo mismo. Es hora, creo yo, de pasar... a la acción.

La Horda se irguió de golpe. Por fin estaban de vuelta en un terreno que entendían.

—¡Al Salón del Trono! —dijo Gengis Cohen.

Seis Vientos Benéficos no era muy bueno en cazarlas al vuelo, pero por lo menos consiguió sumar dos y dos.

—¡Es el emperador! —dijo, y se tapó la boca con la mano con un gesto de horror teñido de placer malvado—. ¡Van a secuestrarlo!

Los diamantes brillaron cuando Cohen sonrió.

Había dos guardias muertos en el pasillo que llevaba a los apartamentos privados imperiales.

—A ver, ¿cómo es que os han capturado vivos? —susurró Rincewind—. Los guardias que yo vi tenían unas espadas enormes. ¿Cómo es que no estáis muertos?

—Supongo que planeaban torturarnos —dijo Mariposa—. La verdad es que herimos a diez de ellos.

—¿Ah, sí? Les pegasteis carteles encima, ¿no? ¿O cantasteis canciones revolucionarias hasta que se rindieron? Escucha, alguien os quería vivos.

Los suelos cantaban en la oscuridad. Cada paso producía un coro de chirridos y gruñidos, igual que en el suelo de la universidad. Pero uno no esperaba encontrarse algo así en un palacio tan resplandeciente y ordenado como aquel.

—Se llaman suelos de ruiseñor —dijo Mariposa—. Los carpinteros ponen pequeñas abrazaderas de metal alrededor de los clavos para que nadie pueda acercarse sin ser oído.

Rincewind miró los cadáveres. Ninguno de ellos tenía la espada desenvainada. Apoyó su peso en el pie izquierdo. El suelo chirrió. Luego lo apoyó en el pie derecho. El suelo gruño.

—Aquí falla algo entonces —susurró—. No hay forma de acercarse con sigilo a nadie en un suelo como este. Así que el que ha matado a estos guardias era conocido suyo. Salgamos de aquí...

—Continuamos —dijo Mariposa con firmeza.

—Es una trampa. Alguien os está usando para hacerle el trabajo sucio.

Ella se encogió de hombros.

—Gira a la izquierda pasada la estatua grande de jade.

Eran las cuatro de la madrugada y faltaba una hora para el amanecer. Había guardias en los salones para recepciones, pero no muchos. Después de todo, aquello era el corazón de la Ciudad Prohibida, con sus paredes altas y sus puertas pequeñas. ¿Qué podía pasar allí dentro?

Hacía falta un tipo de mente especial para montar guardia toda la noche en aquellos salones vacíos. Un Río Grande tenía aquella clase de mente, que orbitaba apaciblemente en el vacío gozoso del resto de su cráneo.

Lo habían llamado felizmente Un Río Grande porque tenía el mismo tamaño y se movía a la misma velocidad que el Hung. Todo el mundo había esperando que se hiciera luchador de tsimo, pero él falló el test de inteligencia por no comerse la mesa.

Le resultaba imposible aburrirse. No tenía la imaginación suficiente. Pero dado que el visor de su casco enorme registraba una expresión permanente de furia metálica, en todo caso había podido cultivar el arte de irse a dormir de pie.

Ahora estaba felizmente adormilado y solamente era consciente de algún que otro chirrido, como el de un ratón muy cauteloso.

El visor del casco se levantó y una voz dijo:

—¿Prefieres morir que traicionar a tu emperador?

Una segunda voz dijo:

—Esto no es una pregunta con trampa.

Un Río Grande parpadeó y luego miró hacia abajo. Una aparición sentada en una silla de ruedas chirriante tenía una espada muy grande apuntándole exactamente a aquel inconveniente lugar donde su armadura superior no acababa de juntarse con su armadura inferior. Una tercera voz dijo:

—Tengo que añadir que las últimas veintinueve personas que no respondieron correctamente están... peces desecados y rayados... perdón, muertas.

Una cuarta voz dijo:

—Y no somos eunucos.

Un Rio Grande gruñó por el esfuerzo de pensar.

—Me pa'ece que p'efiero vivir —dijo.

Un hombre con diamantes en vez de dientes le dio una palmada cómplice en el hombro.

—Buen hombre —dijo—. Únete a la Horda. Nos vendría bien un hombre como tú. Tal vez como arma de asedio.

—¿Quién é u'ted? —preguntó.

—Este es Gengis Cohen —dijo el señor Saveloy—. Hacedor de grandes hazañas. Matador de dragones. Asolador de ciudades. Una vez compró una manzana.

No se rió nadie. El señor Saveloy había descubierto que la Horda carecía por completo de sentido del sarcasmo. Tal vez nadie lo había probado nunca con ellos.

Un Río Grande había sido educado para hacer lo que le decían. Y durante toda su vida todo el mundo le había dicho lo que tenía que hacer. Se puso detrás del hombre con los dientes de diamante porque era la clase de hombre al que uno seguía cuando decía «sígueme».

—Pero, ya lo saben, hay decenas de miles de hombres que de verdad prefieren morir antes que traicionar a su emperador —susurró Seis Vientos Benéficos, mientras desfilaban por los pasillos.

—Eso espero.

—Algunos de ellos estarán de guardia en la Ciudad Prohibida. Los hemos evitado pero siguen ahí. En un momento u otro tendremos que hacerles frente.

—¡Ah, bien! —dijo Cohen.

—Mal —dijo el señor Saveloy—. Ese asunto de los ninjas no fue más que un buen rato...

—... un buen rato... —murmuró Seis Vientos Benéficos.

—... pero no nos conviene una gran lucha al aire libre. Sería aparatoso.

Cohen fue a la pared más cercana, que tenía un diseño encantador a base de pavos reales, y sacó su cuchillo.

—Papel —dijo—. Mierda de papel. Paredes de papel. —Asomó la cabeza por el agujero. Hubo un gemido agudo—. Ups, lo siento señora. Inspección oficial de paredes. —Sacó la cabeza, sonriente.

—¡Pero no se puede atravesar las paredes! —dijo Seis Vientos Benéficos.

—¿Por qué no?

—Porque... bueno, porque son las paredes. ¿Qué pasaría si todo el mundo atravesara las paredes? ¿Para qué cree que sirven las puertas?

—Creo que son para los demás —dijo Cohen—. ¿Por dónde se va a esa sala del trono?

—¿Mande?

—Esto es pensamiento lateral —explicó el señor Saveloy, mientras los demás lo seguían—. A Gengis se le da bastante bien cierto tipo de pensamiento lateral.

—¿Qué e' eso d'un lateral?

—Esto... Creo que es una especie de músculo.

—Pensar con los músculos... Sí, ya veo —dijo Seis Vientos Benéficos.

Rincewind entró con sigilo en un espacio que había entre la pared y una estatua de un perro bastante contento y con la lengua fuera.

—¿Y ahora? —preguntó Mariposa.

—¿Cómo de grande es el Ejército Rojo?

—Nos contamos a millares —dijo Mariposa, desafiante.

—¿En Hunghung?

—Oh, no. Hay una unidad en cada ciudad.

—¿Estás segura? ¿Los conoces?

—Eso sería peligroso. Solamente Dos Fuego Hierba sabe cómo ponerse en contacto con ellos...

—Mira tú qué cosas. Bueno, ¿sabes qué creo? Creo que hay alguien que quiere una revolución. ¡Y sois todos tan puñeteramente respetuosos y educados que le está costando horrores organizar una! Pero en cuanto uno tiene rebeldes puede hacer cualquier cosa...

—Eso no puede ser verdad...

—Los rebeldes de otras ciudades, ellos hacen grandes gestas revolucionarias, ¿verdad?

—¡Nos llegan informes a todas horas!

—¿De nuestro amigo Hierba?

Mariposa frunció el ceño. —Sí...

—Estás pensando, ¿verdad? —dijo Rincewind—. Las viejas neuronas están encontrándose por fin, ¿verdad? Bien. ¿Te he convencido?

—No... lo sé.

—Ahora volvámonos.

—No. Ahora tengo que descubrir si lo que estás sugiriendo es cierto.

—Te morirías por saberlo, ¿eh? Dioses del cielo, me ponéis furioso. Mira, fíjate en esto...

Rincewind caminó hasta el final del pasillo. Había un par de puertas amplias, flanqueadas por un par de dragones de jade.

Las abrió de par en par.

La sala que había al otro lado tenía el techo bajo pero era grande. En el centro, debajo de un dosel, había una cama. Era difícil distinguir a la figura acostada, pero la forma en que estaba quieto sugería esa clase de letargo para el que es poco probable que exista un despertar de ninguna clase.

—¿Lo ves? —dijo—. Ya lo... han... matado...

Una docena de soldados miraban asombrados a Rincewind.

Oyó tras él el crujido del suelo y luego una especie de «fiuuuu» seguido de un ruido como de cuero mojado chocando contra piedra.

Rincewind miró al soldado más cercano. El hombre tenía una espada en la mano.

Una gota de sangre resbaló por la hoja y, tras una breve pausa para el efecto dramático, cayó al suelo.

Rincewind levantó la vista y se alzó el sombrero.

—Les ruego me perdonen —dijo en tono alegre—. ¿No es esta el aula 3B?

Y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Los suelos chillaron bajo sus pies, y tras su espalda alguien gritó el apodo de Rincewind, que era: «¡No dejéis que se escape!».

Dejad que me escape, rezó Rincewind, oh, por favor, dejad que me escape.

Resbaló al doblar un recodo, atravesó una pared de papel y aterrizó en un estanque ornamental. Pero Rincewind en plena huida tenía habilidades felinas, incluso mesiánicas. El agua apenas se onduló bajo sus pies cuando rebotó sobre la superficie y se alejó de allí.

Otra pared estalló y se encontró en un pasillo que posiblemente fuera el mismo.

Detrás de él alguien aterrizó pesadamente sobre una valiosa carpa koi.

Rincewind salió disparado de nuevo.

De: aquel era el factor más importante de cualquier fuga a ciegas. Uno siempre se escapaba de algo. El hacia ya venía por sí solo.

Rebasó un largo tramo descendente de escalones bajos de piedra, rodó al final para levantarse y salió pitando por otro pasillo al azar.

Sus piernas ya se habían organizado para entonces. Primero la carrera enloquecida y salvaje para salir del peligro inmediato y luego las zancadas firmes y sólidas para alejarse todo lo posible de él. Ese era el truco.

La Historia hablaba de un corredor que había corrido sesenta kilómetros después de una batalla para informar del desenlace favorable en su ciudad natal. Tradicionalmente se lo consideraba el mejor corredor de todos los tiempos, pero si se hubiera tratado de llevar la noticia de una batalla inminente, Rincewind lo habría superado.

Y sin embargo... alguien lo estaba alcanzando.

Un cuchillo atravesó la pared del Salón del Trono y abrió un agujero lo bastante grande como para dejar espacio a un hombre erguido o a una silla de ruedas.

La Horda emitió algunos murmullos.

—Bruce el Huno nunca entró por detrás.

—Cállate.

—No le gustaban las puertas traseras, a Bruce el Huno.

—Cállate.

—Cuando Bruce el Huno atacó Al Khali, lo hizo directamente por la torre principal de la guardia, con un millar de hombres gritando a lomos de caballos muy pequeños.

—Sí, pero... la última vez que vi a Bruce el Huno, su cabeza estaba en una estaca.

—Muy bien, eso lo admito. Pero por lo menos estaba sobre la puerta principal. O sea, por lo menos consiguió entrar.

—Su cabeza sí.

—Oh, cielos...

El señor Saveloy se sintió complacido. La habitación en la que acababan de entrar bastaba para hacer callar a la Horda, aunque fuera brevemente. Era grande, por supuesto, pero aquel no había sido su único propósito. Un Espejo de Sol, mientras fundía todas las tribus, los países y las pequeñas naciones isleñas en un solo imperio, hizo que le construyeran una sala que dijera a los caciques y los embajadores: este es el espacio más grande en el que habéis estado nunca, es más esplendido que nada que hayáis podido imaginar y tenemos un montón de salas más como esta.

Había querido que fuera impresionante. Estaba muy claro que había querido intimidar a los simples bárbaros hasta tal punto que se rindieran allí y entonces. Que haya estatuas gigantes, dijo. Y enormes colgantes decorativos. Que haya columnas y tallas. Que el visitante quede enmudecido ante tanta magnificencia. Que el lugar le diga: «Esto es la civilización, únete a ella o muere. Ahora ponte de rodillas o prepárate para perder estatura de alguna otra forma».

La Horda le dio el beneficio de su inspección.

Por fin Truckle dijo:

—Está bien, supongo, pero no tiene comparación con la choza de nuestro jefe tribal allá en Skund. Ni siquiera tiene una fogata en medio del suelo, mirad.

—Chabacano, creo yo.

—¿Mande?

—Típicamente extranjero.

—Yo quitaría casi todo lo que hay y pondría un montón de paja en el suelo como debe ser y unos escudos en las paredes.

—¿Mande?

—Eso sí, metiendo unos centenares de mesas se podría montar una juerga de narices.

Cohen cruzó el salón gigantesco en dirección al trono, que estaba debajo de un tremendo dosel decorativo.

—Hala, mirad, si tiene un paraguas.

—Eso es que hay goteras en el techo. No te puedes fiar de las tejas. Un buen tejado de cañas te aguanta cuarenta años sin una gota.

El trono era de madera lacada, pero tenía incrustadas muchas piedras preciosas. Cohen se sentó.

—¿Ya está? —dijo—. ¿Ya lo hemos hecho, Profe?

—Sí. Claro que ahora hay que conservarlo —dijo el señor Saveloy.

—Lo siento —dijo Seis Vientos Benéficos— ¿Qué es eso que han hecho?

—¿Sabe aquella cosa que veníamos a robar? —dijo el maestro.

—Sí.

—Era el Imperio.

La expresión del recaudador permaneció inmutable durante unos segundos, luego se transformó en una sonrisa horrorizada.

—Creo que habría que desayunar antes de hacer ninguna otra cosa —dijo el señor Saveloy—. Señor Vientos, ¿sería usted tan amable de llamar a alguien?

El recaudador seguía con su sonrisa petrificada.

—¡Pero... pero... no se puede conquistar un Imperio de esta forma! —consiguió decir—. ¡Hay que tener un ejército, como los señores de la guerra! Entrar aquí sin más... ¡va contra las reglas! Y... y... hay miles de guardias.

—Sí, pero están todos ahí fuera —dijo el señor Saveloy.

—Protegiéndonos —dijo Cohen.

—¡Pero al que están protegiendo es al emperador de verdad!

—Que soy yo —dijo Cohen.

—¿Ah, sí? —dijo Truckle—. ¿Quién se ha muerto y te ha nombrado emperador a ti?

—No tiene que morir nadie —dijo el señor Saveloy—. Se llama usurpamiento.

—Eso es —dijo Cohen—. Solamente hay que decir: mira, Gunga Din, a la calle, ¿vale? Piérdete en alguna isla, o vete a tomar por...

—Gengis —dijo el señor Saveloy amablemente—. ¿Crees que podrías evitar referirte a los extranjeros en tono tan ofensivo? No es nada civilizado.

Cohen se encogió de hombros.

—De todas maneras van a tener ustedes problemas graves con los guardias y esas cosas —dijo Seis Vientos Benéficos.

—Tal vez no —dijo Cohen—. Díselo, Profe.

—¿Ha visto usted alguna vez al, esto... anterior emperador? —preguntó el señor Saveloy—. ¿Señor Vientos?

—Claro que no. Casi nadie ha visto...

Se detuvo.

—Eso mismo —dijo el señor Saveloy—. Muy espabilado, señor Vientos. Tal como corresponde al lord jefe supremo de la Recaudación Fiscal.

—Pero no funcionará porque... —Seis Vientos Benéficos se detuvo otra vez. Las palabras del señor Saveloy llegaron a su cerebro—. ¿Lord jefe supremo? ¿Yo? ¿El gorro negro con el emblema rojo de rubí?

—Sí.

—Y una pluma también, si quieres —dijo Cohen dadivoso.

El recaudador meditaba embelesado.

—Así pues... si hubiera, por ejemplo, un simple administrador de distrito que estuviera siendo increíblemente cruel con sus subalternos, y en concreto con un ayudante muy trabajador, y que realmente mereciera una paliza de padre y señor mío...

—En calidad de lord jefe supremo de la Recaudación Fiscal, por supuesto, esa tarea sería asunto exclusivamente de usted.

La sonrisa de Seis Vientos Benéficos amenazaba ahora con desprender la parte superior de su cabeza.

—Sobre la cuestión de los nuevos impuestos —dijo—. A menudo he pensado que el aire fresco está demasiado disponible por un precio muy inferior a los costes de producción...

—Escucharemos sus ideas con extremo interés —dijo el señor Saveloy—. Entretanto, por favor, encárguese del desayuno.

—Y haz que vengan —dijo Cohen— todos esos gilipollas que creen saber qué aspecto tiene el emperador.

El perseguidor se acercaba.

Rincewind giró un recodo a resbalones y allí, bloqueándole el paso, se topó con tres guardias. Estos no estaban muertos. Estaban todos vivos y tenían espadas.

Alguien chocó con su espalda, lo derribó al suelo y saltó por encima.

Cerró los ojos.

Se oyeron un par de porrazos, un gemido y luego un ruido metálico muy extraño.

Era un casco que estaba girando y girando en el suelo.

Alguien le puso de pie de un tirón.

—¿Te vas a quedar todo el día en el suelo? —dijo Mariposa—. Vamos, ¡que les llevamos poca ventaja!

Rincewind se quedo mirando a los guardias tendidos y luego echó a trotar detrás de la chica.

—¿Cuántos hay? —consiguió decir.

—Ahora siete. Pero dos están cojos y a uno le está costando respirar. Vamos.

—¿Les has atizado tú?

—¿Siempre malgastas el aliento de esa forma?

—¡Nunca había encontrado a nadie que corriera tanto como yo!

Doblaron un recodo y a punto estuvieron de chocar con otro guardia.

Mariposa ni siquiera se paró. Dio un paso de lo más refinado, se volteó con un solo pie y le asestó al hombre una patada tan fuerte en la oreja que lo hizo girar sobre su propio eje y aterrizar de cabeza.

Ella hizo una pausa, jadeó y se puso un pelo en su sitio.

—Tendríamos que separarnos —dijo.

—¡Oh, no! —dijo Rincewind—. O sea, ¡tengo que protegerte!

—Yo volveré con los demás. Tú lleva a los guardias a algún sitio lejos de...

—¿Todos vosotros sabéis hacer eso?

—Claro —dijo Mariposa con irritación—. Ya te dije que luchamos contra los guardias. Ahora, si nos separamos uno de nosotros podrá escapar. ¡Asesinos! ¡Y se supone que nosotros íbamos a cargar con la culpa!

—¿No te intenté avisar? ¡Yo creía que tú lo querías ver muerto!

—Sí, pero nosotros somos rebeldes. ¡Ellos eran guardias de palacio!

—Esto...

—No hay tiempo. Nos vemos en el Cielo.

Se fue disparada. —Oh.

Rincewind miró a su alrededor. Todo estaba en silencio.

Aparecieron guardias al final del pasillo, pero con cautela, como corresponde a alguien que acaba de conocer a Mariposa.

—¡Ahí!

—¿Es ella?

—¡No, es él!

—¡A por él!

Rincewind volvió a acelerar, dobló una esquina y descubrió que estaba en un cul—de—sac que sin duda, a juzgar por los ruidos, se iba a convertir en una vía muerta. Pero había un par de puertas. Las abrió de una patada, corrió dentro y aminoró el paso...

El espacio del otro lado estaba a oscuras pero el ruido y la atmósfera sugerían un lugar de grandes dimensiones, y cierto componente flatulento indicaba que se trataba de una especie de establo.

Había un poco de luz, sin embargo, procedente de un fuego. Rincewind trotó en aquella dirección y vio que el fuego estaba debajo de un caldero gigante, del tamaño de un hombre, lleno de arroz hirviendo.

Y ahora que los ojos se le estaban acostumbrando a la penumbra se dio cuenta de que había una serie de formas tumbadas en unas losas dispuestas a lo largo de las paredes de una sala enorme.

Estaban roncando suavemente.

De hecho, eran gente. Puede que fueran incluso humanos, o por lo menos habían tenido a humanos entre sus antepasados antes de que alguien, cientos de años atrás, dijera: «Veamos cómo de grande y gorda podemos criar a la gente. Intentemos conseguir a unos cabrones realmente grandes».

Cada cuerpo gigante iba vestido con lo que parecía un pañal a ojos de Rincewind, y estaba dormitando felizmente junto al cuenco que contenía el suficiente arroz como para hacer explotar a veinte personas, por si acaso se despertaba en plena noche y le apetecía un tentempié ligerito...

Un par de sus perseguidores aparecieron en el umbral y se detuvieron. Luego avanzaron, pero con mucho cuidado, mirando con precaución aquellos montículos que se movían suavemente.

—¡Eeeooo! —gritó Rincewind.

Los hombres se pararon y lo miraron con ojos muy abiertos.

—¡Arriba todos! ¡A ver esas moles nacientes! —Cogió un cucharón enorme y se puso a aporrear al caldero del arroz—. ¡Levantaos! ¡Dejad de tocaros... ejem... lo que podáis encontrar y poneos los calcetines!

Los durmientes se movieron.

—¿Ooooorrrrr?

—¡Oooooaaaooooor!

La sala tembló cuando cuarenta piernas grandes como troncos se descolgaron de sus losas. La carne se reorganizó de forros que, en la penumbra, dio la impresión de que a Rincewind lo estaban observando veinte pirámides pequeñas.

—¿Haaaarooooooohhhh?

—Esos hombres —dijo Rincewind, señalando desesperadamente a sus perseguidores, que ahora retrocedían lentamente—. ¡Esos hombres tienen un sándwich de cerdo!

—¿Ooorryorrrrrah?

—¿Ooooorrrr?

—¡Con mostaza!

Veinte cabecitas diminutas se giraron. Un total de ochenta neuronas especializadas se encendieron.

Y el suelo tembló. Los luchadores empezaron a avanzar esperanzados hacia los hombres, en una carrera lenta pero decidida y diseñada para que la detuviera únicamente la colisión con otro luchador o con un continente.

—¡Ooooorr!

Rincewind echó a correr hacia la puerta más lejana y la atravesó. Había un par de hombres sentados en un cuartito bebiendo té y jugando a shibo, mientras un tercero miraba.

—¡Los luchadores están nerviosos! —gritó—. ¡Creo que tenéis una estampida en marcha!

Uno de los hombres dejó caer sus fichas de shibo.

—¡Maldición! ¡Y llevamos al menos una hora sin darles de comer!

Los hombres agarraron varias redes y palos y artículos de ropa protectora y dejaron solo a Rincewind.

Había otra puerta. La atravesó pavoneándose. Nunca antes se había pavoneado, pero le pareció que esta vez se lo merecía por su agilidad mental.

Se encontró en otro pasillo. Echó a correr, basándose en la idea de que la ausencia de persecución no es razón para dejar de correr.

Lord Hong estaba doblando papel.

Era todo un experto en aquello porque cuando lo hacía le dedicaba toda su atención. La mente de lord Hong era como un cuchillo, aunque tal vez fuera un cuchillo de hoja curvada.

Se abrió la puerta corredera. Un guardia con la cara roja de tanto correr se arrojó al suelo.

—Oh lord Hong, exaltado seáis...

—Sí, sí —dijo lord Hong en tono distante, probando un doblez complicado—. ¿Qué ha salido mal esta vez?

—¿Mi señor?

—Te he preguntado qué ha salido mal.

—Ejem... hemos matado al emperador tal como nos fue dictado...

—¿Por quién?

—¡Mi señor! ¡Vos lo ordenasteis!

—¿Yo? —dijo lord Hong, doblando el papel a lo largo.

El guardia cerró los ojos. Tuvo una visión, una visión muy corta, del futuro. Y en ella había una estaca. Continuó:

—¡Pero a los... prisioneros no los encontramos por ningún sitio, señor! Hemos oído acercarse a alguien y luego... bueno, hemos visto a dos personas, señor. Los estamos persiguiendo. Pero los demás han desaparecido.

—¿Nada de eslóganes? ¿Nada de carteles revolucionarios? ¿Nada de culpables?

—No, señor.

—Ya veo. Quédate aquí.

Las manos de lord Hong continuaron doblando mientras observaba al otro ocupante de la sala.

—¿Tienes algo que decir, Dos Fuego Hierba? —preguntó en tono amable.

El líder revolucionario tenía una expresión avergonzada.

—El Ejército Rojo ha resultado bastante caro —dijo lord Hong—. Solamente las facturas de la imprenta... Y no se puede decir que yo no os haya ayudado. Abrimos las celdas y matamos a los guardias y les dimos a los desgraciados de tus compañeros espadas y un mapa, ¿no es cierto? Y ahora apenas puedo afirmar que hayan matado al emperador, ojalá siga muerto durante diez mil años, si no han dejado ningún rastro. La gente hará demasiadas preguntas. No puedo matar a todo el mundo. Y parece que también tenemos a algunos bárbaros en el edificio.

—Algo debe de haber salido mal, mi señor. —Hierba estaba hipnotizado por el movimiento de aquellas manos que acariciaban el papel.

—Qué pena. No me gusta que las cosas salgan mal. ¿Guardia? Redime a tu miserable persona. Llévatelo. Tendré que probar un plan distinto.

—¡Mi señor!

—¿Sí, Dos Fuego Hierba?

—Cuando vos... cuando acordamos... cuando se acordó que el Ejército Rojo os sería entregado, me prometisteis inmunidad.

Lord Hong sonrió.

—Ah, sí, me acuerdo. Lo que dije, si no recuerdo mal, es que no ordenaría de palabra ni por escrito la orden de vuestra muerte. Y tengo que mantener mi palabra, ¿en qué me convertiría de lo contrario?

Llevó a cabo el último doblez y abrió las manos, dejando el pequeño ornamento de papel encima de la mesa lacada que tenía delante. Hierba y el guardia se lo quedaron mirando.

—Guardia... llévatelo —dijo lord Hong.

Era la figurita maravillosamente construida de un hombre.

Pero no parecía haber bastante papel para hacerle una cabeza.

La corte más íntima parecía componerse de ochenta hombres, mujeres y eunucos en diversos estados de somnolencia.

Y estaban mirando con asombro lo que ocupaba el trono.

Y la Horda miraba con cierto asombro a la Corte.

—¿Quiénes son las viejas brujas con cara avinagrada de delante? —susurró Cohen, que se dedicaba a tirar ociosamente un cuchillo arrojadizo al aire y cogerlo otra vez—. Yo ni siquiera les pegaría fuego.

—Son las esposas de los emperadores previos —dijo entre dientes Seis Vientos Benéficos.

—No tenemos que casarnos con ellas, ¿verdad?

—Creo que no.

—¿Por qué tienen los pies tan pequeños? —preguntó Cohen—. Me gusta ver buenos pies grandes en las mujeres.

Seis Vientos Benéficos se lo dijo. La expresión de Cohen se endureció.

—Estoy aprendiendo mucho sobre la civilización, ya lo creo —dijo—. Uñas largas, pies deformes y sirvientes que van por ahí sin las joyas de la familia. Ja.

—¿Qué está pasando aquí, si se puede saber? —preguntó un hombre de mediana edad—. ¿Quién sois vos? ¿Quiénes son estos viejos eunucos?

—¿Quién eres tú? —respondió Cohen. Desenvainó la espada—. Necesito saberlo para ponerlo en tu lápida...

—Me pregunto si podría llevar a cabo algunas presentaciones llegado este punto —dijo el señor Saveloy. Dio un paso adelante—. Este —continuó— es Gengis Cohen... guarda eso, Gengis... que técnicamente hablando es un bárbaro, y esta es su Horda. Han invadido vuestra ciudad. ¿Y usted es...?

—¿Invasores bárbaros? —dijo el hombre en tono altivo, sin hacerle caso—. ¡Los invasores bárbaros vienen a millares! ¡Son hombres enormes gritando a lomos de caballos pequeños!

—Os lo dije —dijo Truckle—. ¿Pero alguien me escucha alguna vez?

—¡...Y hay incendios, terror, rapiña, saqueos y sangre en las calles!

—Todavía no hemos desayunado —dijo Cohen, lanzando otra vez su cuchillo al aire.

—¡Ja! ¡Prefiero morir que someterme a alguien como vos!

Cohen se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Ups —dijo Seis Vientos Benéficos.

Fue un lanzamiento muy certero.

—¿Quién era, a todo esto? —preguntó Cohen, mientras el cuerpo se doblaba por la cintura—. ¿Alguien sabe quién era?

—Gengis —dijo el señor Saveloy—. Hace tiempo que te lo quería decir: cuando la gente dice que prefiere morir, no está diciendo que prefiera morir de verdad. No siempre.

—¿Entonces por qué lo dicen?

—Es lo habitual.

—¿Es otra vez la civilización?

—Me temo que sí.

—Dejemos esto claro de una vez, ¿de acuerdo? —dijo Cohen. Se puso de pie—. Que levante la mano quien prefiera morir antes que tenerme como emperador.

—¿Alguien? —preguntó el señor Saveloy.

Rincewind tomó otro pasillo al trote. ¿Es que aquel lugar no tenía salidas? En varias ocasiones le había parecido encontrar una, pero solamente daba a un patio interior del enorme edificio, lleno de fuentes tintineantes y de sauces.

Y el lugar entero estaba despertando. Se oían unos...

... pasos corriendo tras su espalda.

Una voz gritó:

—¡Eh...!

Se lanzó hacia la puerta más cercana.

La sala que había al otro lado estaba llena de vapor. Enormes nubes arremolinadas de vapor. Pudo distinguir a duras penas una figura forcejeando con una rueda enorme y las palabras «cámara de torturas» le vinieron a la cabeza hasta que el olor a jabón las reemplazó por la palabra «lavandería». Unas figuras pálidas pero increíblemente limpias levantaron la vista de sus cubas y lo miraron con apenas una pizca de interés.

No parecía gente que estuviera al corriente de los últimos acontecimientos.

Medio corrió y medio paseó por entre los calderos burbujeantes.

—Así mismo, buen hombre. Así, frotad, frotad, frotad. A ver cómo escurren esos rodillos. Así se hace. ¿Hay otra puerta para salir de esta sala? Buenas burbujas ahí, muy buenas burbujas. Ah...

Uno de los trabajadores de la lavandería, que parecía estar al mando, lo miró con recelo y pareció estar a punto de decir algo...

Rincewind avanzó como pudo por un patio entrecruzado con cuerdas de tender la ropa y se detuvo, jadeante, con la espalda contra una pared.

Aunque iba en contra de sus principios generales, tal vez fuera el momento de pararse a pensar.

Había gente persiguiéndolo. Es decir, persiguiendo a una figura que corría vestida con una túnica de color rojo desgastado y un sombrero puntiagudo muy chamuscado.

A Rincewind le costó un gran esfuerzo hacerse a la idea, pero existía la posibilidad de que si se cambiaba de ropa tal vez dejaran de perseguirlo.

En la cuerda que tenía delante había camisas y pantalones ondeando bajo la brisa. Su confección era a la sastrería lo que cortar leña era a la carpintería. Alguien había aprendido el arte de tejer tubos y se había quedado allí. Aquello se parecía a la ropa que llevaba casi todo el mundo en Hunghung.

El palacio era casi una ciudad en sí mismo, dijo la voz de la razón. Debía de estar lleno de gente llevando a cabo toda clase de recados, añadió.

Eso significaría... quitarse el sombrero, concluyó.

Rincewind vaciló. Para un no—mago resultaría difícil entender la magnitud de aquella sugerencia. Un mago prefiere ir por ahí sin túnica y sin pantalones que renunciar a su sombrero. Sin su sombrero, la gente podía pensar que era una persona normal.

Hubo gritos a lo lejos.

La voz de la razón comprendió que si no tenía cuidado iba a terminar tan muerta como el resto de Rincewind y añadió con sarcasmo: muy bien, quédate con nuestro maldito sombrero. Fue nuestro maldito sombrero el que nos metió en este lío para empezar. ¿Es que crees que te va a quedar cabeza en que llevarlo?

Las manos de Rincewind, también conscientes de que los tiempos iban a ser extremadamente interesantes y muy breves a menos que ellas tomaran cartas en el asunto, se levantaron lentamente, descolgaron unos pantalones y una camisa y los embutieron dentro de la túnica.

La puerta se abrió de golpe. Seguía habiendo guardias tras él, y un par de los pastores tsimo se habían unido a la persecución. Uno de ellos señaló a Rincewind con una picana.

El salió corriendo hacia un pasadizo abovedado y desembocó en un jardín.

Tenía una pequeña pagoda. Había sauces y una mujer guapa en un puente dando de comer a los pájaros.

Y un hombre pintando un plato.

Cohen se frotó las manos.

—¿Nadie? Bien. Todo arreglado entonces.

—Ejem.

Un hombre pequeño que estaba delante de la multitud dejó bien claro que no tenía las manos levantadas, pero dijo:

—Perdone, pero... ¿qué pasaría en la situación hipotética de que llamáramos a los guardias y os denunciáramos?

—Que os mataríamos a todos antes de que acabaran de entrar por la puerta —dijo Cohen en tono despreocupado—. ¿Más preguntas? —añadió en dirección al coro de gente tragando saliva.

—Esto... el emperador... es decir, el último emperador... tenía unos guardias muy especiales...

Hubo un ruidito metálico. Algo pequeño y con muchas puntas bajó rodando los escalones y se quedó dando vueltas en el suelo. Era una estrella arrojadiza.

—Ya los hemos conocido —dijo Willie el Chaval.

—Bien, bien —dijo el hombrecillo—. Todo parece en orden entonces. ¡Diez Mil Años de Vida al Emperador!

El grito fue secundado de forma un poco vacilante.

—¿Cómo se llama usted, joven? —preguntó el señor Saveloy.

—Cuatro Grandes Cuernos, mi señor.

—Muy bien. Muy bien. Veo que llegará usted lejos. ¿A qué se dedica?

—Soy el Gran Ayudante del lord chambelán, mi señor.

—¿Cuál de ustedes es el lord chambelán?

Cuatro Grandes Cuernos señaló al hombre que había preferido morir.

—Así están las cosas, ¿lo ven? —dijo el señor Saveloy— A la gente adaptable le llegan deprisa los ascensos, lord chambelán. Y ahora, el emperador va a desayunar.

—¿Y qué le gustaría? —preguntó el nuevo lord chambelán, esforzándose por parecer jovial y adaptable.

—Toda clase de cosas. Pero de momento, trozos grandes de carne y montones de cerveza. Ya veréis que es muy fácil encargarse de la comida del emperador. —El señor Saveloy sonrió con la sonrisa astuta con que a veces sonreía cuando sabía que era el único que pillaba el chiste—. Al emperador no le gusta lo que él llama «porquerías extranjeras complicadas llenas de ojos y cosas así», sino que prefiere con diferencia comida sencilla y saludable como las salchichas, que están hechas de órganos misceláneos de animales triturados y metidos en un pedazo de intestino. Jajajá. Pero si queréis complacerlo, simplemente traed muchos trozos grandes de carne. ¿No es así, mi señor?

Cohen había estado observando a los cortesanos reunidos. Cuando uno lleva noventa años sobreviviendo a todos los ataques que le puedan lanzar hombres, mujeres, trolls, enanos, gigantes, cosas verdes con muchas piernas y en una ocasión una langosta enfurecida, uno puede saber muchas cosas mirando las caras.

—¿Eh? —dijo Cohen—. Ah. Sí. Ya me está bien. Trozos grandes. Una cosa, señor Recaudador... ¿a qué se dedica esta gente todo el día?

—¿Qué le gustaría que hicieran?

—Me gustaría que se largaran cagando leches.

—¿Perdón, mi señor?

—[Pictograma complicado] —dijo el señor Saveloy. El nuevo lord chambelán pareció un poco asustado.

—¿Cómo, aquí mismo?

—Lo dice en sentido figurado, muchacho. Solamente quiere decir que quiere que todo el mundo se marche deprisa.

La corte se fue corriendo. Un pictograma lo bastante complicado vale más que mil palabras.

Después de la estampida el artista Tres Ranas Sólidas se puso de pie, se sacó el pincel de la nariz, bajó su caballete de un árbol e intentó tener pensamientos plácidos.

El jardín ya no era lo que había sido.

El sauce estaba torcido. La pagoda había sido demolida por un luchador de tsimo fuera de control, que también se había comido el tejado. Las palomas se habían ido volando. El puentecillo estaba roto. Su modelo, la concubina Abanico de Jade, se había marchado llorando en cuanto había conseguido salir chapoteando del estanque ornamental.

Y además alguien le había robado el sombrero de paja.

Tres Ranas Sólidas se ajustó lo que le quedaba del vestido y se esforzó por recobrar la compostura.

El plato donde había estado dibujando estaba hecho trizas, claro.

Sacó otro de su bolsa y buscó su paleta.

Que tenía la huella enorme de un pie en medio...

Quería llorar. Aquella pintura le estaba gustando tanto. Había estado convencido de que iba a ser la que la gente recordaría durante mucho tiempo. ¿Y los colores? ¿Acaso alguien entendía lo caro que se había puesto el bermellón?

Se tranquilizó un poco. Parecía que solamente le quedaba color azul. Bueno, pues ya verían...

Intentó no hacer caso de la devastación que tenía delante y se concentró en la imagen que tenía en mente.

Vamos a ver, pensó. Abanico de Jade perseguida sobre un puente por un hombre que agita los brazos y grita: «¡Sal de en medio!», seguidos por un hombre con una picana, tres guardias, cinco empleados de la lavandería y un luchador incapaz de detenerse.

Tenía que simplificarlo un poco, claro.

Los perseguidores doblaron un recodo, salvo el luchador, que no tenía la complexión adecuada para una maniobra tan difícil.

—¿Adonde ha ido?

Estaban en un patio. Había pocilgas a un lado y vertederos al otro.

Y en medio del patio, un sombrero puntiagudo.

Uno de los guardias extendió la mano y agarró a uno de sus compañeros del brazo para impedirle que siguiera adelante.

—Con cuidado —dijo.

—No es más que un sombrero.

—¿Y dónde está el resto? No puede haber desaparecido... sin más... en...

Retrocedieron.

—¿Tú también has oído hablar de él?

—¡Decían que hizo un boquete en la muralla con un simple gesto de las manos!

—¡Eso no es nada! ¡Yo oí que apareció a lomos de un dragón invisible en lo alto de las montañas!

—¿Y qué le decimos a lord Hong?

—¡Yo no quiero estallar en pedazos!

—Pues yo no quiero decirle a lord Hong que lo hemos perdido. Ya tenemos bastantes problemas. Y este casco lo acabo de pagar.

—Bueno... podemos coger el sombrero. Será una prueba.

—Vale. Cógelo tú.

—¿Yo? ¡Cógelo tú!

—Puede estar rodeado de hechizos terribles.

—¿Ah, sí? ¿Y por eso está bien que lo coja yo? ¡Gracias! ¡Haz que lo coja uno de ellos!

Los empleados de la lavandería retrocedieron mientras el hábito hunghungués de obedecer se evaporaba como el rocío de la mañana. Los soldados no eran los únicos que habían oído rumores.

—¡Nosotros no!

—¡Tengo un encargo urgente de calcetines!

El guardia se dio la vuelta. Un campesino salía dando tumbos de una de las pocilgas, cargado con un saco y con la cara tapada por un sombrero grande de paja.

—¡Eh, tú!

El hombre se puso de rodillas y golpeó el suelo con la cabeza.

—¡No me matéis!

Los guardias se miraron.

—No te vamos a matar —dijo uno de ellos—. Solamente queremos que intentes recoger ese sombrero de ahí.

—¿Qué sombrero, oh poderoso guerrero?

—¡Ese de ahí! ¡Venga!

El hombre se arrastró estilo cangrejo sobre los adoquines.

—¿Este sombrero, oh gran señor?

Los dedos del hombre reptaron sobre las piedras y palparon el ala raída del sombrero.

Y entonces soltó un grito.

—¡Tu mujer es un hipopótamo enorme! ¡Se me derrite la cara! ¡Se me derrite la cararrrrgh!

Rincewind esperó a que desapareciera el ruido de sandalias a la carrera y luego se levantó, le quitó el polvo a su sombrero y lo metió en el saco.

La cosa había ido mucho mejor de lo que esperaba. Así pues, había otro dato valioso a saber del Imperio: nadie miraba a los campesinos. Debía de ser la ropa y el sombrero. Nadie salvo la gente corriente vestía de aquella forma, así que alguien vestido de aquella forma tenía que ser una persona corriente. Era el principio publicitario del sombrero de mago, pero al revés. Uno se mostraba cauteloso y cortés en compañía de alguien que llevara un sombrero puntiagudo, por si acaso se ofendía de forma muy física, mientras que alguien con un sombrero grande de paja era susceptible de un «¡Eh, tú!» y de...

Fue exactamente llegado a aquel punto cuando alguien detrás de él gritó: «¡Eh, tú!» y golpeó a Rincewind entre los hombros con un palo.

Delante de él apareció la cara iracunda de un sirviente. El hombre blandió un dedo delante de la nariz de Rincewind.

—¡Llegas tarde! ¡Eres un hombre malo! ¡Entra ahora mismo!

—Yo...

El palo volvió a golpear a Rincewind. El sirviente señaló una puerta lejana.

—¡Qué insolencia! ¡Qué vergüenza! ¡A trabajar!

El cerebro de Rincewind preparó las palabras: Ah, con que nos creemos que somos Listillo—san porque tenemos un palo bien grande, ¿no? Bueno, pues resulta que yo soy un gran hechicero y ya sabes lo que puedes hacer con tu palo bien grande.

Y en alguna parte entre su cerebro y su boca aquellas palabras se convirtieron en:

—¡Sí, señor! ¡Ahora mismo!

La Horda se quedó a solas.

—Bueno, caballeros, lo hemos conseguido —dijo al final el señor Saveloy—. El mundo está a sus pies.

—Todos los tesoros que queramos —dijo Truckle.

—Es verdad.

—No nos entretengamos, pues —dijo Truckle—. Vamos a buscar unos sacos.

—No tiene ningún sentido —dijo el señor Saveloy—. Solamente estarían robándose a ustedes mismos. Esto es un Imperio. ¡Uno no lo mete en un saco y se lo reparte en la próxima fogata de campamento!

—¿Y las violaciones?

El señor Saveloy suspiró.

—Hay, según tengo entendido, trescientas concubinas en el harén imperial. Estoy seguro de que estarán encantadas de verles, aunque todo resultará más fácil si se quitan ustedes las botas.

Los ancianos tenían la misma expresión perpleja que tendría un grupo de peces intentando entender el concepto de bicicleta.

—Tendríamos que llevarnos solo las cosas pequeñas —dijo Willie el Chaval al final—. Mayormente rubíes y esmeraldas.

—Y tirar una cerilla encendida al salir —dijo Vincent—. Estas paredes de papel y toda esta madera lacada seguro que arden de maravilla.

—¡No, no, no! —dijo el señor Saveloy—. ¡Solamente los jarrones de esta sala tienen un precio incalculable!

—Naaa, demasiado grandes. No se pueden llevar a caballo.

—¡Pero les he enseñado la civilización! —dijo el señor Saveloy.

—Sí. No está mal para visitarla. ¿Verdad, Cohen?

Cohen estaba encorvado en su trono, mirando la pared distante.

—¿Cómo dices?

—Digo que agarremos todo lo que podamos llevar y nos vayamos a casa, ¿verdad?

—A casa... sí...

—Ese era el Plan, ¿verdad?

Cohen evitó la mirada del señor Saveloy.

—Sí... el Plan... —dijo.

—Es un buen plan —dijo Truckle—. Una gran idea. ¿Hacerte el jefe de esto? Bien. Buen golpe. Nos ahorramos problemas. Nada de trastear con cerraduras y cosas. Y luego nos volvemos todos para casa, ¿no? Con todos los tesoros que podamos llevar.

—¿Para qué? —dijo Cohen.

—¿Para qué? Son tesoros.

Cohen pareció adoptar una decisión.

—¿En qué te gastaste tu último botín, Truckle? Dijiste que te habías llevado tres sacos llenos de oro y piedras preciosas de aquel castillo encantado.

Truckle pareció perplejo, como si Cohen le hubiera preguntado a qué olía el color púrpura.

—¿En qué lo gasté? Y yo qué sé. Ya sabes cómo va. ¿Qué importa en qué lo gastes? Es botín. Además... ¿en qué gastaste tú el tuyo?

Cohen suspiró.

Truckle abrió la boca y le clavó la mirada.

—¿No estarás pensando quedarte aquí en serio? —Dirigió la mirada desafiante al señor Saveloy—. ¿Habéis estado tramando algo los dos?

Cohen tamborileó con los dedos en el brazo del trono.

—Has dicho volver a casa —dijo—. ¿Dónde está eso?

—Bueno... donde sea...

—Y Hamish...

—¿Mande? ¿Quéé?

—O sea... tiene ciento cinco años, ¿no? Ya es hora de que siente la cabeza, quizá.

—¿Mande?

—¿Sentar la cabeza? —dijo Truckle—. Tú mismo lo intentaste una vez. ¡Robaste una granja y dijiste que ibas a criar cerdos! Lo dejaste después de... ¿Cuánto?... ¿Tres horas?

—¿Qué diceee? ¿Qué diceee?

—Dice que ES HORA DE QUE SIENTES LA CABEZA, Hamish.

—¡Y una mierda!

Las cocinas estaban alborotadas. La mitad de la corte había terminado allí, en la mayoría de los casos por primera vez. El lugar estaba tan abarrotado como un mercado callejero, a través del cual los sirvientes intentaban ocuparse de sus tareas lo mejor que podían.

El hecho de que uno de ellos no tuviera muy claro en qué consistían sus tareas pasaba bastante desapercibido en medio del tumulto.

—¿Lo habéis olido? —preguntó lady Dos Arroyos—. ¡Qué peste!

—Es como un día caluroso en las porquerizas —dijo lady Pétalo de Melocotón.

—Me alegra poder decir que yo nunca he experimentado eso que dices —dijo lady Dos Arroyos dándose aires.

Lady Noche de Jade, que era bastante más joven que las otras dos y que se había sentido más bien atraída por el olor de Cohen a león sucio, no dijo nada.

El jefe de cocineros dijo:

—¿Nada más que eso? ¿Trozos grandes? ¿Y por qué no se come una vaca ya que se pone?

—Esperad a oír sobre una comida diabólica llamada salchicha —dijo el lord chambelán.

—Trozos grandes —el cocinero estaba casi llorando—, ¿dónde está el talento en servir trozos grandes de carne? ¿Sin salsa siquiera? ¡Prefiero morir que limitarme a calentar trozos grandes de carne!

—Ah —dijo el lord chambelán—. Yo me andaría con pies de plomo con esas cosas. El nuevo emperador, ojalá se bañe durante diez mil años, tiende a interpretar eso como una petición...

El murmullo de voces se detuvo. La causa del silencio repentino fue un solo ruido pequeño y brusco. Una botella al descorcharse.

Lord Hong tenía el talento de los grandes visires para surgir aparentemente de la nada. Barrió las cocinas con la mirada. Era sin duda la única tarea doméstica que había llevado a cabo en su vida.

Dio un paso adelante. Se acababa de sacar un botellín pequeño y negro de la manga de su túnica.

—Traedme la carne —dijo—. Y no os preocupéis por la salsa.

Los congregados allí observaron con interés horrorizado. El envenenamiento era parte de la etiqueta de la corte hunghunguesa, pero la gente solía hacerlo en algún lugar donde nadie los viera, por una cuestión de buenos modales.

—¿Hay alguien —preguntó lord Hong— que tenga algo que decir?

Su mirada fue como una guadaña. A medida que segaba la sala entera la gente temblaba, se bamboleaba y caía.

—Muy bien —dijo lord Hong—. Prefiero morir que ver a un... bárbaro en el trono imperial. Vamos a servirle sus... trozos grandes. Traedme la carne.

Hubo un movimiento en el suelo, luego un ruido de gritos y un porrazo. Se acercó un campesino empujando con desgana un carrito donde llevaba una enorme bandeja cubierta.

Cuando vio a lord Hong empujó el carrito a un lado, se tiró al suelo y se prosternó.

—Mi mirada aparto de vuestro... un huerto favorablemente situado... mierda... semblante, oh señor.

Lord Hong palpó con el pie a la figura postrada.

—Es bueno ver que se conserva el arte del respeto —comentó—. Levanta la tapa.

El hombre se incorporó y sin dejar de hacer reverencias y mirar para otro lado, alzó la tapa.

Lord Hong le dio la vuelta al botellín y lo tuvo así hasta que la última gota hubo salido con un siseo. Su público estaba transfigurado.

—Y ahora que se lo lleven a los bárbaros —dijo.

—Por supuesto, su... cepillo para tinta... fronda de sauce... rectitud celestial.

—¿De dónde eres, campesino?

—De Bes Pelargic, oh señor.

—Ah. Ya me parecía.

Las grandes puertas de bambú se abrieron. El nuevo lord chambelán entró seguido de una caravana de carritos.

—El desayuno, oh señor por un millar de años —anunció—. Trozos grandes de cerdo, trozos grandes de cabra, trozos grandes de buey y siete raciones de arroz frito.

Uno de los sirvientes levantó la tapa de un plato.

—Pero hacedme caso y no comáis este cerdo —dijo—. Está envenenado.

El chambelán giró sobre sus talones.

—¡Puerco insolente! ¡Morirás por esto!

—Es Rincewind, ¿verdad? —dijo Cohen—. Se parece a Rincewind...

—Tengo mi sombrero por aquí —dijo Rincewind—. Me lo tuve que meter dentro de los pantalones...

—¿Envenenado? —dijo Cohen—. ¿Estás seguro?

—Bueno, a ver, era un botellín negro y tenía una calavera y unos huesos cruzados pintados y cuando la inclinó empezó a echar humo —dijo Rincewind mientras el señor Saveloy lo ayudaba a ponerse de pie—. ¿Sería esencia de anchoas? Yo creo que no.

—Veneno —dijo Cohen—. Odio a los envenenadores. Son la peor especie. Moviéndose a hurtadillas, echando porquería en el papeo de la gente...

Miró con ira al chambelán.

—¿Has sido tú? —Miró a Rincewind y señaló con el pulgar al chambelán encogido de miedo—. ¿Ha sido él? ¡Porque si ha sido él le voy a hacer lo mismo que les hice a los Locos Sacerdotes Serpiente de Start, y esta vez voy a usar los dos pulgares!

—No —dijo Rincewind—. Ha sido alguien llamado lord Hong. Pero todos se lo han quedado mirando sin hacer nada.

Un chillido se elevó del lord chambelán. Se tiró al suelo y a punto estuvo de besar los pies de Cohen hasta que se dio cuenta de que aquello habría tenido más o menos el mismo efecto que comerse el cerdo.

—¡Piedad, oh ser celestial! ¡Somos todos peones en las manos de lord Hong!

—¿Y qué tiene lord Hong que es tan especial?

—¡Es... un hombre elegante! —farfulló el chambelán—. ¡No pienso decir ni una palabra en contra de lord Hong! ¡Ciertamente no me creo eso de que tiene espías por todas partes! ¡Larga vida a lord Hong, eso digo yo!

Se arriesgó a levantar la vista y se encontró la punta de la espada de Cohen justo delante de sus ojos.

—Sí, pero ¿a quién tienes más miedo ahora mismo? ¿A mí o a ese lord Hong?

—Eh... ¡A lord Hong!

Cohen levantó una ceja.

—Estoy impresionado. Espías por todas partes, ¿eh?

Examinó la Gran Sala y su mirada se posó en un jarrón muy grande. Fue tranquilamente hasta el mismo y levantó la tapa.

—¿Estás bien ahí dentro?

—Esto... sí... —dijo una voz procedente de las profundidades del jarrón.

—¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Un cuaderno de sobra? ¿Un orinal?

—Esto... sí...

—¿Te gustarían, oh, digamos, unos doscientos litros de agua hirviendo?

—Esto... no...

—¿Prefieres morir antes que traicionar a lord Hong?

—Esto... ¿puedo pensármelo un momento, por favor?

—Ningún problema. En cualquier caso el agua tarda un poco en hervir. Así pues, descansen, ar.

Volvió a poner la tapa.

—¿Un Tío Grande? —dijo.

—Se llama Un Río Grande, Gengis —dijo el señor Saveloy.

El guardia volvió a la vida con un murmullo.

—Vigílame este jarrón y si se vuelve a mover hazle lo que yo le hice una vez al Nigromante Verde de la Noche, ¿de acuerdo?

—No sé qué le hicisteis, señor —dijo el soldado.

Cohen se lo explicó. Un Río Grande sonrió encantado. Del interior del jarrón vino el ruido de alguien intentando no vomitar.

Cohen regresó tranquilamente al trono.

—Contadme pues algo más sobre lord Hong —dijo.

—Es el gran visir —dijo el chambelán.

Cohen y Rincewind se miraron.

—Exacto. Y todo el mundo sabe —dijo Rincewind— que los grandes visires son siempre...

—... unos hijos de puta totales e integrales —dijo Cohen—, No sé por qué. Dales un turbante con un pincho en el medio y su comosellame moral desaparece. Yo siempre los mato nada más verlos. Ahorra tiempo a largo plazo.

—Ya me pareció a mí que tenía algo sospechoso en cuanto lo vi —dijo Rincewind—. Escucha, Cohen...

—Emperador Cohen, si no te importa —dijo Truckle—. Nunca he confiado en los magos, no señor. Nunca he confiado en ningún hombre que lleve vestidos.

—Rincewind es buen tipo... —dijo Cohen.

—¡Gracias! —dijo Rincewind.

—... pero un mago jodidamente inútil.

—Resulta que acabo de arriesgar el pellejo para salvarte, muchas gracias —dijo Rincewind—. Mira, tengo unos amigos en el bloque de celdas. ¿Podrías... emperador?

—Más o menos —dijo Cohen.

—Temporalmente —dijo Truckle.

—Técnicamente —dijo el señor Saveloy.

—¿Quiere eso decir que puedes llevar a mis amigos a un sitio seguro? Creo que lord Hong ha asesinado al viejo emperador y quiere echarles a ellos la culpa. Confío en que no pensará que estén escondidos en las celdas.

—¿Por qué en las celdas? —quiso saber Cohen.

—Porque si yo tuviera la oportunidad de alejarme de las celdas de lord Hong lo haría —dijo Rincewind con fervor—. Nadie en su sano juicio volvería dentro si creyera que tiene una posibilidad de huir.

—Muy bien —dijo Cohen—. Willie el Chaval, Un Tío Grande, id a reunir a un puñado de tus hombres y traed aquí a esa gente.

—¿Aquí? —dijo Rincewind—. ¡Yo quería que estuvieran en algún lugar seguro!

—Bueno, aquí estamos nosotros —dijo Cohen—. Podemos protegerlos.

—¿Y quién te va a proteger a ti?

Cohen no hizo caso de aquello.

—Lord chambelán —dijo—. No espero que lord Hong esté disponible pero... en la corte había un tipo con nariz de tejón. Un cabrón gordo, con un sombrero grande de color rosa. Y una mujer flaca con una cara que parecía un gorro lleno de chapas.

—Deben de ser lord Nueve Montañas y lady Dos Arroyos —dijo el lord chambelán—. Esto... ¿no estáis enfadado conmigo, oh señor?

—Dioses del cielo, no —dijo Cohen—. De hecho, caballero, estoy tan impresionado que te voy a dar responsabilidades extra.

—¿Señor?

—Catador de comida, para empezar. Y ahora vete y tráeme a los otros dos. No me ha gustado nada su pinta.

Un momento más tarde trajeron a Nueve Montañas y Dos Arroyos. El simple instante en que desviaron la mirada desde Cohen hacia la comida intacta habría pasado completamente desapercibido a quienes no lo estuvieran esperando.

Cohen les hizo una señal jovial con la cabeza.

—Coméoslo —dijo.

—¡Mi señor! ¡Yo he desayunado mucho! ¡Estoy lleno! —dijo Nueve Montañas.

—Qué lástima —dijo Cohen—. Un Tío Grande, antes de que te marches acércate a nuestro amigo el señor Nueve Montañas y hazle sitio para que pueda desayunar otra vez. Y lo mismo con la señora si no oigo a nadie masticar en los próximos cinco segundos. Un buen bocado de todo, ¿entendido? Con mucha salsa.

Un Río Grande desenvainó la espada.

Los dos nobles miraron fijamente los montículos brillantes.

—Yo creo que tiene buena pinta —dijo Cohen en tono amigable—. Tal como lo estás mirando tú, cualquiera pensaría que tiene algo de malo.

Nueve Montañas se metió cautelosamente un trozo de cerdo en la boca.

—Extremadamente bueno —dijo ininteligiblemente.

—Ahora trágalo —dijo Cohen.

El mandarín tragó.

—Maravilloso —dijo—. Y ahora, si su excelencia me excusa, voy...

—Nada de prisas —dijo Cohen—. No queremos que te metas accidentalmente los dedos en la garganta ni nada de eso, ¿verdad?

Nueve Montañas hipó.

Luego volvió a hipar.

Pareció que le empezaba a salir humo de debajo de la túnica.

La Horda se echó a cubierto justo cuando la explosión eliminaba una sección del suelo, una parte circular del techo y la totalidad de lord Nueve Montañas.

Un sombrero negro con un emblema rojo se quedó un momento girando en el suelo.

—A mí me pasa lo mismo con las cebolletas encurtidas —dijo Vincent.

Lady Dos Arroyos estaba de pie con los ojos cerrados.

—¿No tienes hambre? —preguntó Cohen.

Ella asintió.

Cohen se reclinó hacia atrás.

—¿Un Tío Grande?

—Se llama «Río», Cohen —dijo el señor Saveloy, mientras el guardia avanzaba pesadamente.

—Llévala contigo y métela en una de las mazmorras. Asegúrate de que no le falte de comer, ya me entiendes.

—Sí, excelencia.

—Y el señor Chambelán aquí presente puede bajar a la cocina otra vez y decirle al chef que esta vez él va a compartir nuestra comida y además él será el primero en comer, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, excelencia.

—¿A esto lo llamas vida? —espetó Caleb, mientras el lord chambelán se escabullía—. Esto es ser emperador, ¿no? ¿Ni siquiera puede uno confiar en su comida? ¡Lo más probable es que nos asesinen mientras estamos en la cama!

—No te imagino a ti asesinado en tu cama —dijo Truckle.

—Sí, porque nunca estás en ella —dijo Cohen.

Fue caminando al jarrón enorme y le dio una patada.

—¿Estás apuntando todo esto?

—Síseñor —dijo el jarrón.

Hubo risas. Pero tenían un ribete de nerviosismo. El señor Saveloy se dio cuenta de que la Horda no estaba acostumbrada a aquello. Si un verdadero bárbaro quería matar a alguien durante una comida lo invitaba a él y a todos sus secuaces, los hacía sentarse, los emborrachaba hasta que se dormían y luego hacía salir a sus hombres de sus escondites para que los masacraran instantáneamente de forma directa, honorable y sin tonterías. Era completamente justo. La estratagema de «emborracharlos y masacrarlos a todos» era el truco más viejo del manual, o lo habría sido si los bárbaros se molestaran en escribir manuales. Cualquiera que picara le estaría haciendo un favor al mundo al ser aniquilado en los postres. Pero por lo menos en la comida se podía confiar. Los bárbaros no envenenaban la comida. Uno nunca sabía cuándo le iba a hacer falta algo que llevarse a la boca.

—Perdonad, vuestra excelencia —dijo Seis Vientos Benéficos, que había estado mirando—. Creo que lord Truckle tiene razón. Ejem. Yo conozco un poco de historia. El método correcto de sucesión es avanzar hasta el trono vadeando un mar de sangre. Eso es lo que lord Hong está planeando hacer.

—¿En serio? Un mar de sangre, ¿eh?

—O escalando una montaña de cráneos. Es otra opción.

—Pero... pero... yo creía que la corona imperial se pasaba de padres a hijos —dijo el señor Saveloy.

—Bueno, sí —dijo Seis Vientos Benéficos—. Supongo que eso podría ocurrir en teoría.

—Dijiste que en cuanto estuviéramos en lo alto de la pirámide todo el mundo haría lo que le dijéramos —le dijo Cohen al señor Saveloy.

Truckle miró a uno y luego al otro.

—¿Vosotros dos planeasteis esto? —dijo en tono acusador—. ¿Conque de esto se trataba, eh? ¿Todo eso de aprender a ser civilizado? ¡Y al principio de todo dijiste que iba a ser un robo espectacular! ¿Eh? ¡Yo creía que íbamos a robar un montón de cosas y largarnos! ¡Saqueo y pillaje, así se hacen las cosas...!

—Oh, saqueo y pillaje, saqueo y pillaje. ¡Ya estoy harto de saqueo y pillaje! —dijo el señor Saveloy—. ¿Es que solamente sabéis pensar en saqueos y pillajes?

—Bueno, antes también solía haber violaciones —dijo Vincent, nostálgico.

—Odio decirte esto, pero ahí tienen razón, Profe —dijo Cohen—. Luchar y saquear... es nuestro trabajo. No me gusta todo este asunto de las reverencias y rasparse las rodillas. No estoy seguro de estar hecho para la civilización.

El señor Saveloy puso los ojos en blanco.

—¿Tú también, Cohen? ¡Sois todos unos... zopencos! —dijo en tono cortante—. ¡No sé ni para qué me molesto! ¡O sea, miraos bien! ¿Sabéis lo que sois? ¡Sois leyendas!

La Horda se apartó un poco. Nadie había visto nunca a Profe perder los nervios.

—Que viene de legendum, que significa «algo que está escrito» —dijo el señor Saveloy—. Libros, ¿sabéis? Leer y escribir. Lo cual por cierto viene a ser tan ajeno a vosotros como la Ciudad Perdida de Ee...

Truckle levantó la mano, un poco nervioso...

—Precisamente yo descubrí una vez la Ciudad Perdida de...

—¡Cállate! Lo que digo... ¿qué estaba diciendo?... sí... vosotros no leéis, ¿verdad? ¿Nunca Aprendisteis a leer? Pues habéis malgastado la mitad de vuestras vidas. Podríais haber acumulado perlas de sabiduría en lugar de esas piedras preciosas de pacotilla. ¡Y menos mal que la gente lee sobre vosotros y no os conoce cara a cara porque, señores, son ustedes una decepción total!

Rincewind se quedó mirando fascinado y esperó a que alguien le cortara la cabeza al señor Saveloy. Pero no parecía que aquello fuera a pasar. Posiblemente estaba demasiado enfadado para que lo decapitaran.

—¿Que han hecho ustedes realmente, caballeros? Y no vengáis con joyas robadas y lores demoníacos. ¿Qué habéis hecho que sea real?

Truckle volvió a levantar la mano.

—Bueno, yo una vez maté a los cuatro...

—Si, sí, sí —dijo el señor Saveloy—. Mataste esto y robaste aquello y derrotaste a los aguacates gigantes antropófagos de algún otro sitio, pero... todo eso son... cosas. ¡No es más que papel de pared, caballeros! ¡Cosas que no cambian nada! ¡Que no importan a nadie! En Ankh—Morpork he dado clase a niños que creen que sois mitos. Eso es lo que habéis logrado. No se creen que existierais alguna vez. Creen que alguien se os inventó. Son ustedes relatos, caballeros. Cuando muráis no se enterará nadie, porque la gente cree que ya habéis muerto.

Hizo una pausa para recuperar el aliento y luego siguió más despacio.

—Pero aquí... Aquí podríais ser reales. Podríais dejar de jugar con vuestras vidas. Podríais volver a poner este Imperio vetusto y bastante podrido en el mundo. Por lo menos... —perdió el hilo—. En eso confiaba yo. De verdad pensé que tal vez podríamos conseguir algo...

Se sentó.

La Horda se quedó con la vista clavada en sus diversos pies y ruedas.

—Ejem. ¿Puedo decir algo? Todos los señores de la guerra estarán en contra de vos —dijo Seis Vientos Benéficos—. Están ahí fuera con sus ejércitos. Normalmente lucharían entre ellos, pero ahora lucharán todos contra vos.

—¿Prefieren tener a un envenenador como el Hong ese en lugar de a mí? —dijo Cohen—. ¡Pero si es un bastardo!

—Sí, pero... es su bastardo, ¿sabéis?

—Podemos hacernos fuertes aquí. Este sitio tiene unas paredes muy gruesas —dijo Vincent—. Me refiero a las que no están hechas de papel.

—Ni lo sueñes —dijo Truckle—. Nada de asedios. Los asedios son una lata. Odio comer botas y ratas.

—¿Mande?

—Dice que NO QUEREMOS UN ASEDIO DONDE TENGAMOS QUE COMER BOTAS Y RATAS, Hamish.

—¿Qué pasa, que se nos han acabado las piernas?

—¿Cuántos soldados tienen ellos? —preguntó Cohen.

—Creo que... unos seiscientos o setecientos mil —dijo el recaudador.

—Perdonadnos —dijo Cohen, bajando del trono—. Tengo que reunirme con mi Horda.

La Horda hizo un corrillo. De vez en cuando se oía un «¿mande?» entre las intensas conversaciones masculladas entre dientes. Por fin Cohen se giró.

—¿Mares de sangre, no? —dijo.

—Esto... Sí —dijo el recaudador.

El corrillo volvió a lo suyo.

Al cabo de algunas deliberaciones más la cabeza de Truckle asomó.

—¿Dijiste montaña de cráneos? —quiso saber.

—Sí. Sí, creo que eso es lo que dije —dijo el recaudador. Miró de reojo nervioso a Rincewind y al señor Saveloy, que se encogió de hombros.

Susurro, susurro, mande...

—¿Perdón?

—¿Sí?

—La montaña, ¿cómo de grande? Es que los cráneos cuestan de amontonar.

—¡No sé cómo de grande! ¡Con muchos cráneos!

—Era por saberlo.

La Horda pareció tomar una decisión. Se giraron para mirar al resto de los hombres.

—Vamos a luchar —dijo Cohen.

—Sí, todo eso de la sangre y los cráneos nos lo tendríais que haber dicho antes —dijo Truckle.

—¡Les vamos a enseñar si estamos muertos o no! —graznó Hamish.

El señor Saveloy negó con la cabeza.

—Creo que no lo habéis oído bien. ¡La proporción es de cien mil contra uno! —dijo.

—Supongo que eso sí que enseñará a la gente que seguimos vivos —dijo Caleb.

—Sí, pero el sentido mismo de mi plan era mostraros que se podía llegar a la cima de la pirámide sin tener que abrirse camino luchando —dijo el señor Saveloy—. Realmente es posible en una sociedad tan anquilosada. Pero si intentáis luchar contra cientos de miles de hombres, moriréis.

E inmediatamente, para su sorpresa, se encontró a sí mismo añadiendo:

—Probablemente.

La Horda le sonrió.

—Las desventajas enormes no nos asustan —dijo Truckle.

—Nos gustan —dijo Caleb.

—Verás, Profe, la proporción de mil a uno no es mucho peor que la de diez a uno —dijo Cohen—. Las razones son... —Se puso a contar con los dedos—. Uno, el típico soldado que no lucha por su vida sino por una paga no va a poner el cuello cuando están todos esos otros tipos que pueden poner el suyo. Dos, no se nos podrán acercar muchos de ellos a la vez, y van a estar todos dándose empujones y codazos, y... —Se miró los dedos con expresión de cálculo terminal.

—Tres... —dijo el señor Saveloy, hipnotizado por aquella lógica.

—... Tres, sí... La mitad del tiempo, cuando intenten dar con la espada le darán a uno de sus compañeros y así nos ahorrarán un poco de esfuerzo. ¿Lo ves?

—Pero aunque eso sea cierto solamente funcionaría durante un ratito —protestó el señor Saveloy—. Aunque consiguierais matar a doscientos, os cansaríais y mientras tanto seguirían viniendo más tropas frescas a atacaros.

—Oh, pero ellos también estarían cansados —dijo Cohen alegremente.

—¿Por qué?

—Porque para entonces, si quisieran llegar a nosotros, tendrían que correr colina arriba.

—Eso es lógica, sí señor —dijo Truckle en tono aprobador.

Cohen le dio unas palmaditas en la espalda al afligido maestro.

—No te preocupes por nada —dijo—. Hemos conseguido el Imperio siguiendo tu plan y ahora lo conservaremos siguiendo el nuestro. Tú nos has enseñado la civilización y nosotros te enseñamos la barbarie.

Dio unos cuantos pasos y luego se giró con un destello perverso en la mirada.

—¿La barbarie? ¡Ja! Cuando matamos gente lo hacemos en su cara, mirándolos a los ojos, y estaremos encantados de invitarles a una copa en el otro mundo, sin rencores. Nunca he conocido a un bárbaro que rajara lentamente a la gente en cuartuchos, ni torturara a mujeres para que estuvieran guapas, ni pusiera veneno en la comida de la gente. ¿La civilización? ¡Si eso es la civilización, se la pueden meter donde el sol no brilla!

—¿Mande?

—Dice que SE LA PUEDEN METER DONDE EL SOL NO BRILLA, Hamish.

—¡Ah! Yo he estado ahí.

—¡Pero la civilización es más que eso! —dijo el señor Saveloy—. Están... la música, la literatura, el concepto de justicia y los ideales de...

Las puertas correderas de bambú se abrieron. Como un solo hombre, y con las articulaciones crujiendo, la Horda se giró con las armas en alto.

Los hombres del umbral eran altos e iban mucho más ricamente vestidos que los campesinos, y se movían al estilo de la gente que está acostumbrada a que no se interponga nadie en su camino. Delante de ellos, sin embargo, había un campesino tembloroso sujetando un palo con una bandera roja. Lo pincharon con una espada para hacerlo entrar en la sala.

—¿Bandera roja? —susurró Cohen.

—Significa que quieren parlamentar —dijo Seis Vientos Benéficos.

—Ya sabes... como con nuestra bandera blanca para rendirnos —dijo el señor Saveloy.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Cohen.

—Quiere decir que no puedes matar a nadie hasta que estén listos.

El señor Saveloy trató de acallar los murmullos que sonaban a su espalda.

—¿ Por qué no los invitamos a cenar y los masacramos a todos mientras estén borrachos?

—Ya le has oído. Son setecientos mil.

—¡Ah! Entonces tendría que ser algo sencillo con pasta.

Un par de los lores caminaron hasta el centro de la sala. Cohen y el señor Saveloy fueron a su encuentro.

—Y tú también —dijo Cohen, agarrando a Rincewind mientras este intentaba alejarse—. Eres como una comadreja que sabe qué decir para salir de los apuros, así que venga.

Lord Hong los contempló con la expresión de un hombre cuyos antepasados le habían legado la capacidad de mirar cualquier cosa por encima del hombro.

—Me llamo lord Hong. Soy el gran visir del emperador. Os ordeno que abandonéis este recinto de inmediato y os sometáis a juicio.

El señor Saveloy se volvió hacia Cohen.

—Ni en coña —dijo Cohen.

El señor Saveloy intentó pensar.

—Ejem, ¿cómo expresaría esto? Gengis Cohen, líder de la Horda de Plata, presenta sus respetos a lord Hong pero...

—Dile que se vaya al carajo —dijo Cohen.

—Creo, lord Hong, que tal vez hayáis percibido ya la corriente general de opinión que fluye por aquí —dijo el señor Saveloy.

—¿Dónde está el resto de tus bárbaros, campesino? —preguntó lord Hong.

Rincewind miró al señor Saveloy. Aquella vez pareció que el viejo profesor se quedaba sin palabras.

El mago quería irse corriendo. Pero Cohen había estado en lo cierto. Por descabellado que pareciera, es probable que estuviera más seguro cerca de él. Escapar corriendo lo acercaría, tarde o temprano, a lord Hong.

Quien creía que había más bárbaros en alguna parte.

—Os digo una cosa, y solamente una —dijo lord Hong—. Si salís ahora mismo de la Ciudad Prohibida, por lo menos vuestras muertes serán rápidas. Y luego vuestras cabezas y partes importantes serán exhibidas en desfile público por las ciudades del Imperio para que la gente conozca vuestro terrible castigo.

—¿Castigo? —dijo el señor Saveloy.

—Por matar al emperador.

—No hemos matado a ningún emperador —dijo Cohen—. No tengo nada contra matar emperadores, pero no hemos matado a ninguno.

—Hace una hora que lo mataron en su cama —dijo lord Hong.

—No hemos sido nosotros —dijo el señor Saveloy.

—Has sido tú —dijo Rincewind—. Pero como matar al emperador va contra las reglas, querías que pareciera que lo había hecho el Ejército Rojo.

Lord Hong se lo quedó mirando como si lo viera por primera vez y no se alegrara precisamente de ello.

—Dadas las circunstancias —dijo lord Hong—. Dudo que alguien os creyera.

—¿Qué pasa si nos rendimos ahora? —preguntó el señor Saveloy—. Son cosas que me gusta saber.

—Que moriréis muy despacio de formas... interesantes.

—Es la saga de mi vida —dijo Cohen—. Siempre he estado muriendo muy despacio de formas interesantes. ¿Qué va a ser? ¿Combates por las calles? ¿Casa por casa? ¿Batalla campal sin reglas o qué?

—En el mundo real —dijo otro de los lores—, nosotros batallamos. No hacemos escaramuzas como los bárbaros. Nuestros ejércitos se reunirán al despuntar el alba.

—¿Qué es lo que van a despuntar?

—Quiere decir al amanecer, Cohen.

—Ah, lenguaje civilizado otra vez. ¿Dónde?

—¡En la llanura que hay frente a la ciudad!

—Muy bien —dijo Cohen—. Nos abrirá el apetito para el desayuno. ¿Podemos hacer algo más por vosotros?

—¿Cómo de grande es tu ejército, bárbaro?

—No os creeríais lo grande que es —dijo Cohen, y era probablemente cierto—. Hemos arrasado países enteros. Hemos borrado ciudades del mapa. Por donde pasa mi ejército, ya no crece nada.

—Eso por lo menos es cierto —dijo el señor Saveloy.

—¡No hemos oído hablar nunca de vosotros! —dijo el señor de la guerra.

—Sí —dijo Cohen—. Así de buenos somos.

—Esto, hay otra cosa que decir sobre su ejército —dijo alguien.

Todos se volvieron hacia Rincewind, que había estado casi tan sorprendido como ellos de oír su voz. Pero una línea de pensamiento había alcanzado su estación terminal.

—¿Sí?

—Puede que se hayan preguntado por qué solamente han visto a los... generales —continuó Rincewind, despacio, como si fuera pensando sobre la marcha—. Es porque, ¿saben?, los hombres en si son... invisibles. Ejem. Sí. Fantasmas, de hecho. Todo el mundo sabe esto, ¿no?

Cohen se lo quedó mirando con la boca abierta de asombro,

—Fantasmas chupasangre, para ser precisos —dijo Rincewind—. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que eso es lo que hay al otro lado de la Muralla, ¿no?

Lord Hong soltó un soplido de burla. Pero los señores de la guerra miraron a Rincewind con cara de tener la firme sospecha de que la gente del otro lado de la Muralla eran de Carne y Hueso pero también conscientes de depender de millones de personas que creían lo contrario.

—¡Eso es ridículo! Vosotros no sois fantasmas invisibles chupasangre —dijo uno de ellos.

Cohen abrió la boca de forma que le brillaron los dientes de diamante.

—Exacto —dijo—. Porque nosotros somos... de los visibles.

—¡Ja! ¡Menudo intento patético! —dijo lord Hong—. ¡Fantasmas o no, os venceremos!

—Bueno, ha ido mejor de lo que yo esperaba —comentó el señor Saveloy después de que se marcharan los señores de la guerra—. ¿Acaso estaba usted intentando usar un poco de guerra psicológica, señor Rincewind?

—¿Eso ha sido? Yo sé bastante de eso —dijo Cohen—. Es como cuando te pasas toda la noche anterior a la batalla golpeando tus escudos para que el enemigo no pueda dormir y cantando: «Os vamos a cortar los tolones» y cosas por el estilo.

—Parecido —dijo el señor Saveloy, diplomático—. Pero me temo que no ha funcionado. Lord Hong y sus generales son demasiado sofisticados. Es una lástima enorme que no pudierais probarlo con los soldados de a pie.

Se oyó el chillidito débil de un conejo detrás de ellos. Se dieron la vuelta y vieron que estaban haciendo entrar a la unidad más bien joven del Ejército Rojo. Mariposa iba con ellos. Incluso le dedicó una débil sonrisa a Rincewind.

Rincewind siempre había confiado en la huida. Pero a veces, tal vez, había que quedarse y luchar, aunque solamente fuera porque no quedaba ningún sitio al que huir.

Pero las armas no se le daban nada bien.

Por lo menos las normales.

—Esto... —dijo—. Si nos marchamos del palacio ahora, nos matarán, ¿verdad?

—Lo dudo —dijo el señor Saveloy—. Ahora las cosas han pasado a la jurisdicción del Arte de la Guerra. Alguien como Hong probablemente nos degollaría, pero como ahora se ha declarado la guerra, las cosas se tienen que hacer de acuerdo con la tradición.

Rincewind respiró hondo.

—Es una posibilidad de uno contra un millón —dijo—. Pero puede funcionar.

Los Cuatro Jinetes cuya Cabalgada presagia el fin del mundo son conocidos como Muerte, Guerra, Hambre y Peste. Pero hasta los acontecimientos menos importantes tienen sus propios jinetes. Por ejemplo, los Cuatro Jinetes del Resfriado Común son Moquera, Congestión De Pecho, Napia y Falta de Pañuelos. Los Cuatro Jinetes cuya aparición anuncia cualquier fiesta del calendario son Tormenta, Ventolera, Aguanieve y Carril Habilitado En Sentido Contrario.

Entre los ejércitos acampados en la amplia llanura aluvial que rodeaba Hunghung, los jinetes invisibles conocidos como Desinformación, Rumor y Cotilleo ensillaron sus caballos...

Un ejército grande acampado tiene todos los tediosos problemas de una ciudad y ninguna de las ventajas. Sus fogatas de guardia y sus piquetes de asedio acaban por abrirse a los civiles del lugar, sobre todo si estos tienen algo que vender y más todavía si se trata de mujeres cuya virtud tiene cierta componente comercial, e incluso a veces sí parecen estar vendiendo alguna comida que rompa la monótona dieta del ejercito. La comida que se estaba vendiendo en aquellos momentos era ciertamente una ruptura.

—¡Bolas de cerdo! ¡Bolas de cerdo! Cómprenlas mientras están... —Hubo una pausa mientras el vendedor ambulante ensayaba mentalmente formas de terminar la frase y acababa por rendirse—. ¡Bolas de cerdo! ¡En palillo! ¿Qué me dice, shogun? Parece usted la clase... Espera, ¿tú no eres...?

—¡Callacallacallacalla!

Rincewind empujo a A.KM.H.E.H.K. Esculidi—san a las sombras que había junto a una tienda de campaña.

El mercader miró la cara angustiada y enmarcada por un traje de eunuco y un sombrero grande de paja.

—Eres el Hechicero, ¿no? ¿Cómo est...?

—¿Te acuerdas de que tenías muchas ganas de hacerte muy rico con el comercio internacional? —preguntó Rincewind.

—Sí. ¿Podemos empezar ya?

—Pronto, pronto. Pero primero tienes que hacer una cosa. ¿Has oído ese rumor sobre el ejército de fantasmas vampiros invisibles que se dirige hacia aquí?

Los ojos de A.F.M.H.E.H.K. Esculidi—san giraron nerviosamente. Pero formaba parte de su arsenal comercial no parecer nunca ignorante de nada salvo, tal vez, de cómo dar el cambio correcto.

—Sí... —dijo.

—¿Ese que dice que son millones? —dijo Rincewind— ¿Y que tienen mucha hambre porque no han comido nada en todo el camino? ¿Y que el Gran Hechicero los ha vuelto especialmente feroces?

—Esto... sí...

—Bueno, pues no es verdad.

—¿Ah, no?

—¿No me crees? ¿Quién lo va a saber mejor que yo?

—Eso es verdad.

—Y no queremos que cunda el pánico, ¿verdad?

—El pánico siempre es muy malo para los negocios —dijo A.F.M.H.E.H.K., asintiendo con expresión incómoda.

—Pues asegúrate de decirle a la gente que no hay nada de verdad en ese rumor, ¿de acuerdo? Que ya pueden estar tranquilos.

—Buena idea. Esto... Esos fantasmas vampiros invisibles... ¿no llevarán dinero de alguna clase?

—No. Porque no existen.

—Ah, sí. Me había olvidado.

—Y no son 2.300.009 —dijo Rincewind. Estaba bastante orgulloso de aquel pequeño detalle.

—No son 2.300.009... —dijo A.F.M.H.E.H.K. con la mirada un poco vidriosa.

—En absoluto. No son 2.300.009, no importa lo que diga nadie. Y el Gran Hechicero no ha duplicado su tamaño normal. Muy bien. Ahora me tengo que ir...

Rincewind se alejó a la carrera.

El mercader se quedó un momento reflexionando. Se le ocurrió de pronto que probablemente ya había vendido bastantes cosas por el momento y que tal vez debería marcharse a casa y pasar una noche tranquila dentro de un barril en el sótano con un saco en la cabeza.

Su ruta lo llevó a través de la mayor parte del campamento. Se aseguró de que los soldados con que se encontraba se enteraran de que el rumor era totalmente falso, aunque aquello comportara invariablemente que, antes de nada, tuviera que decirles cuál era exactamente el rumor.

Un conejo de juguete chilló nervioso.

—¡Y tengo miedo a loz fantazmaz vampiroz inviziblez! —sollozó Perla Favorita.

Los soldados congregados en torno a aquella fogata en concreto intentaron tranquilizarla, pero por desgracia no había nadie que los tranquilizara a ellos.

—¡Yo he oído que ya se han comido a algunos hombres!

Un par de soldados miraron por encima del hombro. No se veía nada en la oscuridad, aunque aquello no era precisamente un signo tranquilizador.

El Ejército Rojo se desplazaba oblicuamente de una fogata a otra, Rincewind había sido muy específico. Se había pasado toda su vida adulta, o por lo menos aquellas partes de la misma en que no estaba siendo perseguido por cosas que tenían más patas que dientes, en la Universidad Invisible, y tenía la sensación de saber de qué estaba hablando en aquellos momentos. No le digáis nada a la gente, les dijo. No se lo digáis. Uno no conseguía sobrevivir como mago en la UI creyendo en lo que le decía la gente. Sino creyendo en lo que no le decía.

No se lo digáis. Preguntádselo. Preguntadles si es verdad. Podéis suplicarles que os digan que no es verdad. O podéis incluso decirles que os han dicho que les digáis que no es verdad, y esa es la mejor de todas.

Porque Rincewind sabía muy bien que cuando los Cuatro Jinetes más bien pequeños y desagradables del Pánico echaban a cabalgar, Desinformación, Rumor y Cotilleo hacían siempre un buen trabajo, pero los tres juntos no eran nada comparados con el cuarto jinete, que se llamaba Negación.

Al cabo de una hora Rincewind se sintió bastante innecesario.

Brotaban conversaciones en todas partes, sobre todo en las zonas del margen de los campamentos, donde la noche se extendía enorme y oscura y tan obviamente vacía.

—Muy bien, ¿entonces cómo es posible que digan que no son 2.300.009, eh? Si no existen, ¿por qué hay un número?

—Mira, los fantasmas vampiros invisibles no existen, ¿de acuerdo?

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez has visto alguno?

—Escucha, he ido a preguntarle al capitán y me ha dicho que está seguro de que ahí fuera no hay ningún fantasma invisible.

—¿Cómo puede estar seguro si no puede verlos?

—Dice que los fantasmas vampiros invisibles no existen.

—¡Oh! ¿Y cómo es que ahora de repente dice eso? Mi abuelo me contó que había millones de ellos fuera de la...

—Espera... ¿Qué ha sido eso...?

—¿El qué?

—Juraría que he oído algo...

—Pues yo no veo nada.

—¡Oh, no!

Las cosas debían de haberse filtrado al Alto Mando porque, cuando se acercaba la medianoche, sonaron las trompetas por los campamentos y se leyó una proclama especial.

La proclama confirmaba que los fantasmas vampiros eran reales en general pero negaba su existencia en cualquier sentido específico e inmediato. Era una obra maestra de su género, sobre todo porque llevaba todo el asunto a las orejas de los soldados que el Ejército Rojo todavía no había podido alcanzar.

Una hora más tarde la situación había llegado a su punto crítico y Rincewind estaba oyendo cosas que no se había inventado personalmente y que en líneas generales preferiría con mucho no oír.

Se puso a charlar con un par de soldados y dijo:

—Estoy seguro de que no existe un ejército inmenso de fantasmas vampiros hambrientos.

Y ellos le dijeron:

—No, hay siete ancianos.

—¿Solamente siete ancianos?

—He oído que son muy, muy ancianos —dijo un soldado—. Demasiado para morir. Alguien de palacio me ha dicho que pueden atravesar las paredes y hacerse invisibles.

—Oh, venga ya —dijo Rincewind—. ¿Siete ancianos luchando contra todo este ejército?

—Da que pensar, ¿eh? El cabo Toshi dice que los ayuda el Gran Hechicero. Tiene lógica. Yo no lucharía contra un ejército entero si no tuviera un montón de magia de mi lado.

—Esto... ¿Alguien sabe qué aspecto tiene el Gran Hechicero? —preguntó Rincewind.

—Dicen que es más alto que una casa y que tiene tres cabezas.

Rincewind asintió con expresión alentadora.

—He oído —dijo un soldado— que el Ejército Rojo también va a luchar de su lado.

—¿Y qué? El cabo Toshi dice que son un hatajo de críos.

—No, lo que yo he oído... el Ejército Rojo de verdad... ya sabéis...

—¡El Ejército Rojo no se va a poner del lado de unos invasores bárbaros! Además, el Ejército Rojo no existe. No es más que un mito.

—Igual que los fantasmas vampiros invisibles —dijo Rincewind, dándole otra vueltecita al mecanismo de ansiedad.

—Esto... sí.

Los dejó discutiendo.

No había nadie que desertara. Adentrarse corriendo en una noche llena de terrores no específicos era peor que quedarse en el campamento. Pero aquello estaba bien, decidió. Quería decir que la gente verdaderamente asustada se estaba quedando en su sitio y buscando que sus compañeros los tranquilizaran. Y no había nada como alguien repitiendo «Estoy segurísimo de que no existen los hechiceros vampiros» y yendo a la letrina cuatro veces por hora para insuflarle agallas a un pelotón.

Rincewind se escabulló de vuelta a la ciudad, rodeó una tienda en las sombras y chocó con un caballo, que le dio un pisotón tremendo en el pie.

—¡Tu mujer es un hipopótamo enorme!

LO SIENTO.

Rincewind se quedó paralizado, agarrándose el pie dolorido con las dos manos. Solamente conocía a una persona con una voz que parecía un cementerio en pleno invierno.

Intentó dar un saltito hacia atrás y chocó con otro caballo.

RINCEWIND, ¿VERDAD?, dijo la Muerte. SÍ. BUENAS TARDES. CREO QUE NO CONOCES A GUERRA. RINCEWIND, GUERRA. GUERRA, RINCEWIND.

Guerra se tocó el yelmo a modo de saludo.

—El placer es mío —dijo. Señaló a los otros tres jinetes—. Me gustaría presentarle a mis hijos, Terror y Pánico. Y a mi hija Clancy.

Los niños dijeron hola a coro. Clancy tenía el ceño fruncido, aparentaba unos siete años y llevaba un casco y una insignia del Pony Club.

NO ESPERABA VERTE AQUÍ, RINCEWIND.

—Ah, bien.

La Muerte se sacó un reloj de arena de la túnica, lo alzó a la luz de la luna y suspiró. Rincewind estiró el cuello para ver cuánta arena quedaba.

AUNQUE YA PUESTOS, PODRÍA...

—No hace falta que hagas ningún arreglo especial solamente por mí—se apresuró a decir Rincewind—. Yo, esto... supongo que estáis aquí todos por la batalla...

SÍ. PROMETE SER EXTREMADAMENTE... CORTA.

—¿Quién va a ganar?

VENGA, SABES QUE NO TE LO DIRÍA, NI AUNQUE LO SUPIERA.

—¿Aunque lo supieras? —dijo Rincewind—. ¡Yo creía que tú lo sabías todo!

La Muerte levantó un dedo. Algo bajó revoloteando del cielo nocturno. A Rincewind le pareció que era una polilla, aunque daba la impresión de ser menos suave y tenía un extraño dibujo moteado en las alas.

Se posó un momento en el dedo extendido y luego remontó el vuelo y se alejó de nuevo.

EN UNA NOCHE COMO ESTA, dijo la Muerte, LA ÚNICA COSA SEGURA ES LA INCERTIDUMBRE. TRILLADO, LO SÉ, PERO CIERTO.

En algún punto del horizonte sonó un trueno.

—Esto, bueno, yo me tendría que ir yendo —dijo Rincewind.

DÉJATE VER UN POCO MÁS, dijo la Muerte, mientras el mago se iba corriendo.

—Un tipo raro —dijo Guerra.

CON ÉL AQUÍ, HASTA LA INCERTIDUMBRE ES INCIERTA. Y NI SIQUIERA ESTOY SEGURO DE ESO.

Guerra sacó de sus alforjas un paquete grande envuelto en papel.

—Tenemos... déjame ver... huevo con berros, pollo al curry y queso curado con pepinillos crujientes, me parece.

HOY EN DÍA HACEN UNOS BOCADILLOS MARAVILLOSOS.

—Oh... y beicon sorpresa.

¿EN SERIO? ¿Y QUÉ TIENE DE SORPRENDENTE EL BACON?

—No sé. Supongo que para el cerdo debió ser una sorpresa.

Ridcully había estado librando una larga lucha consigo mismo y la había ganado.

—Vamos a traerlo de vuelta —dijo—. Ya lleva cuatro días. Y luego podemos mandarles de vuelta el tubo ese de los cojones. Me da repelús.

Los magos veteranos se miraron entre ellos. A nadie le hacía mucha gracia una universidad con Rincewind en sus filas, pero el perro de metal les daba bastante repelús. Nadie había querido acercarse a él. Habían amontonado unas cuantas mesas a su alrededor e intentaban fingir que no estaba allí.

—Muy bien —dijo el decano—. Pero Stibbons no paraba de hablar de cosas que pesan lo mismo, ¿no? Si mandamos eso de vuelta, ¿no quiere decir eso que Rincewind llegará aquí muy deprisa?

—El señor Stibbons dice que está trabajando en el conjuro —dijo Ridcully—. O también podríamos amontonar algunos colchones en un extremo del pasillo o algo así.

El tesorero levantó la mano.

—¿Sí, tesorero? —dijo Ridcully en tono alentador.

—¡Eh, patrón, una pinta de vuestra mejor cerveza! —dijo el tesorero.

—Bien —dijo Ridcully—. Decidido entonces. Ya le he dicho al señor Stibbons que empiece a buscar...

—¿Con ese artefacto demoníaco?

—Sí.

—Entonces nada puede salir mal, seguro —dijo el decano en tono amargo.

—Una trompeta de langostas, si es tan amable.

—Y el tesorero está de acuerdo.

Los señores de la guerra se habían reunido en los aposentos de lord Hong. Se mantenían cuidadosamente a distancia los unos de los otros, como correspondía a enemigos que estaban formando la más precaria de las alianzas. Una vez se hicieran cargo de los bárbaros, la batalla todavía podía continuar. Pero querían garantías acerca de una cuestión en particular.

—¡No! —dijo lord Hong—. ¡Que esto quede absolutamente claro! No existe ningún ejército invisible de fantasmas chupasangre, ¿lo entienden? La gente que vive al otro lado de la Muralla es como nosotros, aunque inmensamente inferior en todos los sentidos, por supuesto. Y totalmente visibles.

Uno o dos de los lores no parecían muy convencidos.

—¿Y todos esos rumores sobre el Ejército Rojo? —preguntó uno de ellos.

—¡El Ejército Rojo, lord Tang, es una chusma indisciplinada a la que se aplastará con fuerza ejemplar!

—Ya sabéis de qué Ejército Rojo hablan los campesinos —dijo lord Tang—. Dicen que hace miles de años...

—Dicen que hace miles de años un mago que no existió cogió barro y relámpagos y creó unos soldados que no podían morir —dijo lord Hong—. Sí. Es solo un cuento, lord Tang. Un cuento inventado por campesinos que no entendían lo que estaba pasando realmente. El ejército de Un Espejo de Sol simplemente tenía —hizo un gesto vago con la mano— mejores armaduras y más disciplina. No me dan miedo los fantasmas, y ciertamente no me da miedo una leyenda que probablemente no existió nunca.

—Sí, pero...

—¡Adivino! —saltó lord Hong. El adivino, que no se lo esperaba, dio un respingo.

—¿Sí, mi señor?

—¿Cómo van esas entrañas?

—Esto... Ya están casi listas, mi señor —dijo el adivino.

El adivino estaba más bien preocupado. Se dijo a sí mismo que tal vez se hubiera equivocado de ave. Lo único que le estaban diciendo las entrañas era que si conseguía salir vivo de aquello, él, el adivino, podía tener la fortuna de disfrutar de una cena a base de pollo. Pero lord Hong sonaba como un hombre con el tipo más peligroso de impaciencia.

—¿Y qué te dicen?

—Esto... el futuro es... el futuro es...

Las entrañas de pollo nunca habían tenido aquel aspecto. Durante un momento le pareció que se estaban moviendo.

—Esto... es incierto —aventuró.

—Pues cerciórate —dijo lord Hong—. ¿Quién vencerá por la mañana?

Unas sombras parpadearon sobre la mesa.

Había algo revoloteando por delante de la luz.

Parecía una polilla común y amarillenta, con dibujos negros en las alas.

Las capacidades precognitivas del adivino, que eran considerablemente más poderosas de lo que él creía, se lo dijeron: aquel no era un buen momento para ser clarividente.

Por otro lado, ningún momento era bueno para ser horriblemente ejecutado, así que...

—Sin ningún asomo de duda —dijo—, el enemigo será derrotado de la forma más rotunda.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo lord McSweeney.

El adivino puso cara de ofendido.

—¿Veis esta cosita que tiembla junto a los riñones? ¿Queréis discutir con esta cosita verde que chorrea? ¿De pronto lo sabéis todo sobre el hígado? ¿De acuerdo?

—Ahí lo tienen —dijo lord Hong—. El sino nos sonríe.

—Con todo... —empezó a decir lord Tang—. Los hombres están muy...

—Podéis decirle a los hombres... —empezó a decir lord Hong. Se detuvo. Sonrió—. Podéis decirle a los hombres que sí que hay un ejército enorme de fantasmas vampiros invisibles.

—¿Qué?

—¡Sí! —Lord Hong se puso a dar zancadas de un lado a otro y a chasquear los dedos—. Sí que hay un ejército terrible de fantasmas extranjeros. Y eso ha enfurecido tanto a nuestros propios fantasmas... ¡Sí, un millar de generaciones de nuestros antepasados están cabalgando a lomos del viento para repeler la invasión bárbara! ¡Los fantasmas del Imperio se levantan! ¡Millones y millones! ¡Incluso nuestros demonios están furiosos por esta intrusión! Van a descender como una niebla de garras y dientes sobre... ¿Sí, lord Sung?

Los señores de la guerra se estaban mirando nerviosos entre ellos.

—¿Estáis seguro de esto, lord Hong?

A lord Hong le resplandecieron los ojos detrás de sus gafitas diminutas.

—Hagan las proclamas necesarias —dijo.

—Pero hace solamente unas horas que les dijimos a los hombres que no había...

—¡Pues decidles lo contrario!

—Pero ellos creerán que...

—¡Creerán lo que se les diga! —gritó lord Hong—. Si el enemigo cree que su fuerza reside en el engaño, entonces usaremos remos su engaño contra ellos. ¡Decidle a los hombres que tendrán como apoyo a mil millones de fantasmas del Imperio!

Los demás señores de la guerra intentaron evitar su mirada. Nadie iba a atreverse a sugerir que al soldado medio no le haría mucha gracia tener fantasmas por delante y por detrás, sobre todo teniendo en cuenta lo caprichosos que eran los fantasmas.

—Bien —dijo lord Hong. Bajó la vista—. ¿Todavía estás aquí?

—¡Estoy limpiando mis menudillos, señor! —chilló el adivino.

Recogió los restos de su pollo desmenuzado y puso pies en polvorosa.

Al fin y al cabo, se dijo a sí mismo mientras regresaba a toda prisa a su casa, tampoco he dicho el enemigo de quién.

Lord Hong se quedó solo.

Se dio cuenta de que estaba temblando. Probablemente fuera la furia. Pero quizá... Quizá podía darle la vuelta a la situación para su propio beneficio. Los bárbaros venían del exterior, y para la mayoría de la gente todo lo que había en el exterior era lo mismo. Sí. Los bárbaros eran un detalle insignificante, fácil de solucionar, pero tal vez, si se gestionaba de la forma adecuada, podían tener un lugar en el conjunto de su estrategia.

También estaba jadeando.

Fue a su estudio privado y cerró la puerta.

Sacó la llave.

Abrió la caja.

Hubo unos minutos de silencio, excepto por el susurro de la tela.

Luego lord Hong se miró al espejo.

Se había esforzado mucho para conseguir aquello. Había usado a diversos agentes, ninguno de los cuales conocía todo el plan. Pero el sastre de Ankh—Morpork había hecho bien su trabajo y había seguido las medidas con exactitud. Desde las botas en punta y las calzas hasta el jubón, la capa y el sombrero con una pluma, lord Hong supo que era un perfecto caballero de Ankh—Morpork. La capa estaba forrada de seda.

La ropa le caía incómoda y le rozaba de forma poco familiar, pero aquellos eran detalles menores. Aquel era el aspecto de un hombre en una sociedad que respiraba, que se movía y que podía ir a alguna parte...

Caminaría por la ciudad aquel gran primer día y la gente se quedaría muda cuando viera a su líder natural.

Nunca le pasó por la cabeza que alguien pudiera decir: «¡Mira, menudo capullo repeinado! ¡Tírale medio ladrillo!».

Las hormigas corretearon. La cosa que hacía «parp» hizo parp.

Los magos se apartaron. No había gran cosa que hacer cuando Hex trabajaba a todo gas, salvo mirar los peces y engrasar las ruedas de vez en cuando. Los tubos emitían destellos ocasionales de octarino.

Hex estaba elaborando varios centenares de conjuros por minuto. Así de simple. Un humano tardaría más de una hora en hacer un conjuro ordinario de búsqueda. Pero Hex podía hacerlo más deprisa. Una y otra vez. Estaba peinando todo el mar de lo oculto en busca de un pez escurridizo en concreto.

Al cabo de noventa y tres minutos terminó lo que de otra forma le habría tomado varios meses al profesorado.

—¿Lo ven? —dijo Ponder, con la voz un poco temblorosa mientras recogía la hilera de bloques de la ranura de salida—. Ya les dije que él lo podía hacer.

—¿Quién es él? —preguntó Ridcully.

—Hex.

—Ah, se refiere a esta cosa.

—A eso me refería, señor... esto... sí.

Otra cosa que tenía la Horda, se había fijado el señor Saveloy, era su capacidad para relajarse. Aquellos ancianos tenían la capacidad gatuna de no hacer nada cuando no había nada que hacer.

Habían afilado sus espadas. Habían comido —trozos grandes de carne para casi todos y una especie de gachas para Hamish el Loco, que se manchó casi toda la barba— y se habían asegurado de la salubridad de la comida trayendo al cocinero, clavándolo al suelo por el delantal y suspendiendo un hacha de una soga que pasaba por encima de una viga del techo y cuyo otro extremo sostenía Cohen, mientras comía.

Luego habían afilado sus espadas otra vez, por pura costumbre, y... se habían detenido.

De vez en cuando uno de ellos silbaba un fragmento de una melodía, a través de los dientes que le quedaban, o bien se inspeccionaba un resquicio corporal en busca de algún piojo particularmente recalcitrante. Principalmente, sin embargo, estaban sentados con la mirada perdida.

Al cabo de un rato largo, Caleb dijo:

—¿Sabéis? No he estado nunca en XXXX. He estado en todos los demás sitios. A veces me pregunto cómo debe de ser.

—Una vez naufragué allí —dijo Vincent—. Un sitio raro. Infestado de magia. Hay castores con pico y ratas gigantes con colas largas que van dando saltos por ahí y boxean entre ellas. Y tíos negros por todas partes. Dicen que están en un sueño. Pero son listos. Dales un trozo de desierto con un árbol muerto en medio y al cabo de un minuto han encontrado una comida de tres platos con frutas y frutos secos de postre. Y la cerveza es buena.

—Tiene buena pinta.

Hubo otra larga pausa.

Y luego:

—Supongo que por aquí deben de tener juglares, ¿no? Sería una jodida pérdida de tiempo si nos mataran y nadie escribiera ninguna canción, ¿verdad?

—Una ciudad como esta debe de tener montones de juglares.

—Ah, entonces no hay problema.

—No.

—No.

Hubo otra pausa larga.

—No es que nos vayan a matar.

—No, claro. No tengo intención de dejarme matar mientras viva, ja, ja.

Otra pausa.

—¿Cohen?

—¿Sí?

—¿Tú eres un hombre religioso?

—Bueno, en mi época asalté montones de templos y maté a unos cuantos sacerdotes locos. No sé si eso cuenta.

—¿Qué cree tu tribu que pasa cuando mueres en la batalla?

—Oh, que vienen unas mujeres gordas con cuernos en los cascos y te llevan a los salones de Ío donde hay peleas y juerga y papeo para toda la eternidad.

Otra pausa.

—O sea, ¿para toda la eternidad, en serio?

—Yo creo que sí.

—Porque por lo general uno se harta hasta de comer pavo alrededor del cuarto día.

—Muy bien, ¿pues en qué creen los tuyos?

—Yo pienso que vamos al infierno en una barca hecha de uñas cortadas de los pies. O algo parecido, vamos.

Otra pausa.

—Pero no vale la pena hablar de ello porque hoy no nos van a matar.

—Tú lo has dicho.

—Ja, no vale la pena morirse si lo único que te espera son sobras de carne y flotar por ahí en una barca que huele a tus calcetines, ¿no?

—Ja, ja.

Otra pausa.

—En Klatch creen que si eres bueno en vida te recompensan enviándote a un paraíso lleno de jovencitas.

—¿Y esa es tu recompensa?

—No sé. Tal vez sea el castigo de ellas. Pero me acuerdo de que te pasas el día bebiendo sorbete.

—Ja. Cuando yo era niño teníamos sorbete como es debido, en unos tubitos y con una pajita de regaliz para chupar. Hoy ya no se encuentran esas cosas. La gente lo hace todo con prisas.

—Aun así, tiene mejor pinta que zamparte las uñas de los pies.

Otra pausa.

—¿Alguna vez has creído en eso de que todos los enemigos que matas se convierten en tus sirvientes en el otro mundo?

—No sé.

—¿A cuántos has matado?

—¿Cómo? Ah. A unos dos o tres mil. Sin contar a los enanos y a los trolls, claro.

—Entonces está claro que no te va a faltar quien te cepille el pelo o te abra las puertas cuando estés muerto.

Pausa.

—Pero está claro que no vamos a morir, ¿verdad?

—Verdad.

—O sea, una proporción de cien mil a uno... ja. La diferencia no son más que un montón de ceros, ¿verdad?

—Verdad.

—O sea, con camaradas recios a nuestro lado, un brazo poderoso... ¿qué más podemos pedir?

Pausa.

—Un volcán nos iría de perlas.

Pausa.

—Vamos a morir, ¿verdad?

—Sí.

Los miembros de la Horda se miraron entre ellos.

—Con todo, mirando el lado bueno, me acuerdo de que todavía le debo a Fafa el Enano cincuenta dólares por esta espada —dijo Willie el Chaval—. Parece que voy a terminar ganándole esta mano.

El señor Saveloy se llevó las manos a la cabeza.

—Lo siento mucho —dijo.

—No te preocupes —dijo Cohen.

La luz gris del amanecer apenas era visible en las ventanas altas.

—Mirad —dijo el señor Saveloy—. No hace falta que muráis. Podemos... bueno. Podemos escabullirnos. Tal vez volver a salir por la tubería. Tal vez podamos llevar en brazos a Hamish. La gente entra y sale todo el tiempo. Estoy seguro de que podemos salir de... la ciudad... sin... ningún...

Su voz se fue apagando. Ninguna voz podía continuar bajo la presión de aquellas miradas. Incluso Hamish, cuya mirada por lo general se enfocaba en algún punto a ochenta años de distancia, lo miraba con furia.

—No pienso escaparme —dijo Hamish.

—No es escaparse —consiguió decir él—. Es una retirada sensata. Táctica. ¡Por todos los dioses, es sentido común!

—No pienso escaparme.

—¡Pero hasta los bárbaros saben contar! ¡Y ya habéis admitido que vais a morir!

—No pienso escaparme.

Cohen se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos al señor Saveloy en la mano.

—Es lo de ser un héroe, ¿sabes? —dijo—. ¿Quién ha oído hablar de un héroe que se escapa? Todos esos niños de los que hablabas... ya sabes, esos que creían que éramos relatos... ¿te parece que se iban a creer que nos escapamos? Pues entonces. No, escaparse no forma parte de esto. Que se escapen otros.

—Además —dijo Truckle—, ¿dónde íbamos a conseguir una oportunidad como esta? ¡Seis contra cinco ejércitos! ¡Es la hos... es fantástico! Ya no estamos hablando de leyendas, creo que tenemos un pie dentro de la mitología también.

—Pero... vais a... morir.

—Oh, eso es parte de ello, ya lo creo, es parte de ello, Pero qué forma de palmarla, ¿eh?

El señor Saveloy los miró y se dio cuenta de que hablaban en un idioma distinto de un mundo distinto. Un idioma para el que él no tenía clave, un mundo para el que no tenía mapa. Se les podía enseñar a llevar pantalones interesantes y a manejar dinero, pero había algo en sus almas que se quedaba exactamente igual.

—¿Van los maestros a algún sitio especial cuando mueren? —preguntó Cohen.

—Creo que no —dijo el señor Saveloy en tono lúgubre. Durante un momento se preguntó si realmente existía una gran Hora Libre en el cielo. No parecía muy probable. Lo más seguro era que hubiera que corregir exámenes.

—Bueno, pase lo que pase, cuando estés muerto, si te apetece una buena borrachera estás invitado a pasarte cuando quieras —dijo Cohen—. Nos hemos divertido. Eso es lo importante. Y hemos aprendido cosas, ¿verdad, chicos?

Hubo un murmullo general de asentimiento.

—Asombroso, todas esas palabras tan complicadas.

—Y aprender a comprar cosas.

—Y la interacción social, jo, jo... lo siento.

—¿Mande?

—Es una pena que no funcionara, pero nunca se me ha dado bien hacer planes —dijo Cohen.

El señor Saveloy se puso de pie.

—Pues voy a ir con vosotros —dijo ceñudo.

—¿Cómo, a pelear?

—Sí.

—¿Sabes manejar una espada? —dijo Truckle.

—Esto... no.

—Entonces has desperdiciado toda la vida.

El señor Saveloy puso cara de ofendido.

—Espero cogerle el tranquillo sobre la marcha —dijo.

—¿El tranquillo? ¡Pero si es una espada!

—Sí, pero... cuando uno es maestro tiene que aprender las cosas deprisa. —El señor Saveloy sonrió nervioso—. Una vez di clases de alquimia práctica durante un trimestre entero mientras el señor Cisma estaba de baja por hacerse explotar, y hasta aquel momento no había visto nunca un crisol.

—Ten —Willie el Chaval le dio al maestro una espada que sobraba. Saveloy la sopesó.

—Esto... supongo que debe de haber un manual o algo parecido, ¿no?

—¿Manual? No. La coges del lado que no está afilado y con el otro pinchas a la gente.

—Ah, ¿en serio? Bueno, parece bastante sencillo. Yo creía que era más complicado.

—¿Seguro que quieres venir con nosotros?

El señor Saveloy adoptó una expresión firme.

—Por supuesto. Dudo mucho que yo sobreviva si vosotros perdéis y... bueno, parece que vosotros los héroes tenéis un paraíso mejor. Tengo que decir que sospecho bastante que también tenéis una vida mejor. Y la verdad es que no sé adónde van los maestros cuando mueren, pero tengo la horrible sospecha de que estará lleno de profesores de gimnasia.

—Es solamente que no sé si vas a ser capaz de enloquecer de furia como es debido —dijo Cohen—. ¿Alguna vez has sentido que caía sobre tus ojos una niebla rojiza y al despertar te encuentras con que has matado a veinte personas a mordiscos?

—Antes me consideraban bastante cascarrabias cuando la gente hacía mucho ruido en clase —dijo el señor Saveloy—. Y un buen tirador con un trozo de tiza.

—¿Y qué hay de ti, recaudador?

Seis Vientos Benéficos se apartó bruscamente.

—Creo... creo que probablemente yo estoy más hecho para resquebrajar el sistema desde dentro —dijo.

—Muy bien. —Cohen miró a los demás—. Nunca he librado esta clase de guerras oficiales —dijo—. ¿Cómo se supone que funcionan?

—Creo que simplemente hay que alinearse unos enfrente de otros y después cargar —dijo el señor Saveloy.

—Parece bastante sencillo. Muy bien, vamos allá.

Se fueron dando zancadas resueltas, salvo en un caso que se fue rodando y en otro que se movió con el trote plácido del señor Saveloy, por el pasillo. El recaudador los siguió.

—¡Señor Saveloy! —gritó—. ¡Sabe usted lo que va a pasar! ¿Es que ha perdido la razón?

—Sí —dijo el maestro—. Pero puede que haya encontrado otra mejor.

Sonrió para sus adentros. Hasta el momento toda su vida había sido complicada. Había habido horarios y listas y una cesta entera de cosas que tenía que hacer y otras que no podía hacer, y en medio de todo aquello la vida del señor Saveloy había sido una cosita escurridiza que intentaba sobrevivir. Pero ahora todo se había vuelto muy simple de repente. Agarrabas un lado y pinchabas a la gente con el otro. Se podía vivir toda una vida siguiendo una máxima como aquella. Y después tener una vida de ultratumba muy interesante...

—Ten, te hará falta también esto —dijo Caleb, clavándole algo redondo en las costillas mientras salían a la luz gris—. Es un escudo.

—Ah. Es para protegerme, ¿verdad?

—Si te hace falta de verdad, muerde el borde.

—Ah, ya sé —dijo el señor Saveloy—. Eso es cuando uno enloquece de furia, ¿no?

—Puede ser, puede ser —dijo Caleb—. Es por eso que lo hacen muchos guerreros. Pero yo personalmente lo hago porque está hecho de chocolate.

—¿De chocolate?

—Nunca se encuentra comida decente en estas batallas.

Y aquí estoy yo, pensó el señor Saveloy, desfilando por la calle en compañía de héroes. Son los grandes luch...

—Y en caso de duda, quítate toda la ropa —dijo Caleb.

—¿Para qué?

—Quitarse toda la ropa es señal de que uno enloquece bien de furia. Hace que el enemigo se cague de miedo. Y si alguien se echa a reír, dales con la espada.

Hubo un movimiento bajo las mantas de la silla de ruedas.

—¿Mande?

—Digo que DALES CON LA ESPADA, Hamish.

Hamish levantó un brazo que parecía un hueso recubierto de piel y daba la impresión de ser demasiado flaco para cargar con el hacha con que, de hecho, estaba cargado.

—¡Eso es! ¡En todos los cataplines!

El señor Saveloy le dio un codazo a Caleb.

—Debería apuntarme todo esto —dijo—. ¿Dónde están exactamente los cataplines?

—Es una pequeña cordillera cerca del Eje.

—Fascinante.

Los ciudadanos de Hunghung estaban desplegados a lo largo de las murallas de la ciudad. Una pelea como aquella no se veía todos los días.

Rincewind se abrió paso entre el gentío dando codazos y patadas hasta que llegó con los miembros de la unidad, que se las habían apañado para ocupar una posición privilegiada sobre la puerta principal.

—¿Pero por qué os quedáis aquí? —preguntó—. ¡Podríais estar a kilómetros de distancia!

—Queremos ver qué pasa, por supuesto —dijo Dosflores con un resplandor en las gafas.

—¡Yo sé lo que va a pasar! ¡Que la Horda va a ser aniquilada al instante! —dijo Rincewind—. ¿O qué esperáis que pase?

—Ah, pero te estás olvidando de los fantasmas vampiros invisibles —dijo Dosflores.

Rincewind se lo quedó mirando.

—¿Qué?

—Su ejército secreto. Y he oído decir que nosotros también tenemos uno. Seguro que es un espectáculo interesante.

—Dosflores, no hay ningún fantasma vampiro invisible.

—Ah, sí, todo el mundo va por ahí negándolo —dijo Flor de Loto—. Así que algo de verdad debe de haber.

—¡Pero si me lo inventé yo!

—Ah, tú puedes creer que te lo inventaste —dijo Dosflores—. Pero tal vez seas un peón del Sino.

—Escucha, no exist...

—El mismo Rincewind de siempre —dijo Dosflores en tono jovial—. Siempre has sido tan pesimista en todo, pero al final las cosas siempre han salido bien.

—No existen los fantasmas y no existen los ejércitos mágicos —dijo Rincewind—. Solamente...

—Cuando siete hombres salen a luchar contra un ejército cien mil veces más grande el combate solo puede terminar de una manera —dijo Dosflores.

—Eso mismo. Me alegra que le eches un poco de sentido común.

—Ganarán —dijo Dosflores—. Tienen que ganar. Si no, es que el mundo no funciona como es debido.

—Tú pareces una mujer culta —le dijo Rincewind a Mariposa—. Explícale por qué se equivoca. Es por culpa de una cosita que tenemos en nuestro país. No sé si aquí habéis oído hablar de ella. Se llama matemática.

La chica le sonrió.

—No me crees, ¿verdad? —dijo Rincewind en tono fatigado—. Eres igual que él. ¿Qué creéis que es esto, guerra homeopática? ¿Cuanto más pequeño sea tu bando, más probable es que ganes? Pues bueno, no es así. Me gustaría que fuera así, pero no lo es. Nada lo es. ¡No existen los golpes increíbles de suerte, ni las soluciones mágicas, y la buena gente no gana porque sean pequeños y valerosos! —Hizo un gesto irritado con la mano en dirección a algo.

—Pues tú siempre sobreviviste —dijo Dosflores—. Tuvimos aventuras increíbles y siempre sobreviviste.

—No fue más que una coincidencia.

—Pero seguiste sobreviviendo.

—Y conseguiste sacarnos de la cárcel —dijo Flor de Loto.

—No ha sido más que un montón de coinci... ¿Quieres largarte de una vez?

Una mariposa se apartó juguetona de su manotazo.

—Malditos bichos —murmuró. Y añadió—: Bueno, se acabó. Me largo. No puedo verlo. Tengo cosas que hacer. Además, después me temo que una gente muy desagradable se va a poner a buscarme.

Entonces se dio cuenta de que Flor de Loto tenía lágrimas en los ojos.

—Pen... pensábamos que ibas a hacer algo —dijo.

—¿Yo? ¡Yo no puedo hacer nada! ¡Sobre todo magia! ¡Soy famoso por eso! ¡No vayas por ahí creyendo que los grandes hechiceros te solucionan todos los problemas, porque no existen y no solucionan nada, y yo lo sé muy bien porque no soy uno!

Se apartó.

—¡Esto me pasa siempre! Yo estoy ocupándome de mis asuntos y entonces se ponen mal las cosas y de pronto todo el mundo confía en mí y dice: «Oh, Rincewind, ¿qué vas a hacer para ayudarnos?». Bueno, pues lo que va a hacer el hijo de la señora Rincewind, suponiendo, claro está, que existiera una señora Rincewind, es nada, ¿entendido? ¡Tenéis que arreglarlo todo vosotros! Ningún ejército mágico misterioso va a... ¿Queréis dejar de mirarme así? ¡No veo por qué es culpa mía! ¡Yo tengo otras cosas que hacer! ¡No es culpa mía!

Se dio media vuelta y echó a correr.

La multitud no le prestó mucha atención.

Las calles estaban desiertas para tratarse de Hunghung, lo cual quería decir que se podían ver a menudo los adoquines. Rincewind avanzó a empujones por los callejones cercanos a la Muralla, en busca de otras puertas donde los guardias estuvieran demasiado ocupados para hacer preguntas.

Oyó unos pasos tras su espalda.

—Mirad —dijo, dándose la vuelta—. Ya os lo he dicho, podéis todos...

Era el Equipaje. Se las apañó para parecer un poco avergonzado.

—Ah, por fin hemos aparecido, ¿eh? —dijo Rincewind en tono feroz—. ¿Qué pasó con aquello de seguir al amo a todas partes?

El Equipaje arrastró los pies. De un callejón cercano salió una versión de sí mismo un poco más grande y adornada. En la tapa tenía encajes de madera decorativa y a Rincewind le pareció que sus pies eran bastante más delicados que los pies callosos y con las uñas descuidadas del Equipaje. Además, llevaba las uñas pintadas.

—Oh —dijo—. Vaya. Por todos los dioses. Está bien, supongo. ¿En serio? O sea... sí. Bueno. Vamos, pues.

Llegó al final del callejón y se giró. El Equipaje estaba dando empujoncitos suaves al baúl más grande, apremiándolo para que lo siguiera.

Las experiencias sexuales de Rincewind no eran demasiadas, aunque había visto diagramas. No tenía ni la menor idea de cómo se aplicaban a los accesorios de viaje. ¿Dirían cosas como «¡Vaya curvas!» o «No te pierdas esas bisagras»?

En última instancia, no tenía ninguna razón para pensar que el Equipaje fuera macho. Era cierto que tenía una naturaleza homicida, pero también la tenían muchas de las mujeres que Rincewind había conocido, y a menudo se habían vuelto todavía más homicidas como resultado de conocerlo a él. La capacidad para la violencia, según había oído Rincewind, era unisex. No estaba seguro de qué quería decir unisex, pero sospechaba que era lo que él experimentaba normalmente.

Había una puertecita delante de él. Parecía no tener guardia.

A pesar de su miedo la atravesó caminando y se abstuvo de correr. La autoridad siempre se fijaba en un hombre que corría. El momento preciso para echar a correr era cuando se oía la «e» de «¡Eh, tú!».

Nadie le prestó ninguna atención. La atención de la gente desplegada en la muralla se centraba en los ejércitos.

—Míralos —dijo en tono amargo en dirección al universo en general—. Estúpidos. Si fueran siete contra setenta, todo el mundo sabría a ciencia cierta quién iba a perder. Solamente porque son siete contra setecientos mil ya no están seguros. ¡Ja! ¿Por qué iba yo a hacer algo al respecto? Si ni siquiera conozco tan bien a ese tío. Es verdad que me ha salvado la vida un par de veces, pero esa no es razón para morir horriblemente solo porque no sabe contar. ¡Así que ya puedes dejar de mirarme así! El Equipaje retrocedió un poco. El otro Equipaje...

... a Rincewind le pareció que simplemente parecía hembra. Las mujeres siempre tenían más equipaje que los hombres, ¿no? Debido a todos los —y ahora entró en territorio desconocido— detallitos extra y tal. Era una de esas cosas raras, como el hecho de que tenían pañuelos más pequeños que los hombres a pesar de que sus narices venían a ser del mismo tamaño. El Equipaje siempre había sido el Equipaje. Rincewind no estaba preparado mentalmente para que hubiera más de uno. Estaban el Equipaje y... el otro Equipaje.

—Vamos, los dos —dijo—. Nos vamos de aquí. Ya he hecho lo que podía. Ya no me importa un pimiento. No tiene nada que ver conmigo. No entiendo por qué todo el mundo confía en mí. No soy una persona fiable. Ni siquiera yo mismo me fío de mí, y soy yo.

Cohen miró el horizonte. El cielo se estaba llenando de nubes de color gris azulado.

—Se acerca una tormenta —dijo.

—Es una suerte que no vayamos a estar vivos para mojarnos —dijo Willie el Chaval en tono jovial.

—Tiene gracia. Parece que viene de todas partes al mismo tiempo.

—Asqueroso clima extranjero. No se puede confiar en él.

Cohen desvió su atención hacia los ejércitos de los cinco señores de la guerra.

Parecía que había algún acuerdo entre ellos.

Se habían desplegado en torno a la posición ocupada por Cohen. La táctica parecía bastante clara. Consistía simplemente en avanzar. La Horda podía ver a los comandantes cabalgando de un lado para otro delante de sus legiones.

—¿Cómo se supone que empieza? —dijo Cohen, con el viento creciente agitándole lo que le quedaba de pelo—. ¿Alguien hace sonar un silbato o algo? ¿O simplemente soltamos un grito y cargamos?

—Se suele comenzar por acuerdo mutuo —dijo el señor Saveloy.

—Ah.

Cohen miró el bosque de lanzas y estandartes. Cientos de miles de hombres parecían un buen montón de hombres, vistos de cerca.

—Supongo —dijo lentamente— que ninguno de vosotros tiene ningún plan asombroso que se ha estado callando, ¿no?

—Pensábamos que eras tú quien tenía uno —dijo Truckle.

Ahora varios jinetes se separaron de sus ejércitos respectivos y se acercaron juntos a la Horda. Se detuvieron a poco más de un tiro de lanza y se quedaron quietos mirando.

—Muy bien —dijo Cohen—. Odio decir esto, pero tal vez deberíamos hablar de rendición.

—¡No! —dijo el señor Saveloy, y luego se detuvo, avergonzado por lo fuerte que lo había dicho—. No —repitió en voz más baja—. Si os rendís no viviréis. Simplemente no moriréis en el acto.

Cohen se rascó la nariz.

—¿Cuál es esa bandera... ya sabéis... cuando quieres hablar con ellos sin que te maten?

—Tiene que ser roja —dijo el señor Saveloy—. Pero mira, no sirve de nada que...

—No sé, el color rojo para rendirse, el blanco para los funerales... —murmuró Cohen—. Muy bien. ¿Alguien tiene algo rojo?

—Yo tengo un pañuelo —dijo el señor Saveloy—, pero es blanco y de todos modos...

—Trae aquí.

El maestro bárbaro se lo dio de mala gana.

Cohen se sacó un cuchillo pequeño y gastado del cinturón.

—¡No me puedo creer esto! —dijo el señor Saveloy. Estaba casi llorando—. ¡Cohen el Bárbaro hablando de rendición con una gente así!

—Influencia de la civilización —dijo Cohen—. Debe de haberme reblandecido el cerebro.

Se pasó el cuchillo por el brazo y luego se apretó el pañuelo encima del corte.

—Ahí estamos —dijo—. Pronto tendremos una bonita bandera roja.

La Horda asintió con expresión aprobadora. Era un gesto asombrosamente simbólico, dramático y por encima de todo estúpido, en la mejor tradición del heroísmo bárbaro. Y pareció que tampoco les pasaba por alto a los soldados más cercanos.

—Ahora —continuó Cohen—, me parece que tú, Profe, y tú, Truckle... vais a venir los dos conmigo y hablaremos con esa gente.

—¡Os arrastrarán a sus mazmorras! —dijo el señor Saveloy—. ¡Tienen torturadores que te pueden mantener vivos durante años!

—¿Mande? ¿Qué dice?

—Dice que TE PUEDEN MANTENER VIVO DURANTE AÑOS EN SUS MAZMORRAS, Hamish.

—¡Bien! ¡Por mí bien!

—Oh, cielos —dijo el señor Saveloy.

Echó a andar detrás de los otros dos hacia los señores de la guerra.

Lord Hong se levantó la visera y los observó altivamente mientras se acercaban.

—Bandera roja, mirad —dijo Cohen, agitando el trapo mojado que llevaba en la punta de la espada.

—Sí —dijo lord Hong—. Hemos visto ese pequeño espectáculo. Puede que impresione a los soldados de a pie pero a mí no me impresiona, bárbaro.

—Como quieras —dijo Cohen—. Hemos venido a hablar de rendición.

El señor Saveloy vio que algunos de los lores menos importantes se relajaban un poco. Luego pensó: a un soldado de verdad probablemente no le gusten estas cosas. Uno no quiere acabar en el cielo de los soldados o donde sea que uno vaya y decir: una vez encabecé un ejército contra siete ancianos. No era precisamente para que le dieran a uno una medalla.

—Ah, claro. Y para esto, tanta bravuconada —dijo lord Hong—. Pues deponed vuestra actitud y seréis escoltados de vuelta al palacio.

—¿Perdón? —dijo Cohen.

—Que depongáis vuestra actitud. —Lord Hong soltó un soplido de burla—. Significa que soltéis las armas.

Cohen lo miró con cara perpleja.

—¿Y por qué íbamos a soltar las armas?

—¿No estamos hablando de vuestra rendición?

—¿Nuestra rendición?

El señor Saveloy abrió la boca en una sonrisa lenta y descabellada.

—¡ja! No esperaréis que me crea que habéis venido a pedirnos a nosotros que...

Se inclinó hacia delante desde su silla de montar y los miró con intensidad.

—Sí que habéis venido a eso, ¿verdad? —dijo—. Pequeños bárbaros descerebrados. ¿Es verdad que solamente sabéis contar hasta cinco?

—Simplemente pensamos que evitaría que la gente saliera herida —dijo Cohen.

—Creíais que evitaría que vosotros salierais heridos —dijo el señor de la guerra.

—Yo diría que también podrían salir heridos algunos de los vuestros.

—Son campesinos —dijo el señor de la guerra.

—Ah, sí. Me olvidaba —dijo Cohen—. Y tú eres su jefe, ¿no? Es como ese juego del ajedrez, ¿verdad?

—Yo soy su señor —dijo lord Hong—. Si hace falta morirán a mi antojo.

Cohen le dedicó una sonrisa amplia y amenazadora.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó.

—Regresad con vuestro... con vuestra pandilla —dijo lord Hong—. Y entonces creo que empezaremos... pronto.

Miró con odio a Truckle, que estaba desplegando su hoja de papel. El bárbaro movió los labios con expresión incómoda mientras pasaba un dedo calloso por la página.

—Infeliz... ilegítimo, eso es lo que eres —dijo.

—Madre mía —dijo el señor Saveloy, que era el autor de la tabla de consulta.

Mientras los tres regresaban con la Horda el señor Saveloy oyó un sonido rechinante. Cohen estaba desgastando varios quilates de sus dientes.

—«Morirán a mi antojo» —repitió—. ¡El cabrón ni siquiera sabe cómo tiene que ser un jefe, el muy bastardo! ¡Él y su caballo!

El señor Saveloy miró a su alrededor. Parecía haber alguna discusión entre los señores de la guerra.

—Sabéis —dijo—, lo más probable es que intenten capturarnos con vida. Yo tenía un director así. Le gustaba hacer que las vidas de la gente fueran un tormento.

—¿Quieres decir que intentarán no matarnos? —preguntó Truckle.

—Sí.

—¿Quiere eso decir que tenemos que intentar no matarlos a ellos?

—No, no lo creo.

—A mí me parece bien.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el señor Saveloy—, ¿Entonamos un cántico de batalla o algo así?

—Esperamos —dijo Cohen.

—En la guerra hay muchas esperas —dijo Willie el Chaval.

—Ah, sí —dijo el señor Saveloy—. He oído decir eso. Dicen que hay largos periodos de aburrimiento seguidos de cortos periodos de emoción.

—No exactamente —dijo Cohen—. Más bien hay cortos periodos de espera seguidos de largos periodos de estar muerto.

—Mierda.

Los campos estaban entrecruzados por zanjas de drenaje. No parecía haber ni un solo camino recto. Y las zanjas eran demasiado anchas para saltar por encima. Parecían lo bastante poco profundas como para vadearlas, pero solamente porque medio metro de agua recubría una profundidad sofocante de barro espeso y rico. El señor Saveloy dijo que el Imperio debía su prosperidad al barro de las llanuras, y ahora mismo Rincewind se sentía extremadamente rico.

También estaba bastante cerca de la colina enorme que dominaba la ciudad. Realmente era redonda, con una precisión que parecía demasiado exacta para deberse a causas naturales. Saveloy había dicho que las colinas de aquella clase eran drumlins, grandes montones de tierra superficial dejadas atrás por los glaciares. Las laderas inferiores de aquella estaban cubiertas de árboles, y en lo alto había un pequeño edificio.

Cubierto. Aquella sí que era una buena palabra. Se trataba de una gran llanura y los ejércitos no estaban muy lejos. La colina tenía un aspecto curiosamente pacífico, como si perteneciera a un mundo distinto. Resultaba extraño que los agateos, que por lo demás parecían pastorear absolutamente en cualquier parte donde un búfalo de agua pudiera estar de pie, la hubieran dejado en paz.

Alguien lo estaba mirando.

Y era un búfalo de agua.

Sería incorrecto decir que lo miraba con interés. Simplemente lo miraba, porque tenía los ojos abiertos y tenía que estar encarado hacia alguna dirección, y había elegido al azar una que incluía a Rincewind.

Su cara albergaba la expresión completamente serena de una criatura que se había dado cuenta hacía mucho tiempo de que era fundamentalmente un tubo con patas y de que había sido instalada en el universo para, en líneas generales, transformar materia prima.

Al otro extremo de la cuerda había un hombre hundido hasta los tobillos en el barro del prado. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha, como todos los demás sujetadores de búfalos. Iba vestido con el traje básico estilo pijama del hombre de campo agateo. Y tenía una expresión que no era de idiotez sino de preocupación. Estaba mirando a Rincewind. E igual que en el caso del búfalo, era solamente porque tenía que hacer algo con la mirada.

A pesar de los peligros acuciantes, Rincewind se encontró con que le vencía una curiosidad repentina.

—Esto... Buenos días —dijo.

El hombre lo saludó con la cabeza. El búfalo de agua hizo el ruido de regurgitar lo que estaba rumiando.

—Esto... Perdone si es una pregunta personal —dijo Rincewind—. Pero no puedo evitar preguntarme... ¿por qué se pasa usted el día entero de pie en el campo con el búfalo de agua?

El hombre se lo pensó.

—Es bueno para la tierra —dijo al final.

—¿Pero no se pierde un montón de tiempo? —dijo Rincewind.

El hombre también reflexionó debidamente sobre aquello.

—¿Qué es el tiempo para una vaca? —preguntó.

Rincewind dio marcha atrás para tomar la autopista de la realidad.

—¿Ve a esos ejércitos de ahí? —dijo.

El sujetador de búfalo concentró la mirada.

—Sí —decidió.

—Están luchando por usted.

Al hombre aquello no pareció conmoverlo. El búfalo de agua eructó suavemente.

—Unos quieren verlo a usted esclavizado y otros quieren que gobierne usted el país, o por lo menos que les deje gobernarlo mientras le dicen que en realidad es usted quien lo hace —dijo Rincewind—. Va a haber una batalla terrible. No puedo evitar preguntarme... ¿qué es lo que quiere usted?

El sujetador de búfalo absorbió aquello también para su consideración. Y a Rincewind le pareció que la lentitud del proceso reflexivo no se debía a la estupidez natural sino que tenía más que ver con la magnitud tremenda de la pregunta. Notó que la cuestión se extendía hasta incorporar la tierra y la hierba y el sol y acababa por salir hacia el universo.

Por fin el hombre dijo:

—Una cuerda más larga estaría bien.

—¿Ah, sí? Vaya, vaya. Es interesante —dijo Rincewind—. Hablar con usted ha sido una experiencia educativa. Adiós.

El hombre lo vio marcharse. A su lado, el búfalo relajó unos cuantos músculos, contrajo otros, levantó la cola e hizo su pequeñita contribución a que el mundo fuera un sitio mejor.

Rincewind puso rumbo a la colina. Por arbitrarios que fueran los rastros de animales y los puentes de tablones esporádicos, parecían ir todos directos en aquella dirección. Si Rincewind hubiera estado pensando con claridad, una actividad que recordaba haber llevado a cabo por última vez a los doce años, se habría extrañado de aquello.

Los árboles de las laderas más bajas eran perales sabios, y él ni siquiera se detuvo a pensar en aquello. Sus hojas se giraron para mirarlo mientras pasaba a toda prisa. Lo que necesitaba ahora era una cueva que estuviera a mano o tal vez...

Hizo una pausa.

—Ah, no —dijo—. No, no, no. A mí no me van a pillar así. Me meteré en una cueva que esté a mano y habrá una puertecita o un anciano sabio o algo así y me arrastrarán de vuelta a la acción. Bien. Permanecer en espacios abiertos, ese es el estilo.

Medio trepó y medio caminó hasta la cima redonda de la colina, que se elevaba sobre los árboles como una cúpula. Ahora que estaba más cerca vio que no era tan lisa como parecía desde abajo. El clima había cavado barrancos y canales en el suelo, y todas las laderas resguardadas estaban colonizadas por arbustos.

Para sorpresa de Rincewind, el edificio de la cima estaba oxidado. Era de hierro: tejado de hierro en punta, paredes de hierro y entrada de hierro. En el suelo había unos cuantos nidos y algunos detritos, pero por lo demás estaba vacío. Sería el primer lugar donde mirarían.

Ahora el mundo estaba rodeado por una muralla de nubes. En su corazón estallaban los relámpagos y se oían los truenos, no el retumbar suave de los truenos de verano sino el crackackack del cielo al partirse.

Y sin embargo el calor envolvía la llanura como una manta. El aire estaba cargado. Dentro de un momento se iba a poner a llover a jarrones de porcelana.

—Encontrar un sitio donde no me encuentren —murmuró—. La cabeza gacha. La única manera. ¿Qué más me da? Es problema de los demás.

Jadeando en medio de aquel calor opresivo, siguió deambulando.

Lord Hong estaba furioso. Quienes lo conocían se daban cuenta por la forma en que hablaba más despacio y sonreía continuamente.

—¿Y cómo saben los hombres que los dragones de los relámpagos están furiosos? —preguntó—. Puede ser que estén contentos.

—No si el cielo es de ese color —dijo lord Tang—. No es un color propicio para un cielo. Parece un moretón. Un ciclo así es profético.

—¿Y qué profetiza, si se puede saber?

—Es profético en general.

—Sé lo que hay detrás de esto —gruñó lord Hong—. Estáis demasiado asustados para luchar contra siete ancianos, ¿verdad?

—Los hombres dicen que son los legendarios Siete Sabios Indestructibles —dijo lord Fang. Intentó sonreír—. Ya sabéis lo supersticiosos que son...

—¿Qué Siete Sabios? —dijo lord Hong—. Estoy extremadamente al corriente de la historia del mundo y no existen ningunos Siete Sabios Indestructibles legendarios.

—Esto... todavía no —dijo lord Fang—. Eh, pero en un día como hoy... Tal vez las leyendas tienen que empezar en algún momento...

—¡Son bárbaros! ¡Oh, dioses! ¡Siete hombres! No me puedo creer que tengamos miedo a siete hombres.

—Da mala espina —dijo lord McSweeney. Y añadió a toda prisa—: Eso es lo que dicen los hombres.

—¿Habéis hecho la proclama sobre nuestro ejército celestial de fantasmas? ¿Todos?

Los señores de la guerra intentaron evitar su mirada.

—Esto... sí—dijo lord Fang.

—Eso debe de haber subido la moral.

—Ejem. No del todo...

—¿Qué queréis decir, hombre?

—Ejem. Muchos hombres han desertado. Ejem. Han estado diciendo que los fantasmas extranjeros ya eran lo bastante malos, pero...

—¿Pero qué?

—Son soldados, lord Hong —dijo lord Tang en tono cortante—. Todos tienen gente a la que no se quieren encontrar. ¿O no os pasa a vos?

Durante un segundo hubo el asomo de un temblor en la mejilla de lord Hong. Solamente fue un segundo, pero quienes lo vieron tomaron buena nota. La célebre flema de lord Hong se había resquebrajado.

—¿Qué haríais vos, lord Tang? ¿Dejar escapar a esos bárbaros insolentes?

—Claro que no. Pero... no hace falta un ejército contra siete hombres. Siete ancianos vetustos. Los campesinos dicen... dicen...

La voz de lord Hong se había vuelto un poco más aguda.

—Vamos, hombre que habláis a los campesinos. Estoy seguro de que vais a decirnos qué cuentan sobre esos viejos estúpidos e insensatos.

—Bueno, pues de eso se trata. Dicen que si tan estúpidos e insensatos son... ¿cómo han conseguido llegar a tan viejos?

—¡Han tenido suerte!

Era la palabra equivocada. Hasta lord Hong se dio cuenta. Él nunca había creído en la suerte. Siempre había hecho sacrificios, normalmente los de otra gente, para llenar la vida de certezas. Pero sabía que otra gente creía en la suerte. Era una flaqueza de la que siempre se había alegrado de aprovecharse. Y ahora se estaba volviendo contra él y picándole en la mano.

—En el Arte de la Guerra no hay nada que nos cuente cómo cinco ejércitos atacan a siete ancianos —dijo lord Tang—. Sean o no fantasmas. Y eso, lord Hong, es porque nadie pensó nunca que semejante cosa fuera a llevarse a cabo.

—Si tanto miedo tenéis cabalgaré contra ellos solamente con mis doscientos cincuenta mil hombres —dijo.

—No estoy asustado —dijo lord Tang—. Estoy avergonzado.

—Que cada hombre vaya armado con dos espadas —continuó lord Hong, ignorándolo—. Y ya veré la suerte que tienen esos... sabios. Porque, mis lores, yo solamente voy a necesitar suerte una vez. Ellos necesitarán suerte un cuarto de millón de veces.

Se bajó la visera.

—¿Cómo andan de suerte, mis lores?

Los otros cuatro señores de la guerra evitaron mirarse entre ellos.

Lord Hong percibió su silencio resignado.

—Pues muy bien —dijo—. Que suenen los gongs y se enciendan los petardos... para propiciarnos buena suerte, claro.

Había un gran número de rangos en los ejércitos del Imperio y muchos de ellos eran intraducibles. Tres Cerdo Rosa y Cinco Colmillo Blanco eran, más o menos, soldados de reserva, y no solamente porque fueran tímidos y vulnerables y tuvieran tendencia a aislarse del mundo cuando había amenaza de peligro.

De hecho eran tan reservados que casi eran inescrutables. Hasta las mulas del ejército tenían un rango superior al de ellos, porque las buenas mulas eran difíciles de conseguir mientras que los hombres como Cerdo Rosa y Colmillo Blanco se encuentran en todos los ejércitos, allí donde hace falta limpiar una letrina.

Eran tan insignificantes que, reservadamente, habían decidido que un fantasma invisible extranjero chupasangre estaría malgastando su valioso tiempo si los atacara a ellos. Les parecía justo, ya que había venido de tan lejos, darle la oportunidad de matar diabólicamente a alguien superior a ellos.

Por esto habían levantado el campamento con hospitalidad justo antes del alba y ahora estaban escondidos. Por supuesto, si la victoria amenazaba siempre podían volver a plantar el campamento. Era poco probable que se los echara de menos en medio de tanta emoción, y ambos hombres eran bastante expertos en aparecer en los campos de batalla justo a tiempo de unirse a las celebraciones de la victoria. Se tumbaron entre la hierba alta y contemplaron las maniobras de los ejércitos.

Desde aquella altura parecía una guerra impresionante. El ejército de un bando era tan pequeño que resultaba invisible. Por supuesto, si uno aceptaba los rotundos desmentidos de la noche anterior, en realidad era tan invisible que resultaba invisible.

También fue el sitio elevado donde estaban lo que les permitió ser los primeros en ver el anillo que rodeaba el cielo.

Estaba justo encima de la muralla atronadora del horizonte. Allí donde lo alcanzaban los rayos erráticos del sol brillaba en tono dorado. En otras partes era simplemente amarillo. Pero era continuo y tan fino como un hilo.

—Qué nube más rara —dijo Colmillo Blanco.

—Sí —dijo Cerdo Rosa—. ¿Y qué?

Fue mientras estaban enfrascados en aquella conversación, y compartiendo un botellín de vino de arroz que Cerdo Rosa había liberado la noche anterior de las garras de un camarada confiado, cuando oyeron un gemido.

—Ooooohhhhh...

Se les congeló la bebida en las gargantas.

—¿Has oído eso? —preguntó Cerdo Rosa.

—¿Te refieres al...?

—Ooooohhhhh...

—¡Eso!

Se giraron muy despacio.

Algo acababa de salir reptando de un barranco que tenían detrás. Era más o menos humanoide. Iba chorreando barro rojo. De su boca salían extraños ruidos.

—¡ Ooooohhhmierda!

Cerdo Rosa cogió a Colmillo Blanco del brazo.

—¡Es un fantasma invisible chupasangre!

—¡Pues yo lo veo!

Cerdo Rosa entrecerró los ojos.

—¡Es el Ejército Rojo! ¡Han salido de la tierra como dice todo el mundo!

Colmillo Blanco, quien tenía algunas neuronas más que Cerdo Rosa, y lo que es más importante, que solamente iba por su segundo vaso de vino, echó un vistazo más de cerca.

—Podría ser simplemente un hombre normal todo cubierto de barro —sugirió. Levantó la voz—: ¡Eh, usted!

La figura se giró y trató de correr.

Cerdo Rosa le dio un codazo a su amigo.

—¿Es uno de los nuestros?

—¿Con esa pinta?

—¡Cojámoslo!

—¿Por qué?

—¡Porque está corriendo!

—Déjalo que corra.

—Tal vez tenga dinero. Además, ¿adónde va tan deprisa?

Rincewind bajó resbalando por otro barranco. ¡Menuda suerte la suya! Los soldados tendrían que estar en sus puestos. ¿Qué había pasado con el deber y el honor y todas aquellas cosas?

Al fondo del barranco había hierbas muertas y musgo.

Se quedó quieto y escuchó las voces de los dos hombres.

El aire estaba enrarecido. Era como si la tormenta inminente estuviera empujando por delante todo el aire caliente y convirtiendo el llano en una olla a presión.

Y luego el suelo crujió y se combó de repente.

Las caras de los soldados de novillos aparecieron por encima del borde del barranco.

Hubo otro crujido y el suelo se hundió otros cinco centímetros. Rincewind no se atrevía a inhalar por si el peso adicional del aire lo hacía demasiado pesado. Y estaba claro que la más mínima actividad, como por ejemplo saltar, solo iba a empeorar las cosas...

Miró hacia abajo con mucho cuidado.

El musgo muerto había cedido. Ahora parecía estar de pie sobre una viga de madera enterrada bajo el suelo, pero la tierra que caía a ambos lados de la misma sugería que había un agujero debajo.

E iba a romperse en cualquier segund...

Rincewind se lanzó hacia delante. El suelo se le desplomó por debajo de forma que, en lugar de estar de pie sobre un trozo de madera que se iba rompiendo lentamente, ahora estaba colgado con los brazos sobre algo que parecía otro tronco escondido y que, a juzgar por su tacto, estaba tan lleno de podredumbre como el primero.

Y este segundo, posiblemente movido por el deseo de darle la razón, empezó a combarse también.

Y luego se detuvo con una sacudida.

Las caras de los soldados retrocedieron y desaparecieron a medida que los lados del barranco empezaban a hundirse. Una lluvia de tierra seca y piedrecitas cayó por el lado de Rincewind. La notó repicarle en las botas y luego caer al vacío.

Tuvo la sensación, como experto en aquellas cosas, de que estaba colgando sobre las profundidades. Desde su punto de vista, también estaba en las alturas.

El tronco empezó a moverse otra vez.

Aquello, tal como él lo veía, dejó a Rincewind con dos opciones. Podía soltarse y precipitarse a un destino incierto en la oscuridad, o bien podía quedarse colgando hasta que la madera cediera y entonces precipitarse a un destino incierto en la oscuridad.

Y luego, para alegría suya, se abrió una tercera opción. La punta de su bota tocó algo, una raíz o un saliente de roca. No importaba. Pudo apoyar parte de su peso. Lo bastante por lo menos como para ponerlo en un equilibrio precario, no exactamente a salvo, no exactamente cayendo. Por supuesto, solo era una medida temporal, pero Rincewind siempre había considerado que la vida no era más que una serie de medidas temporales puestas juntas.

Una mariposa de color amarillo claro con dibujos interesantes en las alas se acercó revoloteando por el barranco y fue a posarse en la única parcela de color disponible, que resultó ser el sombrero de Rincewind.

La madera se combó un poco.

—¡Vete a tomar viento! —dijo Rincewind, intentando no usar palabras con más peso—. ¡Largo de aquí!

La mariposa desplegó las alas y se puso a tomar el sol.

Rincewind frunció los labios y trató de soplar sus propios orificios nasales.

Sorprendida, la criatura arrancó a volar...

—¡Ja! —dijo Rincewind.

... y en respuesta a su instinto frente al peligro, movió las alas así y asá.

Los matorrales temblaron. Y en el cielo, las nubes altas asumieron formaciones inusuales.

Se formó otra nube. Era del tamaño de un globo gris y furioso. Y empezó a llover. Pero no a llover en general, sino en concreto. En concreto sobre unos treinta centímetros cuadrados que contenían a Rincewind. En concreto, sobre su sombrero.

Un relámpago muy pequeñito le dio a Rincewind en la nariz.

—¡Ah! Así pues, tenemos —Cerdo Rosa, apareciendo por encima de la curva del barranco, dudó un poco antes de continuar en tono ligeramente más reflexivo— una cabeza en un agujero... con una tormenta pequeñita encima.

Y luego cayó en la cuenta de que, con tormenta o sin ella, nada le impedía cortarle partes significativas. La única parte significativa a mano era una cabeza, pero ya le iba bien.

Y en aquel punto, después de que el sombrero de Rincewind hubiera absorbido la bastante humedad, la madera vieja cedió bajo su carga y lo precipitó a un destino incierto en la oscuridad.

Estaba completamente a oscuras.

Había habido una dolorosa confusión de túneles y de corrimientos de tierra. Rincewind dio por sentado —o la pequeña parte de él que no estaba sollozando de miedo dio por sentado— que la tierra había cerrado el agujero por el que había caído. Cueva, ahí había una palabra importante. Estaba en una cueva. Extendió el brazo con cuidado, no fuera a palpar algo, y palpó a ver si palpaba algo.

Había un borde recto. Que llevaba a tres bordes rectos» más, conectados por ángulos rectos. Lo cual quería decir losa.

La oscuridad seguía siendo una mortaja asfixiante de terciopelo

Losa quería decir que había alguna otra entrada. Una entrada como era debido. Incluso ahora era probable que hubiera guardias corriendo en su dirección.

Tal vez el Equipaje estuviera corriendo hacia ellos. Últimamente se había estado comportando de forma extraña, eso estaba claro. Probablemente le fuera mejor sin él. Probablemente.

Se palpó los bolsillos y dijo el mantra que incluso los no—magos invocan a fin de encontrar cerillas. Es decir, dijo: «Cerillas, cerillas, cerillas», furioso y por lo bajinis, entre dientes.

Encontró algunas y rascó una a la desesperada con la uña del pulgar.

—¡Au!

La llama amarilla y humeante no iluminó nada más que la mano de Rincewind y parte de su manga.

Se aventuró unos cuantos pasos antes de quemarse los dedos, y al morir la llama dejó un resplandor azul en la oscuridad de su visión.

No hubo ningún ruido de pasos vengativos. No hubo ningún ruido en absoluto. En teoría debería de oírse el goteo del agua, pero el aire parecía bastante seco.

Probó otra cerilla y aquella vez la levantó todo lo que pudo y miró hacia delante.

Un guerrero de dos metros diez le sonrió.

Cohen volvió a levantar la vista.

—Va a caer un chaparrón en cualquier momento —dijo—. ¡Pero fijaos en ese cielo!

Había trazas de púrpura y rojo en medio de la masa de nubes y el breve destello ocasional de algún relámpago en su interior.

—¿Profe?

—¿Sí?

—Tú lo sabes todo. ¿Por qué esa nube tiene esa pinta?

El señor Saveloy miró en la dirección que le señalaba Cohen. Había una nube amarillenta y próxima al horizonte. De hecho, rodeaba el horizonte, trazando una raya fina, como si el sol estuviera intentando encontrar una forma de cruzar.

—¿Puede ser el ribete? —preguntó Willie el Chaval.

—¿Qué ribete?

—Se supone que todas las nubes tienen uno de plata.

—Sí, pero eso parece más bien oro.

—Bueno, por aquí el oro es más barato.

—¿Me lo parece a mí —dijo el señor Saveloy— o se está ensanchando?

Caleb estaba observando las líneas enemigas.

—Hay un montón de tíos que llevan rato galopando en sus caballitos —dijo—. Espero que empiecen de una vez. No tengo ganas de pasarme aquí todo el día.

—Yo voto porque nos lancemos sobre ellos mientras no se lo esperan —dijo Hamish.

—Espera... espera... —dijo Truckle. Se oyó el tañido de muchos gongs y el estallido de los petardos—. Parece que esos bast... que esos hijos naturales se están moviendo.

—Gracias a los dioses —dijo Cohen. Se puso de pie y apagó su cigarrillo.

El señor Saveloy temblaba de emoción.

—¿Cantamos una canción para los dioses antes de entrar en batalla? —propuso.

—Tú puedes si te apetece —dijo Cohen.

—Bueno, ¿entonamos algún cántico u oración pagana?

—Creo que no —dijo Cohen. Levantó la vista hacia el anillo que ceñía el horizonte. Le estaba poniendo más nervioso que el acercamiento del enemigo. Ahora era más ancho pero un poco más pálido. Durante un momento nada más se descubrió a sí mismo deseando que quedara algún dios o diosa en alguna parte cuyo templo él no hubiera violado, robado o quemado.

—¿No vamos a golpear nuestras espadas contra nuestros escudos en gesto de desafío? —preguntó el maestro en tono esperanzado.

—Demasiado tarde para eso, en realidad —dijo Cohen.

El señor Saveloy parecía tan alicaído por la falta de esplendor pagano que el anciano bárbaro, para su propia sorpresa, se sintió lo bastante conmovido como para decir:

—Pero adelante, si es lo que quieres.

La Horda desenvainó sus diversas espadas. En el caso de Hamish, sacó otra hacha de debajo de su manta.

—¡Nos vemos en el paraíso! —dijo el señor Saveloy con emoción.

—Que sí, que sí —dijo Caleb, escrutando la fila de soldados que se acercaba.

—¡Donde hay banquetes y doncellas y todo eso!

—Sí, sí—dijo Willie el Chaval, probando el filo de su espada.

—¡Y juerga y papeo, por lo que tengo entendido!

—Puede ser —dijo Vincent, intentando aliviarse un poco la tendinitis del brazo.

—¡Y haremos eso, ya sabéis, cuando uno tira hachas y corta las trenzas de las mujeres!

—Vale, si quieres.

—Pero...

—¿Mande?

—El banquete en sí... ¿incluye algo vegetariano?

Y el ejército en movimiento soltó un grito y se lanzó a la carga.

Se abalanzaron sobre la Horda casi tan deprisa como las nubes que venían bullendo de todas las direcciones.

El cerebro de Rincewind se descongelaba lentamente en la oscuridad y el silencio de la colina.

Es una estatua, se dijo a sí mismo. Nada más que eso. No hay problema. Ni siquiera es una estatua especialmente buena.

Solamente una estatua grande de un hombre con armadura. Mira, hay un par más, se las ve al final de donde alcanza la luz...

—¡Au!

Dejó caer la cerilla y se chupó los dedos.

Lo que necesitaba ahora era una pared. Las paredes tenían salidas. Cierto, también podían ser entradas, pero ahora no parecía haber peligro de que entrara corriendo ningún guardia. El aire olía a viejo, con un matiz de zorro y una leve traza de tormenta, pero por encima de todo sabía a aire sin usar.

Avanzó muy despacio, palpando el suelo con el pie a cada paso.

Luego hubo luz. Del dedo de Rincewind saltó una chispita azul.

Cohen se agarró la barba, que estaba intentando separarse de su cara.

El flequillo del señor Saveloy estaba erizado y le salían chispas de las puntas.

—¡Descargas de estática! —gritó por encima del chisporroteo.

Delante de ellos las puntas de las lanzas de los enemigos resplandecían. La carga vaciló. De vez en cuando se oía un chillido y saltaban chispas de un hombre a otro.

Cohen levantó la vista.

—Oh, cielos —dijo—. ¡Pero mirad eso!

Alrededor de Rincewind saltaron chispitas cuando avanzó con cautela por el suelo que no veía.

La palabra «tumba» se había prestado a su consideración, y una cosa que Rincewind sabía sobre las tumbas de gran tamaño era que sus constructores solían ser alegres y creativos en lo tocante a las trampas y las estacas. También ponían cosas como pinturas y estatuas, posiblemente para que los muertos tuvieran algo que mirar si se aburrían.

Rincewind tocó piedra con la mano y se movió con cuidado de lado. De vez en cuando sus pies tocaban algo blando que se hundía. Él confiaba con todas sus fuerzas en que fuera barro.

Y luego, justo a la altura de las manos, dio con una palanca. Debía de medir medio metro de largo.

Ahora bien... podía ser una trampa. Pero las trampas solían ser, bueno, trampas. Solías darte cuenta de que estaban allí cuando tu cabeza llevaba varios metros rodando por el suelo. Y los constructores de trampas solían ser gente directamente homicida y casi nunca requerían que las víctimas participaran activamente en su propia destrucción.

Rincewind tiró de la palanca.

La nube amarilla viajaba por el cielo formada por millones de cositas que se movían mucho más deprisa por el viento que habían creado de lo que sugería el lento batir de sus alas. Detrás de ellas venía la tormenta.

El señor Saveloy parpadeó.

—¿Mariposas?

Ambos bandos se detuvieron cuando las criaturas pasaron como aguanieve. Era posible incluso oír el murmullo de sus alas.

—Muy bien, Profe —dijo Cohen—. A ver si explicas esto.

—Podría... podría ser un fenómeno natural —dijo el señor Saveloy—. Esto... Se sabe, sin ir más lejos, que las mariposas monarcas son capaces de... para seros sincero... ejem... no lo sé...

La nube se alejó zumbando hacia la colina.

—¿No es alguna clase de señal? —dijo Cohen—. Tiene que haber algún templo que yo no haya robado.

—El problema de las señales y las profecías —dijo Willie el Chaval— es que nunca se sabe para quién son. Esta podría ser una de las buenas para Hong y sus colegas.

—Entonces se la robo —dijo Cohen.

—¡No se puede robar un mensaje de los dioses! —dijo el señor Saveloy.

—¿Ves que esté clavado en algún sitio? ¿No? ¿Seguro? Vale, pues es mío.

Levantó la espada mientras las rezagadas revoloteaban por encima de sus cabezas.

—¡Los dioses nos sonríen! —vociferó—. ¡Jajajá!

—¿Jajajá? —susurro el señor Saveloy.

—Es para dejarlos preocupados —dijo Cohen.

Echó un vistazo al resto de los miembros de la Horda. Cada hombre asintió, muy levemente.

—Muy bien, chicos —dijo en voz baja—. Es la hora.

—Esto... ¿qué hago yo? —dijo el señor Saveloy.

—Piensa en algo que te ponga bien furioso. Que te haga hervir la sangre. Imagina que el enemigo es todo lo que odias.

—Directores —dijo el señor Saveloy.

—Bien.

—¡Profesores de gimnasia! —gritó el señor Saveloy.

—Sí.

—¡Niños que mastican chicle! —berreó el señor Saveloy.

—Miradlo, ya le sale humo de las orejas —dijo Cohen—. El primero en llegar al otro mundo, que guarde sitio. ¡A la carga!

La nube amarilla subió en tropel las laderas de la colina y luego, impulsada por el viento creciente, se elevó.

Por encima de ella, la tormenta se elevó también, creciendo más y más y extendiéndose hasta adoptar una forma parecida a un martillo...

Y golpeó.

El relámpago impactó en la pagoda de hierro con tanta fuerza que la hizo explotar en fragmentos al rojo blanco.

Resulta desconcertante para un ejército entero ser atacado por siete ancianos. Ningún libro de estrategia está por la labor de ofrecer consejo para una situación así. Hay una tendencia general a la perplejidad.

Los soldados retrocedieron ante el ímpetu de la carga y luego, movidos por las corrientes de la enorme multitud de hombres, cerraron filas tras ella.

Un círculo sólido de escudos rodeó a la Horda. Empezó a combarse y a oscilar por culpa de la presión de tanta gente y también de los golpes que le asestaba la espada del señor Saveloy.

—¡Venga, luchad! —gritó—. Conque tirando pelotas de papel, ¿eh? ¡Tú! ¡Ese chico de ahí! ¡Contéstame cuando te hablo! ¡Chúpate esa!

Cohen miró a Caleb, que se encogió de hombros. Había visto enloquecer de furia a gente en sus tiempos, pero nada tan incandescente como en el caso del señor Saveloy.

El círculo se rompió cuando un par de hombres intentaron retroceder bruscamente, chocaron con la fila de soldados que había detrás y rebotaron hacia las espadas de la Horda. Una de las ruedas de Hamish le dio a un soldado un golpe cruel en la rodilla y, cuando el soldado se dobló de dolor, una de las hachas de Hamish lo cogió por el otro lado.

No era cuestión de velocidad. La Horda no podía moverse muy deprisa. No, era una cuestión de economía. El señor Saveloy lo había comentado. Simplemente estaban siempre donde querían estar, que nunca coincidía con donde estaban las espadas enemigas. Dejaban que quienes corrieran fueran todos los demás. Un soldado se arriesgaba a dar una estocada a Truckle y se encontraba con que Cohen aparecía delante de él, sonriendo y blandiendo la espada, o a Willie el Chaval saludándolo con la cabeza y apuñalándolo. De vez en cuando alguien de la Horda se demoraba un momento en parar un golpe dirigido al señor Saveloy, que estaba demasiado emocionado para defenderse.

—¡Retroceded, putos estúpidos!

Lord Hong apareció detrás de la multitud, con el caballo encabritado y la visera del yelmo levantada.

Los soldados intentaron obedecer. Por fin la presa aflojó un poco y luego se abrió. La Horda quedó en el centro de un círculo cada vez más amplio de escudos. Había algo parecido al silencio, roto solamente por el tronar interminable y el crepitar de los relámpagos sobre la colina.

Y luego, abriéndose paso furiosamente entre los soldados, llegó un tipo completamente distinto de guerreros. Eran más altos y tenían armaduras más pesadas, con yelmos espléndidos y bigotes que parecían una declaración de guerra en sí mismos.

Uno de ellos miró con furia a Cohen.

—¡Orrrrrr! ¡Yatatoapato! ¡Turnaraapato!

—¿Lo qué? —preguntó Cohen.

—Es un samurái —dijo el señor Saveloy, secándose la frente—. La casta guerrera. Creo que ese es su desafío formal. Esto... ¿Queréis que luche contra él?

Un samurái fijó la mirada en Cohen. Se sacó un trozo de seda de la armadura y lo lanzó al aire. Agarró con la otra mano la empuñadura de su espada larga y estilizada...

Apenas se oyó un siseo, pero tres jirones de seda cayeron suavemente al suelo.

—Apártate, Profe —dijo Cohen lentamente—. Creo que este es para mí. ¿Tienes otro pañuelo? Gracias.

El samurái miró la espada de Cohen. Era larga, pesada y tenía tantas muescas que se podría usar como una sierra.

—Nunca lo conseguirás —dijo—. ¿Con esa espada? Nunca.

Cohen se sonó la nariz ruidosamente.

—¿En serio? —dijo—. Mira esto.

El pañuelo se alzó en el aire. Cohen agarró su espada...

Antes de que el pañuelo empezara a caer ya había decapitado a tres samuráis que estaban mirando hacia arriba. Otros miembros de la Horda, que tendían a pensar muy de la misma forma que su líder, se habían encargado de media docena más.

—La idea me la ha dado Caleb —dijo Cohen—, Y el mensaje es: o lucháis o hacéis el paripé, es decisión vuestra.

—¿Es que no tienes honor? —chilló lord Hong—. ¿No eres más que un rufián?

—Soy un bárbaro —gritó Cohen—. Y el honor que tengo, mira por dónde, es mío. No se lo he robado a ningún otro.

—Yo quería cogeros vivos —dijo lord Hong—. Sin embargo, no veo ninguna razón para ceñirme a esa política.

Desenvainó la espada.

—¡Retroceded, escoria! —gritó—. ¡Apartaos! ¡Dejad que avancen las bombardas! —Volvió a mirar a Cohen. Tenía la cara ruborizada. Las gafas torcidas.

Lord Hong había perdido los nervios. Y como sucede siempre que revienta un pantano, anega países enteros.

Los soldados se apartaron.

La Horda estaba una vez más en el centro de un círculo que se ensanchaba.

—¿Qué es una bombarda? —preguntó Willie el Chaval.

—Esto... creo que debe referirse a disparar alguna clase de proyectiles —dijo el señor Saveloy—. La palabra viene de...

—Ah, arqueros —dijo Willie el Chaval, y escupió.

—¿Mande?

—¡Dice que VAN A USAR ARQUEROS, Hamish!

—¡Je, je, nunca dejamos que los arqueros nos detuvieran en la Batalla del Valle de Koom! —El vetusto bárbaro soltó una risita.

Willie el Chaval suspiró.

—Aquella batalla fue entre enanos y trolls, Hamish —dijo—. Y tú no eres ninguna de las dos cosas. ¿En qué bando estabas?

—¿Mande?

—Digo que EN QUÉ BANDO ESTABAS.

—Estaba en el bando de cobrar dinero por luchar —dijo Hamish.

—El mejor bando que hay.

Rincewind estaba tumbado en el suelo tapándose las orejas con las manos.

El ruido de los truenos llenaba la cámara subterránea. Las luces azules y purpúreas brillaban tanto que las podía ver a través de los párpados.

Por fin la cacofonía remitió. Seguían oyéndose los ruidos de la tormenta fuera, pero la luz se había reducido a un resplandor de color blanco azulado y el ruido a un zumbido continuo.

Rincewind se arriesgó a rodar y abrir los ojos.

Había grandes globos de cristal colgando del techo. Cada uno era del tamaño de un hombre y en su interior crepitaban y chisporroteaban rayos, azotando el cristal y buscando una salida.

En algún tiempo debió de haber muchos más. Pero docenas de aquellos globos enormes se habían caído con el paso de los años y estaban hechos pedazos en el suelo. Seguía habiendo decenas allí arriba, meciéndose suavemente en sus cadenas mientras las tormentas aprisionadas luchaban por su libertad.

El aire transmitía una sensación grasienta. Las chispas reptaban por el suelo y chisporroteaban en todas direcciones.

Los globos llenos de pequeños relámpagos iluminaban un lago redondo que, a juzgar por las ondas, estaba lleno de mercurio puro. En su centro había una isla baja de cinco lados. Mientras Rincewind miraba, una barca se acercó flotando suavemente a su orilla del lago, haciendo ruiditos que sonaban como slupslup mientras surcaba el mercurio.

No era mucho más grande que un bote de remos y, tumbada en su pequeña cubierta, había una figura con armadura. O tal vez solamente la armadura. Si era solamente una armadura vacía, entonces yacía con los brazos cruzados en la posición de las armaduras que han pasado a mejor vida.

Rincewind se movió sigilosamente por la orilla del lago plateado hasta llegar a una losa que parecía hecha de oro, colocada en el suelo delante de una estatua.

Sabía que en las tumbas había inscripciones, aunque nunca había estado seguro de quién se suponía que tenía que leerlas.

Los dioses, tal vez, aunque se suponía que ya lo sabían todo, ¿no? Nunca había considerado la posibilidad de que se amontonaran alrededor para decir cosas como: «Caray, "Bienamado amigo", ¿has visto? No sabía que lo fuera».

Aquel decía simplemente, en pictogramas: Un Espejo de Sol.

No decía nada de conquistas épicas. No había ninguna lista de sus tremendas proezas. No decía nada de sabiduría ni de ser el padre de su pueblo. No había ninguna explicación. Quien conozca este nombre, parecía decir, ya lo sabe todo. Y no cabía la posibilidad de que cualquiera que llegara tan lejos no hubiera oído nunca el nombre de Un Espejo de Sol.

La estatua parecía de porcelana. Estaba pintada con bastante realismo. Un Espejo de Sol parecía un hombre normal. Uno no lo habría distinguido entre una multitud por su naturaleza imperial. Pero aquel hombre, con su sombrerito redondo y su escudito redondo y sus hombrecillos redondos montados en pequeños ponis redondos, había conseguido aglutinar a un millar de facciones en lucha para formar un gran Imperio, a menudo utilizando la sangre de ellas para hacerlo.

Rincewind miró más de cerca. Por supuesto, no era más que una sensación, pero alrededor de la boca y en la mirada de los ojos había una expresión que él había visto por última vez en la cara de Gengis Cohen.

Era la expresión de alguien que carece absoluta y totalmente de miedo a nada.

La barquita se dirigió a la orilla opuesta del lago.

Uno de los globos parpadeó un poco y luego se puso de color rojo. Por fin se apagó. Otro hizo lo mismo después.

Tenía que salir de allí.

Pero había algo más. Al pie de la estatua, colocados en el suelo como si alguien los hubiera tirado allí de cualquier manera, había un yelmo, un par de guanteletes y dos botas de aspecto pesado.

Rincewind cogió el yelmo. No parecía muy fuerte pero sí bastante ligero. En circunstancias normales no se habría molestado en ponerse ropas de protección, siguiendo el razonamiento de que la mejor defensa contra el peligro amenazador era estar en otro continente, pero ahora mismo la idea de una armadura tenía sus atractivos.

Se quitó su sombrero y se puso el yelmo, bajó la visera y entonces encajó el sombrero encima del casco.

Hubo un parpadeo delante de sus ojos y Rincewind se encontró mirándose su propia nuca. La imagen tenía grano, y estaba en tonos verdes en lugar de colores reales, pero lo que estaba viendo era ciertamente su nuca. La gente le había descrito su aspecto.

Levantó la visera y pestañeó.

Seguía teniendo delante el lago.

Bajó la visera.

Allí estaba él, a unos quince metros, con el yelmo puesto.

Levantó una mano y la bajó.

La figura que veía en la visera levantó la mano y la bajó.

Se dio la vuelta y se vio a sí mismo. Sipi. Era él.

Muy bien, pensó. Un yelmo mágico. Te hace verte a ti mismo de lejos. Genial. Te puedes divertir viéndote caer en agujeros que no puedes ver porque están demasiado cerca.

Se volvió a girar, levantó la visera y examinó los guantes. Parecían tan ligeros como el casco pero más bien toscos. Se podía sostener una espada, pero no mucho más.

Se probó uno. De inmediato, con un pequeño chisporroteo, se iluminó una hilera de dibujitos en la amplia manga del guante. Eran dibujos de soldados. Soldados cavando, soldados luchando, soldados trepando...

Ah, así pues... era una armadura mágica. Una armadura mágica perfectamente normal. Nunca habían sido muy populares en Ankh—Morpork. Por supuesto, era ligera. Se podían hacer tan finas como la tela. Pero tenían cierta tendencia a perder la magia sin previo aviso. Las últimas palabras de muchos lores de la antigüedad habían sido: «No me puedes matar porque tengo una armadura marrrrghhh...».

Rincewind miró las botas y recordó con recelo el problema que había habido con el prototipo de Botas de Siete Leguas de la universidad. Un calzado que intenta hacerte dar pasos de treinta y tres kilómetros de longitud impone desafortunadas tensiones en la entrepierna. Le quitaron aquellos cacharros al estudiante justo a tiempo, pero aun así durante meses tuvo que llevar un artilugio especial y comer de pie.

Muy bien, pero incluso una armadura mágica vieja sería útil en aquellos momentos. La verdad es que no pesaba mucho, y el barro de Hunghung tampoco había mejorado lo que quedaba de sus botas. Puso los pies en aquellas otras.

Pensó: Bueno, ¿qué se supone que va a pasar ahora?

Se irguió.

Y detrás de él, con el ruido de siete mil macetas haciéndose trizas, y con los relámpagos todavía crepitando encima, el Ejército Rojo se puso en posición de firmes.

Hex había crecido un poquito durante la noche. Adrian Turnipseed, que había estado de guardia para dar de comer a los ratones, dar cuerda al mecanismo y limpiar las hormigas muertas, juraba que él no había hecho nada y que no había entrado nadie más.

Pero ahora, donde antes había el tosco y aparatoso recurso de unos bloques que permitían leer los resultados, había aparecido una pluma de oca en medio de una red de poleas y palancas.

—Mira —dijo Adrián, tecleando en la máquina un problema muy simple—. Se le ha ocurrido todo esto después de hacer todos aquellos hechizos a la hora de la cena...

Las hormigas corretearon. Los mecanismos de relojería giraron. Los muelles y palancas se tensaron tan de golpe que Ponder dio un paso atrás.

La pluma se desplazó temblando hasta un tintero, sumergió la punta, regresó a la hoja de papel que Adrián había puesto bajo las palancas y empezó a escribir.

—Hace alguna que otra mancha —dijo en tono resignado—. ¿Qué está pasando?

Ponder había estado pensando más en aquello. Las últimas conclusiones no habían sido tranquilizadoras.

—Bueno... sabemos que los libros que contienen magia se vuelven un poco... sapientes... —empezó—. Y nosotros hemos hecho una máquina para...

—¿Quieres decir que está viva?

—Venga, no nos pongamos tan ocultistas por esto —dijo Ponder, intentando sonar jovial—. Al fin y al cabo somos magos.

—Escucha, ¿sabes aquel problema largo de campos tamílicos que querías que introdujera?

—Sí, ¿qué?

—Me dio la respuesta a medianoche —dijo Adrián con la cara pálida.

—Bien.

—Sí, bien, salvo por el hecho de que yo no le di el problema hasta la una y media, Ponder.

—¿Me estás diciendo que recibiste la respuesta antes de hacer la pregunta?

—¡Sí!

—¿Entonces para qué hiciste la pregunta?

—Estuve pensando en ello y pensé que tal vez tenía que hacerlo. O sea, Hex no podría haber sabido cuál iba a ser la respuesta si yo no le daba el problema, ¿verdad?

—Bien visto. Esto... Pero esperaste noventa minutos.

Adrián se miró las botas en punta.

—Yo... estaba escondido en el retrete. Bueno, Reinicie el Sistema podría...

—Muy bien, muy bien. Vete a comer algo.

—¿Estamos entrometiéndonos en cosas que no entendemos, Ponder?

Ponder contempló la mole gnómica de la máquina. No parecía amenazante, simplemente... distinta de todo.

Y pensó: entrometerse primero, entender después. Había que entrometerse un poquito para poder obtener algo que intentar entender. Y el asunto era nunca, jamás, dar media vuelta y esconderse en los Aseos de la Sinrazón. Hay que intentar asimilar el universo antes de ponerse a darle la vuelta.

Tal vez no tendríamos que haberte puesto nombre. No se nos ocurrió. Era una broma. Pero tendríamos que habernos acordado de que los nombres son importantes. Una cosa con nombre es algo más que una cosa.

—Márchate, Adrian —dijo en tono firme.

Se sentó y tecleó con cuidado:

Hola.

Hubo un zumbido.

La pluma escribió:

+++?????? +++ Hola +++ Reinicie el Sistema +++

Muy por encima de ellos, una mariposa —con las alas de un color amarillo indistinto y marcas negras— entró revoloteando por una ventana abierta.

Ponder empezó a hacer los cálculos para la transferencia entre Hunghung y Ankh—Morpork.

La mariposa se posó un momento sobre el laberinto de tubos de cristal. Cuando volvió a levantar el vuelo dejó atrás una gotita muy pequeña de néctar.

Ponder tecleaba con cuidado, muy por debajo.

Una hormiga pequeña pero importante, una de los millares que correteaban, emergió de una grieta del tubo y pasó unos segundos chupando el dulce líquido antes de regresar al trabajo.

Al cabo de un rato, Hex dio su respuesta. Aparte de un punto pequeño pero importante, era del todo correcta.

Rincewind dio media vuelta.

Con un coro retumbante de crujidos y chirridos, el Ejército Rojo también dio media vuelta.

Y era rojo de verdad. Rincewind se dio cuenta de que tenía el mismo color de la tierra.

Se había tropezado con algunas estatuas en la oscuridad. No tenía ni idea de que fueran tantísimas. Se extendían, fila tras fila, hasta las sombras distantes.

A modo de experimento, dio media vuelta. Tras él se produjo otro coro de pisotones.

Después de algunos comienzos en falso, Rincewind se encontró con que la única manera de acabar encarado hacia ellos era quitarse las botas, girarse y volver a ponérselas.

Bajó el visor un momento y se vio a sí mismo bajando el visor un momento.

Levantó un brazo. Ellos levantaron sus brazos. Dio un salto. Ellos dieron un salto, con un aterrizaje estrepitoso que hizo bailar los globos. Crepitó el relámpago desde sus botas.

Rincewind sintió un repentino impulso histérico de reír.

Se tocó la nariz. Ellos se tocaron las narices. Llevó a cabo, con un regocijo terrible, el gesto tradicional para dejar marchar a los demonios. Siete mil dedos corazón de terracota se alzaron hacia el techo.

Rincewind intentó tranquilizarse.

La palabra que su mente había estado buscando a tientas salió por fin a la superficie, y era golem.

Existían un par de ellos, incluso en Ankh—Morpork. Era probable encontrarlos en cualquier zona donde hubiera magos o sacerdotes a quienes les gustaran los experimentos. No solían ser más que figuras hechas de arcilla y animadas con alguna clase de hechizo u oración adecuada. Iban de aquí para allá haciendo trabajitos sencillos, pero no se estilaban mucho últimamente. El problema no era ponerlos a trabajar sino hacer que dejaran de trabajar. Si ponías a un golem a cavar en el huerto y te olvidabas de él, al volver te encontrabas con que había plantado una hilera de judías de dos mil kilómetros de largo.

Rincewind miró uno de los guantes.

Tocó con cautela el dibujito de un soldado luchando.

El ruido de siete mil espadas al ser desenvainadas simultáneamente sonó como una gruesa lámina de acero al rasgarse. Siete mil armas quedaron apuntando a Rincewind.

Dio un paso atrás. El ejército hizo lo mismo.

Estaba en un lugar con miles de soldados artificiales armados con espadas. El hecho de que pareciera tener control sobre ellos no era muy tranquilizador. En teoría llevaba toda la vida teniendo control sobre Rincewind, y mira todo lo que le había pasado.

Miró otra vez los dibujitos. Uno de ellos mostraba un soldado con dos cabezas. Cuando lo tocó, el ejército se giró con un movimiento elegante. Ah.

Ahora había que salir de allí...

La Horda contemplaba el ajetreo que había entre los hombres de lord Hong. Estaban arrastrando objetos a la primera línea.

—A mí no me parecen arqueros —dijo Willie el Chaval.

—Esas cosas son Perros Ladradores —dijo Cohen—. Lo sé de buena tinta. Los he visto antes. Son como barriles llenos de fuegos artificiales, y cuando se encienden los fuegos artificiales sale una piedra enorme disparada por el otro lado.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿tú te quedarías quieto si alguien te encendiera un fuego artificial en el culo?

—Mira, Profe, ha dicho «culo» —se quejó Truckle—. Mira, en mi hoja de papel pone que no hay que decir...

—Tenemos escudos, ¿verdad? —dijo el señor Saveloy—. Estoy seguro de que si nos mantenemos juntos y nos tapamos las cabezas con los escudos no nos pasará nada.

—La piedra mide como treinta centímetros y va a toda velocidad y está al rojo vivo.

—¿Nada de escudos, entonces?

—Nada —dijo Cohen—. Truckle, tú empuja a Hamish...

—No llegaremos a cincuenta yardas, Gengis —dijo Caleb.

—Mejor cincuenta yardas ahora que dos metros dentro de un minuto, ¿no? —dijo Cohen.

—¡Bravo! —dijo el señor Saveloy.

—¿Mande?

Lord Hong estaba observándolos. Vio que la Horda colocaba los escudos alrededor de la silla de ruedas para formar una tosca muralla movediza y vio que las ruedas empezaban a girar.

Levantó la espada.

—¡Fuego!

—¡Todavía estamos metiendo las cargas, señor!

—¡He dicho fuego!

—¡Tenemos que cebar los Perros, señor!

Los artilleros trabajaron a ritmo febril, no tan espoleados por el terror a lord Hong como por la Horda que se acercaba a la carrera.

El pelo del señor Saveloy ondeaba al viento. Venía dando saltos por el suelo de tierra, blandiendo su espada y gritando.

No había sido tan feliz en toda su vida.

Así que aquel era el secreto que se ocultaba en el corazón de las cosas: mirar a la muerte a la cara y cargar... Hacía que todo fuera absolutamente sencillo.

Lord Hong tiró su casco al suelo.

—¡Fuego, malditos campesinos! ¡Escoria de la tierra! ¿Por qué tengo que pedirlo dos veces? ¡Dadme esa antorcha!

Apartó a un artillero de un empujón, se puso en cuclillas detrás de un Perro, tiró de él hasta que el cañón apuntara directamente a Cohen, levantó la antorcha...

La tierra sufrió una sacudida. El Perro se encabritó y rodó hacia un lado.

Una cabeza roja y redonda salió del suelo, sonriendo levemente.

Hubo gritos entre las tropas mientras los soldados miraban el suelo que se movía debajo de sus botas, intentaban correr sobre una superficie de tierras movedizas y desaparecían en la nube de polvo que se alzaba.

El suelo se hundió.

Luego volvió a levantarse mientras los soldados heridos trepaban unos encima de otros para escapar porque ahora el suelo estaba adoptando forma humana y subía en medio de toda la agitación.

La Horda se detuvo dando un patinazo.

—¿Qué es eso? ¿Trolls? —dijo Cohen. Ahora había diez figuras visibles, intentando concienzudamente trepar por el aire.

Luego se detuvieron. Uno de ellos volvió su cara afable y sonriente a un lado y a otro.

Un sargento debía de haber ordenado a gritos que un puñado de arqueros se pusiera en formación, porque unas cuantas flechas se rompieron contra la armadura de terracota sin causar absolutamente ningún efecto.

Ya había otros guerreros rojos subiendo por detrás de los que antes trepaban. Chocaron con ellos haciendo un ruido de loza. Luego, como un solo hombre —o un solo troll, o un solo demonio— desenvainaron las espadas, se dieron la vuelta y se dirigieron hacia el ejército de lord Hong.

Unos pocos soldados trataron de luchar con ellos simplemente porque tenían detrás una multitud demasiado grande como para huir. Murieron.

Tampoco es que los guerreros rojos fueran buenos luchadores. Se comportaban de forma mecánica y todos ellos ejecutaban la misma estocada, parada o tajo sin importar lo que estuviera haciendo su oponente. Pero eran simplemente imparables. Si su oponente conseguía escapar a un golpe pero no se apartaba de en medio, simplemente acababa pisoteado. Y a juzgar por su aspecto, los guerreros eran extremadamente pesados.

Y la forma en que aquellas cosas sonreían todo el tiempo se añadía al terror de la situación.

—Vaya, vaya, mira qué cosas —dijo Cohen, buscando su bolsita de tabaco.

—Nunca he visto a los trolls luchar así —dijo Truckle. Del agujero salían filas y filas de soldados, dando alegres estocadas al aire.

La primera fila se movía en medio de una nube de polvo y gritos. A un ejército grande le cuesta hacer cualquier cosa deprisa, y las divisiones que intentaban avanzar para ver cuál era el problema estaban obstaculizando la huida de los individuos que buscaban un agujero en el que esconderse y el estatus permanente de civil. Sonaban los gongs y había hombres intentando gritar órdenes, pero nadie sabía qué se suponía que significaban aquellos gongs ni cómo había que obedecer las órdenes, porque no parecía haber tiempo para nada.

Cohen terminó de liar su cigarrillo y se encendió una cerilla en la barbilla.

—Muy bien —le dijo al mundo en general—. Vamos a por ese cabrón de Hong.

Ahora las nubes del cielo eran menos temibles. Y había menos relámpagos. Pero seguía habiendo muchas, de color verde negruzco y cargadas de lluvia.

—¡Pero esto es alucinante! —dijo el señor Saveloy. Unas cuantas gotas cayeron al suelo y dejaron anchos cráteres en la tierra.

—Sí, bueno —dijo Cohen.

—¡Un fenómeno de lo más extraño! ¡Guerreros brotando de la tierra!

Los cráteres se unieron entre ellos. Y daba la sensación de que las gotas también se estaban uniendo. Empezó a llover a jarrones de porcelana fina.

—No sé —dijo Cohen, viendo cómo un pelotón descompuesto huía despavorido—. Es la primera vez que estoy aquí. A lo mejor esto pasa mucho.

—¡O sea, es como aquel mito sobre el hombre que sembró huesos de dragón y brotaron de la tierra unos esqueletos terribles que luchaban!

—Eso no me lo creo —dijo Caleb, mientras todos corrían con paso ligero detrás de Cohen.

—¿Por qué no?

—Si uno siembra dientes de dragón, lo que le sale son dragones. No esqueletos luchadores. ¿Qué decía en el paquete?

—¡No lo sé! ¡El mito nunca mencionó que vinieran en un paquete!

—Tendría que poner en el paquete: «Salen dragones».

—No se puede creer en los mitos —dijo Cohen—. Que me lo digan a mí. Sí... ahí está... —añadió, señalando a un jinete lejano.

El llano entero estaba sumido en el caos. Los guerreros rojos no eran más que el comienzo. La alianza entre los cinco señores de la guerra ya era frágil como el cristal en circunstancias normales, y la huida aterrada se interpretó instantáneamente como un ataque por sorpresa. Nadie prestaba ninguna atención a la Horda. No tenían ningún gong, ningún estandarte de colores. No eran enemigos tradicionales. Y ahora además el suelo estaba enfangado, y el barro volaba y de cintura para abajo todo el mundo era del mismo color. Y la línea estaba subiendo.

—¿Qué estamos haciendo, Gengis? —preguntó el señor Saveloy.

—Estamos regresando al palacio.

—¿Por qué?

—Porque ahí es donde ha ido Hong.

—Pero hay ese increíble...

—Mira, Profe. He visto árboles que andaban y dioses araña y cosas grandes y verdes con dientes —dijo Cohen—. No sirve de nada ir por ahí diciendo «increíble» todo el tiempo, ¿verdad, Truckle?

—Verdad. ¿Sabes que cuando fui a por aquella Cabra Vampiro de Cinco Cabezas en Skund dijeron que no tenía que hacerlo porque era una especie en peligro de extinción? Les dije que sí, gracias a mí. ¿Y creéis que estaban agradecidos?

—Ja —dijo Caleb—. Tendrían que haberte dado las gracias por darles todas esas especies en peligro de las que preocuparse. ¡Da media vuelta y vuélvete a tu casa, soldadito!

Un grupo de soldados que intentaba por todos los medios alejarse de los guerreros rojos dieron un patinazo en el barro, miraron aterrorizados a la Horda y salieron corriendo en una dirección distinta.

Truckle se detuvo para recuperar el resuello, con la lluvia cayéndole a chorros por la barba.

—No puedo con tanta carrera —dijo—. No si tengo que empujar la silla de ruedas de Hamish por todo este barro. Hagamos una parada para respirar un poco.

—¿Mande?

—¿Una parada para respirar? —dijo Cohen—. ¡Dioses! ¡Nunca pensé que viviría para ver el día! ¡Un héroe descansando! ¿Alguna vez descansó Voltan el Indestructible?

—Ahora está descansando. Está muerto, Gengis —dijo Caleb.

Cohen vaciló.

—¿El viejo Voltan?

—¿No lo sabías? Y también el Inmortal Jenkins.

Jenkins no está muerto. Lo vi el año pasado.

—Pero murió después. Todos los héroes están muertos salvo nosotros. Y tampoco lo tengo muy claro en mi caso.

Cohen avanzó chapoteando y agarró a Caleb de la camisa.

—¿Y qué pasa con Hrun? No puede estar muerto. Tiene la mitad de años que nosotros.

—Lo último que oí de él es que había encontrado trabajo. Hacía de sargento de la guardia en alguna parte.

—¿Sargento de la guardia? —dijo Cohen—. ¿Cómo, a sueldo?

—Sí.

—Pero... ¿cómo, o sea, a sueldo?

—Me dijo que el año que viene quizá lo harían capitán. Me dijo... me dijo que es un trabajo con pensión.

Cohen le soltó la camisa.

—Ya no quedan muchos de nosotros, Cohen —dijo Truckle.

Cohen se dio la vuelta.

—Muy bien, ¡pero nunca hemos sido muchos! ¡Y yo no pienso morirme! No si eso quiere decir que el mundo se quedará en manos de hijos de puta como Hong, que no saben lo que es ser jefe de tribu. Escoria. Así es como llamó a sus soldados. Escoria. ¡Es como esa mierda de juego civilizado que nos enseñaste, Profe!

—¿El ajedrez?

—Ese. ¡Los pegones solamente están para ser masacrados por el otro bando! Mientras que el rey se queda tranquilamente en la retaguardia.

—Sí, pero el otro bando eres tú, Cohen.

—¡Exacto! Eso es... Bueno, sí, no pasa nada cuando el enemigo soy yo. Pero yo no empujo a otros hombres delante de mí para que los maten en mi lugar. Y jamás uso arcos ni perros de esos. Cuando mato a alguien es cara a cara y en persona. ¿Ejércitos? ¿Puñeteras tácticas? ¡Solamente hay una forma de luchar, y es que todo el mundo cargue a la vez, blandiendo las espadas y gritando! ¡Ahora todos de pie y a por él!

—Ha sido una mañana muy larga, Gengis —dijo Willie el Chaval.

—¡No me vengas con esas!

—Me gustaría ir al cuarto de baño. Es toda esta lluvia.

—Cojamos primero a Hong.

—Si está escondido en el baño a mí me parece bien.

Llegaron a las puertas de la ciudad. Las habían cerrado. Cientos de personas, entre ciudadanos y guardias, los miraban desde lo alto de las murallas.

Cohen levantó un dedo en dirección a ellos.

—No pienso decir esto dos veces —dijo—. Voy a entrar, ¿de acuerdo? Puedo hacerlo por las buenas o por las malas.

Las caras impasibles miraron primero al anciano flacucho y después al llano de la batalla, donde los ejércitos de los señores de la guerra luchaban entre ellos y, llenos de terror, contra los guerreros de terracota. Al anciano. Al llano. Al anciano. Al llano.

—Muy bien —dijo Cohen—. Después no digáis que no os avisé.

Levantó la espada y se preparó para cargar.

—Espera —dijo el señor Saveloy—. Escucha...

Se oyeron gritos detrás de las murallas, órdenes confusas y luego más gritos. Y luego un par de chillidos.

Las puertas se abrieron, empujadas por docenas de ciudadanos.

Cohen bajó la espada.

—Ah —dijo—. Han entrado en razón, ¿verdad?

Jadeando un poco y renqueando, la Horda cruzó las puertas. La multitud los observó en silencio. Había varios guardias muertos. Otros muchos se habían quitado los cascos y habían decidido optar por un nuevo y brillante futuro en Civilandia, donde era menos probable que te linchara a palos una multitud enfurecida.

Todas las caras miraban a Cohen y se giraban para seguirlo igual que las flores siguen al sol.

Él no les hizo caso.

—¿Populín el Fuerte? —le preguntó a Caleb.

—Muerto.

—No puede ser. Cuando le vi hace un par de meses estaba como una rosa. Se iba a una nueva misión y todo.

—Muerto.

—¿Qué pasó?

—¿Conoces al Terrible Perezoso Devorador de Hombres de Clup?

—¿El que dicen que guarda el rubí gigante del dios serpiente loco?

—El mismísimo. Bueno... pues lo era.

La multitud se apartó para dejar pasar a la Horda. Un par de personas intentaron vitorearlos, pero les hicieron callar. El silencio que reinaba solamente lo había oído el señor Saveloy en los templos más devotos.

Había murmullos, sin embargo, que nacían de aquel silencio[[24]](#footnote-24) cauteloso como burbujas en un cazo de agua al fuego.

Y decían así:

El Ejército Rojo. El Ejército Rojo.

—¿Y qué pasa con Organdy Sloggo? Lo último que oí era que seguía en plena forma en Howondalandia.

—Muerto. Intoxicación por metales.

—¿Cómo?

—Le clavaron tres espadas en el estómago.

¡El Ejército Rojo!

—¿Y Mungo el Acuchillador?

—Lo creen muerto en Skund.

—¿Lo creen?

—Bueno, solo encontraron su cabeza.

¡El Ejército Rojo!

La Horda se acercó a las puertas interiores de la Ciudad Prohibida. La multitud los seguía de lejos.

Aquellas puertas también estaban cerradas. Delante de ellas había un par de guardias fornidos custodiándolas. Tenían la cara de hombres que han recibido instrucciones de guardar las puertas y que van a guardar las puertas pase lo que pase. El ejército depende de la gente dispuesta a guardar puertas o puentes o desfiladeros pase lo que pase y a menudo existen poemas heroicos escritos en su honor, invariablemente póstumos.

—¿Y Gosbar el Despierto?

—He oído que murió en la cama.

—¡El viejo Gosbar no!

—Todo el mundo tiene que dormir alguna vez.

—Eso no es lo único que tiene que hacer la gente, señor mío —dijo Willie el Chaval—. De verdad que tengo que ir al comosellame.

—Bueno, tienes la Muralla.

—¡Pero está todo el mundo mirando! No sería... civilizado.

Cohen fue decidido hacia los guardias.

—No pienso andarme con bobadas —dijo—. ¿De acuerdo? ¿Preferís morir antes que traicionar a vuestro emperador?

Los guardias miraban adelante.

—¿Y Nurker? —preguntó—. ¿El grandullón de Nurker? Es más duro que la roca.

—Una raspa —dijo Caleb.

—¿Nurker? Una vez mató a seis trolls con...

—Se asfixió con una raspa de pescado que había en sus gachas. Creía que lo sabías. Lo siento.

Cohen se le quedó mirando. Y luego miró su espada. Y luego a los guardias. Por un momento se hizo el silencio, roto solamente por el sonido de la lluvia.

—¿Sabéis, muchachos? —dijo con una voz tan repentinamente cargada de fatiga que el señor Saveloy vio que se abría un foso en medio de aquel momento de triunfo—. Os iba a cortar la cabeza. Pero... ¿qué sentido tiene, eh? O sea, si nos paramos a pensarlo, ¿para qué molestarse? ¿A quién le importa al fin y al cabo?

Los guardias seguían mirando adelante. Pero sus ojos estaban cada vez más abiertos.

El señor Saveloy se giró.

—Total, tarde o temprano acabaréis muertos —siguió Cohen—. Y es que eso viene a ser todo. Uno vive la vida lo mejor que puede y luego resulta que no importa, porque estás muerto...

—Esto... ¿Cohen? —dijo el señor Saveloy.

—O sea, miradme a mí. Llevo toda la vida cortando cabezas, ¿y qué he conseguido?

—Cohen...

Los guardias ya no se limitaban a mirar. Sus caras se estaban descomponiendo en forma de muecas muy verosímiles de miedo.

—¿Cohen?

—Sí, ¿qué?

—Creo que tendrías que mirar detrás de ti, Cohen.

Cohen se giró.

Media docena de guerreros rojos avanzaban por la calle. La multitud se había echado atrás y ahora miraban en un silencio aterrado.

Luego una voz gritó:

—¡Duración Prolongada al Ejército Rojo!

Se levantaron gritos aquí y allá entre la multitud. Una joven levantó el puño cerrado.

—¡Avance Necesario con el Pueblo Mientras se Mantiene el Debido Respeto a las Tradiciones!

Otros se unieron a ella.

—¡Correctivo Merecido a los Enemigos!

—¡He perdido al señor Conejito!

Los gigantes rojos se detuvieron repiqueteando.

—¡Miradlos! —dijo el señor Saveloy—. ¡No son trolls! ¡Se mueven como si fueran alguna clase de máquinas! ¿No os parece interesante?

—No —dijo Cohen con expresión ausente—. El pensamiento abstracto no es un aspecto importante del proceso mental de los bárbaros. ¿Pero que estaba yo diciendo? —suspiró—. Ah, sí. Vosotros dos... ¿preferís morir que traicionar a vuestro emperador, entonces?

Ahora los dos hombres estaban paralizados de miedo.

Cohen levantó la espada.

El señor Saveloy respiró hondo, cogió a Cohen del brazo de la espada y gritó:

—¡Pues entonces abrid las puertas y dejadlo entrar!

Hubo un momento de silencio total.

El señor Saveloy dio un codazo a Cohen.

—Vamos —dijo entre dientes—. ¡Actúa como un emperador!

—¿Cómo...? ¿Quieres decir que suelte risitas, mande torturar a la gente y esas cosas? ¡Y un cuerno!

—¡No! ¡Actúa como debería actuar un emperador!

Cohen clavó la mirada en Saveloy. Luego se volvió a los guardias.

—Bien hecho—dijo—. Vuestra lealtad os... comosellame... os honra. Seguid así y os veo a cada uno con un ascenso. Ahora dejadnos entrar o haré que mis hombres maceta os corten los pies para que tengáis que arrodillaros en la alcantarilla mientras buscáis vuestras cabezas.

Los hombres se miraron entre ellos, tiraron sus espadas al suelo y trataron de humillarse ante él.

—Y podéis levantaros, coño —dijo Cohen, en un tono un poco más amable—. ¿Señor Saveloy?

—¿ Sí?

—Ahora soy emperador, ¿verdad?

—Los... soldados de tierra parecen estar de nuestro lado. La gente cree que habéis ganado. Y estamos todos vivos. Yo diría que hemos ganado, sí.

—Si soy emperador, puedo decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer, ¿verdad?

—Oh, por supuesto.

—Como es debido. Ya sabes. Con pergaminos y esas historias. Capullos en uniforme tocando trompetas y diciendo: «Esto es lo que él quiere que hagáis».

—Ah. Quieres hacer una proclama.

—Sí. Ya vale de estas jodidas reverencias. Me pone los pelos de punta. Que nadie haga ninguna reverencia ante nadie, ¿de acuerdo? Si alguien me ve puede saludarme con la mano, o tal vez darme algo de dinero. Pero de esto de dar con la frente en el suelo, nada de nada. Me da grima. Ahora, pon eso en escritura de la buena.

—Enseguida. Y...

—Espera, no he terminado. —Cohen se mordió el labio en gesto desacostumbradamente meditabundo, mientras los guerreros rojos se detenían dando un bandazo—. Sí. Puedes añadir voy a soltar a todos los presos, a menos que hayan hecho algo realmente malo. Como intento de envenenamiento, para empezar. Puedes trabajar tú en los detalles. A todos los torturadores haré que les corten la cabeza. Y a todos los campesinos que les den un cerdo gratis o algo parecido. Te dejo a ti que añadas todos los detalles finos del tipo «por orden de» y esas cosas.

Cohen miró a sus guardias.

—He dicho que os levantéis. Os juro que el próximo hijo de puta que bese el suelo delante de mí va a recibir una patada en el antiguo gallinero. ¿De acuerdo? Ahora abrid las puertas.

La multitud lo Vitoreó. Cuando la Horda entró en la Ciudad Prohibida ellos entraron detrás, en una especie de cruce entre una carga revolucionaria y un paso respetuoso.

Los guerreros rojos se quedaron fuera. Uno de ellos levantó un pie de terracota, que chirrió un poco, y caminó hacía la Muralla hasta chocar con ella.

El guerrero se bamboleo un momento como si estuviera borracho y luego consiguió quedarse a un par de metros de la Muralla sin colisionar con ella.

Levantó un dedo y escribió con trazos temblorosos con un polvo rojo que se convirtió en una especie de pintura sobre el yeso mojado:

SOCORRO SOCORRO ESTOY HAÍ FUERA EN EL YANO

SOCORRO NO ME PUEDO QUITAR ESTA PUTA HARMADURA

La multitud se agolpó detrás de Cohen, gritando y cantando. Si hubiera tenido un tablón de surf podría haber navegado encima de la gente. La lluvia tamborileaba con estrépito en el techo y se derramaba en los patios.

—¿Por qué están tan emocionados? —preguntó.

—Creen que vas a saquear el palacio —dijo el señor Saveloy—. Han oído hablar de los bárbaros, ¿sabes? Y quieren su parte. Además, les ha gustado la idea del cerdo.

—¡Eh, tú! —le gritó Cohen a un niño que pasaba encogido bajo el peso de un jarrón enorme—. ¡Quita tus manazas de ladronzuelo de mis cosas! ¡Eso es valioso! Es un... un...

—Es de la dinastía S'ang —dijo el señor Saveloy.

—Eso mismo —dijo el jarrón.

—¡Es un dinastía S'ang, hombre! ¡Devuélvelo a donde estaba! ¡Y todos vosotros...! —Se giró y blandió la espada—. ¡Quitaos los zapatos! ¡Estáis rayando el suelo! ¡Miracómoestá ya!

—Ayer no te importaba el suelo —gruñó Truckle.

—Ayer no era mi suelo.

—Sí que lo era —dijo el señor Saveloy.

—No como es debido —dijo Cohen—. El rito de conquista es lo importante. La sangre. La gente entiende la sangre. Uno se limita a entrar y tomar posesión y nadie se lo toma en serio. Pero los mares de sangre... Todo el mundo entiende eso.

—Las montañas de cráneos —dijo Truckle en tono aprobador.

—Mira la historia —dijo Cohen—. Siempre que... Eh, tú, el del sombrero, te estás llevando mi...

—Mesa de Sbibo Yangcong—san de caoba con incrustaciones —dijo el señor Saveloy en voz baja.

—... así que ponla en su sitio, ¿me oyes? Sí, siempre que te encuentras con un rey del que todo el mundo dice: «Oh, era un buen rey, sí señor», te puedes apostar las sandalias que era un cabrón enorme y con barba que rompía cabezas todo el tiempo y se reía de ello. ¿Eh? Pero un rey que solamente aprueba leyes que no están mal y lee libros y trata de parecer inteligente... «Oh», dicen, «ah, bah, no estaba mal, un poco soso, no me parecía un rey de verdad.» La gente es así.

El señor Saveloy suspiró.

Cohen le dedicó una sonrisa y le dio una palmada en la espalda tan fuerte que fue a chocar con dos mujeres que intentaban cargar con una estatua de bronce de Ly Tin Wheedle.

—No puedes afrontarlo, ¿verdad que no, Profe? No puedes hacerte a la idea. No te preocupes. Básicamente, no eres un bárbaro. ¡Pongan la maldita estatua en su sitio, señoras, o les daré unos buenos azotes con la parte plana de la espada, ya lo creo!

—Pero yo creía que podíamos hacerlo sin que saliera nadie herido. Usando el cerebro.

—No se puede. La historia no funciona así. Primero la sangre, luego el cerebro.

—Montañas de cráneos —dijo Truckle.

—Tiene que haber una forma mejor que luchar —dijo el señor Saveloy.

—Sí. Muchas. Solo que ninguna funciona. Caleb, coge esas... esas...

—Miniaturas de jade fino Bhong... —murmuró el señor Saveloy.

—...y quítaselas a ese tío. Lleva una debajo del sombrero.

Se abrió otro par de puertas labradas. La sala del otro lado ya estaba abarrotada, pero en el momento de abrirse las puertas todos sus ocupantes retrocedieron y trataron de asumir un aspecto entusiasta mientras evitaban la mirada de Cohen.

Al apartarse dejaron solo a Seis Vientos Benéficos. La corte llevaba mucho tiempo perfeccionando aquella maniobra.

—Montañas de cráneos —dijo Truckle, que no era un hombre que tuviera prisa en dejar de lado una idea.

—Esto... Hemos visto que el Ejército Rojo brotaba de la tierra, ejem, tal como predice la leyenda. Esto... Sois verdaderamente la preencarnación de Un Espejo de Sol.

El pequeño recaudador de impuestos tuvo la decencia de poner cara de vergüenza. En tanto que discurso, estaba al mismo nivel dramático que el que tradicionalmente empezaba con las palabras: «Como sabéis, vuestro padre, el rey...». Además, hasta ahora nunca había creído en las leyendas, ni siquiera en la que hablaba de un campesino que hacía una declaración de la renta escrupulosamente limpia todos los años.

—Sí, claro —dijo Cohen.

Avanzó dando zancadas hasta el trono y clavó su espada en el suelo, donde se quedó vibrando.

—A algunos de vosotros os voy a cortar la cabeza por vuestro propio bien —dijo—. Pero todavía no he decidido a quién. Y que alguien le enseñe a Willie el Chaval dónde está el lavabo.

—No hace falta —dijo Willie el Chaval—. No después de que aparecieran esas estatuas rojas detrás de mí tan de repente.

—Montañas de... —empezó a decir Truckle.

—No sé nada de montañas —dijo Cohen.

—¿Y dónde —preguntó Seis Vientos Benéficos— está el Gran Hechicero?

—El Gran Hechicero —dijo Cohen.

—Sí, el Gran Hechicero que ha invocado al Ejército Rojo y lo ha hecho salir de la tierra —dijo el recaudador.

—No sé nada de él —dijo Cohen.

La multitud avanzó dando tumbos mientras la gente seguía entrando en la sala.

—¡Vienen!

Un guerrero de terracota entró en la sala con los pies repiqueteando en el suelo y una sonrisa muy débil todavía en la cara.

Se detuvo, tambaleándose un poco mientras le caían gotas de agua al suelo.

La gente estaba encogida de terror. Excepto la Horda, según pudo ver el señor Saveloy. Cuando se les presentaban peligros desconocidos pero terribles, los miembros de la Horda se ponían furiosos o bien se quedaban perplejos.

Entonces se alegró. No eran mejores, solamente distintos. No les importa enfrentarse a criaturas enormes y terribles, se dijo a sí mismo, pero pídeles que bajen a la calle para comprar una bolsa de arroz y se quedan hechos polvo...

—¿Qué hago ahora, Profe? —susurró Cohen.

—Bueno, eres el emperador —dijo el señor Saveloy—. Creo que tienes que hablar con él.

—Vale.

Cohen se puso de pie y saludó alegremente al gigante de terracota con la cabeza.

—Buenos días —dijo—. Lo habéis hecho muy bien ahí fuera. Tú y el resto de tus coleguitas tenéis el día libre para plantar geranios en vosotros mismos o lo que sea que hagáis. Esto... ¿tenéis un Gigante Número Uno con el que deba hablar?

El guerrero de terracota levantó un dedo con un crujido.

Luego se llevó dos dedos al antebrazo y después levantó otra vez el dedo.

Todo el mundo en la multitud empezó a hablar al mismo tiempo.

El gigante se tiró de un vestigio de oreja con dos dedos.

—¿Que puede querer decir eso? —dijo Seis Vientos Benéficos.

—Me resulta un poco difícil de creer —dijo el señor Saveloy—. Pero es un antiguo método de comunicación que usamos en la tierra de los vampiros chupasangre.

—¿Y lo podéis entender?

—Oh, sí. Creo que sí. Hay que intentar adivinar la palabra o la frase. Nos está intentando decir... esto... una palabra, dos sílabas. La primera sílaba suena como...

El gigante separó las piernas y puso los dos puños delante del pecho, en guardia, tapándose la cara con el izquierdo y untando golpes con el derecho.

—Boxeo —dijo el señor Saveloy—. ¿Boxear? ¿Fintar? ¿Juego de piernas? ¿Asalto? ¿Asalto? ¿K.O.? ¿Ring?

El gigante se dio un golpecito apresurado en la nariz y llevó a cabo un baile muy pesado y ruidoso, con varias partes de su armadura de terracota claqueteando.

—Suena como ring —dijo el señor Saveloy—. La primera sílaba suena como ring.

—Esto...

Una figura andrajosa se abrió paso entre la multitud. Llevaba gafas y tenía una lente rota.

—Esto... —dijo—, tengo una idea al respecto...

Lord Fang y algunos de sus guerreros de más confianza se habían congregado en la falda de las colinas. Un buen general siempre sabe cuándo ha de dejar el campo de batalla, y por lo que respectaba a lord Fang, el momento justo era cuando veía acercarse al enemigo.

Los hombres estaban conmocionados. No habían intentado hacer frente al Ejército Rojo. Y quienes lo habían intentado estaban muertos.

—Nos... reagrupamos —jadeó lord Fang—. Y luego esperaremos a que caiga la noche y... ¿qué es eso?

Se oyó un ruido rítmico procedente de los matorrales que había ladera arriba, donde los corrimientos de tierras habían abierto otro barranco lleno de maleza.

—Suena como un carpintero, señor —dijo uno de los soldados.

—¿Aquí arriba? ¿En medio de una guerra? ¡Id a ver qué es!

El hombre se alejó apresuradamente. Al cabo de un rato el ruido que parecía alguien serrando se detuvo. Y luego se reanudó.

Lord Fang había estado intentando urdir un nuevo plan de batalla basado en los Nueve Principios Útiles. Tiró su mapa al suelo.

—¿Por qué continúa el ruido? ¿Dónde está el capitán Nong?

—No ha vuelto, señor.

—¡Entonces id a ver qué le ha pasado!

Lord Fang intentó recordar si el gran sabio militar había dicho algo alguna vez sobre cómo combatir a estatuas invulnerables gigantes. El...

El ruido de serrería se detuvo. Luego fue reemplazado por el ruido de los martillazos.

Lord Fang miró a su alrededor.

—¿Cómo puedo conseguir que alguien obedezca una de mis órdenes? —vociferó.

Recogió su espada y subió dando tumbos la ladera enfangada. Los matorrales se abrieron a su paso. Apareció un claro. Luego una forma que se movía deprisa, usando centenares de pierneci...

Se oyó un ruido seco.

Llovía tan fuerte que las gotas tenían que hacer cola.

En algunas partes la tierra roja tenía docenas de metros de profundidad. Producía dos o tres cosechas al año. Era rica. Era fecunda. Cuando estaba mojada, era extremadamente pegajosa.

Los ejércitos supervivientes habían salido chapoteando del campo de batalla, tan rojos de la cabeza a los pies como los hombres de terracota. Dejando de lado a los que habían sido pisoteados, lo cierto era que el Ejército Rojo no había matado a mucha gente. El terror les había hecho la mayor parte del trabajo. En realidad habían muerto más hombres en las breves batallas entre ejércitos y, durante las carreras para escapar, por sus propios bandos.

El ejército de terracota se quedó con todo el llano para camp[[25]](#footnote-25)ar a sus anchas. Y estaban celebrando la victoria de maneras diversas. Muchos guardias estaban caminando en círculos, vadeando por el barro pegajoso como si no fuera más que aire sucio. Algunos estaban cavando una zanja, cuyos lados se les deshacían encima bajo la lluvia torrencial. Unos cuantos intentaban trepar por paredes que no existían. Varios, posiblemente como resultado de tanto esfuerzo tras siglos de mantenimiento cero, habían explotado espontáneamente causando una lluvia de chispas azules, y la metralla de arcilla al rojo vivo había sido un factor importante en la cuenta de bajas enemigas.

Y entretanto la lluvia no paraba, formando una cortina sólida de agua. No parecía una lluvia natural. Daba la impresión de que el mar había decidido reclamar la tierra por vía aérea.

Rincewind cerró los ojos. Tenía la armadura cubierta de barro. Ya no veía los dibujos, y era un alivio porque estaba bastante seguro de que se estaba haciendo un lío. Se podía ver lo que estaba viendo cualquier guerrero, o por lo menos parecía que debería poderse si uno sabía cómo funcionaban algunos de los dibujos más extraños y cómo pulsarlos en el orden adecuado. Rincewind no lo sabía, y en cualquier caso quien fuera que hubiera fabricado aquella armadura mágica no había tenido en cuenta la posibilidad de que alguien la usara hundido en barro hasta las rodillas durante un río vertical. De vez en cuando soltaba chispas. Una de las botas se estaba calentando.

¡Y había empezado tan bien! Pero entonces había aparecido lo que él empezaba a llamar el factor Rincewind. Probablemente algún otro mago habría sacado al ejército en formación y no le habría llovido encima y en aquellos momentos estaría desfilando por las calles de Hunghung mientras la gente tiraba flores y decía: «A fe mía, el Gran Hechicero existe, no hay duda».

Algún otro mago no habría pulsado el dibujo equivocado y habría puesto a aquellas cosas a cavar.

Se dio cuenta de que se estaba revolcando en autocompasión. Y de forma más pertinente, se estaba revolcando en barro. Y se estaba hundiendo. De nada servía intentar sacar un pie: no funcionaba, y además el otro pie se le hundía más y se seguía recalentando.

Cayó un relámpago en el suelo a su lado. Lo oyó chisporrotear, vio el humo, sintió el hormigueo de la electricidad y notó el sabor de hojalata quemada.

Otro relámpago alcanzó a un guerrero. El torso le explotó y causó una lluvia de alquitrán negro y pegajoso. Las piernas siguieron andando durante unos pocos pasos y luego se detuvieron.

El agua le rodeaba por completo, roja y espesa ahora que el río Hung estaba desbordado. Y el barro le seguía absorbiendo los pies como si fuera una caries gigante.

Algo pasó dando vueltas sobre el agua fangosa. Parecía un pedacito de papel.

Rincewind vaciló, luego extendió un brazo como pudo con una mano enguantada y lo pescó ahuecando la mano.

Era, tal como había esperado, una mariposa.

—Muchas gracias —dijo en tono amargo.

El agua se le escurrió entre los dedos.

Cerró la mano a medias, luego suspiró y, con toda la delicadeza que pudo, se colocó la criatura sobre un dedo. Las alas le colgaban, empapadas.

La protegió de la lluvia con la otra mano y sopló varias veces sobre las alas.

—Venga, lárgate.

La mariposa se giró. Sus ojos de facetas múltiples emitieron un breve resplandor verde y luego aleteó de forma experimental.

Dejó de llover.

Y empezó a nevar, pero solamente donde estaba Rincewind.

—Ah, sí—dijo Rincewind—. Claro que sí. Ah, muchísimas gracias.

Había oído decir que la vida era como un pájaro que entra volando en plena noche y cruza un salón atestado y luego sale por otra ventana de vuelta a la noche eterna. En el caso de Rincewind se las había apañado para dejar caer algo incontinente en su cena.

La nieve se detuvo. Las nubes se retiraron de la cúpula del cielo a una velocidad asombrosa y dejaron pasar un calor y una luz del sol que hicieron humear el barro casi de inmediato.

—¡Ahí estás! ¡Te hemos estado buscando por todas partes!

Rincewind intentó darse la vuelta, pero el barro se lo puso imposible. Se oyó un trompazo leñoso, como el de un tablón dejado caer sobre el limo húmedo.

—¿Nieve en su cabeza? ¿Con el sol que hace? Me dije a mí mismo: está claro que es él.

Se oyó el ruido de otro tablón.

Una pequeña avalancha cayó del yelmo y le resbaló a Rincewind por el cuello.

Otro trompazo y un tablón hizo salpicar el barro que había a su lado.

—Soy yo, Dosflores. ¿Estás bien, viejo amigo?

—Creo que se me está cociendo el pie, pero aparte de eso estoy como unas pascuas.

—Sabía que eras tú el que estaba haciendo la charada —dijo Dosflores, metiendo las manos debajo de los hombros del mago y tirando de él.

—¿Cogiste la sílaba «Wind»? —preguntó Rincewind—.Fue bastante difícil de hacer por control remoto.

—Oh, ninguno de nosotros la entendió —dijo Dosflores—. Pero cuando la cosa hizo: «ohmierdaohmierdaohmierdaohmierda, voy a morir», todo el mundo lo pilló a la primera. Muy inventivo. Ejem. Creo que estás atascado.

—Creo que son las botas mágicas.

—¿No puedes sacudírtelas? Este barro se seca como... bueno, como terracota al sol. Alguien puede venir después y desenterrarlas.

Rincewind intentó mover los pies. Hubo algunos burbujeos debajo del barro y sintió que se le soltaban los pies con un ruido apagado de sorbetón.

Por fin, con un esfuerzo considerable, se pudo sentar en el tablón.

—Siento lo de los guerreros —dijo—. Cuando empecé parecía muy sencillo, pero luego me lié con todos los dibujos y me resultó imposible que algunos pararan de hacer cosas...

—¡Pero si ha sido una victoria legendaria! —dijo Dosflores.

—¿Ah, sí?

—El señor Cohen ha sido proclamado emperador.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no es que lo hayan proclamado, no lo ha proclamado nadie, simplemente ha llegado y ha cogido el cargo. Y todo el mundo dice que es la preencarnación del primer emperador y él dice que si tú quieres ser el Gran Hechicero, le parece bien.

—¿Perdona? Me he perdido...

—Tú has guiado al Ejército Rojo, ¿verdad? Les has hecho levantarse en la hora de necesidad del Imperio.

—Bueno, yo no diría exactamente que yo...

—Así que el emperador quiere recompensarte. Qué amable, ¿no?

—¿Qué quieres decir con recompensarme? —dijo Rincewind, intensamente receloso.

—La verdad es que no estoy seguro. En realidad, lo que dijo fue... —A Dosflores se le quedó una mirada perdida mientras intentaba acordarse—. Dijo: «Ve a buscar a Rincewind y dile que puede que sea un poco imbécil, pero que por lo menos es un buen tipo, así que puede ser Hechicero Jefe del Imperio, o como quiera llamarlo, porque no confío en vosotros...» —Dosflores miró hacia arriba con el ceño fruncido mientras intentaba recordar las palabras exactas de Cohen—... «casa de aspecto auspicioso... aroma a pinos... cabrones extranjeros».

Las palabras entraron goteando en el oído de Rincewind, le subieron hasta el cerebro y empezaron a aporrear las paredes.

—¿Hechicero Jefe? —dijo.

—Eso es lo que dijo. Bueno... en realidad lo que dijo fue que quería que fueras una mancha de vómito de golondrina, pero es porque usó el tono grave y triste en lugar del agudo e interrogativo. Pero está claro que quería decir mago.

—¿Del Imperio entero?

Rincewind se puso de pie.

—Va a pasar algo muy malo —dijo llanamente.

El cielo se había puesto bastante azul. Unos pocos ciudadanos se habían aventurado en el campo de batalla para atender a los heridos y recuperar a los muertos. Había guerreros de terracota tirados en ángulos distintos e inmóviles como rocas.

—En cualquier momento —dijo Rincewind.

—¿No deberíamos volver?

—Probablemente un impacto de meteorito —dijo Rincewind.

Dosflores miró el cielo en calma.

—Ya me conoces —dijo Rincewind—. Justo cuando estoy a punto de conseguir algo el Sino viene y me salta en los dedos.

—Yo no veo ningún meteorito —dijo Dosflores—. ¿Cuánto tenemos que esperar?

—Pues será otra cosa —dijo Rincewind—. Nos asaltará alguien, o habrá un terremoto, o algo.

—Si insistes —dijo Dosflores en tono cortés—. Ejem. ¿Quieres esperar aquí a que pase algo horrible o prefieres volver a palacio, bañarte, cambiarte de ropa y ver qué pasa?

Rincewind admitió que no pasaba nada por esperar un destino atroz con comodidad.

—Va a haber un banquete —dijo Dosflores—. El emperador dice que va a enseñar a todo el mundo a pillar una cogorza.

Emprendieron el regreso, de tablón en tablón, hacía la ciudad.

—¿Sabes? Juraría que nunca me contaste que estabas casado.

—Estoy seguro de que sí.

—Lamenté, esto... lamenté mucho enterarme de que tu mujer, esto...

—Son cosas de la guerra. Tengo dos hijas muy responsables.

Rincewind abrió la boca para decir algo pero la sonrisa jovial y nerviosa de Dosflores le congeló las palabras en la boca.

Llevaron a cabo su tarea sin hablar, recogiendo los tablones que quedaban detrás de ellos y extendiendo la pasarela por delante.

—Si miramos el lado bueno de las cosas —dijo Dosflores, rompiendo el silencio—, el emperador dice que puedes montar tu propia universidad si quieres.

—¡No! ¡No! ¡Que alguien me pegue con una barra de hierro, por favor!

—Ha dicho que está bastante a favor de la educación siempre y cuando nadie le obligue a tener una. Ha estado haciendo proclamas como un loco. Los eunucos han amenazado con ir a la huelga.

A Rincewind se le cayó el tablón al barro.

—¿Pero a qué se dedican los eunucos —dijo— que dejan de hacer cuando van a la huelga?

—Servir la comida, hacer las camas, cosas así. —Ah.

—En realidad están a cargo de la Ciudad Prohibida. Pero el emperador los ha persuadido de que abandonen su actitud.

—¿De verdad?

—Les ha dicho que si no se ponían manos a la obra enseguida les iba a cortar todo lo demás. Ejem, creo que el terreno ya es lo bastante firme.

Su propia universidad. Eso quería decir que sería... archicanciller. Rincewind el archicanciller se imaginó a sí mismo visitando la Universidad Invisible. Podía tener un sombrero con una punta realmente larga. Tendría derecho a ser maleducado con todo el mundo. Sería...

Intentó obligarse a parar de pensar así. Todo saldría mal.

—Por supuesto —dijo Dosflores—, puede ser que ya te hayan pasado todas las cosas malas. ¿No has considerado esa posibilidad? Tal vez ahora te toque algo bueno.

—No me vengas con esos rollos del karma —dijo Rincewind—. En lo que se refiere a mí, la rueda de la fortuna ha perdido unos cuantos radios.

—Pero es una idea a tener en cuenta —dijo Dosflores.

—¿Qué idea, que el resto de mi vida va a ser pacífico y agradable? Lo siento. No. Tú espera. Espera a que me confíe y... ¡paf!

Dosflores miró a su alrededor con interés.

—No sé por qué crees que has tenido una vida tan mala —dijo—. Cuando éramos más jóvenes nos lo pasamos muy bien. Eh, ¿te acuerdas de la vez en que nos lanzamos por el borde del mundo?

—A menudo —dijo Rincewind—. Normalmente a eso de las tres de la mañana.

—¿Y aquella vez en que íbamos montados en un dragón y desapareció en pleno vuelo?

—¿Sabes? —dijo Rincewind—. A veces pasa una hora entera sin que me acuerde de eso.

—¿Y aquella vez en que nos atacó aquella gente que quería matarnos?

—¿A cuál de las ciento cuarenta y nueve ocasiones te refieres?

—Esas cosas le fortalecen a uno el carácter —dijo Dosflores en tono feliz—. Me han hecho el que soy hoy en día.

—Ah, sí—dijo Rincewind. Hablar con Dosflores no suponía ningún esfuerzo. La naturaleza confiada del hombrecillo no conocía el concepto del sarcasmo y poseía una capacidad entusiasta de no oír las cosas que podían preocuparle—. Sí, ciertamente puedo decir que es la clase de cosas que me ha convertido en el hombre que soy hoy en día, también.

Entraron en la ciudad. Las calles estaban prácticamente vacías. La mayor parte de la gente había acudido a la plaza enorme que había delante de palacio. Los nuevos emperadores tenían tendencia a los despliegues de generosidad. Además, había corrido la noticia de que este de ahora era distinto y estaba regalando cerdos gratis.

—He oído que está hablando de mandar enviados a Ankh—Morpork —dijo Dosflores mientras subían la calle, goteando—. Sospecho que eso va a causar algún revuelo.

—¿Estaba presente en ese momento el tal Al—Final—Me—Haré—El—Hara—Kiri? —preguntó Rincewind.

—Pues mira, sí.

—¿Cuando visitaste Ankh—Morpork conociste alguna vez a un hombre llamado Escurridizo?

—Oh, sí.

—Si alguna vez se dan la mano esos dos, creo que va a haber una explosión.

—Pero tú también podrías volver —dijo Dosflores—. O sea, tu nueva universidad va a necesitar toda clase de cosas y, bueno, creo recordar que a la gente de Ankh—Morpork le gustaba mucho el oro.

Rincewind hizo rechinar los dientes. La imagen no quería desaparecer: el archicanciller Rincewind comprando la Torre del Arte, haciéndoles numerar todas las piedras y mandándola hacia Hunghung. El archicanciller Rincewind contratando a todo el profesorado como bedeles. El archicanciller Rincewi...

—¡No!

—¿Perdona?

—¡No me animes a pensar así! ¡En cuanto me crea que todo va a valer la pena sucederá algo espantoso!

Hubo un movimiento detrás de él y un cuchillo se apretó de repente contra su garganta.

—¿La Gran Mancha de Vómito de Golondrina? —preguntó una voz junto a su oído.

—Mira —dijo Rincewind—. ¿Lo ves? ¡Corre, escapa! ¡No te quedes ahí, jodido memo! ¡Corre!

Dosflores se quedó un momento mirando y luego se giró y se alejó correteando.

—Dejadlo ir —dijo la voz—. Él no importa.

Unas manos lo metieron en un callejón. Le pareció notar una armadura y también barro. Sus captores estaban avezados en la técnica de arrastrar a un prisionero de forma que no pudiera apoyar un pie en ninguna parte.

Luego lo dejaron caer sobre los adoquines.

—A mí no me parece tan grande —dijo una voz imperiosa—. ¡Mírame, Gran Hechicero!

Los soldados dejaron escapar una sonrisa nerviosa.

—¡Idiotas! —Lord Hong se enfureció—. ¡Es solamente un hombre! ¡Miradlo! ¿Acaso parece poderoso? ¡Solo es un hombre que ha encontrado unos viejos trucos! Y vamos a descubrir lo grande que es sin brazos ni piernas.

—Oh —dijo Rincewind.

Lord Hong se inclinó hacia él. Tenía barro en la cara y un resplandor enloquecido en la mirada.

—Y veremos qué puede hacer entonces tu emperador bárbaro, ¿no te parece? —Señaló al grupo de soldados sombríos y pringados de barro—. ¿Sabes que medio se creen que realmente eres un gran hechicero? Así es la superstición, me temo. Muy útil la mayor parte del tiempo y puñeteramente inconveniente en ocasiones. Pero cuando te escoltemos hasta la plaza y allí les enseñemos lo grande que eres en realidad, creo que a tu bárbaro no le quedará mucho tiempo. ¿Qué es esto?

Le quitó los guantes de las manos a Rincewind.

—Juguetes —dijo—. Artilugios. El Ejército Rojo no es más que máquinas, como los molinos y las bombas de riego. No tienen nada de magia.

Los tiró a un lado y señaló con la cabeza a uno de los guardias.

—Y ahora —dijo lord Hong—, vayamos a la plaza Imperial.

—¿Qué te parece ser gobernador de Bhangbhangduc y todas estas islas de por aquí? —preguntó Cohen, mientras la Horda examinaba un mapa del Imperio—. ¿Te gusta la costa, Hamish?

—¿Mande?

Las puertas de la Salón del Trono se abrieron de par en par. Dosflores entró correteando y seguido por Un Río Grande.

—¡Lord Hong ha capturado a Rincewind! ¡Lo va a matar!

Cohen levantó la vista.

—Puede escaquearse con magia, ¿no?

—¡No! ¡Ya no tiene al Ejército Rojo! ¡Lo van a matar! ¡Tenéis que hacer algo!

—Buf, bueno, ya sabes lo que pasa con los magos —dijo Truckle—. Ya hay demasiados tal y como están las cosas...

—No. —Cohen cogió su espada y suspiró—. Vamos.

—Pero Cohen...

—He dicho que vamos. Nosotros no somos como Hong. Rincewind puede ser una rata, pero es nuestra rata. Así pues, ¿vienes o qué?

Lord Hong y su grupo de soldados casi habían llegado al pie de la amplia escalinata del palacio cuando salió la Horda. La multitud los rodeó, contenida por los soldados.

Lord Hong sostuvo a Rincewind muy cerca de sí, con un cuchillo en su garganta.

—Ah, emperador —dijo en ankh—morporkiano—. Volvemos a encontrarnos. Jaque, creo.

—¿Qué quiere decir? —susurró Cohen.

—Cree que te tiene entre la espada y la pared —dijo el señor Saveloy.

—¿Cómo sabe que no voy a dejar morir al mago?

—Psicología del individuo, me temo.

—¡Esto no tiene ningún sentido! —gritó Cohen—, Si lo matas, estarás muerto en cuestión de segundos. ¡Yo me encargaré en persona!

—Ciertamente no —dijo lord Hong—. Cuando tu... Gran Hechicero... haya muerto, cuando la gente vea la facilidad con que muere... ¿Cuánto tiempo vas a ser emperador? ¡Has ganado usando trucos!

—¿Cuáles son vuestros términos? —preguntó el señor Saveloy.

—Ninguno. No podéis darme nada que no pueda coger por mí mismo. —Lord Hong cogió el sombrero de Rincewind que llevaba uno de los guardias y se lo embutió a Rincewind en la cabeza—. Esto es tuyo —dijo entre dientes—. «Echicero.» Ja! ¡Ni siquiera sabes escribir! ¿Y bien, echicero? ¿No vas a decir nada?

—¡Oh, no!

Lord Hong sonrió.

—Ah, eso está mejor —dijo.

—¡Oh, nooooooo!

—¡Muy bien!

—¡Aaaargh!

Lord Hong parpadeó. Por un momento la figura que tenía delante pareció estirarse hasta el doble de su estatura y luego encogerse de golpe hasta tener los pies debajo de la barbilla.

Y luego desapareció con un pequeño estampido.

La plaza quedó en silencio salvo por el sonido de varios millares de personas manifestando su asombro.

Lord Hong hizo un gesto vago con la mano en el aire.

—¿Lord Hong?

Se giró. Había un hombre bajito tras su espalda, cubierto de mugre y de barro. Llevaba unas gafas con una de las lentes rota.

Lord Hong apenas le echó un vistazo. Volvió a palpar el aire, incapaz de dar crédito a sus sentidos.

—Perdonad, lord Hong —dijo la aparición—,¿Pero por casualidad os acordáis de Bes Pelargic? ¿Hace unos seis años? Creo que estabais batallando con lord Tang. Hubo una especie de escaramuza. Unas cuantas calles destruidas. Nada muy importante.

Lord Hong parpadeó.

—¡Cómo te atreves a dirigirte a mí! —consiguió articular.

—La verdad es que no importa —dijo Dosflores—. Pero es que me habría gustado que os acordarais. Me... enfadé bastante. Esto... Quiero luchar contra vos.

—¿Tú quieres luchar contra mí? ¿Sabes con quién estás hablando? ¿Tienes la más mínima idea?

—Esto... Sí. Oh, sí—dijo Dosflores.

La atención de lord Hong se concentró por fin. No había sido un buen día.

—¡Hombrecillo estúpido e insensato! ¡Ni siquiera tienes espada!

—¡Eh! ¡Cuatroojos!

Los dos se giraron. Cohen le lanzó su espada. Dosflores la cogió con torpeza y casi se desplomó bajo su peso.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó el señor Saveloy.

—El hombre quiere ser un héroe. A mí me parece bien —dijo Cohen.

—¡Lo va a destrozar!

—Puede ser, puede ser. Está claro que puede ser —admitió Cohen—. No depende de mí.

—¡Padre!

Flor de Loto agarró del brazo a Dosflores.

—¡Te va a matar! ¡Vete de aquí!

—No.

Mariposa cogió el otro brazo de su padre.

—Esto no va a servir para ningún buen propósito —dijo—. Vamos. Podemos encontrar un momento mejor...

—Mató a vuestra madre —dijo Dosflores llanamente.

—La mataron sus soldados.

—Peor todavía. Él ni siquiera se enteró. Por favor, apartaos las dos.

—Mira, padre...

—Si no hacéis las dos lo que os digo, me enfadaré.

Lord Hong desenvainó su larga espada. El filo relució.

—¿Sabes algo de lucha, oficinista?

—No, la verdad es que no —dijo Dosflores—. Pero lo importante es que alguien os tiene que plantar cara. No importa lo que les pase después.

La Horda estaba observando con interés considerable. Por endurecidos que estuvieran, la valentía insensata les tocaba una fibra sensible.

—Sí —dijo lord Hong, examinando a la multitud silenciosa—. Que todo el mundo vea lo que pasa.

Levantó su espada.

El aire crepitó.

El Perro Ladrador cayó en las losas delante de él.

Estaba muy caliente. Tenía la mecha encendida.

Hubo un breve chisporroteo.

Luego el mundo se volvió blanco.

Al cabo de un tiempo, Dosflores consiguió levantarse. Parecía ser el primero que lo hacía. Los que no se habían arrojado al suelo habían huido.

Lo único que quedaba de lord Hong era un zapato, que ardía lentamente. Pero había un rastro humeante que subía la escalera que tenía detrás.

Renqueando un poco, Dosflores siguió el rastro.

Había una silla de ruedas volcada sobre un lado, con una rueda girando.

Se asomó por encima de ella.

—¿Está usted bien, señor Hamish?

—¿Mande?

—Bien.

El resto de la Horda estaba agachada en un círculo en lo alto de las escaleras. El humo formaba una nube a su alrededor. En su trayectoria, la bola había incendiado una parte del palacio.

—¿Me oyes, Profe? —estaba diciendo Cohen.

—¡Claro que no te oye! ¿Cómo te va a oír, con esa pinta? —dijo Truckle.

—Podría estar vivo —dijo Cohen en tono desafiante.

—Está muerto, Cohen. Muerto de verdad. La gente viva tiene más cuerpo.

—¿Pero ustedes están todos vivos? —dijo Dosflores—. ¡Lo vi ladrar directamente hacia ustedes!

—Nos apartamos —dijo Willie el Chaval—. Se nos da bien quitarnos de en medio.

—El pobre Profe no tenía nuestra experiencia en no morir —dijo Caleb.

Cohen se puso de pie.

—¿Dónde está Hong? —preguntó en tono sombrío—. Voy a...

—También ha muerto, señor Cohen —dijo Dosflores.

Cohen asintió, como si todo aquello fuera perfectamente normal.

—Se lo debemos al viejo Profe —dijo.

—Era un buen tipo —admitió Truckle—. Tenía unas ideas raras sobre las palabrotas, eso sí.

—Tenía cerebro. ¡Le importaban las cosas! ¡Y puede que no haya vivido como un bárbaro, pero está jodidamente claro que lo vamos a enterrar como a un bárbaro! ¿De acuerdo?

—En un drakar en llamas —sugirió Willie el Chaval.

—Caramba —dijo el señor Saveloy.

—En una fosa enorme, encima de los cuerpos de sus enemigos —sugirió Caleb.

—Por todos los dioses, ¿toda la clase de 4B? —dijo el señor Saveloy.

—En un túmulo funerario —sugirió Vincent.

—De veras, no les quiero causar molestias —dijo el señor Saveloy.

—En un drakar en llamas, encima de un montón de cuerpos enemigos y debajo de un túmulo funerario —dijo Cohen en tono inexpresivo—. Nada es demasiado bueno para el viejo Profe.

—Pero les aseguro que me encuentro bien —dijo el señor Saveloy—. De verdad, yo... Oh.

¿RONALD SAVELOY?

El señor Saveloy se giró.

—Ah —dijo—. Sí, ya veo.

¿LE IMPORTARÍA VENIR HACIA AQUÍ?

El palacio y la Horda se congelaron y se desvanecieron lentamente, como un sueño.

—Tiene gracia —dijo el señor Saveloy, siguiendo a la Muerte—. No me esperaba que pasara así.

POCA GENTE SE ESPERA QUE PASE DE NINGUNA MANERA.

Una arena negra y gruesa crujía bajo lo que el señor Saveloy suponía que debía de llamar todavía sus pies.

—¿Dónde estamos?

EN EL DESIERTO.

La luz era brillante y sin embargo el cielo estaba negro como en plena medianoche. El señor Saveloy miró al horizonte.

—¿Cómo de grande es?

PARA ALGUNOS, MUY GRANDE. PARA LORD HONG, POR EJEMPLO, CONTIENE A MUCHOS FANTASMAS IMPACIENTES.

—Yo pensaba que lord Hong no creía en los fantasmas.

PUEDE QUE AHORA SÍ. MUCHOS FANTASMAS CREEN EN LORD HONG.

—Oh, esto... ¿Y ahora qué pasa?

—¡Vamos, vamos, que no tengo todo el día! ¡Camina con garbo, hombre!

El señor Saveloy se giró y miró a la mujer montada a caballo. Era un caballo grande, pero es que la mujer también era grande. Llevaba trenzas, un casco con cuernos y una coraza que debía de haberle costado una semana entera de trabajo a un chapista experimentado. La mujer le echó una mirada que no carecía de amabilidad pero que rezumaba impaciencia por todas partes.

—¿Perdone?

—Aquí pone Ronald Saveloy —dijo ella—. ¿El qué?

—¿El qué?

—Todo el mundo al que recojo —dijo la mujer, inclinándose—. Se llama «Fulanito el Algo». ¿Qué el eres tú?

—Lo siento, yo...

—Te pondré Ronald el Disculpador, entonces. Ven, súbete,

hay una guerra en marcha, tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—Aquí dice atracarse de comida, irse de juerga y lanzar hachas al pelo de mujeres jóvenes, ¿no?

—Ah, esto... Creo que tal vez ha habido alguna clase de eq...

—Mira, abuelo, ¿vienes o qué?

El señor Saveloy miró al desierto negro que le rodeaba. Estaba completamente solo. La Muerte se había ido a ocuparse de sus asuntos básicos.

Dejó que la mujer lo subiera al caballo detrás de ella.

—¿Tienen biblioteca, por casualidad? —preguntó en tono esperanzado mientras el caballo se alejaba cabalgando hacia el cielo oscuro.

—No lo sé. Nadie ha preguntado nunca.

—O clases nocturnas tal vez. ¿Podría empezar unas clases nocturnas?

—¿De qué?

—Ejem. De lo que fuera. Modales en la mesa, por ejemplo. ¿Está permitido?

—Supongo. No creo que nadie haya preguntado tampoco por eso. —La valkiria se giró en su silla de montar—. ¿Seguro que estás yendo al Más Allá que te corresponde?

El señor Saveloy consideró las posibilidades.

—Teniéndolo todo en cuenta —dijo—, creo que vale la pena intentarlo.

La multitud de la plaza se estaba poniendo de pie.

Todos miraban lo que quedaba de lord Hong y luego a la Horda.

Mariposa y Flor de Loto fueron con su padre. Mariposa pasó la mano por el cañón en busca del truco.

—¿Lo ves? —dijo Dosflores, en tono no muy claro porque todavía no podía oír el sonido de su propia voz—. Ya os dije que era el Gran Hechicero.

Mariposa le dio un golpecito en el hombro.

—¿Qué pasa con esos? —preguntó ella.

Una pequeña procesión estaba cruzando la plaza. Al frente, Dosflores reconoció algo que una vez había sido propiedad suya.

—Era un ejemplar muy barato —dijo, dirigiéndose a nadie en concreto—. Siempre me dio la impresión de que no funcionaba muy bien, para ser sincero.

Iba seguido por un Equipaje ligeramente más grande. Y luego, en orden descendente de tamaños, cuatro baúles pequeñitos, el menor de ellos del tamaño de un bolso. Al pasar junto a un hunghungués tumbado boca abajo que estaba demasiado aturdido para huir, se detuvo para darle una patada en la oreja antes de echar a correr detrás del resto.

Dosflores miró a sus hijas.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó—. ¿Crear otros nuevos? Creí que necesitaban carpinteros.

—Supongo que ha aprendido muchas cosas en Anj—Mor— Pork —dijo Mariposa.

Los Equipajes se congregaron delante de las escaleras. Luego el Equipaje se dio la vuelta y, después de un par de miradas tristes hacia atrás, o lo que hubieran sido miradas de haber tenido ojos, se alejó al medio galope. Para cuando llegó a la otra punta de la plaza ya se lo veía borroso de velocidad.

—¡Eh, tú! ¡Cuatroojos!

Dosflores se volvió. Cohen estaba bajando las escaleras.

—Me acuerdo de ti —dijo—. ¿Sabes algo del oficio de gran visir?

—Nada de nada, señor emperador Cohen.

—Bien. El trabajo es tuyo. Venga, a currar. Antes de nada quiero una taza de té. Lo bastante espeso como para que flote en él una herradura. Tres azucarillos. En cinco minutos. ¿De acuerdo?

—¿Una taza de té en cinco minutos? —dijo Dosflores—. ¡Pero si en ese tiempo no puede hacerse ni una ceremonia corta!

Cohen le pasó un brazo de compañerismo por los hombros al hombrecillo.

—Hay una ceremonia nueva —dijo—. Va así: «El té está listo, cariño. ¿Leche? ¿Azúcar? ¿Rosquilla? ¿Quieres otro?». Y puedes decirle a los eunucos —añadió— que el emperador es un hombre que se lo toma todo al pie de la letra y que ha usado la expresión «rodarán cabezas».

La mirada de Dosflores brilló detrás de sus gafas rotas. Por alguna razón, le gustó cómo sonaba aquello.

Parecía como si estuviera viviendo en tiempos interesantes...

Los Equipajes permanecieron sentados en silencio, esperando.

Sino se reclinó en su asiento.

Los dioses se relajaron.

—Empate —anunció—. Oh, sí. Parece que has ganado en Hunghung pero al mismo tiempo has tenido que perder tu pieza más importante, ¿no es así?

—¿Perdón? —dijo la Dama—. No te sigo.

—Por lo que yo sé de eso de... la física... —dijo Sino—, no me puedo creer que algo pueda materializarse en la universidad sin morir casi al instante. Una cosa es chocar con una tormenta de nieve, y otra muy distinta es chocar con una pared.

—Yo nunca sacrifico un peón —dijo la Dama.

—¿Cómo puedes confiar en ganar sin sacrificar un peón de vez en cuando?

—Oh, yo nunca juego para ganar. —Ella sonrió—, Pero sí juego para no perder. Observa...

El Consejo de los Magos estaba congregado delante de la pared del fondo de la Gran Sala y contemplaba la cosa que ahora cubría la mitad de la misma.

—Un efecto interesante —dijo Ridcully al cabo de un rato—. ¿A qué velocidad creéis que iba?

—A unos ochocientos kilómetros por hora —dijo Ponder—. Creo que tal vez hemos sido un poco entusiastas. Hex dice...

—De cero a ochocientos kilómetros por hora—dijo el conferenciante de Runas Recientes—. Debe de haber sido una buena sorpresa.

—Sí —dijo Ridcully—, pero supongo que para la pobre criatura debe de haber sido un alivio que fuera tan breve.

—Y por supuesto, tenemos que dar todos gracias de que no fuera Rincewind.

Un par de magos tosieron.

El decano se apartó un poco.

—¿Pero qué demonios es?

—Era —dijo Ponder Stibbons.

—Podemos echar un vistazo a los bestiarios —dijo Ridcully—. No puede ser difícil de averiguar. Gris. Pezuñas traseras grandes y parecidas a zapatos de payaso. Orejas de conejo. Cola larga y en punta. Y por supuesto, no muchas criaturas miden seis metros de ancho, tres centímetros de grosor y están muy fritas, así que eso limita las posibilidades.

—No quiero empañar el momento —dijo el decano—, pero si no es Rincewind, ¿dónde está él entonces?

—Estoy seguro de que el señor Stibbons puede darnos una explicación de por qué han salido mal sus cálculos —dijo Ridcully.

A Ponder se le descolocó la mandíbula.

Luego dijo, en el tono más agrio que se atrevió a adoptar:

—Probablemente me he olvidado de tener en cuenta que en un triángulo hay tres ángulos rectos, ¿no? Ejem. Tendré que intentar rehacerlo todo, pero creo que de alguna forma se ha introducido un componente lateral en lo que debería haber sido un sortilegio de transferencia bidireccional. Es probable que esto haya sido más pronunciado en el punto efectivo intermedio, haciendo que aparezca un nodo adicional en las transferencias, en un punto equidistante a los otros dos como se predice en la Tercera Ecuación de Flume, y la Ley de Turffe se encargaría entonces de que la distorsión se estabilizara de forma que se creasen tres puntos distintos, cada uno de los cuales movería una masa más o menos equivalente de un vértice a otro del triángulo. No estoy seguro de por qué la tercera masa ha llegado aquí tan deprisa, pero creo que el aumento de velocidad puede haber sido causado por la creación repentina del nodo. Por supuesto, puede que ya estuviera yendo muy rápido. Pero no creo que en su estado natural estuviera cocinada.

—¿Sabes una cosa? —dijo Ridcully—. Creo que sí he entendido algo de todo eso. Algunas de las palabras más cortas, seguro.

—Oh, es perfectamente simple —dijo el tesorero en tono jovial—. Hemos mandado el... perro ese a Hunghung. A Rincewind lo hemos mandado a otro sitio. Y a esta criatura la hemos traído aquí. Es como en Pasar el Paquete.

—¿Lo ves? —le dijo Ridcully a Stibbons—. Estás usando un lenguaje que puede entender el tesorero. Que lleva toda la mañana persiguiendo la rana seca.

El Bibliotecario entró dando tumbos en el salón llevando un atlas enorme a cuestas.

—Oook.

—Por lo menos puedes enseñarnos dónde crees que está nuestro hombre —dijo Ridcully.

Ponder se sacó del sombrero una regla y un par de compases.

—Bueno, si suponemos que Rincewind estaba en medio del Continente Contrapeso —dijo—, entonces solamente tenemos que trazar...

—¡Oook!

—Le aseguro que solamente iba a usar lápiz...

—Eeek.

—Lo único que tenemos que hacer es imaginar, ¿de acuerdo?, un tercer punto equidistante de los otros dos... esto... que a mí me parece que está en alguna parte del Océano Periférico, o probablemente más allá del Borde...

—No me imagino a esa cosa en el mar —dijo Ridcully, echando un vistazo al cadáver recientemente laminado.

—En ese caso, debe de venir de la otra dirección...

Los magos se congregaron.

Allí sí que había algo.

—Ni siquiera está bien dibujado —dijo el decano.

—Eso es porque nadie está seguro de que exista realmente —dijo el prefecto mayor.

Flotaba en medio del mar y era un continente pequeño para tratarse del Mundodisco.

—«XXXX» —leyó Ponder.

—Solamente lo llaman así en el mapa porque nadie sabe cómo se llama en realidad —dijo Ridcully.

—¿Y lo hemos enviado allí? —preguntó Ponder—. ¿A un sitio que ni siquiera estamos seguros de que exista?

—Oh, ahora sabemos que existe —dijo Ridcully—. Tiene que existir. Está claro. Y tiene que ser una tierra bastante rica, si las ratas crecen tanto.

—Voy a ver si puedo traerlo de... —empezó a decir Ponder.

—Ah, no —dijo Ridcully con firmeza—. No, muchas gracias. La próxima vez podría ser un elefante el que nos pasara volando por encima, y esas cosas salpican a lo bestia. No. Dejad en paz al pobre tipo. Tendremos que pensar en otra cosa.

Se frotó las manos.

—Yo ya tengo ganas de cenar —dijo.

—Ejem —dijo el prefecto mayor—. ¿Creen que hemos hecho bien al encender la mecha antes de enviar esa cosa?

—Ciertamente —dijo Ridcully mientras todos se alejaban—. Nadie podrá decir que no lo hemos devuelto exactamente como nos llegó.

Hex soñaba tranquilamente en su sala.

Los magos tenían razón. Hex no podía pensar.

Todavía no existían palabras para lo que podía hacer.

Ni siquiera Hex sabía lo que era capaz de hacer.

Pero lo iba a averiguar.

La pluma chirrió y pasó dejando manchas por una hoja nueva de papel y trazó, sin ninguna razón en particular, un calendario del año coronado por un dibujo más bien anguloso de un sabueso, de pie sobre las patas traseras.

El suelo era rojo igual que en Hunghung. Pero mientras que la arcilla de allí era tan rica que dejar una silla en el césped significaba que para el anochecer uno ya tenía cuatro arbolitos, el suelo de aquí era de una arena que parecía haber enrojecido como resultado de cocerse durante un verano de un millón de años.

Había puñados esporádicos de hierba amarillenta y grupos bajos de árboles de color verde grisáceo. Pero lo que había por todas partes era calor.

Esto era especialmente notable en el estanque que había bajo los árboles de caucho fantasmagóricos. Estaba humeando.

Una figura emergió de entre las nubes, quitándose con aire distraído las partes quemadas de su barba.

Rincewind esperó a que su mundo personal hubiera dejado de girar y se concentró en los cuatro hombres que lo estaban mirando.

Eran negros, tenían líneas y espirales pintadas en la cara y debían de llevar entre todos medio metro cuadrado de tela.

Había tres razones por las que Rincewind no era racista. Había ido a parar a demasiados sitios demasiado de repente como para desarrollar aquella clase de mentalidad. Además, si lo pensaba a fondo, la mayor parte de las cosas realmente terribles que le habían pasado se las habían hecho gente bastante pálida con roperos enormes. Estas eran dos de las razones.

La tercera era que aquellos hombres, que ahora se levantaban desde su posición semiacuclillada, estaban todos apuntando a Rincewind con lanzas, y hay algo en la imagen de cuatro lanzas que te apuntan a la garganta que causa un respeto sin fin y que hace aparecer espontáneamente la palabra «señor» en la mente.

Uno de los hombres se encogió de hombros y bajó la lanza.

—Buenos días, colega —dijo.

Aquello dejaba la cosa en solamente tres lanzas, lo cual era una mejora.

—Ejem. Esto no es la Universidad Invisible, ¿verdad, señor? —dijo Rincewind.

Las otras lanzas dejaron de apuntarlo. Los hombres sonrieron. Tenían unos dientes muy blancos.

—¿Klatch? ¿Howondalandia? Parece Howondalandia —dijo Rincewind en tono esperanzado.

—A esos colegas no los conozco, colega —dijo uno de los hombres.

Los otros tres se congregaron a su alrededor.

—¿Cómo lo llamamos?

—El Colega Canguro. Calma y tranquilidad. Hace un momento era un canguro y ahora es un colega. Los colegas antiguos dicen que estas cosas pasaban todo el tiempo, en la época del Sueño.

—Pensaba que iba a tener mejor pinta que eso.

—Sí.

—Solamente hay una forma de saberlo.

El hombre que parecía ser el líder del grupo avanzó hacia Rincewind con la clase de sonrisa que se usa con los imbéciles y con la gente que lleva pistolas, y blandió un palo.

Era plano y tenía una curva en el centro. Alguien había invertido bastante tiempo en hacerle unos dibujos muy bonitos con puntitos de colores. Por alguna razón, Rincewind no se sorprendió en absoluto de ver una mariposa entre ellos.

Los cazadores lo miraron expectantes.

—Esto, sí —dijo—. Muy bueno. Muy buena artesanía, sí. Interesante efecto puntillista. Es una pena que no encontraras un trozo de madera más recto.

Uno de los hombres dejó su lanza, se puso en cuclillas y cogió un tubo largo de madera, cubierto de los mismos dibujos. Se puso a soplarlo. El efecto no era nada desagradable. Sonaba como sonarían las abejas si hubieran inventado la orquestación sinfónica.

—Ejem —dijo Rincewind—. Sí.

Era obviamente una prueba. Le habían dado un trozo de madera doblada. Tenía que hacer algo con ella. Estaba claro que era muy importante. Iba a...

Oh, no. Iba a decir algo o a hacer algo, ¿verdad? Y luego ellos dirían, sí, tú eres el Gran Colega o algo así, y lo arrastrarían con ellos y aquel sería el principio de otra Aventura, es decir, un periodo de horror y cosas desagradables. La vida estaba llena de trucos como aquel.

Bueno, aquella vez Rincewind no iba a picar.

—Me quiero ir a casa —dijo—. Quiero volver a la biblioteca donde tenía una vida tranquila. Y no sé dónde estoy. Y no me importa lo que me hagáis, ¿de acuerdo? No voy a tener ninguna clase de aventura ni a ponerme a salvar el mundo otra vez y no me podéis engañar para que lo haga con misteriosos trozos de madera.

Cogió el palo y lo tiró lejos de él con toda la fuerza que le quedaba.

Ellos se quedaron mirando cómo se cruzaba de brazos.

—No pienso jugar —dijo—. Me planto.

Ellos seguían mirando. Y ahora también estaban sonriendo hacia algo que tenía detrás.

Él notó que se estaba enfadando bastante.

—¿Me entendéis? ¿Me estáis escuchando? —dijo—. Es la última vez que el universo engaña a Rincewi...

1. La gente siempre se confunde un poco con esto, igual que en el caso de los milagros. Cuando alguien se salva de una muerte segura gracias a una extraña concatenación de circunstancias, se dice que es un milagro. Pero por supuesto, cuando alguien muere por culpa de una serie absurda de acontecimientos —ese aceite derramado justo ahí, esa valla de seguridad rota justo aquí— entonces también tendría que ser un milagro. Solamente porque algo no es agradable no quiere decir que no sea milagroso. [↑](#footnote-ref-1)
2. Habitualmente de unos quince centímetros de diámetro. [↑](#footnote-ref-2)
3. La gente se pregunta cómo funciona esto, ya que sería muy improbable que un elefante terrestre pudiera llevar una carga giratoria durante cualquier espacio de tiempo sin sufrir graves quemaduras por la fricción. Pero uno también podría preguntarse por qué no chirría el eje de un planeta, o por qué se termina el amor, o qué ruido hace el color amarillo. [↑](#footnote-ref-3)
4. Que es como la Lógica Difusa, pero un poco menos. [↑](#footnote-ref-4)
5. Todas las lecciones virtuales tenían lugar en el aula 3B, una sala no localizable en ningún plano de la universidad y que además se consideraba de tamaño infinito. [↑](#footnote-ref-5)
6. Una política adoptada por casi todos los gestores y varios dioses importantes. [↑](#footnote-ref-6)
7. Como por ejemplo «¡Au!, ¡aaaargh!», «¡Devuélveme mi dinero, canalla!» y «¿A esto le llamas castañas? ¡Yo las llamo bolas de carbonilla, ni más ni menos!». [↑](#footnote-ref-7)
8. Y a menudo con la frase «Un hijo de puta al que conviene no cabrear, y yo no he dicho eso». [↑](#footnote-ref-8)
9. Los bedeles de la Universidad Invisible. Famosos entre el profesorado por la dureza de sus cráneos, su cerrilidad ante las explicaciones razonables y su profunda convicción de que el lugar se hundiría sin ellos. [↑](#footnote-ref-9)
10. Salvo durante condiciones de inundación extrema resulta tremendamente difícil navegar por el Ankh, y los equipos de remo de la universidad compiten corriendo por la superficie del río. Esto suele ser bastante seguro siempre que no se queden mucho tiempo en un mismo sitio, y, por supuesto, el río les corroe las suelas de las botas. [↑](#footnote-ref-10)
11. Al menos eso era cierto. Rincewind podía pedir piedad a gritos en diecinueve idiomas, y simplemente gritar en otros cuarenta y cuatro.\*\*

    \*\*Esto es importante. Los viajeros inexpertos pueden pensar que «¡Aaaargh!» es universal, pero en Betrobi quiere decir «intensamente divertido» y en Howondalandia quiere decir, según la situación, «Me gustaría comerme tu pie», «Tu mujer es un hipopótamo enorme» y «Hola, piensa el señor Gato Púrpura». Hay cierta tribu en particular que tiene una reputación temible de crueldad simplemente porque, tal como ellos lo ven, los prisioneros parecen estar gritando: «¡Deprisa! ¡Más aceite hirviendo!». [↑](#footnote-ref-11)
12. Que toma su nombre del mago Sangrit Heisenberg y no del mis famoso Heisenberg a quien se conoce por haber inventado la que posiblemente sea la mejor cerveza del mundo. [↑](#footnote-ref-12)
13. Seguía habiendo cierta confusión en torno a este punto. [↑](#footnote-ref-13)
14. ¡NIÑOS! Solamente los magos muy tontos con sinusitis grave hacen esto. La gente sensata va a un recinto cerrado con cuerdas desde el que pueden mirar cómo un hombre muy protegido, a lo lejos, enciende (con ayuda de un palo muy largo) algo que hace «fsst». Y así luego pueden gritar «Hurraaa». [↑](#footnote-ref-14)
15. El nombre que se da en Ankh—Morpork al Continente Contrapeso y las islas que lo rodean. Significa «lugar de donde viene el oro». [↑](#footnote-ref-15)
16. En realidad, sería el septuagésimo tercero en admitirlo. [↑](#footnote-ref-16)
17. Como el Plato de Cosa Marrón Brillante, el Plato de Cosa Naranja Crujiente y Brillante, y el Plato de Bultos Blancos y Blandos. [↑](#footnote-ref-17)
18. Según los libros de historia. Sin embargo, junto con el resto de jóvenes alumnos, Rincewind había buscado esperanzadamente «higuín» en el diccionario y había descubierto que se trataba de «un bollo pequeño con grosellas negras dentro». Aquello significaba que o bien el idioma había cambiado un poco con el paso de los años o que realmente había algo terrible en colgar a un hombre usando una pasta para el té. [↑](#footnote-ref-18)
19. Una perspectiva sombría, sobre todo cuando los caballos no paran de hundirse. [↑](#footnote-ref-19)
20. Cuando uno está en una isla desierta, sus apetitos se pueden confundir un poco. [↑](#footnote-ref-20)
21. Mucho más adelante, Rincewind tuvo que ir a terapia por esto. La terapia incluía a una mujer guapa, una bandeja enorme de patatas y un palo grande con un clavo. [↑](#footnote-ref-21)
22. «Tus pies serán cortados y enterrados a varios metros de tu cadáver para que tu fantasma no pueda caminar.» [↑](#footnote-ref-22)
23. Excepto en carteles con textos como «Se vusca — Muerto». [↑](#footnote-ref-23)
24. El único sonido que la Horda había oído en templos era la gente gritando: «¡Infiel! ¡Ha robado el Ojo Enjoyado de... tu mujer es un hipopótamo enorme!». [↑](#footnote-ref-24)
25. «Cuchillada amiga», como se la conoce formalmente. [↑](#footnote-ref-25)